

EL CASTILLO
DE
EL DIABLO.

NOVELA

Por Eugénia Lucí.

Setiembre: 1857.

Cádiz: Establecimiento tipográfico de LA OLIVA, á cargo de don
Francisco M. Tubino, calle del Marzal, núm. 5.

7Q2446

.M. S. 6

1857

EM. D. B. B.

Gift
Jas. E. Smith
Feb. 28, 1924

STANDARD

Standard Oil Co. of New York
New York, N. Y.

I.

El Pasajero.

EN uno de los últimos días del mes de mayo del año de 1690, salió de la Rochela para la Martinica la urca *Unicornio*, al mando del capitán Daniel, y armado dicho barco con doce piezas de mediano calibre.

Semejante precaucion era entonces indispensable, por hallarse en guerra la Francia con la Inglaterra, y porque cruzaban los osados corsarios españoles las mares de las Antillas, á pesar de la persecucion que los corsarios franceses les hacian.

Escaso era el número de los pasajeros que llevaba el *Unicornio*, y entre esos pocos distinguíase el reverendo padre Grifon, fraile de la orden de predicadores, que regresaba á la Martinica con el objeto de desempeñar el curato de Macuba, el cual hacia algunos años servia con mucha satisfaccion de los habitantes y esclavos de dicha parroquia.

El género de vida de los colonos, que en aquel entonces se hallaban continuamente en hostilidad abierta con los ingleses, españoles y caribes, colocaba á los sacerdotes de las Antillas en una posicion muy singular,

porque no solo era de sus deberes predicar, confesar y dar el pasto espiritual á sus feligreses, sino ayudarlos además en los continuos ataques de sus enemigos de todos colores y naciones.

Hallábase aislada la casa del cura, lo mismo que las de los demás colonos, y espuesta por consecuencia á sorpresas mortíferas. Diferentes veces el padre Grifon, auxiliado eficazmente de sus dos negros y parapetado perfectamente tras de una fuerte puerta de caoba con troneras, rechazó á los agresores con un vivo y sostenido fuego.

Habiendo sido antes que fraile maestro de geografia y matemáticas, y teniendo conocimientos teóricos muy profundos en la arquitectura militar, dió muy buenos consejos á los sucesivos gobernadores de la Martinica sobre la construccion de algunas obras defensivas; y como poseia además conocimientos de agricultura y jardinería, y estaba dotado de un génio inventivo, de mucha energía y de un valor á toda prueba, era un tesoro para la colonia, y particularmente para la parroquia cuyo curato desempeñaba. Quizá la dulce y persuasiva palabra evangélica no espresaba en su boca toda la uncion que hubiese sido de desear, porque su voz era bronca y algo rudas sus exhortaciones; pero ofrecian una moral escelente; y la caridad cristiana nada perdia con ellas.

Muchas veces se veia interrumpido en sus sagradas ocupaciones por un desembarco de ingleses hereges ó de idólatras caribes, y entonces, abandonando el púlpito, donde acababa de predicar la paz y la concordia, era de los primeros en ponerse al frente de su grey con el objeto de defenderla. Pero luego aquel digno eclesiástico, despues de terminada la refriega, curaba á los heridos de uno y otro lado, y suavisaba cuanto le era dable la situacion de los prisioneros.

Aunque dotado de carácter leal y generoso, mostraba en sociedad alguna hostilidad sarcástica y burlona

respecto á las mugeres, y de su boca salian graciosas bromas sobre las hijas de Eva, «esas tentadoras y aliadas de la serpiente;» pero en honor del padre Grifon, diremos que sus bromas en esta parte, aunque exentas de toda hiel, ocultaban quizá algun despecho; chanceábase sobre una dicha que ni aun le era lícito desear, en razon á su estado.

Quizá se le hubiera podido reprender algo al buen sacerdote por su aficion á los buenos bocados, no porque de ellos abusase, pues se concretaba á gozar de los bienes que Dios reparte; sino porque era en extremo aficionado á las buenas recetas para guisar las piezas de caza, condimentar el pescado, y conservar en confitura los aromáticos frutos de los trópicos. A veces se hacia contagiosa su aficion, principalmente cuando referia varias comidas de cazador hechas en medio de las selvas y en las costas de la isla. Esto no obstante, el reverendo padre Grifon, á pesar de su fuerza digestiva observaba con la mayor escrupulosidad los ayunos durante la cuaresma, y demás dias prescritos. Parécenos además inútil el referir que el buen sacerdote á pesar de su notoria aficion á los buenos bocados hubiera abandonado sin titubear la mas abundante y deliciosa [comida, tratándose de llenar sus deberes religiosos en favor aun del mas infeliz esclavo; nadie le igualaba en sensibilidad, ternura y cariño, ni en la discreta economía con que miraba lo poco que poseia como patrimonio de los pobres y desvalidos.

Continuamente prestaba socorros y consuelos al que padecia, y despues de cumplidas sus obligaciones cristianas, ocupaba sus vigorosas fuerzas alegremente en su precioso jardin, ya regando las plantas, ya limpiando los caminitos, ya podando los árboles; y al declinar el sol en el ocaso gustaba descansar durante la noche, de sus saludables y rústicos trabajos con alguna golosina, ó con algun bien preparado refrigerio.

Sus feligreses tenían siempre bien abastecida la bodega y despensa del cura: mandábanle el mejor fruto, la mejor pieza de caza y los mas hermosos peseados; pues le amaban y bendecian; era àrbitro en todas las disputas, y su juicio terminaba en última instancia todas las contiendas que se suscitaban.

Diremos que con todo cuanto acabamos de referir correspondia el exterior del padre Grifon. Tendria 50 años á lo mas, y era grueso, altivo y robusto. Cubria sus anchas espaldas su largo hábito de lana blanca con muceta negra, y un sombrero de fieltro ocultaba su calva frente. En sú encarnado rostro, de triple barba, de ojos grises vivarachos, de gruesos colorados labios, se notaba á primera vista una hermosa espresion de franqueza y bondad, de osadia y de inocente jocosidad.

En el punto donde esta novela comienza, hallábase dicho sacerdote en pié en popa de la urca *Unicornio*, hablando con el capitan Daniel. Al contemplar la facilidad con que el padre Grifon conservaba su posicion vertical, á pesar del fuerte balanceo del barco, no quedaba duda de que estaba bastante acostumbrado á navegar.

El capitan Daniel era un viejo lobo marino, que una vez en alta mar entregaba la direccion del buque á sus pilotos, y que por lo comun se emborrachaba todas las noches. Como hacia viajes frecuentes de la Martinica á la Rochela, habia conducido de América al padre Grifon, el que sabiendo ya los excesos de la bebida, vigilaba con mucha atencion la maniobra, pues no dejaba de conocer algo la teoría y práctica de la navegacion. Habia viajado varias veces de la Martinica á Santo Domingo y á Costa Firme á bordo de los buques corsarios, quienes sacaban siempre de sus presas una especie de diezmo á favor de las iglesias de las Antillas.

La noche se aproximaba, y el padre Grifon recrea-

base con deleite en los perfumes de la cena que estaban preparando en la proa: en esto fué el criado del capitán á anunciar á los pasajeros que estaba dispuesta la mesa; y dos ó tres que se habian librado del marco entraron en la cámara.

El padre Grifon rezó el *Benedicite*, y apenas tomaron asiento en la mesa, cuando abrióse de improviso la puerta de la cámara, y se oyeron estas palabras, pronunciadas con un acento gascon bien marcado.

— Espero, mi digno capitán, que no faltará un asiento para el caballero de Croustillac.

Todos los comensales hicieron un ademán de sorpresa, y despues trataron de adivinar por la fisonomía del capitán la causa de tan estraña aparicion; pero este se quedó con tanta boca abierta, contemplando á su nuevo huésped con aire casi espantado: al fin exclamó:

—Hola! Quién sois? No tengo el honor de conoceros... Veamos caballero, ¿de dónde diablos habeis salido?

—Si yo hubiese salido de los diablos, este reverendo padre (y en esto besó la mano del padre Grifon), me enviaria otra vez á ellos diciendo: *Vade retro Satanás*...

—Pero de dónde habeis venido? repitió el capitán sorprendido del aire de confianza y buen humor del nuevo huésped. Así no es como se llega á bordo: caisteis acaso de las nubes?

—Hace un momento que pensásteis salí del infierno; ahora que caigo del cielo. Pues yo no reclamo un origen ni tan divino ni tan infernal, mi querido capitán... Yo...

—No quise decir nada de esto, querido: deseo saber, dijo el capitán, cómo habeis venido aquí.

Entonces tomó el caballero un aire magestuoso.

—No seria yo digno de pertenecer á la ilustre casa Croustillac, una de las mas antiguas de la Guyena, si tubeara un inssante en satisfacer la legítima curiosidad de mi digno capitán.

—¡En fin, esto es una fortuna, dijo éste:

—No digais una fortuna, es sí haceros justicia rigurosa, mi capitán. Yo caigo à manera de una bomba en vuestro buque, y esto os deja pasmado... nada mas natural... Quereis saber de qué modo me embarqué; esta sin duda es vuestra obligacion. Yo lo esplico; es mi deber... Completamente satisfecho con las esplicaciones mias, me dais vuestra mano, diciéndome: «Está muy bien, caballero, sentaos á la mesa con nosotros; y os contesto: «Mi capitán, acepto porque estoy muerto de debilidad: con que ¡Dios bendiga vuestro caritativo ofrecimiento!» Diciendo esto, tomo asiento entre estos dos amables cabal'eros, y me hago lugar poco à poco à fin de no molestarlos; pero el balanceo de la embarcacion es tan recio que llego á comprender...

Esto decia el caballero de Croustillac poniendo sus palabras en ejecucion al pié de la letra; y aprovechándose de la general admiracion y sorpresa, se colocó entre dos de los convidados, y en un momento se apropió el vaso del uno, el cubierto del otro, el plato del de mas allá, valido del profundo aturdimiento que tenia pasmados á sus vecinos de mesa. Todo esto lo ejecutò con tal rapidez, habilidad, confianza y desenfado que los comensales del ilustre capitán del *Unicornio*, y hasta el capitán mismo, solo pensaron ya en examinar con una curiosidad siempre creciente á este notable aventurero.

El caballero de Croustillac llevaba con altanería una casaca vieja de ratina que en sus buenos tiempos fué verde, aunque à la sazón tenia un color azulamarillento: del mismo color eran sus raidas calzas; sus medias, antes de escarlata y ahora de un rosado sucio, en ciertos parajes parecian bordadas con hilo blanco; por último, un sombrero de fieltro muy viejo lo mismo que el talabarte guarnecido con anchos galones de color cobrize, del qual pendia una

enorme espada en que se apoyó con altivo ademán al entrar: tal era lo más reparable de su estraña vestimenta. El caballero de Croustillac era hombre de alta estatura, pero señaladamente demagrado; su edad unos 36 á 40 años: sus cabellos, cejas y bigotes, de color de ébano; su cara huesosa, morena y tostada por el sol y la intemperie; su nariz, larga; sus ojos, leonados y estraordinariamente vivos, y la boca de orme: tal era su fisonomía que animaba desde luego una serenidad imperturbable y una desmedida vanidad.

Efectivamente estaba tan pagado de sí mismo y le tenia tan ciego su propio mérito y gracias naturales que creia no haber mujer en el mundo capaz de resistirse: en términos que la lista de sus pretendidos triunfos hubiera sido interminable. Pero si por una parte le costaba poquisimo ensartar las mentiras mas gordas, por otra no podía negársele un verdadero valor unido á cierta nobleza de carácter. Este valor natural y la escesiva confianza en sí mismo, comprometíanle con frecuencia en situaciones difícilísimas y enredosas; y entonces cerraba los ojos y siempre salia del paso aunque con algun coscorrón: pues si era aventurero y parlanchin como un gascon, era testarudo y obstinado como un breton.

Su vida hasta allí habia sido como la de la mayor parte de sus semejantes los aventureros: siendo segundon de una pobre familia de Gascuña de dudosa nobleza, marchó á Paris á probar fortuna, y fué alternativamente oficial subalterno de una compañía de gente perdida, bañista y estufista, chalan y vendedor de publicaciones satíricas y de gacetas de Holanda y gefe de una academia; hasta quiso varias veces pasar plaza de protestante, porque esta trampa le hacia participar de cierta cantidad de dinero del fondo de conversiones. Pero el diablo tiró de la manta y descubierto el fraude, condenaron á nuestro

caballero à azotes y encarcelamiento. Sufrió sus azotes y fugóse de la càrcel, se desfiguró con un enorme parche puesto en un ojo, ciñóse un sable grandísimo que arrastraba por el suelo, y abrazó la profesion de embaucador de tontos de provincia en prò de ciertos garitos á donde acompañaba à aquellos simples corderillos que salian perfectamente trasquilados.

En honor de Croustillac es justo decir que en nada participaba del fruto de tales picardías; pues, segun él mismo decia, aunque echaba el anzuelo, otros se comian el pescado.

Eran en aquel tiempo muy severas las órdenes para reprimir los duelos.

Cierto dia le salió al encuentro un espadachin de fama, llamado Fontenay-*Estocada*, y le codeò con violencia diciéndole:

—Cuidadito! .. que soy Fontenay-*Estocada*.

—Y yo Croustillac *Cañonazo*, repuso el gascon echando á volar su espada.

El resultado fué que Fontenay quedó muerto, y Croustillac obligado á tomar las de villadiego, poniéndose en seguro de cualquier pesquisa.

Nuestro caballero habia oido frecuentemente hablar de las inmensas fortunas que se improvisaban en las islas, por cuyo motivo partió á la Rochela con intencion de embarcarse allí para América.

Hizo el camino ya á pié, ya montando caballos de retorno, ya, finalmente, en algun carro. Pero à su llegada se halló con la dificultad de que le era indispensable, no tan solo pagar su viaje á bordo de una embarcacion, sino lo que aun era mas, obtener el permiso del intendente de marina para poder trasladarse á las Antillas; cosas ambas que eran en extremo difíciles para él, puesto que Luis XIV, para oponerse á la emigracion de los protestantes, hacia observar una vigilancia en extremo severa á la policia de los puertos; por otra parte el pasaje á la Martinica no costaba

menos de ochocientas á novecientas libras, y nuestro aventurero jamás se habia visto dueño de la mitad siquiera de esta tan módica suma.

A la Rochela llegó con diez escudos en el bolsillo, vistiendo un tosco capoton, con la espada al hombro, colgada en ella la casaca y los calzones envueltos con todo esmero, yendo, como hombre despreocupado, á alojarse en una modesta hostería, frecuentada comunemente por marineros.

Allí se informó de los buques que se hallaban próximos á darse á la vela, y supo que el *Unicornio*, cuya tripulacion frecuentaba mucho la hostería que nuestro caballero de industria habia escogido por centro de sus operaciones, debia zarpar del puerto á los pocos dias.

Largo seria de contar los prodigios de astucia, las pomposas ofertas y hasta las mentiras con que el descarado caballero logró interesar al fin en su suerte al patron encargado del embarque y colocacion en la sentina de los toneles de agua dulce; baste decir que este consintió al fin en ocultarlo dentro de un tonel vacío, y conducirlo de este modo á bordo del *Unicornio*.

Siguiendo la costumbre establecida, los delegados del intendente del puerto y los escribanos del Almirantazgo, practicaron un escrupuloso registro del buque en los momentos de hacerse este á la mar, con el objeto de averiguar si se habia embarcado alguien fraudulentamente.

Croustillac se mantuvo quieto en su tonel, y así se libró de ser descubierto en el minucioso registro que hicieron los empleados del rey. El corazon queria salirse del pecho de alegria cuando sintio zarpar la embarcacion; sin embargo, esperó á que pasase algun tiempo antes de dejarse ver, por cuanto sabia muy bien que una vez en alta mar el buque, no habia de volver el capitan al puerto para descargar un pasajero embarcado sin su conocimiento.

Croustillac hizo al tonelero promesa formal de no

manifestar á nadie por qué medio habia logrado introducirse en el bajel.

Un hombre que hubiese poseido menos desvergüenza que el caballero de Croustillac se hubiera mantenido à un lado confundido entre los marineros, temiendo, lleno de zozobra, el momento en que el capitán descubriese el fraude; pero Croustillac era hombre de distinto temple, y así se dirigió por la via mas corta descaradamente á su objeto, prefiriendo al rancho de los marineros la opípara mesa del capitán, no dudando siquiera un instante que se sentaria á ella positivamente, si no de derecho, al menos de hecho.

Ya hemos visto que su descarada osadía obtuvo un feliz éxito.

Tal como lo dejamos descrito era el improvisado buesped que atraia las curiosas miradas de los pasajeros del *Unicornio*.

II.

Barba-azul.

—Pero caballero, ¿me direis al fin cómo habeis venido á parar aquí?

Repitió el capitán impaciente ya por lanzar de la mesa al atrevido gascon, despues de sabido su secreto.

Croustillac, echándose en seguida un vaso de vino, y poniéndose en pié, dijo en alta voz:

==Propongo en primer lugar á tan ilustre compañía un brindis á la salud de una persona á quien amamos todos, de nuestro glorioso soberano, de Luis el Grande, el mas amable de todos los monarcas.

En aquellos tiempos de receloso despotismo hubiera

sido altamente impolítico, y aun quizá hasta peligroso para el capitán acoger con frialdad la proposición del caballero, por lo que el marino Daniel, y aun los demás pasajeros á su ejemplo, correspondieron al llamamiento repitiendo á coro:

—¡A la salud del rey! ¡a la salud de Luis el Grande! Solo un convidado guardó silencio, que fué el que se hallaba inmediato á Croustillac; éste, volviéndose hácia él y frunciendo el entrecejo, le dijo:

—¡Hola! compadre, ¿no sois de los nuestros?

—Sí, amigo mio, lo soy, lo soy, le respondió: ¿pero cómo queriais que brindase si os apoderásteis de mi vaso? añadió con timidez.

—¡Cómolo! ¡voto á chápiro!... ¿y por tan poca cosa os espondeis á pasar por un mal francés? exclamó encogiéndose de hombros, y luego añadió: ¿por ventura no hay aquí mas vasos? ¡Hola, criados! ¡eh, criados, inmediatamente un vaso al señor! Conque, mi amigo... ¡muy bien! en piè ahora todo el mundo y que se repita: ¡A la salud del rey, de nuestro gran rey!

Echado el nuevo brindis, volvieron á sentarse todos.

El caballero se aprovechó oportunamente de este movimiento para hacer traer á su colateral un cubierto y un plato.

Seguidamente, acercándose una sopa que tenía enfrente, dijo al padre Grifon con su habitual descaro.

—Mi reverendo padre, ¿me permitireis que os sirva de esta sopa de pichones?

—¡Voto á!... Vaya, caballero, que os colocais á todas vuestras anchuras! dijo bastante incómodo el capitán al ver las libertades que Croustillac se tomaba; pero éste, interrumpiéndole, le dijo con cierto aire de gravedad:

—Capitán, á cada cual se le da lo que es debido: primer brazo del Estado es el clero; por lo tanto viendo primeramente al reverendo padre, p... aquí, no solo me porto como buen cristiano,

además apróvecho la ocasión de tributar un sincero homenaje en su respetable persona, á las virtudes verdaderamente evangélicas que distinguen y distinguirán siempre á nuestra iglesia.

Al decir esto sirvió con la mayor imperturbabilidad la sopa al padre Grifon.

Desde este momento se le hacia cada vez mas difícil al buen capitán lanzar de la mesa al atrevido aventurero; en primer lugar no le habia sido posible denegarse al brindis, ni impedirle hacer los honores de la mesa con todos los platos que hallaba á su alcance. Esto no obstante, prosiguió en su interrogatorio.

—Vaya, señor mio, sois un buen hidalgo: ¡enhora buena se al buen cristiano además y por lo visto os haceis un grato deber en amar á nuestro soberano, como todos nosotros igualmente le amamos: todo eso está muy bueno; pero ahora espero tengais la bondad de decirme cómo diablos os hallais aquí comiendo tranquilamente de mi cena.

—¡Padre mio! exclamó Croustillac, os tomo por testigo de igual modo que á toda la respetable concurrencia.

—¿Por testigo! ¿y de qué, hijo mio?

—De lo que nuestro digno capitán acaba de decir.

—¡Cómo! ¿Y qué es lo que yo he dicho? preguntó el aludido.

—¡Oh capitán! lo que habeis dicho, reconocido y proclamado á la faz de esta digna sociedad, es que soy un hombre de bien.

—No hay duda que lo he dicho, pero...

—Que soy buen cristiano.

—Ya, pero...

—Y que amo al rey.

—Sí, porque...

—Pues bien, repuso Croustillac, pongo de nuevo á esta ilustre compañía por testigo... cuando se es buen cristiano, hombre de bien, y se ama á su soberano,

¿qué mas se le puede pedir?... Conque, ¡reverendo padre mio, ¿gustais que os sirva de este guisado de vaca?

—Lo acepto, hijo mio, porque una vez embarcado consiste mi mareo en un aumento de apetito extraordinario.

—Padre, ciertamente podeis creer que me alegro de esta conformidad de temperamentos, por cuanto mi indisposicion no reconoce otra causa que un hambre devoradora.

—Pues bien, hijo mio, ya que nuestro buen capitán os pone en el caso de poder satisfacer convenientemente ese hambre que decís, os diré, sirviéndome de vuestras propias palabras, que precisamente por la misma causa que sois hombre de bien, buen cristiano y afecto á nuestro muy amado soberano, es un deber en vos apresuraros á satisfacer la pregunta del capitán Daniel sobre vuestra inopinada presencia á bordo de su embarcacion.

—Por desgracia, padre, me es absolutamente imposible.

—¿Cómo se entiende... que no es posible? exclamó enfadado el capitán.

Croustillac se revistió del aire mas compungido que le fué posible, y señalando al padre Grifon respondió:

—Solamente el reverendo padre puede oír mi revelacion y mis declaraciones; este secreto no me pertenece á mí solo; y además es grave, muy grave, añadió levantando los ojos al cielo con humilde ademán.

—Tened entendido, exclamó el capitán, que puedo haceros hablar, aunque para ello deba ataros una bala de cañon en cada pié, y haceros cabalgar en una barra de cabrestante hasta arrancaros la verdad.

—Mi capitán, replicó el caballero con su imperturbable calma: nunca toleraré ni una amenaza, ni una mirada, ni una mueca, ni nada que me pareciese sombra

de insulto... pero á bordo de vuestro buque sois rey, y por lo tanto me hallo en vuestros dominios y me reconozco vasallo vuestro... Me habeis admitido en vuestra mesa (y continuaré mostrándome digno de tal honra): sin embargo, no es una razon para imponerme malos tratamientos tan arbitrariamente. Pero sabré resignarme á soportarlos; á menos que este venerable sacerdote, apoyo del débil contra el poderoso, interceda en mi favor, pues entonces no necesitaria la resignacion.

Hacíase cada vez mas embarazosa la posicion del capitán, pues el padre Grifon no pudo prescindir de saltar algunas espresiones en favor del aventurero, que tan de improviso se ponía bajo su proteccion, prometiendo revelarle la causa de su presencia á bordo del *Unicornio*.

La cólera del capitán fué calmándose poco á poco, y Croustillac estuvo lisonjero al principio, luego jovial, complaciente y chocarrero: trató de divertir á los circunstantes con diferentes habilidades: puso cuchillos en equilibrio sobre la punta de la nariz: formó pirámides con vasos y botellas con admirable destreza, cantó y bailó, remedó á diversos animales, en fin, de tal suerte supo divertir al capitán del *Unicornio*, que al terminar la cena le dijo este dándole algunos golpecitos en el hombro:

—¿Con qué amigo, os hallais por fin á bordo? Ningún medio conozco para deshacer lo hecho. Pero como sois un compañero de viaje alegre y divertido, siempre hallareis un cubierto en mi mesa, y veremos que os arreglen una hamaca en algun rincón del buque.

Se deshizo Croustillac en protestas y demostraciones de agradecimiento; después se dirigió al lecho que le prometieron, y pronto quedó sumergido en un profundo sueño, tranquilo sobre su posición á bordo durante el viaje, aunque humillado por haber tenido

que sufrir las amenazas del capitan, y haberse visto obligado á halagarle, al paso que interiormente le tenia por un oso marino, por un bruto.

En el concepto de Croustillac eran las colonias una verdadera Jauja; y habia oido ponderar tanto la suntuosa hospitalidad de sus habitantes (harto felices, segun se decia, con que permaneciesen meses enteros en sus casas los europeos que llegaban á visitarlos), que hizo el siguiente cálculo, por otra parte muy sencillo.

—En la Martinica y Guadalupe, decia, hay *cincuenta ó sesenta* casas ricas, cuyos dueños fastidiándose como unos tontos, están contentísimos cuando pueden tener á su lado un hombre de ingenio, de recursos, y de carácter alegre y bullicioso: yo poseo en grado eminente todas estas cualidades: luego con solo presentarme me veré solicitado, atendido y apreciado; y suponiendo que no pueda estar mas que medio año en cada casa, siendo estas unas sesenta, resulta la suma de 25 á 30 años de vida alegre y regalada cómodamente asegurada. Esto mirando la cosa por el lado menos favorable. Además, me hallo en el completo desarrollo de *mis gracias*; soy afable, agudo, poseo todos los talentos de sociedad; cómo es creible que las opulentas herederas de las colonias dejen de aprovechar la ocasion que se les presenta de lograr un esposo encantador, cual nunca hayan imaginado en sus noches de insomnio?

Tales eran las esperanzas del caballero, luego veremos el exito que tuvieron.

Al siguiente dia por la mañana, cumpliendo con su promesa, hizo Croustillac su revelacion al padre Grifon.

Aunque esta revelacion fué bastante verídica, no dijo cosa enteramente nueva para el padre Grifon, que ya habia adivinado poco mas ó menos la posición

particular de aquel. En resúmen, vino á referir lo que sigue:

—Habiendo disipado su patrimonio y muerto á un hombre en desafío, viose perseguido por la justicia y hallándose sin recursos, tomó el desesperado partido de ir á probar fortuna á las Islas; pero no teniendo con que pagar el viaje, habia recurrido á la compasion del encargado de los toneles, quien ocultamente lo condujo á bordo en una barrica vacia.

Esta sinceridad ficticia hizo que el padre Grifon mirase con algun interés á nuestro caballero de industria; sin embargo, no le disimuló que era sumamente engañosa la esperanza de labrar fortuna en las colonias. Es necesario, dijo, llegar ya allí con capitales de consideracion para plantear cualquier establecimiento; además, el clima es mortífero; en general los habitantes desconfian de los extranjeros, y en fin, ya se ha olvidado completamente la tradicion de la generosa hospitalidad de los primitivos colonos, así por el egoismo de los actuales, como por las pérdidas sufridas á causa de la lucha con la Inglaterra, que ha irrogado inmensos perjuicios á los intereses coloniales. En una palabra, le aconsejó que aceptase el ofrecimiento que le habia hecho el capitán de conducirlo de nuevo á la Rochela á su vuelta.

En opinion del padre Grifon, Croustillac hallaria en Francia porcion de recursos, que no podia esperar en aquel país semibárbaro, por ser la condicion de los europeos en las Colonias, tal, que atendida su calidad de blancos, era aun demasiado para ellos cualquier destino, por insignificante que fuera. Pero ignoraba el buen eclesiástico que su penitente tenia ya explotado hasta tal punto los recursos de Francia, que le era indispensable el espatriarse. Engañábase el buen padre con mucha facilidad en ciertos casos, pues su compasivo genia para con los desgraciados perjudicaba por lo común á su ordinaria penetracion.

La vida de nuestro aventurero no le pareció por cierto limpia de toda mancha, pues cuidábase este tan poco de su apurada situación y tan indiferente se manifestaba al porvenir de que se hallaba amenazado, que el buen padre Grifon acabó por cobrarle mas afecto del que acaso mereciera, y le brindó un alojamiento en su curato durante todo el tiempo que el *Unicornio* permaneciese en la Martinica, lo que por su parte se guardó muy bien de rehusar Croustillac.

Corría entre tanto el tiempo, y cada día descubría Croustillac nuevas habilidades y prodigiosos conocimientos de prestidigitación, que dejaban pasmado al buen capitán Daniel. Hasta llegó á meterse en la boca un cabo de vela encendido y á tragarse los tenedores, portento que hizo subir hasta las estrellas el entusiasmo y admiración del capitán, en tales términos que llegó á ofrecerle una plaza *vitalicia* en el *Unicornio*, con condición que le prometería continuar siempre divirtiendo de aquella suerte los ocios de la navegación.

Dirémos para explicar los adelantos de Croustillac, que las horas se hacen eternas en toda navegación; que la menor distracción es inapreciable, y en fin, que en tales circunstancias cada uno se halla contentísimo cuando tiene á su disposición algún hombre chistoso dotado de una imperturbable alegría.

Tocante á nuestro aventurero, bajo la máscara de su buen humor y negligencia, ocultaba una triste preocupación; acercábase el término del viaje, y las expresiones del padre Grifon eran harto siniestras sensatas y justas para que no hicieran profunda impresión en el ánimo del caballero, el cual había contado con pasar una vida regalada con los colonos: á mas, la frialdad que observó en algunos de ellos, que por acaso se hallaban entre los pasajeros que regresaban á la Martinica, concluyó con todas sus esperanzas. A pesar de las habilidades que descubría

sucesivamente y con que todos se divertian, ninguno de ellos le habia hecho la menor oferta, à pesar que no dejaba de repetir cuánto placer le causaria hacer una larga esploacion de la isla.

El viaje tocaba á su término: disipadas las últimas ilusiones de Croustillac, veíase reducido á la triste alternativa de navegar siempre al lado del capitan Daniel, ó de regresar á Francia y desafiar el rigor de la justicia; pero la casualidad vino á deslumbrarle de repente, despertando en su alma las mas seductoras esperanzas. Distaba el *Unicornio* de la Martinica tan solo unas docientas leguas, cuando encontraron un buque mercante francés, el cual volvia á Francia procedente de dicha isla. Este se puso al paio y envió al *Unicornio* un bote con objeto de adquirir noticias de Europa. Segun dijeron, en las Colonias todo iba bien, en tales términos que ni una embarcacion inglesa se habia visto hacia ya algunas semanas. Las dos embarcaciones se separaron al cabo de un rato, despues de haberse referido mutuamente algunas otras novedades.

—Este buque, dijo el caballero, despues de haber los demás pasajeros evaluado en unos 400,000 francos su cargamento, fuera una escelente presa para los ingleses, á mas que no me parece muy bien armado.

—¡Cál exclamò con a're de envidia un pasajero; muy bien podria *Barba-azul* soportar la pérdida de este buque.

—Mucho que sí añadió el capitan, y aun todavia le sobraria bastate dinero con que poder comprar y armar otros veinte!

—¡Veinte! ¡veinte es mucho! replicó el pasajero.

—Pues á fé, repuso un tercero, que sin hablar aun de su magnífica posesion de la *Ensenada Arenosa*, ni de su habitacion misteriosa, conocida por el *Castillo del Diablo*; se dice que tiene enterrado en algun escond-

drijo valor de cinco á seis millones en oro y pedrería.

—¡Ah! Eso es... enterrados no se sabe dónde, dijo el capitán Daniel, pero de que los posee no hay la menor duda; por que según oí decir al tío *Abre el ojo*, el cual una vez fué al *Castillo del Diablo* á ver al primer marido de *Barba azul*, (y por cierto que el tal marido parece que era bastante joven y hermoso), *Barba-azul* se divertía aquel día vaciando con un *coui* (1) diamantes, esmeraldas y perlas finas; por consecuencia todavía está en posesión de esas riquezas; prescindiendo además de que, según fama, su tercero y último marido era inmensamente rico, consistiendo todo su caudal en oro en polvo.

— Se dice que es tan avara, dijo un pasajero, que aun no gasta para sí y los suyos 4,000 francos al año.

—Eso sí que no es exacto, replicó el capitán: ¿cómo ha de haber nadie que sepa la vida de *Barba-azul*, siendo, como es, estrangera en la Colonia y no encontrándose quizás cuatro personas que puedan decir en verdad haber puesto los pies en el *Castillo del Diablo*?

—Y ciertamente que obran con cordura los que tal hacen, dijo otro, á lo menos no sería yo el que tuviese curiosidad en ir á visitarla: ¡buena es la fama que el tal *Castillo del Diablo* goza! Según rumores ¡pasan allí tales cosas!... ¡tales!

—Es cierto, y aun ya hasta por tres ocasiones han caído allí rayos.

—Nada de esa me admira, pues también se refiere que en torno de esa habitación se oyen á veces ruidos extraordinarios.

—Según parece se halla edificado en medio de las

(1) Una especie de calabaza bastante profunda.

rocas de Cabesterras, á manera de inaccesible fortaleza.

—Nada tiene eso de extraordinario guardando, como guarda, tantos tesoros *Barba-azul*.

Está demás decir que escucharía Croustillac con la mas ávida curiosidad esta conversacion: aquellos tesoros, aquellos diamantes, reverberaban, en su imaginacion extraordinariamente.

Así, pues, dijo con el mayor interés.

—Pero, señores, ¿de quién estais hablando?

—Se habla de Barba-azul.

—Y Barba-azul ¿quién es?

—¡Oiga! Barba-azul es... Barba-azul.

—Mas al fin, ¿es hombre ó muger? añadió Croustillac.

—¿Quién...? ¿Barba-azul?

—¡Sí!... Barba-azul, respondió con impaciencia Croustillac.

—¡Ya!... Sí... es una muger.

—¿Es posible! ¿una muger? ¿y porqué la llaman Barba-azul?

—Porque despacha á sus esposos, como el hombre de la Barba-azul del nuevo cuento despacha á sus esposas.

—¡Conque es viuda! ¡viuda! ¿Esto es de veras?... repuso Croustillac palpitándole el corazon: ¡viuda! ¡rica hasta deslumbrar! ¡y cuyos tesoros son capaces de enloquecer á su solo cálculo! ¡viuda!

—Viuda, como que ya hace tres años que lo es por tercera vez; dijo el capitan.

—¿Y será tan rica como se asegura?

—Si por Dios; eso lo sabe todo el mundo.

—¡Millonaria! ¡capaz de armar naves por valor de 400,000 libras! ¡poseyendo sacos de perlas finas, esmeraldas y diamantes! exclamó nuestro gascon crispadas las manos, con centellantes ojos y aspirando con la mayor fuerza.

—Repito, dijo el capitán, que con sus riquezas la sería fácilmente adquirir la Martinica, y aun por añadidura, si lo deseara, también la Guadalupe.

—¿Pero será vieja?... demasiado vieja tal vez? preguntó con inquietud Croustillac?

Su interlocutor miró con cierta expresión interrogativa à los pasajeros, diciendo:

—¿Y cuál será la edad que podrá tener Barba-azul?

—Lo ignoro á fé, dijo uno de entre ellos.

—Lo que yo podré decir únicamente, dijo otro, es que hará cosa de dos años, cuando yo llegué á la Colonia, vivía ya en compañía de su segundo esposo, y que aun parece probable que ya se preparaba para el tercero... el cual ni tan siquiera un año le ha durado.

—En cuanto á su tercer marido no se susurra que haya muerto, sino solo que ha desaparecido, replicó otro.

—Por el contrario, dijo otro de los del pasaje, debió haber muerto, toda vez que se dice haber visto enlutada á Barba-azul.

—En eso no puede haber la menor duda, añadió un tercero, y la prueba de que falleció se encuentra, sin ir mas lejos, en que el ecónomo de la parroquia de Macuba en ausencia del reverendo y digno padre Grifon, hizo celebrar para sufragio de su alma un oficio de difuntos.

—Además, dijo otro, no sería extraño que hubiese muerto asesinado...

—Por su muger, añadieron todos unánimemente, como movidos por un mismo pensamiento, pensamiento que no favorecía mucho por cierto á Barba-azul.

—¡No! ¡por su muger no!

—¡Ya! ¡ya!

—¿Por su muger no?... ¿pues por quién entónces?

—¡Toma! por enemigos que en la Barbada tenia.

—¿Por colonos ingleses?

—En efecto, por ingleses; él era inglés, à lo que se dice.

—Todo viene à parar en que el tercer marido murió...

—¿De veras murió? preguntó el caballero con ansiedad.

—¡Oh! en cuanto à esto no cabe duda, respondieron todos acordes.

Respirò ya Croustillac, y sus esperanzas, despues de algunos momentos de estar comprimidas, tomaron otra vez su atrevido vuelo.

—¿Mas no se sabe la edad de esa muger?

—Sobre esto bien puedo satisfacer vuestra curiosidad, pues tendrá como... de veinte.. sí, eso es... de veinte à... à sesenta años, dijo el capitan Daniel.

—¿Con que vos no la habeis visto? dijo el caballero impaciente à causa de esta chanza.

—¿Si la he visto yo? ¿y cómo diablos queréis que haya visto à Barba azul? ¿Estais loco?

—¡Còmo!

—Hola, amigos, dijo à los pasajeros el capitan; preguntame el caballero si he visto à Barba-azul.

Encogièronse de hombros los circunstantes.

—¿Pero señor, que tiene de estraño mi pregunta?

—¿Qué tiene de estraño? dijo Daniel.

—Sí.

—Escuchad: vos venís de Paris. ¿no es así? ¿y Paris es mucho mas reducido que la Martinica?

—¿Quién lo duda?

—Pues bien: ¿visteis en Paris al verdugo?

—¿Al verdugo? No... ¿Peró qué conexión?...

—Una vez por todas sabed que hay tan poca curiosidad de ver à Barba-azul como al verdugo: en primer lugar, [porque la casa que le sirve de morada se halla metida en medio de las mas tétricas soledades.

des del Cerro del Diablo, y nadie quiere arriesgarse en ellas; luego, porque la sociedad de una *homicida* no deja de ser muy poco agradable: y en fin, porque la dichosa señora es muger de endiablados conocimientos.

—¿De endiablados conocimientos? murmurò Croustillac.

—Si, de amistades endiabladas... amistades de co-razon, por no decir de otro modo, y con personas cuyo encuentro al anochecer suele ser muy temible en el bosque, en la playa ò á sotavento de la isla, agregó el capitan.

—En efecto, asi es, continuò con cierta espresion de terror un pasajero: en primer lugar debemos colocar al capitan de corsarios Huracan.

—Y despues de ese pirata, aadiò otro, à Terranco el alma... el cazador de Maria Galanda.

—¡Oh! y luego á Yumaale, aquel caribe antropófago de la bahía de los Caimanes.

—Hola! exclamò el caballero: la señora Barba-azul se anda en galanteos nada menos que con un cazador, un antropófago y un corsario! Cernos con la viudita!

—¡Oh! si, amigo mio; es una verdadera... lo que los españoles apellidan una *buenal alhaja*.

III.

El arribo.

En nuestro osado aventurero hicieron al parecer notable impresion las estrañas versiones que respecto á la moralidad de Barba-azul habia oido. Despues de permanecer un buen rato en el mas profundo si

lencio, preguntó al capitán.

—¿Quién diablos es ése hombre ó ese corsario á quien apellidan Huracan?

—Segun se dice, es un mulato de la isla de Santo Domingo, uno de los mas osados corsarios de las Antillas, el cual fué á establecerse en aquel pais hará como uno dos años, en una casita aislada, en la cual habita como un particular todavía. Se refiere que cuando andaba en curso hacía uso de ciertas especies de piraguas con trampa.

—Y qué clase de piraguas viene á ser esa? preguntó el caballero.

—Son unos grandes buques largos y angostos, enteramente pintados de negro, los cuales tienen una gran trampa ó escotillon en el fondo de la popa, próximo al timon, cuya trampa puede abrirse cuando se desee. Asi que se presentaba á la vista una embarcacion, Huracan se embarcaba con cincuenta de los suyos en una de dichas piraguas, yendo todos armados de espadas y pistolas: adelantábase en seguida por fuerza de rémos la piragua, pues no haciendo uso de las velas podia aproximarse con mas facilidad sin ser vista de la embarcacion que trataba de abordar. En seguida se dirigia en línea recta hácia ella; si se desconfiaba y se defendia, la artilleria podria hacer ó caso daño en la proa de la piragua por ser muy estrecha y tan cortante como el filo de un hacha: respecto á la fusilería Huracan hacía poco ó ningun caso de ella: cuando decidia dar el abordaje abria el escotillon de la piragua y empezando esta á hundirse por la popa, hasta los tripulantes mas cobardes se veian obligados á lanzarse sobre el puente del buque contrario por no sumergirse. Una vez en el abordaje cuantos oponian resistencia eran muertos á puñaladas, y los que no se resistian echados al agua: la presa la llevaba en seguida á Santo Domingo, donde vendía la ostra y su concha (así denominaban los piratas

al buque y su cargamento), repartiendo con sus compañeros las utilidades. Cuando no le restaba ni una moneda, hacia construir otra piragua con trampa, dando de nuevo principio otra vez à sus pirateñas: segun se dice, cuando se encuentra de buen humor se divierte en entregarse à calcular con Barba-azul el número de españoles é ingleses que al frente de sus corsarios matò, ó anegó, los cuales no bajan de tres à cuatro mil. Por este relato podreis haceros cargo del nene que será el tal Huracan.

—¿Y os figurais que esc endiab'ado matasiete no sea indiferente à Barba-azul? preguntó nuestro gascon.

—Segun se dice, todo el tiempo que no pasa en su casa permanece en el singular Castillo del Diablo.

—Eso à lo menos prueba, dijo Croustillac, que son muy poéticos los gustos de Barba-azul... ¿Pero y el cazador?

—A fé mia, exclamó un pasagero, que mejor querria yo tener por enemigo à Huracan que al dicho so cazador Te-arranco-el-alma.

—Lo que es su nombre no deja de prometer, repuso Croustillac.

—Y cumple, dijo el pasagero. A ese hombre yo mismo le he visto.

—¿Será terrible, es verdad?

—Por lo menos tanto como los jabalies y los toros silvestres, cuya caza es su principal ocupacion. Hará sobre poco mas ó menos un año que fui à verle à su choza de la gran Tari, al norte de la Martinica, à fin de comprarle pieles de toros silvestres. Se hallaba solo, rodeado de su jauría compuesta de veinte galgos, cuyo aspecto era tan salvage como el suyo: cuando llegué estaba ocupado en untarse el rostro con aceite de palmera, pues no se hallaba en él ningun sitio que no estuviese colorado, verde ó amarillo violeta

—Comprendo: como si le hubiesen aplicado un fuerte

puñetazo en el ojo, dijo el caballero, pero vamos al grano.

—Eso es, amigo mio: preguntéle que era lo que tenia, y me hizo la siguiente narracion:

—Los perros guiados por mi mozo hicieron salir de su guarida à un toro de dos años, el cual pasó cerca de mí, pero se me escapò; le disparo á la espalda un tirò, saltò á un jaral y allí le siguiò mi jauría, pero el toro hizo cara despedazándome dos perros; mientras yo cargaba de nuevo mi escopeta, llegó mi mozo, disparò y errò el tiro: al verse desarmado el muchacho quiso desjarretar al bruto, pero éste le despanzurrò y pisoteó; yo no podia desde el sitio en que me hallaba hacer fuego de nuevo sobre el animal por temor de acabar de matar al muchacho: empuñò el cuchillo de monte y me lanzo entre los dos; recibo una cornada que me abre el muslo, y en seguida otra, la cual me fracturó este brazo, (y al hablar así mostróme el brazo izquierdo, el cual tenia sostenido y sujeto al cuerpo con una porcion de enredadera): el bruto siguió corneándome, y como yo solo podia servirme de la mano derecha, aguardé una ocasion y en el instaute en que el animal, con el objeto de destrozarme, bajaba la cabeza para despedazarme, de un salto lo cojo con mis dientes por el hocico, y no suelto la presa (dejando atrás al mejor dogo inglés); mientras mis perros lo agarran por los costados.

—Vaya, que ese hombre es un verdadero Quijada, dijo Cronstillac con desden. Pardiez, si no tiene otros medlos de agradar, de veras compadezco á su querida.

—¿No os dije que es una especie de animal silvestre? contestó el pasajero: pero continuemos nuestra relacion.

—Cuando un toro se halla morcido en el hocico, prosiguió el cazador, pronto està aterrado. Al cabo de cinco minutos, aniquilado el bruto con la pérdi-

da de sangre que le ocasionaron mis tiros, cae de rodillas y da un vuelco: entonces los perros se le suben encima, còjenlo por el pescuezo, y me lo rematan. Entretanto, la lucha habia acabado con mis fuerzas y perdí mucha sangre: fuè la primera vez en toda mi vida que me desmayé, ni mas ni menos que una doncellita. Ahora vereis el resultado. Mientras me hallaba sin sentido, mis perros se divertian devorando á mi mozo, ¡En eso vereis cuán bien adiestrados los tengo!—¡Còmo! dije á Te-arranco-el-alma, ¿por que vuestros perros devoraron á vuestro mozo, decís que estan bien adiestrados? Confiésoos, no obstante, amigo Croustillac, dijo el pasajero dirigiendose à éste, confiésoos que estaba contemplando con sumo espanto á aquellos feroces animales que me rodeaban y husmeaban de un modo que me daba mucho que recelar.

—El hecho es que tales costumbres no dejan de ser un poco brutales, dijo el aventurero; y no creo que sea muy aficionado ese hombre de los bosques á usar el lenguaje del galanteo.., Así, ¿qué demonio de conversaciones puede tener con Barba-azul?

—Dios me libre de ir á escucharles, dijo el pasajero.

—Cuando Te-arranco-el-alma habrá dicho á Barba-azul: *He mordido a un toro en el hocico, y mis perros han devorado á mi compañero*, dijo el gascon, la conversacion por fuerza ha de decaer: á mas de que no todos los dias se dá á comer un hombre á los perros para tener un asunto de conversacion.

—A fé mia que no lo sabemos, dijo uno de los oyentes, ellos son capaces de cualquier cosa.

—Pero es imposible, dijo Croustillac, que un bruto como ese conozca todos aquellos leves esmeros y aquel lenguaje almibarado con que se gana el corazon de las hermosas,

—Ciertamente que no, respondió el narrador (á quien sospechamos de exagerar estraordinariamente

los sucesos), pues echa unos ternos y blasfemias capaces de hundir la isla: eso que tiene una voz... una voz semejante al mugido de un toro.

—La cosa es muy sencilla: á fuerza de tratar con ellos se le habrá pegado el acento, dijo el caballero; pero sepamos el fin de esta historia.

—A eso voy. Pregunté, pues, al cazador como se atrevia á sostener que eran bien adiestrados sus perros porque habian devorado un hombre.

—Voy á probaroslo, respondiome: mis perros están adiestrados de modo que nunca dan ni una dentellada al toro cuando está abatido; pues para vender las pieles es preciso que queden intactas. Una vez muerto el bruto, esos animales, por muy hambrientos que estén, tienen la paciencia de aguardar á que les den la racion. Aquella mañana tenía un hambre de los demonios: mi dependiente se hallaba medio muerto y anegado en su sangre; y como los trataba con mucha dureza, sin duda empezarian por lamerlo, luego, como dicen, comiendo se les aumentaria el apetito, y por fin los animalitos no pudieron resistir á la tentacion; de suerte, que solo dejaron los huesos del pobre mozo. En cuanto á mí, acaso no hubiera vuelto aun del desmayo, á no haberme mordido una serpiente de las de cabeza de aguti, que sin ser venenosas tienen una mordedura terrible. Volví en mi acuerdo, arranqué la serpiente de mi pierna derecha, en la que se habia enroscado, y cogiéndola en seguida por la cola, la hice dar tres ó cuatro vueltas como hubiera podido hacer con una honda, y le aplasté la cabeza contra un guayabo; examiné mi cuerpo, y hallé que casi no tenia nada; tan solo me encontré el muslo abierto de arriba á bajo, y el brazo fracturado; vendé el primero con una hoja de caña-corro, sujeta con un pedazo de enredadera, y por lo que respecta al brazo izquierdo, que se hallaba fracturado entre el codo y la muñeca, corté tres palitroques y

un pedazo de enradera, y me envolví fuertemente el antebrazo como un andullo de tabaco. Una vez aplicado el apósito marché en busca del mozo, del cual hasta entonces no me habia acordado, llaméle repetidas veces y no obtuve la menor respuesta; los perros, echados á mis piés, se hacian los tontos meneando la cola y mirándome como si no hubiese sucedido nada. Levántome al fin, y ¿qué creéis que se presentó á mi vista? los huesos del pobre mozo, que reconocí al instante por el cuerno en que llevaba la pólvora y la vaina de su cuchillo de monte; este era lo único que restaba del desdichado: pero volviendo à lo que decia antes, añadió Te-arranco-el-alma, finalizando su espantosa historia, lo que prueba hasta la evidencia lo bien enseñados que se encuentran mis perros, es que al toro no le faltaba ni un pelo de la piel... Conque, caballero, por este relato podreis haceros cargo quién será el cazador Te-arranco-el-alma.

—Veo bien, dijo Croustillac, que el tal cazador no tiene nada que envidiarle al corsario; pero la deducion que saco de todo esto es que Barba-azul casi merece compasión por no haber tenido hasta ahora donde elegir sino entre brutos semejantes... Y luego, añadió con cierto acento de lástima, esto es sumamente sencillo; ni aun siquiera tendrá idea la pobre muger de lo que es un hombre caballero y fino. El en su vida entera no comió otra cosa que legumbres, mal podrá concebir que haya manjares tan sabrosos ó succulentos como las perdices y faisanes: vamos, vive Dios, ya veo yo que me hallo destinado á instruir á Barba-azul en una infinidad de cosas desconocidas para ella, y presentar á su vista un mundo completamente nuevo. ¿Y el caribe? No tengo la menor duda de que este será digno por sus hazañas de figurar sin desventaja al lado de sus dos insignes ó feroces animales.

—Oh! dijo otro de los pasajeros, acerca de eso puedo yo dar noticias fundadas; como que hice este in-

vierno la travesía en su barco á Maria Galanda desde la Ensenada Arenosa. Me era en extremo urgente llegar pronto á aquel punto: el rio de Santas se habia desbordado, de modo que me hubiera sido necesario para encontrar un punto vadeable hacer un largo rodeo. En el momento de embarcarme ví en la proa una especie de figura de color oscuro: me aproximé, y ¿qué creereis que ví? una cabeza y dos brazos disecados á modo de momia, que causaban la ilusion de un figuron puesto por adorno en la piragua.

El caribe, taciturno, como lo son generalmente todos los salvages, remaba sin pestañear: al llegar á la altura del islote de los Cangrejos, en donde meses antes se habia estrellado un bergantin español, preguntéle:—¿No fué en este punto en donde naufragó no hace mucho tiempo un bergantin español?—Por toda contestacion hizo una señal afirmativa con la cabeza. Debo deciros que á bordo de aquella embarcacion se encontraba el reverendo padre Simon, misionero extranjero, cuya fama de santidad se hallaba tan estendida, que hasta los mismos caribes tenian conocimiento de ella. Díjele, pues, á Yumaale.—Aquí tambien murió el padre Simon, ¿oiste hablar alguna vez de él?—Volvió por respuesta á hacer otra seña afirmativa con la cabeza, pues los salvages evitan todo lo posible decir cualquier pa'abra que puedan sustituir con gestos ó movimientos.

—¡Era un escelente hombre! continuó.

—Yo comí de él: respondió aquel idólatra desdichado, con acento de la mas feroz y orgullosa satisfaccion.

—Modo como cualquier otro es de probar á una persona y de participar de sus principios, interrumpió Croustillac.

—Al pronto no pude comprender el atroz significado de las palabras de aquel terrible antropófago, pero cuando se las hube hecho explicar, supe que despues

de no sé qué salvaje ceremonia, el misionero, y dos marineros que con él se habían salvado en un islote desierto, fueron sorprendidos allí por los caribes y devorados al punto. Como yo reprendiese tan terrible barbarie á Yumaale, haciéndole presente cuán horroroso y detestable era haber inhumanamente sacrificado á su sangrienta rabia á aquellos tres desventurados franceses, á lo cual me respondió sentenciosamente, como queriendo manifestar que no dejaba de penetrar la fuerza de mis razonamientos, y clasificando, ya que no el valor, por lo menos el *sabor* de tres diferentes naciones, dijo: «Tienes razon: español jamás; francés amenable; inglés siempre.»

—Lo cual prueba, dijo Croustillac, que la carne de inglés es sin duda alguna mas exquisito bocado que la de francés, y que el español es mas duro y correoso que el mismo demonio: pero con esa bestial glotonería vendremos á parar con que el dia menos pensado se cena á Barba-azul... toda vez que eso sea cierto.

—Muy cierto es por desgracia, caballero.

—En tal caso lo que viene á resultar positivamente es, que esa endiablada viuda, vieja ó jóven, no es insensible á los groseros atractivos de Yumaale, Te-arranco-el-alma ó el Huracan.

—Esa es la voz pública á lo menos.

—¿Y van con frecuencia á su castillo?

—Siempre que Yumaale no se encuentra en los bosques; que no anda el Huracan en corso ó que no anda por el monte Te arranco-el alma, pasan su tiempo al lado de Barba-azul.

—¿Y nunca se encelan el uno del otro?

—Como la tal Barba-azul es mas imperiosa y despótica que un sultan, les ha prohibido tener celos.

—¿Cáspita!... Pues no se ha arreglado mal serrallo! ;Pero vaya, señores, como no ignorais que soy gan,cos y como á mis paisanos se les atribuye la costumbre de

exagerar en demasía las cosas, sin duda alguna que-
reis chancearos conmigo!

El capitán Daniel dijo entonces con un aire demasia-
do sério, para que se le pudiese atribuir fingimiento:

—Cuando llegemos á la Martinica, podeis pregun-
tarle quién es Barba-azul al primer criollo que veais,
y llévenme cien mil y quinientas brigadas de demonios
sino os dice con respecto á ella y á sus tres amigos
lo mismo exactamente que acabais de oír.

¿Y me hablará tambien del mismo modo que voso-
tros con respecto á sus inmensas riquezas? preguntó
el aventurero.

—Lo que os dirá es que la mas hermosa habitacion
de la isla es el Castillo del Diablo, y que una factoría
que, dirigida por un encargado, tiene en el fuerte de
San Pedro, la despacha al año cinco ó seis buques co-
mo el que acabamos de ver.

—Entonces ya voy comprendiendo lo que es esto,
dijo con aire burlon Croustillac; Barba-azul se encon-
trará aburida de riquezas y placeres, para encontrar
una distraccion quizás sea capaz, si le da el capricho
de piratear, cazar y hasta *antropofaguear*.

—Si así se le antojase, dijo el capitán, muger es
de temple para no reparar en pelillos.

En aquel instante apareció sobre cubierta el padre
Grifon.

—Padre mio, le dijo Croustillac, ahora me encon-
traba diciendo á estos caballeros que se nos achaca
á los gascones que inventamos grandes patrañas;
¿pero es cierto todo lo que de Barba-azul se refiere?

La fisonomia del reverendo, aun cuando por lo re-
gular placentera y alegre, se oscureció súbitamente; y
respondió con cierta gravedad.

—Hijo mio, jamás pronuncieis el nombre de esa
muger.

—¿Cómol ¿será cierto? capaz seria de sustituir á sus

difuntos maridos con un cazador, un caribe y un pirata? ¡Eso es atroz!

—Basta, hijo, basta: no hablemos del Castillo del Diablo ni de nada de cuanto pasa en él.

—Pero, padre, ¿es esa mujer tan rica como dicen? preguntó el aventurero cuyos ojos chispeaban de codicia: ¿tiene inmensos tesoros? ¿es hermosa? ¿es jóven?

—¡Libreme Dios de averiguarlo!

—¿Es cierto que dió muerte á sus tres maridos? Siendo, así, ¿cómo la justicia ha dejado impune crímenes tan horrendos?

—Crímenes hay, hijo mio, que pueden escapar á la justicia humana, pero ninguno se libra de la de Dios. Por otra parte, ignoro si esta mujer es tan criminal como se dice. Os ruego otra vez que no hablemos mas de este asunto.

Esta conversacion parecia afectar en extremo a religioso.

De repente el caballero Croustillac se puso en jarras, calòse el sombrero hasta las cejas, retorcióse e bigote y exclamó con un desenfado de que él solo era capaz:

—Caballeros, decidme: à ¿cuánto estamos del mes?

—A 12 de julio, respondiò el capitan.

—Pues bien, señores, prosiguió el gascon, Consiento en perder el nombre de Croustillac, en que caiga la mancha de felonía sobre mis blasones, si de aquí á un mes, dia por dia, á despecho de todos los piratas de todos los cazadores, y de todos los antropófagos de la Martinica y del universo, no es Barba-azul esposa del caballero Polifemo de Croustillac.

Por la noche cuando el aventurero iba á retirarse al entrepuentes, llamòle á parte el padre Grifon, y empleó todos los medios imaginables para averiguar si sabia algo mas de lo que aparentaba en el asunto de Barba-azul. La estremada insistencia con que Crousti-

llac, inquirió sobre ella y los que la rodeaban desper-
tò ciertas sospechas en el buen sacerdote. Pero des-
pues de haber conversado un buen espacio, conoció
que Croustillac se habia espresado en aquellos tér-
minos por casualidad y jaectancia.

—No importa, dijo para sí el padre Grifon con aire
pensativo, al ver que se alejaba Croustillac; no perde-
rè de vista á este aventurero. Su aire es de un loco ó
de un calavera; pero los pícaros saben cubrirse con
todas las máscaras!... Ah! exclamó en seguida, este úl-
timo viaje me impone grandes deberes con respecto á
los habitantes del Castillo del Diablo! Ahora su secreto
es, por decirlo así, mio .. pero he debido hacer lo que
he hecho... ¡Ojalá puedan disfrutar por mucho tiempo
de la felicidad á que son acreedores y librarse de los
lazos que se les tienden!... Ah! ¡cuán peligrosos ene-
migos son algunos!... Con frecuencia se paga muy caro
el honor de haber nacido en ciertos parajes... Despues
prosiguió el digno religioso exhalando un profundo sus-
piro: ¡Desgraciada y angelical muger!... Se me des-
pedaza el corazon al oír hablar de tí en términos tan
injuriosos... No obstante, fuera grave indiscrecion to-
mar tu defensa... en estos rumores se funda vuestra
seguridad, nobles criaturas, por quien tanto me inte-
reso

Despues de haber hecho el padre Grifon otras va-
rias reflexiones, dijo entre sí:

—Por un momento llegué á tomar á este aventurero
por un emisario de Inglaterra; pero sin duda me en-
gañé... Sin embargo, no lo perderé de vista... Para ello
será muy oportuno ofrecerle hospitalidad, y así no se
me escapará ninguna de sus operaciones. En todo caso,
prevendré á mis amigos del Castillo del Diablo que au-
menten todo lo posible sus precauciones; no sé por qué
la llegada de ese gascon me llena de inquietud.

Debemos advertir al lector, que las sospechas del pa-
dre Geifon con respecto á Croustillac eran muy infun-

dadas, pues nuestro aventurero no era mas que un pobre diablo, un caballero de industria, tal como lo hemos descrito. Solo la alta opinion que tenia de si mismo fuè causa de su impertinente apuesta sobre casarse antes de un mes con Barba-azul.

IV.

La casa del cura.

Hacia tres dias que el *Unicornio* habia llegado á la Martinica. Como el padre Grifon tenia que arreglar algunos asuntos antes de volver á su parroquia de Macuba, aun no habia salido del fuerte de San Pedro.

El caballero de Croustillac veíase trasplantado á las Colonias sin mas que tres escudos en el bolsillo. Así el capitán como los pasajeros tomaron por una fanfarronada el empeño en que se metió de casarse con Barba-azul antes de un mes. Pero Croustillac, lejos de haber abandonado su designio, persistia mas y mas en él desde su llegada á la Martinica, donde pudo informarse de las riquezas de Barba-azul, y convencerse de que si por una parte envolvía el misterio mas profundo la existencia de aquella estraña muger, siendo asunto de las mas estravagantes exageraciones, por otra resultaba cierto que poseia una fortuna colosal.

Tocante á su figura, edad y origen, como nadie en la isla estaba mejor informado que el mismo padre Grifon, tampoco podian darle las instrucciones que deseaba. Solo sí que era estrangera, y que su mayordomo llegó antes que ella á la isla para comprar una plantacion magnífica y edificar allí el Castillo del Diablo, situado al Norte, en el sitio mas desierto é inaccesible de la Martinica.

Al cabo de algunos meses supóse que acababan de llegar el nuevo habitante y su esposa: uno ó dos curiosos de la isla se arriesgaron á penetrar en las soledades del Castillo del Diablo, donde tuvieron un acogimiento verdaderamente real; pero no pudieron ver á los dueños de la casa.

A los seis meses de esta visita supóse la muerte de aquel primer marido, que tuvo lugar durante un corto viaje que ambos esposos hicieron á Tierra-Firme.

Después de un año de ausencia y de viudez, regresó Barba-azul á la isla con un segundo esposo.

Este, á lo que se dijo, murió accidentalmente estando de paseo con su muger; pues habiéndosele resbalado un pié, cayó en uno de estos insondables abismos que son tan comunes en el suelo volcánico de las Antillas. Tal fué á lo menos la esplicacion que dió su muger sobre esa muerte misteriosa.

En cuanto al tercer marido y á su fallecimiento, nada absolutamente se sabia.

Estas tres muertes, tan inmediatas y tan funestas, los estraños rumores que empezaban á difundirse sobre aquella muger, al fin llamaron la atencion del gobernador de la Martinica, que lo era entonces el caballero de Crusol; quien acompañado de una escolta se dirigió hácia el Castillo del Diablo.

Así que hubo llegado al espeso bosque en cuya cumbre se hallaba la habitacion de Barba-azul, encontró á un mulato que le entregó una carta.

Cuando la hubo leído, Mr. Crusol pareció sobrecogido de admiracion; en seguida mandó á su escolta que le aguardase, y siguió al esclavo.

Pasada una hora volvió el gobernador juntamente con su guia, y otra vez tomó el camino de San Pedro. Algunas personas de la escolta advirtieron que estaba muy pálido y agitado. Desde entonces hasta su muerte, acaecida trece meses después de aquella visita, dia por

dia, ni una sola vez se le oyó pronunciar el nombre de Barba azul

Mr. Crusol hizo una estensa confesion al padre Griffon, á quien espresamente mandó ir desde Macuba .. Y observóse que al separarse éste de su penitente tenia la fisonomía muy trastornada.

Desde dicha época la funesta y misteriosa fama de Barba-azul cobró un extraordinario acrecentamiento. La supersticion tomó su parte en el terror que inspiraba esta muger, y ya no se pronunció su nombre sin espanto.

Habia una conviccion general de que habia asesinado á sus tres maridos, y que únicamente á fuerza de derramar oro se libraba del rigor de las leyes, comprando con magníficos regalos el apoyo de los diferentes gobernadores que se sucedieron en la isla.

Nadie, pues, tenia deseos de ir á turbar el sosiego de Barba-azul en su agreste y solitaria morada, sobre todo desde que el pirata, el cazador y el caribe habian llegado á ser los comensales, y hasta los consoladores de la viuda.

Aunque estos sugetos no habiaa cometido ningun crimen contra las leyes, se esparcian mil cuentos casi fabulosos sobre su ferocidad. Segun se aseguraba, habian declarado que perseguirian con un odio y venganza implacables á cualquiera que tratase de acercarse á Barba-azul.

A fuerza de repetirse y exagerarse estas amenazas, al fin produjeron su efecto: los isleños ya no cuidaron de ir á arriesgar su vida por penetrar los misterios del Castillo del Diablo. Era necesaria toda la audacia desesperada de un gascon lleno de apuros, para tratar de penetrar el secreto de Barba-azul, y casarse con ella.

Tal era en efecto el designio de Croustillac, que por insensato que fuese, no era hombre que renunciase fácilmente á la esperanza de casarse con una muger millonaria; por lo demás, hermosa ó fea, jóven ó vieja,

todo le era igual. Contaba para alcanzar su intento con su bella figura, talento, amabilidad y aire noble, al par que galanteador; pues nuestro caballero continuaba teniéndose en el mejor concepto: tambien contaba con su destreza, astucia y resolucion.

En efecto, un hombre resuelto y despejado, que nada posee ni nada teme, que tiene suma confianza en sí mismo y en su estrella, y que se se dice como se decia Croustillac: «esponiéndome á la muerte de un minuto (que es cuanto puede suceder) quizás alcance una vida rodeada de lujo y la opulencia:» un hombre semejante es capaz de hacer diabluras, sobre todo si se propone un fin tan magnífico y tan halagüeño cual el que Croustillac se proponia.

El padre Grifon, segun habia resuelto, así que hubo terminado algunos negocios que lo detenian en San Pedro, ofreció acompañar al caballero á Macuba, cuya mansion le ofreció tambien durante el tiempo que tardase el *Unicornio* en hacerse á la vela para Francia. El lugar de Macuba distaba solo unas cuatro ó cinco leguas del Castillo del Diablo. El caballero, que pronto hubo gastado sus tres escudos y se hallaba sin blanca, aceptó el ofrecimiento del padre: sin informarle aun de su resolucion tocante á Barbazul, no queriendo manifestársela hasta en el momento de ponerla en ejecucion.

El caballero y el sacerdote, despues de haberse despedido del capitan Daniel, embarcáronse en una piragua, y ayudados de un favorable viento sud, hicieronse á la vela para Macuba. Croustillac parecia indiferente á la magnificencia y novedad de los paisajes que le presentaban á la vista las costas de la Martinica vistas desde la mar; y ni aun atraía sus miradas aquella vigorosa vejetacion de los trópicos, cuyo verdor tenia una crudeza y un matiz casi metálico y que se destacaba de un celaje inflamado. Tenia al contrario la vista fija en el surco brillante que

dejaba la piragua en pos de sí, y creía ver centellear en él los diamantes de Barba-azul; las verdes y relucientes yerbecillas desprendidas de los prados submarinos, en que se apacientan las grandes tortugas y lamantines, se le figuraban las esmeraldas de la viuda; así como las gotas de agua que caían de los remos y en que se refractaban los rayos solares, traíanle á la imaginación los sacos de perlas finas de que era poseedora la terrible habitante del Castillo del Diablo.

El padre Grifon estaba profundamente sumergido en sus pensamientos: despues de haberlos dirigido hácia sus amigos del Castillo del Diablo, acordábase con cierta mezcla de inquietud y de alegría de su pequeña grey de feligreses: pensaba también en su huerto, en su sencilla y pobre iglesia, en su habitacion, en su jaca, en el perro y en los dos negros, á quienes el buen padre les hacía amable la esclavitud. Además si hemos de ser francos, dirémos que unas conservas que había hecho antes de su partida ocupaban también su idea por ignorar qué había sido de ellas.

En el espacio de tres horas llegó á Macuba la piragua, y fondeò en una reducida ensenada cerca del rio que riega aquel pueblo, uno de los mas fértiles de la Martinica.

La llegada del padre Grifon no se esperaba ciertamente. Apoyóse éste en el brazo del caballero; y despues de haber andado un trecho por la playa, en que se estrellaban las enormes olas del mar de las Antillas, llegaron al pueblo de Macuba, el cual constaba apenas de unas cien casas, hechas de madera y cubiertas con caña y tablitas de palmera.

Elevábase la poblacion sobre un llano semicircular, que seguía la línea cóncava de la ensenada de Macuba, á donde iban á guarecerse varias piraguas y barquillas de pescadores. La iglesia consistía en un estenso edificio de madera, de cuyo centro se elevaban cuatro vigas con un cobertizo en su parte supe-

rior, de que pendia una campana. Descollaba sobre todo el pueblo, aunque se hallaba dominada por inmensos collados cubiertos de una frondosísima vegetación, y que formaban un anfiteatro de verdura.

Dirigíase á mas andar el sol hácia su ocaso, mientras el sacerdote iba subiendo por la única calle que cruzaba á lo largo el pueblo de Macuba y que conducía á la iglesia. Varios negritos que se revolcaban por el suelo enteramente desnudos, huyeron gritando así que divisaron al padre Grifon: y una multitud de criollas blancas ó mestizas, con sus largos vestidos de indiana y de madrás, de colores sumamente vivos, salieron á los umbrales de las puertas, y al reconocer al padre Grifon diéronle vivas muestras de sorpresa y regocijo: jóvenes ó viejas, todas corrieron á besarle la mano diciendo en su lengua criolla:—Sed bien venido, sea feliz vuestro regreso: pues ciertamente haciais aquí gran falta.—Luego salieron varios hombres que rodearon al reverendo, saludándole con iguales espresiones de entusiasmo y de respeto.

Mientras el digno eclesiástico hablaba con sus feligreses sobre los acontecimientos que acaso se hubiesen verificado en Macuba durante su ausencia, al paso que él les daba noticias de Francia, las amas de las casas, temiendo que el buen cura no hallaria en su habitacion bastantes provisiones, fueron á buscar en sus despensas, ésta un hermoso pescado, aquella una pieza de caza, la otra un famoso cuarto de venado, y la de mas allá frutas y legumbres, cuyo voluntario diezmo llevaron los negritos á casa del padre Grifon.

Dirigíose éste á dicha casa, situada á mitad de la cuesta y algo distante de la poblacion, en un sitio que dominaba al mar.

Nada mas sencillez y humilde que la casa del cura de Macuba: estaba fabricada de madera y cubierta de cañas: sólo tenia una habitacion en el plan terreno:

en las ventanas habia en lugar de cristales unas cortinas de lienzo muy claro. Una gran pieza, que servia juntamente de salon y de comedor, comunicaba con la cocina; á la derecha de esta pieza principal estaba el cuarto de dormir del padre Grifon, así como otros dos cuartitos que se abrian por la parte del jardin, destinados á los extranjeros, ò á otros curas de la Martinica que alguna vez iban á visitar á su cofradé. Un gallinero, una caballeriza para su jaca, un alojamiento para dos negros, y algunos cobertizos, completaban dicha habitacion, cuyos muebles mostraban la mas sencilla rusticidad.

El jardin estaba cuidado con grande esmero: cuatro calles principales lo dividian en diversos cuadros, orillados de tomillo, espliego, sépol, hisopo y otras plantas aromáticas.

Estos cuadros principates se subdividian en varias tablas para frutas y legumbres, intercaladas con hileras de flores de simple recreo. Finalmente, desde dos cenadores cubiertos de jazmin de Arabia y de enredaderas odoríferas, descubriase en lontananza el mar y las tierras altas de las demás Antillas.

No podía imaginarse cosa mas fresca y agradable que aquel jardin, en que las flores mas hermosas se mezclaban con las mejores frutas y con las mas sabrosas legumbres.

Á un lado se veian una multitud de melones de color de ámbar, rodeados de granados cortados casi á flor de tierra como bojes, y cubiertos de purpúreas flores y de pesados y abundantes frutos que tocaban al suelo. Mas léjos, un cuadro de guisantes de Angola, de largas y verdes bayas y de flores azules, estaba cercado de una hilera de frangipanes blancos y rosados, que exhlaban suavísimo olor.

Plantas de zanahorias, de acederas de Guinea, de verdolagas y de guimgambo, ocupaban el centro de

una cuádruple línea de tuberosas de los mas hermosos colores.

En fin, aromatizaba el ambiente un cuadro de ananás, cercado por un seto de cactus, de anaranjados cálices y plateados pistilos.

Detrás de la casa estendíase un vergel formado de cocoteros, plátanos, guayabos, tamarindos y naranjos. cuyas ramas se encorvaban hácia el suelo agobiadas bajo el peso de los frutos.

Recorrió el padre Grifon las calles del jardin con imponderable satisfaccion, fijando sus miradas en cada árbol, en cada planta y en cada flor, y examinándolo todo detenidamente. Seguíanle sus dos negros, llamado el uno *Monsiur* y el otro *Juan*, que lloraban de gozo de volver á ver à su amo, en términos que en medio de su emocion no respondian á ninguna pregunta, pudiendo solo decirse el uno al otro:

—;Buen Dios! él aqui! él aqui!

Insensible el aventurero á este sencillo regocijo, seguia maquinalmente al cura; ardiendo en deseos de preguntarle si acaso al través de los bosques que se veian á lo lejos en forma de anfiteatro podria divisarse el camino del *Castillo del Diablo*.

Luego que el buen cura hubo examinado el jardin, fué à visitar á su jaquita, que llamaba *Granadilla*, y á su gran dogo inglés, llamado *Snog*. Asi que abrió la caballeriza, saltóle el perro encima con tal furia, que por poco con sus caricias lo derriba al suelo. No eran ladridos los que daba, sino aullidos de gozo, arrebatos de afecto tan violentos, que el negro *Monsiur* tuvo que cogerlo por el collar y aguantarlo, mientras que el padre Grifon acariciaba á *Granadilla*, cuyo reluciente pelo y firmeza de carnes demostraban el esmero particular con que la cuidaba el negro encargado de la caballeriza.

Luego que el cura terminó el minucioso exámen de sus propios dominios, condujo á *Croustillac* al aposento

que le estaba detinado, el cual daba al jardin. Una cama cubierta con uu mosquitero, un campé de paja, un cofre de caoba y una mesa, componian el mueblaje de la estancia, sin mas adornos que un crucifijo suspendido del rústico enmaderamiento.

—Hallareis uua hospitalidad muy sencilla y humilde, dijo el cura á su huésped: sin embargo, se os ofrece con toda el alma.

—Y la acepto con el mas profundo agradecimiento, padre, dijo Croustillac.

En este instante fué *Monsiur* à avisar que estaba pronta la comida; y el padre Grifon, seguido de Croustillac, se dirigió al comedor.

V.

La sorpresa.

En una especie de cornucopia ardia una vela de cera amarilla que alumbraba la mesa. Cubrídala un mantel de lienzo basto pero sumamente limpio: nada era de plata; los tenedores eran de acero y las cucharas de palo de arce, todo igualmente limpio: una botella de vidrio azulado contenia como una azumbre de vino de Canarias y en un jarro de estaño veíase espumar el *voagou*, especie de bebida fermentada con el crujo de la cañamiel: por último, en un cántaro de tierra sigilada se conservaba el agua tan fresca como si fuese refrescada con hielo.

Una hermosa dorada, asada sobre las ascuas al modo de los cáribes, un papagayo tamaño como un faisán y asado tambien, dos platos de cangrejos cocidos en su misma concha y rociados con zumo de limon,

y una ensalada de verdes guisantes, todo lo colocó simétricamente el negro *Juan* al rededor de una gran cesta de mimbre de caribe, en la que se elevaba una pirámide de frutas, cuya base la formaban un melon de Europa, una sandía y un melon de agua, y en la cúspide descollaba un ananas. Finalmente, para postres habia unas tajadas de palmito adobadas con vinagre, y unos pescaditos muy pequeños y blancos conservados en salmuera con pimienta; capaz todo de avivar el apetito y la sed á un difunto.

—¡Mi reverendo padre, dijo Croustillac, veo que os tratais con una magnificencia verdaderamente real; ¡Esta isla es la tierra de promision!

—A escepcion del vino de Canarias, que me regalaron, todo lo demás, hijo mio, procede del jardin que cultivo, ò de la pesca y la caza en que se ocupan mis dos negros; pues gracias á su prevision y á que supieron de antemano mi llegada por un patron del fuerte de San Pedro, me han sido por demás las provisiones de mis feligreses... ¿Conque quereis que os sirva de este papagayo, amigo mio? dijo el padre Grifon al caballero que al parecer halló sabrosísimo el pescado.

Vacilò Croustillac un momento, mirando al cura con aire indeciso, y diciendo al cabo:

* —No sé por qué me parece una cosa muy estraña el comer papagayo.

—Probadlo, probadlo, dijo el cura poniéndole un alon en el plato. Observadlo, y luego decidme si un faisán tiene una carne mas gorda, rolliza y dorada! Está perfectamente sazonado: ¿no percibís que olor despide?

—Huele mucho à especias, dijo el caballero.

—Proviene de que estas aves son muy golosas de las bayas del palo de India, muy abundantes en nuestros bosques, y como estas bayas tienen juntamente el sabor de canela, de clavo y de pimienta, la carne parti-

le pediríais cuenta de mi muerte. Así que, á nada me arriesgo, como no sea á ver desechados mis homenajes. En este caso, si me desecha, seguiré haciendo las delicias del capitán Daniel durante sus travesías, tragando cabos de velas encendidas y poniendo botellas en equilibrio sobre la punta de mi nariz. Esta posición ciertamente es honrosa y divertida, no obstante preferiría otra. Así, padre mio, decid lo que os parezca, que yo estoy resuelto á probar la fortuna yendo al Castillo del Diablo: tengo un secreto presentimiento de que saldré con la mia, y de que estoy en vísperas de ver tomar á mi destino el aspecto mas brillante. Veo mi porvenir de color de oro: no sueño mas que con palacios y magnificencia, riquezas y hermosura; paréceme (y perdonad mi comparacion pagana) que el Amor y la Fortuna me conducen por la mano diciéndome: «Polifemo de Croustillac, la felicidad te aguarda.» Acaso me direis, mi estimado padre, añadió el aventurero, echando una mirada chancera á su deslucida casaca, que voy vestido lastimosamente para presentarme con la bella compañía del Amor y la Felicidad, pero Barba-azul, que debe ser inteligente en la materia, conocerá al momento que este ruin vestido cubre el corazón de un Amadís, el ingenio y agudeza de un gascon, y el valor de un César.

El padre Grifon; en vez de reirse de las chanzas del aventurero, guardó silencio por algunos instantes, y al cabo le dijo con tono solemne:

—¿Con que vuestra determinacion es irrevocable?

=Absoluta è invariable, padre mio.

=Oidme, pues: yo recibí una confidencia de Crussol, último gobernador de esta isla, el mismo que despues de haber desaparecido el tercer esposo de Barba-azul se dirigió solo al Castillo del Diablo.

=Bueno!

—Respetando el secreto de su confidencia, puedo y debo deciros que si persistís en vuestro insensato pro

yecto os esponéis á grandes é inevitables peligros. No hay duda que si llegáseis á perder la vida, no quedaria el crimen impune; pero ningun medio habria de evitar la suerte fatal á que quereis esponeros. ¿Quién os obliga á ir al Castillo del Diablo? La señora que lo habita quiere vivir solitaria, los alrededores de su morada son tales que os fuera imposible franquearlos sin emplear la violencia; y ya sabeis que en todos los paises, y muy particularmente en el nuestro, se espone á grandes peligros aquel que intenta violar la propiedad ajena; y en vos fueran estos peligros tanto mas inútiles cuanto que es imposible toda union entre vos y aquella viuda, aun cuando fuéseis tan rico como en realidad sois pobre, aunque fuéseis un príncipe.

Estas palabras hirieron vivamente el amor propio del caballero, quien contestò:

—Padre mio, esta muger es muger... y yo soy Croustillac.

—¿Y qué quiere decir esto, hijo mio?

= Que esa muger es libre, que no me ha visto todavía, y una mirada, una sola mirada puede cambiar completamente sus resoluciones.

=No lo creo.

=Padre mio: tengo la mas alta y ciega confianza en vuestras palabras; conozco toda su autoridad; pero se trata del bello séxo, y... no podeis conocer el corazon de las mugeres como lo conozco yo: no sabeis de qué inexplicables caprichos son capaces; no sabeis que lo mismo que hoy les gusta, les disgusta mañana, y desean hoy lo que no quisieron ayer... ¡Las mugeres, padre mio, las mugeres!... con ellas se necesita audacia para lograr buen éxito; de manera que si no fuese por el respeto con que miro vuestro hábito, os contaria lances muy atrevidos y empresas muy osadas, que me han valido una amorosa recompensa.

=Hijo!

—Ya me hago cargo de vuestra susceptibilidad... Pe-

ro volviendo á Barba-azul, digo que una vez que me halle á su presencia, la trataré con desparpajo y altanería... la trataré como vencedor, por no decir como el leon que acude con altivez á apoderarsê de su presa.

Las reflexiones del caballero fueron interrumpidas por un accidente imprevisto. Como hacia mucho calor, habian dejado entreabierta la puerta que daba al jardin. El caballero, vuelto de espaldas á ella, estaba sentado en un sillón cuyo respaldo no era muy alto, y en dicho respaldo oyóse de repente un golpe seco precedido de un silbo agudo.

Esto hizo saltar de su asiento al padre Grifon, quien corrió á tomar un fusil de un astillero colocado en su cuarto, y salióse luego gritando:

=¡Juan! ¡Monsiur! ¡pronto tomad vuestros fusiles y venid conmigol... ¡Los caribes nos atacan!...

VI.

El aviso.

Todo pasó con tanta instantaneidad, que el caballero quedó aturdido.

=¡Arriba! arriba! le dijo gritando el padre Grifon: ¡los caribes! Mirad en el respaldo de vuestra silla, y apartaos de la luz.

Levantóse prontamente Croustillac, y vió una flecha de tres pies de longitud hondamente clavada en el respaldo de su sillón: dos pulgadas mas alta que hubiese ido, quedaba traspasado el caballero en medio de las espaldas.

Tomó su espada, que habia dejado en una silla, y corrió en seguida tras del cura, quien al frente de

sus negros armados y precedido de su fiel dogo, buscaba por todas partes al agresor.

Desgraciadamente la puerta del comedor daba al vergel, que solo estaba separado de los bosques cercanos por medio de un débil enrejado. A mas era sombría la noche; y el que disparò la flecha sin duda debia estar ya muy lejos, ò escondido en las ramas de algun árbol,

El perro *Snog* ladraba y rastreaaba con mucho afan; y el padre Grifon llamò á sus dos negros viendo que se alejaban imprudentemente del vergel.

—Veamos, buen padre, ¿en dónde están? decia Croustillac blandiendo su tizona. ¿Vamos à darles una carga? venga un farol y haremos un reconocimiento en el vergel y contornos de la casa.

—No, hijo mio, no; el farol solo serviria de blanco á la puntería de los sitiadores, dado que sean varios, y os espondriais demasiado á recibir de lleno alguna flecha en medio del cuerpo.—¡Vamos! añadió el cura, despues de un rato de aguardar: esto no ha sido mas que una voz de alarma, volvamos á casa y demos gracias á Dios por la poca destreza de ese idòlatra, pues poco faltò que no os hiriese... Pero lo que me admira, y de ello doy gracias á Dios, es que haya errado el tiro; un caribe tan osado que se arriesga de esta suerte, debe de tener un ojo muy certero y una mano muy ejercitada.

—¿Pero qué mal habeis hecho á estos salvajes, padre mio?

—Ninguno. Con frecuencia les he ido à ver en sus cabañas en la isla de las Santas, y he recibido el mejor acogimiento: de suerte que no puedo comprender el objeto de este ataque. Examinemos, pues, esta flecha y en su hechura conoceré si es flecha de caribe.

—Es preciso estar de guardia } esta noche, dijo

Croustillac, y para ello fiad en mi. Ya veis que mi ánimo no se limita al amor.

—No lo dudo y acepto el ofrecimiento; voy á mandar que cierren las ventanas con los postigos con troneras; y que embarren fuertemente las puertas. Snog será nuestra centinela avanzada. ¡Oh! no seria la primera vez que esta casa de madera ha sostenido un sitio: hace dos años la atacaron unos doce piratas ingleses, pero con mis negros y el procurador fiscal de Cabesterra, que casualmente se hallaba aquí, les dimos una buena mano á los tales piratas.

Esto diciendo el padre Grifon entró en el comedor, con bastante trabajo pudo arrancar la flecha que estaba fija en la silla por la aserrada punta, y exclamó admirado:

—¡Hay un papel en el extremo!

Luego desplegándolo leyó lo siguiente:

Primer aviso al caballero de Croustillac —Respeto y adhesion al padre Grifon.

El cura miró al caballero sin decir una palabra; y este tomó el papel, lo leyó igualmente y dijo:

—¿Qué significa esto?

—Esto significa que no me engañé al hablaros de la certera ojeada de los caribes. El que ha disparado esta flecha os hubiera muerto si así lo hubiese querido: ¿Veis esta punta aserrada, y sin duda envenenada? ha penetrado tres dedos en el respaldo de esa silla de palo de hierro. A haberos acertado sin duda perdíais la vida. ¡Qué destreza no se necesita para dirigir así el tiro!

—Pardiez, padre mio, que encuentro el golpe tanto mas diestro, cuanto que no me ha acertado, dijo el gascon; ¿pero qué diablos he hecho yo á ese salvaje?

—El cura golpeóse la frente y exclamó:

—¿No os lo decia?

—¿Qué me deciais, padre mio?

—*Primer aviso al caballero de Croustillac.*

—Y qué?

—Qué? que este aviso procede del Castillo del Diablo.

—Lo creéis así?

—Estoy cierto: se han sabido vuestros proyectos, y se os quiere obligar à renunciarlos.

—¿Y cómo pueden haberlos sabido?

—A bordo del *Unicornio* no los habeis ciertamente disimulado: algunos de los pasajeros que desembarcaron hace tres dias en San Pedro habrán hablado del asunto, y llegando á noticia del comerciante que dirige la factoría de Barba azul, este lo habrá comunicado á su señora.

—No puedo menos de confesar que Barba-azul tiene su correspondencia por unos medios muy particulares: ¡es una bribonzuela!

—No hay duda; pero confio en que aprovecharéis la leccion, dijo el cura; y luego añadió, dirigiéndose á los negros que traian los postigos con troñerillas y las barras para atrancar las puertas.

—Es inútil, hijos míos; ahora veo que nada hay que temer.

Acostumbrados los negros á una absoluta obediencia, se fueron otra vez con su aparato defensivo.

El caballero contemplaba admirado al buen eclesiástico.

—No hay duda, prosiguió: la palabra de los habitantes del Castillo del Diablo es sagrada, por consiguiente nada tengo que temer de su parte; ni vos tampoco, hijo mio, puesto que estais avisado, y sin duda renunciareis á vuestros insensatos proyectos.

—Yo?

—Cómo!

—Que me vuelva en este instante tan negro como *Juan y Monsieur* si renuncio á mi empresa.

—Qué decís? á pesar del aviso?

—En primer lugar, ¿quién me asegura que el tal aviso me venga de Barba-azul? ¿No puede acaso proce-

der de algun rival, del cazador, del pirata, ò del caribe; pues tengo para escoger en punto á enamorados de la beldad del Castillo del Diablo?

—Y qué importa esto?

—Cómo, qué importa? Voy á enseñar á esos bellacos cuanto vale la sangre de Croustillac... Ah! creen intimidarme, pero no saben lo que es esta espada, que se agitaria por sí misma dentro de la vaina, y la hoja se derritiera de indignacion si llegase á renunciar á mi empresa.

—Hijo mio: ¡es una locura!... una solemne locura!...

—¿Y por qué majadero no pasaria Croustillac á los ojos de Barba-azul si fuese bastante cobarde para espantarse por tan poca cosa?

—Tan poca cosa! ¡cuando dos pulgadas mas alta que hubiese ido la flecha quedábais muerto en el sitio!

—Pero como se ha dirigido dos pulgadas mas baja, y no he muerto, consagraré mi vida á dominar el corazón rebelde de Barba-azul, y á vencer á mis rivales, aun cuando fuesen diez, veinte, ciento, diez mil, esclamò el gascon con una exaltacion progresiva.

—¿Pero y si esto se ha hecho por orden espresa de la señora del castillo?

—Si se ha hecho de orden suya, verá la cruel que sé desafiar la muerte que me envia por llegar hasta su corazón... Es muger y se mostrará sensible al valor. Ignoro si es una Venus; pero sé que sin agraviar al dios Marte, Polifemo de Croustillac es extraordinariamente marcial. Por consiguiente, entre la hermosura y el valor no hay mas que la mano.

Es preciso formarse una idea de la exageracion y de la pronunciacion gascona del caballero, para tener un cabal conocimiento de esta escena.

No sabia el padre Grifon si debia reirse ò asustarse de la terca resolucion de su huésped. El sigilo de la confidencia no le permitia esplicarse ni entrar en por

menores relativos al Castillo del Diablo; no podia hacer más que suplicar al caballero que renunciase á su funesta tentativa; lo que hizo, pero sin ningun fruto.

—Puesto que nada es capaz de convenceros, hijo mio, no quiero al menos que se diga que he sido ni aun indirectamente cómplice en vuestra insensata empresa. Vos ignorais donde está situado el Castillo del Diablo; y os afirmo que ni yo, ni mis negros, ni otro alguno de mis parroquianos querrá servir de guia, y además les rogaré que se nieguen á ello. Sobre todo, es tal la fama del Castillo del Diablo, que no hay cuidado que nadie se arriesgue á acompañaros.

Esta declaracion del cura dió algo que pensar á Croustillac: bajó la cabeza en silencio, pero luego dijo resueltamente:

—Ya sé donde está: el Castillo del Diablo se halla á cuatro leguas de aquí, al Norte de la isla: por lo demás mi corazon me servirá de brújula y me guiará á donde está la dama de mis pensamientos... con auxilio del sol y de la luna.

—¡Pero venid acá, desdichado! exclamó el cura: ninguna senda visible hay en los bosques en donde vais á meteros; los árboles son tan espesos que os ocultarán el sol, y al fin os perdereis sin remedio.

—Seguiré siempre en linea recta, y al fin á alguna parte habré de salir; vuestra isla al cabo no es muy grande (y esto sea dicho sin mengua de la Martinica); entonces retrócederé é iré buscando hasta dar con el Castillo del Diablo...

—Pero á cada paso encontrareis el terreno impracticable é infestado de espantosas culebras: si os digo que arriesgaros á tal empresa es esponeros á mil muertes...

—Qué! *no se cogen truchas á bragas enjutas*: y si Lay serpientes me pondré unos zancos como hacen los habitantes de nuestras *Landas*.

—¡Idos á poner zancos para caminar por entre rocas,

malezas y árboles derribados por el tiempo!... Os digo que no conocéis lo que son nuestros bosques.

—Si reflexionásemos siempre en los peligros, padre mio, no haríamos jamás cosa buena. ¿Acaso pensais en el mal de Siam cuando asistís á vuestros feligreses atacados del mismo?

—Pero yo llevo un fin piadoso, y puedo desafiar la muerte cumpliendo un deber; al paso que vos os precipitais en el abismo por jactancia y pura vanidad.

—Pura vanidad! cuando se trata de una señora que posee tazas llenas de diamantes, sacos de perlas finas, y bienes que tal vez asciendan à cinco ò seis millones! ¡Vaya que vanidad!

No hubo medio de vencer la pertinacia del aventurero; por lo que el cura desistiò, y le acompañò al cuarto que le habia destinado, decidido à oponer todos los obstáculos que estuviesen en su mano al antojo del aventurero, quien al fin se quedó profundamente dormido, imperturbable en su resolucion.

Una ardiente curiosidad vino tambien à aumentar su natural obstinacion y extrema confianza en su destino; y cuando mas engañada se viera esta hasta entonces, tanto mas creia que le habia de llegar su *hora prometida*.

Al dia siguiente al amanecer vistióse y fué de puntillas hasta la puerta del cuarto del cura, que dormia aun, no creyendo que el caballero fuese capaz de arriesgarse sin guia en un pais desconocido. Pero se engañaba.

Croustillac partiò al instante, á fin de evitar las instancias y reprensiones del cura. Ciñóse su formidable tizona, arma muy incòmoda para atravesar malezas, calóse su sombrero hasta las cejas, tomò un varejon para ahuyentar las serpientes, y con planta firme, abiertas las narices y algo palpitante el corazon, abandonó la hospitalaria morada del cura, y se dirigió hácia el Norte de la isla, siguiendo por algun tiempo la orilla de un

espesísimo bosque. Pero pronto tuvo que abandonarla, pues formaba un recodo y variaba de dirección indefinidamente hacia el Este.

El caballero se vió, pues, precisado á entrar en el bosque, aunque sin vacilar un instante, acordándose de los consejos del padre Grifon, y pensando en los riesgos que iba á correr.

Sin embargo, pronto le deslumbró de nuevo la idea de las riquezas de Barba-azul; y de sus perlas, rubíes y diamantes, que al parecer brillaban en incalculable multitud á sus ojos. Se imaginó que la señora del Castillo del Diablo era una belleza perfecta, y llevado de tan deslumbradores pensamientos, internóse en el bosque con firme denuedo, levantando las enredaderas, que caían enlazadas desde las ramas de los árboles y formaban como una cortina de verdes y hermosas hojas.

No se olvidó de golpear en las malezas con la vara, gritando: ¡A fuera culebras! ¡a fuera! único ruido que resonaba en aquellas silenciosas soledades.

Pronto iba á salir el sol; el ambiente, refrigerado por el rocío de la noche y por el viento marítimo, estaba saturado de los olores fuertes y aromáticos de las flores de los trópicos.

Cuando Croustillac entró en el bosque, este se hallaba sumergido en la oscuridad... Por espacio de algunos minutos nada turbó el sosiego y quietud profunda de aquel desierto mas que los varazos que daba Croustillac á las malezas y sus gritos de: ¡A fuera culebras! Sucesivamente estos gritos se fueron alejando y oyéndose mas confusos, y en fin, dejaron de oirse del todo.

El silencio profundo y melancólico que entonces reinaba, fué de repente interrumpido por una especie de aullido salvaje, que nada tenia de humano, cuyo ruido y los primeros rayos del sol que se difundían como una inflamada ráfaga despertaron, al parecer, á los habitantes de aquellos inmensos bosques.

Respondieron en todos los tonos formando una algaravia infernal: los chillidos de los monos, los maullidos de los gatos monteses, los silbidos de las serpientes, los gruñidos de los jabalíes, y los mugidos de los toros silvestres, rompieron de todos lados, formando un conjunto diabólico, cuya discordante barahunda hacia el eco retumbar por los bosques y collados, pareciendo que una turba de demonios respondiese á otro demonio de mayor autoridad.

VII.

La caverna.

Mientras el caballero busca el camino del Castillo del Diablo, metido en el bosque, vamos á trasladar al lector á la parte mas septentrional de la costa de la Martinica.

Desplegábase el azulado mar magestuoso al pié de enormes peñascos cortados casi perpendicularmente, y que defendían la isla por aquel lado, formando una especie de muralla perpendicular de doscientos piés de elevacion.

La continúa resaca de las olas hacia aquellos sitios hasta tal punto peligrosos, que ninguna embarcacion podia aproximarse sin hacerse añicos infaliblemente.

El lugar de que estamos hablando presentaba una sencillez silvestre y grandiosa; dibujábase en el fondo del firmamento un círculo de riscos, áridos, escabrosos, descarnados y de un color opaco y triste: sus bases desaparecian bajo una espesa niebla de nevada espuma, que levantaba el incesante choque de montes de

agua, estrellándose en los arrecifes con un ruido semejante á un trueno continuo.

Hallábase el sol en su mayor fuerza y arrojaba una luz deslumbrante y ardorosa sobre aquella inmensa masa granítica; en aquel cielo metálico no se divisaba la mes ligera nube: solo en el horizonte veíase al través de un vapor ardiente, el elevado terreno de las demás Antillas.

A alguna distancia de la costa donde rompian las olas, el mar tenia un color azul sombrío y estaba sosegado como un espejo.

Divisábase allí un objeto que al principio era casi imperceptible, pero se iba acercando rápidamente á Cabesterra, que así llamaban á aquella parte de la isla.

Poco á poco pudo distinguirse una piragua, larga, ligera, angosta, que tenia así la popa como la proa cortantes, y adelantábase sin velas y á fuerza de remos.

A cada lado se distinguia perfectamente un hombre que remaba con todas sus fuerzas; y á pesar de que en el espacio de tres leguas era la costa tan inaccesible como en aquel punto, veíaseles dirigirse hácia aquellos peñascos.

El designio de los que de tal modo se acercaban era al parecer inexplicable. Pronto se halló la piragua metida entre enormes olas que se estrellaban en los arrecifes; y sin la prodigiosa destreza del piloto en evitar las moles de agua que amenazaban de continuo la proa de aquella débil embarcacion, pronto hubiera quedado sumergida.

A dos tiros de fusil de las rocas púsose la piragua de través aprovechando una intermitencia en la sucesion alternativa de las olas, en el momento de calma que regularmente sucede despues de haberse estrellado siete ú ocho oleadas seguidas.

Dos hombres, que en sus trajes daban muestra de ser marinos europeos, aseguraron sus gorros en la cabeza, y se arrojaron al agua atrevidamente y siguie-

ron á nado; mientras sus compañeros viraron de bordo la piragua, y desaparecieron despues de haber burlado el furor de las olas con maravillosa destreza .

Entretanto los dos intrèpidos nadadores. ora levantados á las estrellas, ora sumidos en los abismos por las enormes olas, cortábanlas con suma agilidad y llegaban al pié de las rocas envueltos en un mar de espuma.

Dirigianse al parecer, á una muerte segura, y debian estrellarse en los arrecifes. Mas no fué así: aquellos dos hombres, que sin duda conocian perfectamente la costa, dirigieronse á un paraje donde la violencia de las olas habia escavado una inmensa caverna natural. Engolfábanse las olas debajo de aquella cueva, y volvian á caer en seguida formando una catarata en una concavidad inferior muy ancha y profunda. Despues de algunas sordas ondulaciones apaciguábanse allí las olas, y formaban dentro de las paredes de una vastísima caverna, un pequeño lago subterráneo, el cual volvia el sobrante de sus aguas al mar por algun oculto conducto.

Era necesaria la mayor temeridad para de tal manera abandonarse al impulso de las furiosas olas, capaces de sepultar á cualquiera en sus abismos. Pero esta sumersion para los dos nadadores era mas propia para asustar que verdaderamente peligrosa. La boca de la caverna era tan espaciosa, que ningun peligro habia de chocar contra las rocas que la formaban, y la corriente de las aguas los echaba en medio de un sosegado estanque rodeado de finísima arena.

La luz del dia, debilitada en su paso al través de la cascada que hervia á la entrada de la caverna, llegaba á su interior, débil, blanda y azulada como la de la luna.

Nuestros dos nadadores jadeando, aturdidos y fatigados por el choque de las olas, salieron del lago subterráneo de que acabamos de hablar, ganaron la pe-

queña playa que lo rodeaba y descansaron en ella por algun tiempo.

El mas alto de los dos, aunque llevaba el traje de simple marinero, era el coronel Rutler, exaltado partidario del nuevo rey de Inglaterra Guillermo de Orange, á cuyas órdenes habia servido cuando el *yerno* del desgraciado Jacobo II no era mas que estatuder de Holanda.

El coronel Rutler era alto y robusto, y su fisonomía ofrecia una espresion audaz que casi rayaba en cruel: sus cabellos, que salian mojados y en desorden por debajo de su gorro de marino, eran de color rojo muy subido; lo mismo que sus poblados bigotes, que ocultaban una ancha boca, sombreados por una nariz corva como el pico de un ave de rapiña.

Rutler, hombre fiel y resuelto, servia á su dueño con una ciega adhesion, y Guillermo de Orange le dió una prueba de confianza encargándole una comisiou tan difícil y arriesgada, como mas tarde veremos.

El marino compañero del coronel era de baja estatura, pero vigoroso, activo y determinado. Despues de algunos momentos de silencio, díjole el coronel.

—¿Estás bien seguro, John, de que existe un paso para salir de aquí?

—Este paso existe, coronel, no tengais cuidado.

—No obstante... nada veo...

—Cuando vuestra vista esté acostumbrada á la media oscuridad que aquí reina, os echaréis boca abajo, y allí á la derecha en la parte mas alta de un conducto natural, á donde solo arrastrando puede llegarse. divisareis la claridad del dia que penetra por la hendedura de una roca.

—Aunque el paso sea seguro, no puede decirse que sea cómodo.

—Tan poco, mi coronel, que desafiaria al *Master* del bergantin *El rey de las aguas* que os ha conducido á la Barbada, á que entrase con su barrigon en el

conducto por el que tenemos que pasar. De manera, que no sé como en otro tiempo pude deslizarme por él, puesto que no es mas ancho que un cañon de chimeña.

—¿Y hacia dònde tiene la salida?

—Al fondo de un precipicio que sirve de defensa al Castillo del Diablo. Este promontorio està cortado perpendicularmente en tres de sus lados, y tanta dificultad hay para subir como para bajar por ellos. El cuarto lado no es absolutamente inaccesible; y mediante las asperezas de la peña puédesse llegar á los límites del parque de la habitacion de Barba-azul.

—Entiendo... este paso subterráneo nos conducirá al fondo de un abismo dominado por el Castillo del Diablo.

—Cabal: como si nos hallásemos en el fondo de un foso que tuviese uno de los lados inferiores cortado perpendicularmente y el otro en escarpa. Cuando digo en escarpa, es para oспresarme de un modo ú otro; pues para llegar á la cumbre del promontorio, varias veces habrémos de quedar suspendidos de alguna maleza entre el cielo y el abismo. Al llegar á la cima encontraremos el extremo del parque, en donde agardaremos escondidos una ocasion oportuna para obrar.

—Ocasion que no se hará esperar mucho. Vamos, cuando tambien conoces los senderos, creo que en efecto has servido á Barba azul.

—Tal como os dije, coronel; vine de Costa Firme con ella y su primer marido, y al cabo de tres meses me despidieron. Entonces partí para Santo Domingo, y nunca mas he oido hablar de ellos.

—¿Y la reconocerias?

—En el aire y estatura sí; mas no en la cara; pues cuando salimos de Costa Firme era de noche, y así que desembarcamos fué conducida en litera al Castillo del Diablo. Si acaso salia alguna vez durante el dia, cubriase al punto con su mascarilla: unos decian que

era hermosa como un ángel, otros que era ea como un mónstruo; en cuanto á mí, no puedo decir quiénes se engañaban, porque ni yo, ni otro alguno de mis compañeros pusimos jamás los pies en lo interior de la casa, cuyo servicio inmediato estaba á cargo de mulatas, mas mudas que una roca.

—¿Y él?

—Era bello, alto, de unos treinta y seis años, moreno, ojos negros lo mismo que el bigote, y nariz aguileña.

—El es, el mismo, decíase el coronel á medida que John iba dando las señas; este es el retrato que se ha hecho siempre de el... ¿Y no se sabe como murió?

—Dícese que murió durante el viage, y nada mas se ha sabido.

—¿Y nunca se han suscitado dudas acerca de su muerte?

—Ciertamente que no, mi coronel, puesto que Barba-azul ha vuelto á casarse dos veces.

—¿Has visto tú esos dos maridos?

—No, coronel, pues cuando me empeñásteis en esta espedicion hace ocho dias sabiendo que podia seros útil, acababa de llegar de Santo Domingo. Me prometisteis cincuenta guineas si os introducía en la isla á pesar de los cruceros franceses, que desde que dura la guerra no permiten que ningun buque se aproxime á las costas... Se entiende á las que son accesibles: y así nuestra piragua no ha sufrido ninguna persecucion, porque gracias á las escarpadísimas rocas de Cabesterra, nadie es capaz de imaginar que puede entrarse en la isla por este paraje, y por lo tanto no se vigila.

—Además, nadie puede sospechar siquiera nuestra presencia en la isla, aunque segun me has dicho, Barba-azul tiene una especie de policía que le advierte de todos los estranjeros que llegan aquí.

—A lo menos decíase que los empleados que tieue en las factorias de San Pedro y de Fuerte-Real están en acecho de cuantos desembarcan en la Martiuca, y nadie escapa á su vigilancia.

—Todo ello nos favorece: tendrás tus cincuenta guineas. Pero repito: ¿estás bien seguro de que este conducto subterráneo?...

—Perded cuidado, coronel, os digo que pasé por aquí con el negro pescador de perlas, que fué el primero que me condujo á este sitio.

—¿Pero para salir del precipicio tuviste que atravesar el parque del Castillo del Diablo?

—En efecto, coronel; la curiosidad de ver ese parque en que nunca podíamos entrar, fué lo que me hizo aceptar la oferta del pescador de perlas. Como era yo de la casa, supe que Barba-azul y su marido estaban ausentes; y seguros de poder salir por el jardín despues de haberlo hecho del precipicio, lo ejecutamos, no sin esponernos mil veces á rómpernos el pescuezo: pero no es estraño, pues me moria de deseo de ver el interior de una habitacion cuyo acceso nos estaba prohibido. Realmente era un verdadero paraíso. Pero lo mas divertido fué la sorpresa de la mulata que desempeñaba las funciones de portera, quien al vernos á mi y al negro no pudo concebir de qué modo habíamos podido entrar; pero le dijimos haber burlado su vigilancia; buenamente lo creyó, acompañándonos á la puerta lo mas pronto posible, desesperada, temiendo que sus señores la despedirian.

Pasados algunos momentos de silencio, dijo el coronel:

—No está ahí todo; ahora que ya no nos es posible retroceder debo decírtelo.

—Qué hay?

—Una vez introducidos en la casa tenemos! que sorprender y agarrotar á un hombre. Por mucho que se resista es preciso que no se le dañe en un cabello... á

menos que nos obligue á defender nuestra vida... en cuyo caso, añadió el coronel consiniestra sonrisa... en cuyo caso tendrás doscientas guineas, sea bueno ó malo el éxito de nuestra empresa.

—¡Pardiez, mi coronel, que habeis esperado un poco tarde á decirme esto!... pero cómo ha de ser, el naipe está echado, y es fuerza correr el albur.

—Vamos, no me engañé, eres un vallente.

—Ya: ¿pero el hombre que buscais es fuerte y vigoroso?

Rutler, despues de haber reflexionado un instante, respondió:

—Pero... Figúrate que es poco mas ó menos como el primer marido de Barba-azul, alto y delgado...

—Ese era delgado, no hay duda; pero una varilla de acero tambien es delgada, lo que no impide que sea muy fuerte... Habeis de saber, coronel, que aquel hombre sabia mejor que nadie como se maneja el plomo y el acero; y era vigoroso hasta el punto de coger un negro insolente por el cuerpo y arrojarle á diez pasos como si fuera un niño; sin embargo, el negro era mas alto y grueso que vos, coronel. Con que si el hombre de que se trata es tan robusto como aquel, me parece que nos ha de dar mucho que hacer.

—Menos de lo que crees... Luego te lo explicaré.

—A mas, dijo John, si casualmente el pirata, el cazador ó el caribe, que segun dicen frecuentan muy amenudo la casa, se encuentran allí tambien, digo que la cosa va á tomar muy mal aspecto.

—Oye: ¿no me digiste que al extremo del parque hay un bosque en que puede uno ocultarse?

—Cierte, coronel.

—¿A mas del cazador, del pirata y del caribe, no entra nadie en la habitación de Barba-azul?

—Nadie, escepto las mulatas de la servidumbre.

—Escepto tambien el hombre á quien busco, se en-

tiende: pues tengo mis razones para creer que la encontraremos allí.

—Muy bien, coronel.

—En este caso el asunto es muy sencillo: nos escondemos en lo mas espeso del bosque hasta que vaya hacia aquel lado la persona de quien voy en busca.

—Lo que precisamente habrá de suceder, pues el parque no es muy grande, y cuando uno se pasea por él, precisamente debe pasar junto á una fuente de mármol cerca de la cual estaremos escondidos.

—Si la persona que buscamos no va al parque en todo el dia, cuando llegue la noche iremos á sorprenderle en la cama.

—Esto fuera lo mas seguro; á menos que llamase á su socorro á los consoladores de Barba-azul.

—No te dé cuidado; con tal que con tu ayuda pueda ponerle la mano encima, aunque le defiendan cien hombres armados hasta los dientes, no se me escapará... Esta es cuenta mia... No pido mas sino que me conduzcas á un sitio donde pueda cogerlo de improviso.

—Este es nuestro trato.

—Entonces, adelante, marchemos, dijo Rutler:

—Estoy á vuestras órdenes, solo que en vez de *marchemos* debemos decir *encaminémonos*... Veamos si aún se divisa la luz del dia... Sí, en efecto; ¡y qué lejos parece! A propósito, mi coronel: si mientras he estado fuera se hubiese obstruido el conducto por algun derrumbamiento, cierto que la habriamos hecho buena, condenados à no salir jamás de este sitio y á morir de hambre, à menos de que nos comiésemos uno á otro... Imposible nos seria salir de este abismo, teniendo para ello que subir por un salto de agua, lo mismo que una trucha contra la corriente:

—Es muy cierto, dijo Rutler estremeciéndose... Pero tú me espantas... ¿Tienes todavía corriente la mochila?

—Muy corriente: las correas son fuertes y la piel de manato es impermeable; así encontraremos nuestros puñales, pistolas y cartucheras tan secos como al salir de casa del armero.

—Vamos, John, adelante; entra tú primero, pues es necesario que nos quede tiempo para enjugar nuestros vestidos.

—No necesitaremos mucho, coronel; el sol da de lleno en el fondo del precipicio, y cuando lleguemos allá estaremos como dentro de un horno.

John se puso boca abajo y empezó á introducirse en un paso tan angosto, que apenas podia contenerle. La oscuridad era completa, solo á lo lejos se divisaba una débil claridad.

El coronel siguió á su guía arrastrando el cuerpo por un suelo cenagoso; y ambos fueron adelantando algun trecho trepando por el conducto con las rodillas, las manos y el vientre, enteramente á oscuras.

Párase John de improviso y esclama con una voz helada por el temor:

—¡Coronel!

—¿Qué hay?

—¿No percibís un olor muy fuerte?

—En efecto, un olor fétido.

—No hagais ningun movimiento... ¡es una serpiente de punta de lanza!... estamos perdidos...

—¿Una serpiente? exclamó el coronel con espanto.

—¡Vamos á morir! no me atrevo á adelantar una pulgada... La fetidez va aumentando, dijo John.

—Cállate... Escucha...

Ambos retuvieron la respiracion, oprimidos por una mortal angustia.

De repente oyeron á algunos pasos de distancia un ruido continuo y precipitado, semejante al que producen repetidos latigazos en el suelo. El hedor sutil y nauseabundo que exhalan las grandes culebras, percibiase mas y mas.

—La serpiente está enfurecida y da esos golpes en el suelo con la cola, dijo John con voz amortiguada... ¡Ah! mi coronel, encomendemos nuestra alma à Dios!

—¿Serà preciso gritar para espantarla? dijo Rutler.

—De ningun modo, pues al instante la tendríamos encima, dijo John.

Permanecieron ambos por algunos momentos inmòviles con una congoja terrible. No podian volverse, ni mudar de posicion; sus pechos estaban apretados contra el suelo, y sus espaldas contra la roca, y no se atrevian à hacer el menor movimiento para retroceder por temor de atraerse la serpiente. El aire impregnado de las exhalaciones del reptil se hacía mas y mas sofocante.

—Mira si encuentras à mano una piedra para tirársela, dijo, el coronel en voz baja.

Apenas acababa de decir estas palabras, cuando John dió varios sacudimientos desesperados y unos gritos espantosos.

—¡Ah! ¡socorro!... ¡estoy perdido!

Lleno de espanto Rutler, quiso levantar la cabeza, pero se dió un fuerte coscorrón en la roca que formaba las paredes de aquella angostura. Entonces arrastrándose con toda la prontitud que le fué posible valiéndose de las manos y rodillas, trató de huir hacia atrás, en tanto que John, acometido por la serpiente, daba unos gritos agudísimos que le arrancaban el dolor y el espanto. Luego sus gritos se hicieron sordos, inarticulados y guturales, cual si se ahogase. Y en efecto era así; furiosa la serpiente, después de haber mordido à John en las manos, en la cara y en el cuello, trataba de introducir la viscosa y complanada cabeza en la boca del desdichado, mor-diéndole en los labios y en la lengua, cuya última mordedura acabó de quitarle la vida.

La serpiente luego de haber con esto aplacado su

furcr, desenlazó sus anillos y huyó. El coronel sintió que le pasaba por junto à la mejilla un cuerpo desmadejado y frio: y se mantuvo en una inmovilidad absoluta, hasta que la serpiente se deslizó rápidamente por las paredes del conducto y escapó.

Pasado el peligro, quedóse petrificado el coronel por algunos instantes poseido de indecible terror: escuchaba el último estertor de la agonía de John, que fué muy corta, y acabó con algunos sacudimientos convulsivos.

Rutler, en fin, fué hácia él y le cogió por una pierna, que se hallaba ya helada é inflexible: tanta era la actividad de la ponzoña.

Luego ocurrióle una idea que de nuevo le llenó de espanto: el reptil podia no encontrar salida en la caverna y volver por el mismo camino. De suerte que ya le parecia oír detrás de sí un ligero roce. No podia huir hácia adelante porque el cuerpo de John le obstruia el paso: y si lo verificaba hácia atrás se esponia á dar otra vez con la serpiente.

No obstante, en medio de su terror, cogió el cadáver por ambas piernas, para arrastrarlo hasta la entrada del conducto subterráneo, desembarazando así el único punto por el que podia salir de la caverna. Pero fueron vanos sus esfuerzos: y ya fuese que su incómoda posición paralizase su fuerza, ó que la ponzoña hubiese hinchado el cadáver, ello fué que no pudo quitarlo de donde estaba.

No queriendo creer que hubiese perdido el único medio de salvarse, logró desceñirse el cinturón con harto trabajo, atólo á los pies del cadáver, y luego cogiéndolo con los dientes y ayudándose con las dos manos, púsose á tirar con toda la fuerza que podia prestarle la desesperacion... Pero todos sus esfuerzos apenas bastaron á mover ligeramente el cuerpo del infeliz.

Esto aumentó su desesperacion, buscó su cuchillo con el insensato fin de despedazar el cadáver; pero muy

pronto conoció la inutilidad de semejante tentativa.

Las pistolas y municiones del coronel se hallaban encerradas en un zuron de piel de manato, que llevaba John á las espaldas; y al menos quiso probar á quitarle dicho zuron, y lo logró despues de vencidos increíbles obstáculos: en seguida retrocedió hasta llegar á la entrada del conducto.

! Hallóse otra vez en la caverna, exhaustas sus fuerzas y casi desfallecido; pero el aire lo reanimó. Sumergió la frente en el agua fria, y se sentó en la arena.

Ya no pensaba en la serpiente, cuando un fuerte silbido le hizo levantar la cabeza, y vió al reptil á algunos pies de distancia en la parte superior de la caverna, medio enlazado en las rocas que formaban la bóveda. Recobró el coronel la serenidad á vista del peligro; permaneció inmóvil, escepto las manos, pues buscaba en el zuron las pistolas.

Por fortuna así la carga como el cebo estaban intactos. En el instante en que enfurecida la culebra al ver el movimiento de Rutler iba á echársele encima, descerrajóle este un tiro que la derribó á sus pies con la cabeza estrellada. Era de un color azul negruzco con manchas amarillas, y tenia unos nueve pies de largo.

Libre ya el coronel de tan terrible enemigo, y animado por su acierto al disparar la pistola, quiso probar el último esfuerzo para desobstruir la única salida de aquel sitio. Así se arrastró de nuevo por el conducto; pero ni con toda su determinacion, ni con los mas desesperados esfuerzos, pudo quitar de allí el cuerpo de su malhadado compañero.

Vuelto de nuevo á la caverna, la recorrió en todas direcciones, pero no halló otra salida. Ningun socorro podia esperar de fuera, por cuanto nadie podia oir sus clamores ni sus gritos. Con este horroroso pensamiento, fijó la vista en el reptil y vió en él un recurso momentáneo; pues no ignoraba que los negros, incitados

á veces por el hambre, comian de la repugnante, aunque no mal sana, carne de serpiente.

En esto llegó la noche, y quedó sumergido en las mas profundas tinieblas .. Estrellábanse las olas á la entrada de la caverna, y el salto de agua caia en una concavidad inferior con terrible estruendo.

Otra idea horrorosa fué de repente á agravar la desolada situacion del coronel: sabia que las serpientes se reunen y cohabitan durante la noche; y temia que el macho ó la hembra de la que acababa de matar, acudiese allí atraido por el rastro. Imponderable era la angustia de Rutler: el mas ligero ruido le hacia estremecer, y á pesar de su carácter determinado, preguntábase si en el caso de salir por milagro de aquella situacion desesperada, llevaria adelante sus proyectos. Ora creia ver en aquel lance un aviso del cielo, ora acusábase de cobardía, y atribuia á la debilidad de su cuerpo sus aprensiones.

Pero nosotros abandonarémos al coronel en esta situacion crítica; y entretanto conduciremos al lector al Castillo del Diablo.

VIII.

El Castillo del Diablo.

La pura y brillante claridad de la luna, que casi era comparable á la del sol en Europa, hacia que se distinguiese perfectamente en la cima de un promontorio de bastante altura, cercada de bosques por todos lados, una casa fabricada de ladrillos y de caprichosa arquitectura; á la que se podia llegar únicamente por un sendero que rodeaba en direccion espiral aquella espe

cie de cono que formaba el promontorio. El sendero tenia á un lado masas de granito casi perpendiculares, y al otro un precipicio tan profundo, que ni aun con la luz del dia podia divisarse su fondo.

Esta peligrosa senda conducia á una plataforma, cercada por una muralla de ladrillos, de grande espesor, con troneras. Detrás de aquella especie de glásis elevábanse las murallas que formaban el recinto del edificio, al que se entraba por una puerta muy baja de encina, que comunicaba con un gran patio cuadrado, ocupado por las habitaciones de la servidumbre y otras partes de la casa. Luego de haber atravesado ese patio, llegábase por un pasadizo abovedado al *santuario*; es decir, á la habitacion de Barba-azul; y ninguno de los negros, mestizos ó cualquier otro de la servidumbre podia traspasar los límites que señalaba aquella bóveda. Desempeñaban el servicio de Barba-azul varias mulatas, únicas que tenian comunicacion con el ama. La casa estaba situada en la vertiente opuesta á aquella por la que se subia al promontorio. Esta última pendiente que era mucho menos rápida, constaba de varios terraplenes naturales y de cinco ó seis gradas inmensas rodeadas de precipicios por todas partes. Por un fenómeno particular, pero muy frecuente en las islas volcánicas, un estanque de unos tres mil pies de circunferencia ocupaba casi en toda su estension un terraplen de los superiores. Sus aguas eran puras y diáfanas; y la casa de Barba-azul estaba separada de dicho pequeño lago por una calzada de arena unida y brillante como a plata.

No tenia esta casa mas que un alto, y á primera vista parecia fabricada solamente con cortezas de árboles; el techo construido con bambúes, tenia mucha inclinacion, sobresalia cinco ó seis pies al exterior de las paredes, apoyándose en unos troncos de palmera

hundidos en el suelo, de que resultaba una especie de galería que rodeaba toda la casa.

Algo superiormente al nivel del lago, formaba una suave pendiente una alfombra de césped, tan verde y fresco como el de los mas hermosos prados de Inglaterra. Esta rareza, única en las Antillas, debíase à los riegos invisibles que saliendo del estanque derramaban en el parque una deliciosa frescura.

A esta alfombra de césped, que adornaban en varios puntos unas cestas de flores equinoxiales, sucedia un jardin, compuesto de grupos de árboles de varias especies; siendo tal la inclinacion del terreno, que no se veian los troncos, y sí solamente las ramas esmaltadas con vivísimos colores; y finalmente, despues de los árboles seguia una grada ó terraplen aun mas bajo, y en él un estenso bosque de naranjos y limoneros cargados de flores y frutos. De modo que de dia, mirado desde arriba, parecia aquello una alfombra de nieve odorífera cuajada de bolas de oro.

Al extremo del horizonte los esbeltos tallos de los plátanos y cocoteros formaban una especie de bóveda espléndida, y domiaban al precipicio, en cuyo fondo tenia salida el subterráneo conducto de que hemos hablado, y en que á la sazón se hallaba metido el coronel Rutler.

Entremos ahora en una estancia de las mas retiradas del edificio, y encontraremos una jóven de unos veinte á veintitres años, pero de facciones tan infantiles, de talle tan lindo, y de una frescura tan juvenil; que apenas se le podian dar diez y seis. Llevaba un vestido de muselina con mangas anchas, y se hallaba recostada en un sofá cubierto con un tejido de Indias de color oscuro con flores de oro. Apoyaba su frente blanca y pura en la una mano medio oculta en el espesor de unos rizos de color rubio ceniciento, pues aquella señora llevaba el tocado á la moda de Tito, y coia, con profusion en la multitud de sedosos bu-

cles sobre su albo cuello y nevadas espaldas, circuyendo su delicioso rostro, que en su forma redondeada y sonrosado color, se asemejaba al de un niño. Tenía delante un libro abierto, encuadernado en marroquí encarnado, puesto en el brazo del sofá, y leía con mucha atención á la luz de tres bugías perfumadas puestas en un candelabro de plata sobredorada y adornado con primorosas labores hechas al cincel.

Las pestañas de la linda lectora eran tan largas, que proyectaban una ligera sombra sobre sus mejillas, en que se veían dos bellísimos hoyuelos: su nariz tenía un perfil sumamente delicado, su purpúrea boca no era tan grande como sus ojos azules; y su fisonomía toda tenía una rara expresión de inocencia y de candor.

Por debajo de su vestido asomaban dos piecitos con medias de seda blanca y escarpines árabes de raso color de cereza bordados de plata, que hubieran caído en el hueco de la mano.

La posición de la jóven dejaba traslucir las formas más perfectas, no obstante su baja estatura. La anchura de sus mangas, una de las cuales se hallaba eñ la lacia atrás, permitía admirar el bellísimo contorno d un brazo de marfil con un hoyo encantador en el codo. La mano que hojeaba el libro era en todo digna de tal brazo; sus uñas prolongadas y relucientes como el ágata, y los pulpejos de los dedos tenían un sonrosado vivo y muy hermoso.

El conjunto de tan hermosa criatura se asemejaba al suave idealismo del Psiquis, personificación encantadora de aquel fugitivo momento que pasa con la primera flor de la adolescencia. Sin embargo, algunos temperamentos conservan bastante tiempo ese primor juvenil, y ya lo hemos dicho, Barba-azul, aunque de edad de veintitres años á lo más, era del número de estos seres privilegiados. ¡Pues esta hermosa era la misma Barba-azul! No ocultaremos por más tiempo al lector el nombre de la habitante del Castillo del Diablo,

y diremos además que se llamaba Angela. ¡Ah! aquel precioso nombre, aquella cándida fisonomía, qué contraste no formaban con la diabólica fama *de que gozaba* la viuda de tres maridos, que á lo que se decía, tenia otros amantes para consuelo de su viudez!

La serié de los acontecimientos nos permitirá condenar ó absolver à Barba-azul.

A un ligero ruido que oyó en la estancia inmediata, levantò Angela la cabeza de repente como una gacela que se halla en acecho, y sentòse en el borde del sofá echando atrás sus rizos con un movimiento en extremo gracioso.

En el momento en que se levantaba exclamando: ¡El es! un hombre abria la mampara de la estancia.

Angela corrió hàcia el recién venido con la misma velocidad con que el acero se une al imán: echóse en sus brazos, y lo estrechó con un tierno fervor; después de un momento de indefinible silencio, exclamò llena de júbilo:

==¡Ah! ¡tierno amigo! ¡mi buen Jacobo!

Pasada la primera efusion, tomó el recién llegado en sus brazos á Angela como si hubiera sido un chiquillo, y se fué al sofá con tan preciosa carga.

¡Ah! ¿con que tenian razon los murmuradores de la Martinica al sospechar de la conducta de Barba-azul?

El hombre à quien con tan íntima familiaridad trataba Angela, tenia la tez cobriza de un mulato; era alto, esbelto, ágil y robusto: pero sus facciones nobles y graciosas en nada participaban del *tipo* ó modelo africano ò etíope; rodeaba su frente un grande espesor de cabellos negros como el ébano: sus ojos eran tambien grandes, negros y como de terciopelo; y detrás de sus labios delgados, colorados y húmedos brillaban unos dientes del mas bello esmalte. Esta belleza á la vez encantadora y varonil, este conjunto de fuerza y elegancia, traian á la memoria las nobles

proporciones del Baco indico ò de Antinoo.

El traje del mulato era el que entonces adoptaban en general ciertos corsarios cuando se hallaban en tierra. Llevaba una casaca de terciopelo de color de grana subido con botones de oro cincelados; anchas calzas á la moda flamenca del mismo tejido y con botones iguales á los de la casaca, que serpenteaban por el muslo; una faja de seda de color de naranja que sostenia un puñal ricamente labrado; y finalmente unas grandes polainas de piel blanca piqueteadas y bordadas de seda de mil colores al estilo mejicano, que le subian hasta debajo de las rodillas, y contorneaban unas piernas en todo perfectas.

No puede darse cosas mas sorprendente y hermosa que el contraste que formaban Jacobo y Angela unidos de la suerte que acabamos de referir: por un lado se veian unos cabel'os rubios, una tez alabastrina; unas mejillas sonrosadas, y una gracia y gentileza intañtiles; y por otro un cutis bronceado, cabellos de color de ébano y un continente osado y varonil. La blancura del vestido de Angela resaltaba muchísimo al lado del oscuro color del de Jacobo, y permitia distinguir mejor los contornos de la delicada y esquisita cintura de la jóven; la cual, fijando sus ojos azules en los del mulato se entretenia doblándole el bordado collarin de la camisa para mejor admirar su cuello requemado, el cual así por el color como por la forma, podria rivalizar con la mas hermosa estatura de bronce florentina.

A un ligero ruido que se oyò detrás de la mampara, dijo Angela.

—¿Eres tú, Mirata? ¿Qué estás haciendo ahí?

—Señora, acabo de traer unas flores... y las iba á colocar en estas cajas.

—Mirata nos escucha, dijo Angela haciendo una seña misteriosa al mulato; luego divirtiòse riendo como una loca y enredando la cabellera de *Huracan*.

Prestábase este con cierta complacencia á los caprichos de Angela, contemplándola con la mayor ternura, hasta que al fin la dijo sonriendo:

—¡Ah niña! porque parece no tienes mas que diez y seis años, crees que todo se te ha de permitir? En seguida añadió con aire grave, aunque burlon, exhalando un suspiro.

—¿Quién podrá creer que esta fisonomía tan ingenua, estas sonrosadas mejillas y esta linda niña que tengo en mis rodillas, encubren la mujer mas perversa de las Antillas?

—¿Y quien creeria que este hombre que habla con una voz tan dulce es el famoso corsario *Huracan*, terror de los ingleses y de los españoles? replicó Angela prorumpiendo en grandes carcajadas.

Debemos advertir al lector que así el mulato como la viuda se espresaban en francés puro y sin el menor acento extraño.

Hay mucha diferencia entre nosotros dos, dijo el mulato: no es á mí á quien acusan de haber tenido horribles y misteriosas aventuras ni á quien llaman Barba-azul.

Al oír la viuda estas palabras que debían recordarle ideas siniestras, dió con un gesto el mas jugueton de mundo un capirotao en la punta de la nariz del capitán corsario, indióle con una seña la puerta de la vecina estancia, como para advertirle que podían oírles, y dijo con aire maliciosamente resentido:

—Es necesario que aprendas á hablar mejor de los difuntos.

—¡Qué monstruo! dijo el capitán riendo á carcajadas. ¿Y los remordimientos, señora? ¡Válgame Lucifer! Ya veo que no hay como las mujeres para ser criminales... ¡Ah querida mial buena fama tienes.. me haces estremecer.. ¿Pero si nos fuésemos á cenar?

Angela llamó, y entró la jóven mestiza, que habia

oido la conversacion precedente. Llevaba un vestido de guinea blanca con listas de color de escarlata, y brazaletes de plata en los brazos y piernas.

—Mireta, ¿has acabado de arreglar las flores allá dentro? dijo Barba-azul.

—Sí señora.

—¿Nos escuchabas?

—No señora.

—A mas de que me es igual; cuando hablo es para que se me oiga. Haz que nos traigan la cena.

Luego añadió dirigiéndose al capitán:

—¿Qué vino quieres?

—Jerez; pero refrescado... es un capricho...

Mireta salió, y volvió al punto para proceder á los preparativos de la cena.

—¡A propósito, me olvidaba de noticiarte un grande acontecimiento!

—¿Qué hay pues? ¿Acaso alguno de mis difuntos que ha vuelto del otro mundo?

—Á fé mia, es una cosa por este estilo.

—¿Cómo!... ¡Ah, señor Jacobo, señor Jacobo! no mas chanzas, dijo con aire asustado.

—No, hija, no es un difunto, ni un espectro; sino un pretendiente vivo y sano, que solo desea ser tu marido.

—¿Y quiere casarse conmigo?

—Quiere casarse contigo.

—¡Oh el desventurado! ¿Se cansa acaso de vivir? dijo Angela riendo.

Santiguóse Mireta al oír estas palabras, al mismo tiempo que vigilaba el servicio de las dos mulatas que traían botellas de vino de Bohemia cubiertas de arabescos de oro, y rimeros de platos de magníficas porcelanas del Japon.

Barba-azul continuó:

—¿Con que mi amante no es de este país?

—No ciertamente, porque á pesar de vuestras ri-

quezas, querida, os desafiaria á que halláseis un cuarto marido, gracias á vuestra fama infernal.

—¿De dónde sale, pues, ese pretendiente?

—Viene de Francia.

—¿Viene de Francia? ¿Viene de Francia para casarse conmigo? ¡Qué demonio!

—¡Jacobo, me ocurre una idea! continuó la viuda con alegría.—Hagámosle venir aquí para divertirnos... para atormentarle... ¡Ah! está enamorado de mis tesoros y no de mí! ¡Con que ese caballero andante pretende casarse conmigo! Ahora lo veremos... ¿No te ries de mi proyecto, Jacobo? ¿Qué tienes? En primer lugar, amigo, ya sabes que no se puede contrariarme, para mí será una diversion el que venga el aventurero: y en caso de que se libre de las serpientes y de los gatos monteses, mañana quiero que esté aquí... Mañana te haces á la vela, por lo que avisarás al caribe ó á Yumaale que me lo conduzcan.

Huracan, en vez de participar de la alegría de Barba-azul segun acostumbraba, se mantenía serio, pensativo, y al parecer sumido en una muy profunda y confusa meditacion.

—¡Jacobo! ¿Qué, no me oyes? exclamó Angela impaciente y dando con el pié en el suelo. ¡Quiero mi gascon! ¡lo quiero!

Nada respondió el mulato, solo con el índice de la mano derecha describió un pequeño círculo en su cabeza, y miró á la jóven con un gesto muy significativo.

Esta comprendió muy bien lo que aquella seña significaba; y su fisonomía manifestó de repente un sentimiento de tristeza y de temor. Levantóse de improviso, corrió á arrodillarse á los piés del mulato, y exclamó con voz muy interesante:

—Tienes razon; soy una loca en haber tenido semejante idea: ya te entiendo.

—Levántate y sosiégate, Angela, dijo el mulato;

no creo que este hombre sea de temer, pero al cabo no deja de ser un extranjero... Puede llegar de Inglaterra ò de Francia y...

—Repito que fui una loca, y que hablé en chanza, mi buen Jacobo... olvidábame de lo que nunca debiera apartarse de mi memoria...

Los hermosos ojos de la jòven se inundaron con su llanto; bajó la cabeza, cogió la mano del mulato y la bañó de lágrimas por espacio de algunos instantes.

Huracanacarició tiernamente à Angela, y la dijo con el mayor cariño:

—Siento haber renovado tan crueles recuerdos: nada de ello hubiera debido decirte, solo asegurarme de que no habia peligro alguno en traerte ese imbécil como un juguete, y entonces...

—¡Jacobó, amigo! exclamó tristemente Angela interrumpiendo al mulato, ¡amante mio! ¿piensas esponerte por un capricho pueril... cuando eres lo que mas aprecio en este mundo?

—Vamos, sosiégate, dijo Jacobo, levantándola y haciéndola sentar á su lado. No te asustes: el padre Grifon se ha informado sobre el aventurero, y parece no ser mas que un ente ridículo; pero para mayor seguridad, iré mañana à Macuba y le hablaré, y en seguida diré à Te-arranco-el-alma, que precisamente deberá cazar por aquella parte, que trate de descubrir á ese pobre diablo en el bosque, donde sin duda andará perdido. Si es un hombre peligroso, dijo haciendo una seña à Angela, puesto que las esclavas estaban presentes aguardando el fin de la cena; si es peligroso, el cazador nos desembarazará de él y le quitará las ganas de conocerte; en el caso contrario, como tienes aquí tan pocas distracciones, te lo traerá.

—No, no, no quiero, dijo Angela. Todos los pensamientos que ahora me vienen son mortalmente tristes, y renuevan todas mis inquietudes.

Viendo Angela que el mulato no comia, se levantó. Lo mismo hizo el corsario.

—Sosiégate, Angela mia, no hay nada... nada tienes que temer. Vente conmigo al jardín; la noche es deliciosa y la luna muy clara... dí á Mireta que traiga mi laud, y para distraer tus tristes pensamientos cantaré las baladas escocesas que tanto te gustan.

Esto diciendo pasó el brazo al rededor del cuerpo de Angela, y en aquella posicion bajaron algunos escalones que conducian al jardín.

Al salir de la estancia Barba azul dijo á su esclavo:

—Mireta, trae el laud al jardín y enciende la lámpara de alabastro en mi estancia de dormir... No te necesitaré... No te olvides de decir á Cora y á las dos mestizas que mañana entran de servicio... Y en seguida desapareció apoyada en el brazo del mu'ato.

La última recomendacion de Angela era efecto de la costumbre que tenía desde que era viuda, de alternar de tres en tres dias el servicio de sus mujeres.

No se olvidó Mireta de llevar al jardín un hermoso laud de ébano con embutidos de oro y nácar.

Al cabo de un breve rato oyóse el corsario modular con una gracia infinita algunas baladas escocesas que los gefes de los *clans* realistas cantaban con preferencia durante el protectorado de Cromwell. La voz de Huracan era suave, vibrátil y melancòlica, y arrebató hasta á Mireta y á las dos esclavas. Al llegar á las últimas estrofas conmovióse la voz del mulato, y al parecer se mezclaron algunas lágrimas con ella... y por último cesó el canto.

Mireta se fué á la estancia de Barba-azul á encender una lámpara encerrada en un globo de alabastro, que arrojaba una luz suave y opaca sobre los objetos.

Aquella estancia estaba espléndidamente adornada con colgaduras de un tegido de Indias con fondo blanco, esmaltado de flores bordadas; veíase en ella un mosquitero de muselina semejante á una telara-

ña, y envolvía una gran cama de madera con espaldar de cristal, de modo que se veía como al través de una niebla.

Luego que Mireta hubo ejecutado las órdenes de su señora, se retirò discretamente, y dijo á las esclavas con maliciosa sonrisa:

—Mireta enciende la lámpara para el capitán... Cora para el cazador... y Maoun para el caribe.

Las dos esclavas que eran ya viejas, menearon la cabeza con aire de inteligencia; y las tres se fueron despues de haber cerrado con cuidado las puertas exteriores de la habitacion de Barba-azul.

IX.

La noche.

Dejamos al caballero de Croustillac metido en la espesura del bosque entre los gritos de cuantos animales lo poblaban. Quedò aturdido algunos instantes al oír aquella infernal algarabía: pero prosiguió denodado su camino dirigiéndose siempre hácia el norte en cuanto se lo permitian sus escasos conocimientos astronómicos. Como ya le advirtió el padre Grifon, no había senda alguna trillada en aquellos bosques: el suelo estaba inundado de desechos de vegetales, malezas, troncos de árboles y matorrales: eran las ramas tan espesas que con dificultad el aire y el sol penetraban en aquellas bóvedas de verdor; y reinaba cierta humedad cálida y casi sofocante, producida por la fermentacion del mantillo ó desechos de los vegetales, que cubrían el terreno con una capa de bastante espesor.

Esta atmósfera sofocante estaba saturada de los intensísimos aromas que exhalan las flores de los trópicos, y producía cierto estupor y embriaguez en el caballero de Croustillac. Caminaba este con inciertos pasos, sentíase pesada la cabeza y los objetos que le rodeaban hacíansele indiferentes. Ya no admiraba las columnatas vegetales que se estendian hasta perderse de vista en la sombra del bosque; dirigia miradas distraidas á los brillantes plumages de los periquitos, aras y colibrís que despedían mil chirridos de alegría, daban caza á los insectos de doradas alas, ó rompían á picotazos las bayas del árbol de India. Los brincos y zancadas de los monos que se columpiaban en las guirnaldas de pasiflores, ó que saltaban de un árbol á otro, apenas escitaban en él una ligera sonrisa. Lleno de estupor, casi no le quedaba mas fuerza mental que la necesaria para no olvidar el objeto de su viage, ni tenia otros pensamientos que los que le sugerian Barba-azul y sus tesoros.

Despues de algunas horas de marcha, empezó á advertir que eran las medias de seda un calzado muy incomodo para atravesar bosques. Una enorme raña de higuera de Indias espinosa, hizo un ancho rasguño á su casaca: sus calzones eran dignos de las demás prendas de la vestimenta de Croustillac, quien muchas veces se volvía como para castigar al impertuno que lo detenía, cuando no era mas que su larga espada que se enredaba en alguna planta rastrera.

Ya fuese casualidad, ya que durante su marcha no dejó en paz á la vara que traía en la mano, Croustillac tuvo la suerte de no encontrar ninguna serpiente.

A eso del mediodía, aniquilado de cansancio, se detuvo á coger algunos plátanos, subiéndose á un árbol de poca elevacion á fin de comerlos mas á sus anchas; luego descubrió con agradable sorpresa que las hojas de aquel árbol, de forma abarquillada, contenian una agua clara, fresca y muy sabrosa, y bebió de ella.

algunos barquillos; puso en la faltriquera los plátano que le quedaban, y prosiguió su camino.

Segun su cálculo habria andado unas cuatro leguas, y debia de hallarse ya muy cerca del Castillo del Diablo. Pero por desgracia el cálculo de nuestro hidalgo no era de la mayor exactitud, á lo menos en cuanto á la direccion que creia haber seguido, aunque calculaba bastante bien el espacio que habia andado. Hallábase, pues, por el lado del Mediodia, algo mas distante del Castillo del Diablo que cuando entrò en el bosque.

Para no perder de vista el sol (que con dificultad se veia, tanta era la espesura de las ramas), hubiera sido preciso no aqartar nunca los ojos del firmamento; pero el camino era casi impracticable y era preciso avizorar á las serpientes; así, estando dividida entre el cielo y la tierra la atencion del caballero, no es estraño que se desviase algun tanto.

Con todo, no pudiendo creer que se hubiese equivocado de un segundo en sus cálculos, animose de nuevo, seguro casi de llegar muy pronto al término de su viaje.

A eso de las tres de la tarde empezó ya á sospechar que el Castillo del Diablo se alejaba á medida que él se iba aproximando.

Estaba muerto de fatiga, y aguijábale el temor de tener que pasar la noche en el bosque.

Andando, andando, llegó al fin á una especie de barranca bastante profunda, que formaba un desfiladero entre dos peñas, y entonces se reanimó y respirò con mas libertad.

—¡Vive Dios! exclamò haciéndose aire con las alas del sombrero: ¡éteme en fin en el Castillo del Diablo! Paréceme reconocer el sitio, aunque nunca lo he visto; pero el amor me ha servido de brújula y con él puede uno ir hasta los antípodas sin desviarse de un cabello. La cosa es muy sencilla; mi corazon mira siempre al oro y á la belleza como el imañal polo; porque si Bar-

ba-azul es rica, por fuerza debe ser hermosa... Además una muger que con tal soltura se desembaraza de sus maridos; debe ser muy aficionada á la novedad; y yo seré para ella fruta nueva... ¡y qué fruta! A más que los tres difuntos han logrado su merecido, puesto que me han desembarazado la plaza. Lo que me asegura de la belleza de Barba-azul, es que solo es dado á las hermosas tener ciertas irregularidades, y esa manera... un tanto caballeresca de desatar el lazo conyugal. ¡Vive Dios que voy á verla, á gustarle, á seducirla!... ah! pobrecilla! ni siquiera sospecha que su vencedor llama á sus puertas... Oh! apuesto cualquier cosa que en este instante palpita fuertemente su corazoncito. Ella me desea... adivina mi proximidad... no se verá engañada su esperanza... Vá á quedar deslumbrada, pues le llega la felicidad en alas del amor.

Esto diciendo, echó el caballero una mirada á su traje; y no pudo dejar de conocer que se hallaba un poco desarreglado. Las medias, que un tiempo habian sido encarnadas y luego de color de rosa bajo y marchito, estaban jaspeadas de verde desde que empezó á caminar por entre malezas. La casaca estaba llena de girones colocados caprichosamente; pero el hidalgo hizo esta reflexion, si no muy modesta, al menos bastante consoladora:

—¡Por vida del... Venus no llevaba casaca cuando salió de las olas: ni tampoco la llevaba la Verdad cuando salió del pozo: por consiguiente, ya que la belleza y la verdad se presentan sin velo, no encuentro una razón para que el amor... Por otra parte, Barba-azul ciertamente deberá comprenderme.

Enteramente tranquilo sobre este punto, el caballero de Croustillac dió vuelta á la barranca y se encontró en un sitio mucho mas sombrío y arbolado que el que acababa de dejar detrás de sí. Otro hombre se hubiera desanimado; pero Croustillac al contrario, exclamó:

—¡Vaya que es lo sumo de la astucia! ¡Esconder su

habitacion en lo mas espeso de los bosques! ¡No hay duda en que Barba azul es una muger de talento!... Estoy muy cierto de que cuanto mas me meto en estas malezas, mas cerca me hallo de Barba-azul... Ah! Barba azul! Barba-azul! ¡al fin has caido en mis manos!...

Conservò Croustillac tan agradable ilusion mientras que durò el dia, que fué muy poco; pues en los trópicos no se conoce el crepúsculo. Pronto viò con admiracion los raros resplandores que pasaban por la cima de los árboles y que, apagándose poco á poco, daban una apariencia fantástica á las grandes masas del bosque; el cual quedò en una semi-oscuridad, aunque á trechos iluminado por los vivos reflejos del sol, que parecia rojo como un horno, pues, como dicen en las Antillas, *se ponía en el viento*.

Por un instante quedò como teñida de púrpura aquella vegetacion de un verdor tan vivo; de modo que el caballero veia la naturaleza como al través de un vidrio colorado: y la parte visible del firmamento parecia llena de ardiente lava.

—Por vida del!... exclamò el caballero, no me engañé, no puedo menos de estar muy cerca del Castillo del Diablo: esta reverberacion infernal no me deja duda. Seguramente Lucifer estará visitando á Barba-azul, quien, para recibirlo, habrá mandado encender todos los hornillos de la cocina.

Poco á poco se fueron amortiguando los fuertes colores del cielo, tomando primero un encarnado bajo, luego un color violáceo, y en fin, se confundieron con el azul oscuro de la noche.

Apenas las tinieblas hubieron invadido el bosque, cuando los silbidos quejumbrosos de las lechuzás y mochuelos celebraron la venida de la noche.

El aire marítimo que se levanta despues de puesto el sol, pasó como un inmenso soplo por las copas de los árboles, y todas las hojas se estremecieron.

Aquellas mil especies de ruidos que, por decirlo así,

solo de noche se oyen, empezaron á difundirse sordamente por todas partes.

—¡Vaya que hay motivo para ahorcarse! exclamó el caballero. ¡Pensar que acaso me hallo á cien pasos solamente del maldito castillo, y que tenga que pasar la noche contando las estrellas!

Temeroso de las serpientes fuese á un grande árbol de caoba que habia observado, y ayudado de las plantas enredaderas que rodeaban el tronco, pudo subir á una especie de bifurcacion que formaban dos ramas principales. Instalóse allí con bastante comodidad, colocó su espada entre las piernas, y se puso á comer los plátanos que afortunadamente guardaba en sus faltriqueras.

No tenia ninguno de aquellos temores que muchos hombres, aun siendo valientes, hubieran tenido en su lugar y en situacion tan crítica. Por otra parte, en los casos apurados tenia el caballero mil reflexiones de toda especie para su uso; así unas veces exclamaba:

—¡Voto vá! Encarnízase la suerte contra mí... y ha escogido muy bien. No se ha engañado; y en vez de dirigirse á algun imbécil ó cobarde, ¿qué ha hecho? Repara en el caballero de Croustillac y dice:—Este es el hombre que busco: este es digno de luchar conmigo.

—En el caso presente vió Croustillac otra combinacion providencial, que no le era menos agradable, y dijo.

—Mi dicha es segura, y voy á quedar dueño de los tesoros de Barba-azul. Esta es la última prueba á que el destino me sujeta, y no pareceria bien que me irritase, ni fuera propio de un caballero galante el soltar queja alguna: en este caso fuera indigno de la inapreciable recompensa que me aguarda.

Con tales reflexiones alejó de sí el sueño, pues temia cediendo á él caer de lo alto del árbol: y hasta acabó por congratularse de los contratiempos que tenia que soportar para alcanzar la posesion de Barba-azul, quien sin

duda le agradecería su valor y correspondería á su afecto. En medio de sus arranques de valor caballeresco, llegaba á sentir que hasta entonces no se le hubiese ofrecido ocasion de luchar con algun digno enemigo, y no haber tenido que combatir mas que con matorrales, zarzas y troncos de arboles. Mientras le ocupaban estas reflexiones hirió sus oídos un ruido extraño, que le llamó la atencion, y al fin exclamó:

—¿Qué viene á ser esto? Cualquiera diria que es una reunion de gatos... En efecto, cuando hay gatos ¡por ahí, no debe estar muy lejos la casa.

Pero Croustillac andaba muy equivocado, porque los tales gatos no eran domésticos, sino monteses, sumamente feroces, que promovieron una algazara infernal.

Croustillac para hacerlos callar blandió su vara y dió con ella algunos golpes en el árbol; pero los gatos, en vez de huir se aproximaron mas y mas, aumentando sus maullidos broncos y enfurecidos. Hacia muchísimo tiempo que recorrian aquellos bosques varias manadas de dichos animales, que casi igualaban á los jaguares, asi en tamaño, como en fuerza y voracidad, y llegaban á devorar cabritos, cabras y hasta terneros.

Para explicar al lector las intenciones hostiles de aquellos animales carnivoros que rondaban en torno del caballero, á quien les hizo rastrear la sutileza de su olfato, fuerza es que volvamos á la caverna donde dejamos al coronel Rutler.

Ya sabe el lector que el cadáver de John, muerto por la mordedura de una serpiente, obstruia del todo el único conducto que permitia la salida de la caverna. Los gatos monteses bajaron al precipicio, percibieron el olor del cadáver, se acercaron primero con recelo, y luego lo devoraron completamente.

Oyóles el coronel y no supo que pensar de aquellos feroces maullidos; pero gracias á la voracidad de di-

chos animales, vió al llegar el día desobstruido el conducto, no quedando mas que los huesos del infeliz John, que el coronel pudo quitar de allí con facilidad.

Los gatos monteses, despues de tan horrible destrozo, que antes los dejó engolosinados que satisfechos de un manjar nuevo para ellos, se sintieron hambrientos de carne humana, y así abandonaron el fondo del precipicio, volvieron al bosque, rastraearon á Croustillac, y se aumentó con esto su carnívora ferocidad.

El temor los detuvo algunos instantes; pero animados con la inmovilidad del aventurero, el mas osado y hambriento trepò ligero en el árbol, y el gascon vió de improviso cerca de sí dos ojos grandes, brillantes, verduzcos y relucientes en la oscuridad, En aquel mismo instante se sintió morder fuertemente en la pantorrilla. Encogió de repente la pierna; pero el gato la retuvo hincando las uñas en la carne, y despidiendo una especie de gruñido sordo y furioso, que fué como la señal de ataque. Treparon por todos lados los sitiadores, de modo que el caballero no vió á su alrededor mas que ojos eucendidos, sintiéndose mordido en distintas partes del cuerpo á un mismo tiempo.

Fué este ataque tan impensado, y los enemigos eran de una especie tan original, que Croustillac, á pesar de todo su valor quedò asombrado por un instante; aunque le sacaron de este estado las mordeduras. Aumentóse su furor é indignacion considerando que tenia que luchar con tan viles enemigos. Cogió al mas encarnizado de ellos (el de la pantorrilla) por la piel del dorso, y á pesar de que recibió algunos arañazos, lo tirò contra el tronco de un árbol y le rompio las costillas. El gato despidió unos maullidos terribles. La misma operacion repitió Croustillac con otro que le subia por la espalda y trataba de morderle en la mejilla. Los restantes vacilaron, entonces sirvióse el caballero de su espada á manera de un pu-

ñal y traspasó à algunos, poniendo fin con esto à aquel ataque de nueva especie, y esclamando:

—¡Con tal que la señora de mis pensamientos no sepa que por poco el valiente caballero de Croustillac es pasto de gatos, como una gallina colgada de un clavo en la despensa!..:

Pasó en paz lo restante de la noche, y hasta dormitò algun rato.

A la aurora bajó del árbol, y vió tendidos por el suelo á cinco de sus nocturnos enemigos; con que apresuróse à abandonar aquel sitio testigo de una hazaña que le avergonzaba, y persuadido de que no podia estar muy léjos del Castillo del Diablo, se puso otra vez en marcha.

Habiendo andado un buen trecho tan inútilmente como la víspera, la tirantez de su estómago, efecto de un hambre canina, dióle á entender que se acercaba la hora de medio dia. Júzguese de su alegría cuando el ambiente trajo á sus narices un deleitable olor á asado, tan suave, incitativo y penetrante, que Croustillac no pudo dejar de lamerse los lábios.

Aceleró el paso, no dudando que por esta vez habria llegado al término de sus tribulaciones; pero con todo, no veia rastro de habitacion humana. ¿Cómo conciliar aquella aparente soledad con el esquisito humillo que halagaba mas y mas su olfato?

Así andando aprisa, llegó á un claro del bosque sin ser visto de nadie; y se detuvo, pues el espectáculo que se presentó á sus ojos merecia ciertamente toda su atencion.

X.

La choza.

En el centro de la espesura veíase un ancho espacio sin árboles, formando un cuadrilongo; en un extremo elevábase un *ajupa*, especie de choza hecha de ramaje, apoyada en el tronco de una palmera, y cubierta con anchas hojas de cañacorro y de otros árboles del país. Debajo de este abrigo, que resguardaba perfectamente de los rayos del sol á los que en él se recogían, había un hombre echado en una cama de hojarasca, con unos veinte sabucos que á sus piés dormían, los cuales primitivamente serían de color blanco ó anaranjado, pero entonces estaban todos teñidos de sangre, y particularmente sus cabezas y pechos estaban del todo ensangrentados por la abundante ralea que les habían dado á comer.

Croustillac solo pudo distinguir de una manera confusa la fisonomía del hombre que estaba tendido en el lecho de hojas frescas.

No lejos del *ajupa* veíase un hogar cubierto, en que se estaba asando á fuego lento á la moda de los cazadores, un jabato de un año.

El jabato, cubierto con su piel y con su pelo, estaba tendido boca arriba con el vientre abierto y vacío, y para mantenerlo en esta situación, habíanle atado con plantas enredaderas las cuatro patas, de modo que el ardor del fuego no podía trastornar su posición.

Figurese el lector una especie de parrillas formada de cuatro horquillas implantadas en el suelo, en que pusieron unos travesaños cruzándolos con otras varitas, todo de leña verde.

Levantábanse las parrillas encima de una zanja de cuatro pies de longitud, tres de anchura y otros tantos de profundidad, llena de carbon hecho ascua; y así iba asándose el jabato al calor igual y concentrado de aquel brasero.

La cavidad del vientre del animal estaba medio lleno de zumo de limon y pimienta, que mezclándose con la grasa que el calor derretia lentamente, formaban una especie de salsa interior que exhalaba un perfume sumamente agradable.

Aquel enorme asado estaba casi en sazón: empezaba á dorarse y henderse la piel, y la parte que podia verse de la carne al través de la salsa, tenia un vivo color de rosa.

En fin, cocíanse al rescoldo como una docena de batatas muy gruesas de fécula amarillenta y sabrosa, que difundian un olor muy incitativo.

Croustillac no pudo ya contenerse, y arrebatado por el hambre entró en el recinto, rompiendo antes algunas malezas: el ruido despertó á uno ó dos perros, que corrieron hácia él con aire amenazador.

Levantóse de repente el hombre que estaba tendido, miró en torno de sí, mientras la jauría entera demostraba intenciones bastante hostiles con respecto al caballero, erizándose y enseñando sus formidables dientes.

Croustillac se acordó entonces del lance acacido al mozo del cazador Te-arranco-el-alma, que fué devorado por los perros; sin embargo, estuvo tan léjos de intimidarse, que levantó su vara con ademan amenazador diciendo:

—A la perrera, muchachos, á la perrera.

Estos términos, sacados del arte de montería en Europa, no hicieron efecto en los perros, antes tomaron un aire tan temible que el caballero se vió en la necesidad de sacudirles algunos varazos. Los ojos de aquellos animales centelleaban de ferocidad, y sin duda se

hubieran echado encima de nuestro aventurero, á no haber intervenido el cazador, saliendo de la choza con un largo fusil, y gritando en una gerigonza medio etiópica y medio francesa:

—¿Quién toca á mis perros? Y tú, ¿quién eres?

Croustillac requirió con valor su espada, y dijo al cazador:

— Amigo, vuestros perros tratan de morderme, y yo les sacudo... Quieren ejercitar en misus dientes, como lo ejercitaria yo en una porcion de este apetitoso jabato si lo tuviese á mano; porque habeis de saber que desde ayer por la mañana ando estraviado por estos bosques con una hambre de los demonios.

El cazador, en vez de dar respuesta al caballero, quedó pasmado de ver la estraña figura de aquel hombre, que viajaba por el bosque con medias de seda, vestido de tafetan, tahalí bordado, y una vara en la mano.

Por su parte Croustillac contemplaba al cazador con no menor curiosidad.

Era este un hombre de mediana estatura, aunque ágil y robusto: componíase su trage de unos calzoncillos cortos y de una camisa flotante á manera de blusa: todo tan empapado en sangre de toro ó de jabalí (animales que los cazadores desollaban para vender las pieles y ahumar las carnes, materias principales de su comercio), que el lienzo de aquellos vestidos parecia alquitranado, tanta era su negrura y terquedad.

Llevaba además un cinturon de cuero de buey sin adobar y con el pelo entero, que le ceñia la camisa alrededor del cuerpo, y de él pendia de un lado una vaina con comparticiones que contenian cinco ó seis cuchillos de diferentes tamaños y formas; y del otro una cartuchera.

Llevaba las piernas desnudas hasta las rodillas, y un calzado hecho de una sola pieza, como acostumbraban los cazadores del pais; para lo cual empleaban el procedimiento que sigue: despues de haber desollado un

toro ó jabalí, quitábanle con tiento la piel de una de las estremidades delanteras desde el pecho hasta la rodilla, volviéndola como quien se descalza una media; y una vez desprendida enteramente del hueso, la cogian con ambas manos y hundian el pié en ella mientras la piel era flexible y tierna, de modo que el dedo mayor quedase colocado en el punto que antes cubria á la choquezuela del animal.

Luego de calzada la piel ataban con un nervio lo que sobresalía de la punta del pie y cortaban el sobrante; en seguida cogian la piel por el otro extremo y la estendian hasta hacerla llegar á la mitad de la pierna, donde la sujetaban por medio de una correa. Luego en el acto de secarse, este especie de borceguí tomaba la forma del pie, quedaba siempre suave y flexible, duraba mucho tiempo, era impermeable, y nada podian con esta calzado las mordeduras de las serpientes.

El cazador de fieras examinaba á Croustillac; apoyándose en un fusil muy largo y de grueso calibre, llamado fusil de caza: especie de arma que se fabricaba regularmente en Dieppe y San Malo. La fisonomía del cazador era áspera y vulgar, sus miradas feroces; su barba larga y enmarañada, y llevaba un gorro de piel de jabalí.

Al cabo Croustillac le dijo con resolucion:

—¿Con que amigo, le negarèis un pedazo de este asado á un caballero que llega hambriento?

—Este asado no es mio, contestòle el cazador.

—¡Còmo! ¿entonces á quién pertenece?

—A mi amo Te-arranco-el-alma, que tiene su almacén de cueros y de carnes ahumadas en el cabo de los Caimanes.

—¡Este asado es, pues, del señor Te-arranco-el-alma! exclamó el caballero, admirado de que la casualidad le hubiese traído cerca de uno de los afortunados aman-

tes de Barba-azul, supuesto que las murmuraciones fuesen ciertas:

—¿Con qué pertenece á Te-arranco-el-alma?

—Le pertenece, respondió lacónicamente el hombre del fusil.

En esto se oyó un tiro, que resonó por un buen rato en el bosque.

—Es mi amo, dijo aquel hombre.

Los perros conocieron sin duda la llegada del cazador, pues empezaron á despedir fuertes aullidos de regocijo, y corrieron por entre los matorrales al encuentro de su amo.

El mozo, á quien en adelante llamaremos Pedro, sacó el cuchillo de mayor tamaño de los de su vaina. fuese al jabato, y para que penetráse el caldo en la carne del venado, hizo en ella algunas sajaduras, sin llegar no obstante á la piel, para que no se derramase el abundante caldo compuesto de zumo de limóns pimienta á gordura. Cada incision de aquellas despedía un perfume sumamente tentador, y Croustillac se saboreaba tanto con él, que casi no se acordaba de la próxima llegada de Te-arranco-el-alma; quien llegó por último seguido de sus perros apiñados á su alrededor.

Era Te-arranco-el-alma un hombre alto y robusto; su tez, naturalmente blanca se hallaba tostada por el sol y endurecida por la vida salvaje; su negra y poblada barba llegábale hasta el pecho: sus facciones eran regulares, bien que ásperas y duras, pero menos sordidas que las de su mozo, llevaba los vestidos casi de la misma hechura que este, y una vaina con varios cuchillos; solo que en lugar de traer medio desnudas las piernas, las tenia envueltas hasta las rodillas con unas tiras de piel de jabalí y sujetas con tendones; por último, su calzado consistía en unos gruesos zapatos de cuero sin curtir.

Completaba su traje un ancho chambergo á la es-

pañola adornado con dos ó tres plumas encarnadas: y á mas de lo dicho, se distinguia de su mozo en que las guarniciones de su fusil eran de plata.

Al entrar en el claro del bosque llevaba el fusil debajo del brazo, y desplumaba con descuido una paloma silvestre que acababa de matar; llevaba ademàs otras tres aves pendientes del cinturon; luego las entregò à Pedro, que se puso á desplumarlas y limpiarlas con maravillosa prontitud y destreza.

Las palomas eran del tamaño de una perdiz, gordas y tan delicadas como la codorniz.

A cada una que limpiaba Pedro, cortábale el cuello y las patas, y la echaba en el espeso y abundante caldo que llenaba la cavidad del vientre del jabato; y así que el señor Te-arranco-el-alma acabó de preparar la suya la echò tambien en el caldo.

Preguntóle Pedro:

—Mi amo, ¿cerraremos el vientre?

—Ciérralo, le respondió.

Entonces Pedro cortó la enredadera que sujetaba los piés del jabato; la cavidad del vientre quedò casi del todo cerrada, y las aves se fueron cociendo poco á poco en aquella caldera de nueva especie.

En todo el tiempo que duraron estas operaciones, al parecer Te-arranco-el-alma no habia reparado en la presencia de Croustillac; quien con una pierna tendida hácia adelante, la cabeza erguida y la mano en el puño de su espada, disponíase à responder con altivez à las preguntas que seguramente se le harian, y tal vez á preguntarle él por anticipado al amo de aquella choza.

Este, luego que hubo cortado el cuello y las patas à la paloma que acababa de desplumar, enjugó con la mayor calma del mundo el cuchillo y lo metió en la vaina.

Para esplicar al lector la aparente indiferencia del cazador hácia nuestro caballero, diremos que era enton-

es muy comun ver á los habitantes del pais visitar los establecimientos de cacería por mera curiosidad. Los cazadores tenian unas costumbres muy semejantes á las de los caribes: como estos, gloriábanse de conceder una franca hospitalidad, y permitian tomar parte en sus comidas á cualquiera que se presentase con hambre ò sed; pero igualmente que los caribes miraban una invitacion como formalidad supérflua; y una vez preparada la comida, tomaba parte quien queria.

Te-arranco-el-alma se desembarazò del cinturon y del fusil, y en seguida tendiòse debajo de la choza, sacó una calabaza que tenia debajo de la yerba fresca, y se echó á pechos un trago de aguardiente para prepararse á la comida.

Permanecia Croustillac siempre en la misma postura con la cabeza erguida, una pierna tendida hácia adelante y la mano en el puño de la espada; y la sangre se le subiò á la frente, hallando que era el colmo del insulto la absoluta indiferencia que le manifestaba aquel hombre.

¿Habria acaso Barba-azul, valiéndose del pirata, prescrito al cazador que obrase de aquel modo en caso de hallar á Croustillac? ¿Eran reales el descuido é indiferencia del cazador de fieras? Esto no podemos decirselo todavia al lector.

Pero séase lo que fuere, no por ello era menos crítica la situacion de nuestro aventurero, quien, á pesar de su natural osadía, no sabia cómo entablar conversacion; hasta que, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, dijo alentándose hácia la choza:

—¿Estais ciego, amigo mio?

—Pedro, contesta al que te habla, dijo Te-arranco-el-alma con negligencia al mozo.

—No... Hablo con vos, dijo Croustillac con impaciencia.

—No: dijo el cazador.

—¿Cómo que no! esclamó Croustillac

—Habeis dicho amigo mio, y yo no soy vuestro amigo: el mozo lo será tal vez...

—¡Vive Dios!...

—Yo soy cazador, y vos no lo sois: solo mis hermanos los cazadores son amigos míos, dijo Te-arranco-el-alma, interrumpiendo á Croustillac.

—¿Cómo se os debe llamar, pues, para obtener el honor de una contestacion?

—Si venís á comprarme pieles ó carne ahumada llamadme como queráis; si á ver este sitio miradlo, y si teneis hambre, cuando el jabato esté cocido, comed.

—Estos son unos verdaderos salvages, unos brutos, pensó Croustillac; y fuera una locura incomodarme por sus groserías. Muérome de hambre, ando extraviado, y este animal puede darme de comer, y con un poco de astucia puedo hacer que me indique el camino del Castillo del Diablo; con que así, adelante. En seguida, contemplando á aquel hombre medio bárbaro, con los vestidos manchados de sangre, encogió los hombros diciendo para consigo:

—¿Y este jabalí es, segun dicen, el amante de la hermosa... de la adorable Barba-azul?... Vive Dios que hay motivo para volverme jabalí yo mismo.

Viendo Pedro que el jabato estaba en sazón, puso-se á arreglar prontamente la mesa. Estendió por el suelo anchas hojas de cañaorro de un color verde tierno, que servian como de manteles; cogió en seguida una estensa hoja de plátano, hizo cuatro agujeros en los bordes, pasó por ellos una enredadera, y estrechòla hasta formar una especie de bolsa, en la que esprimió el jugo de algunos limones, mezclàndoles sal y pimienta, molido entre dos piedras. Llamaban á esta salsa *pimentada*, éra sumamente fuerte, y los cazadores y corsarios gustaban de ella en extremo.

Algo mas allá, en otra hoja, colocò algunas batatas asadas al rescoldo, cuya piel se habia requemado, y

abierta dejaba ver una fécula amarilla como el ámbar.

El caballero estaba un tanto inquieto por no saber cuál sería la bebida, pues se abrasaba de sed; pero pronto vió venir al mozo con una gruesa calabaza llena de un líquido de color de rosa muy trasparente, que era el jugo de arce vinoso, el cual fluye en abundancia de este árbol cuando se le hace alguna incision profunda. Esta bebida, fresca y saludable, tiene un saborcillo semejante al vino de Burdeos mezclado con agua y azúcar.

Por último, despues de haber puesto la calabaza encima de las hojas que servian de mantel, rompió el mozo una gruesa rama de albaricoque cargado de flores y de fruta, y la plantó en el suelo entre las hojas de caña-corro.

=Estos rústicos no son tan tontos como parecen, pensó Croustillac: vé ahí un banquete en que hace todo el gasto la señora naturaleza, y que estoy cierto saciaria al hombre mas gloton.

Esperaba el caballero con impaciencia el instante de ponerse á la mesa; hasta que finalmente el mozo echó una mirada conocedora al vientre del jabato, y dijo:

—Mi amo, esto se halla en sazón.

=Comamos, pues, respondiò este.

El mozo tomó un tenedor de palo cortado de una encina, ensartó una ave, pùsola en una hoja fresca y la presentó á su amo; sirvióse en seguida á sí mismo, y dejó el tenedor clavado en el vientre del jabato.

Viendo Croustillac que nadie se acordaba de él, se sirvió una ave y una batata, y fué á sentarse junto al amo y mozo cazadores, y como ellos, comió con el mayor apetito.

Así las palomas como las batatas guisadas de aquel modo, eran sabrosísimas.

Luego que las hubieron despachado, Pedro fué á cortar unas tajadas de carne para su amo y para sí,

imitándole nuestro aventurero, quien le hallò un sabor muy delicado, que hacia aun mas agradable la salsa de limon y pimienta.

Repetidas veces apagò Croustillac su sed con el jugo de arce que contenia la calabaza, á imitacion de sus compañeros, y terminó la comida con una docena de albaricoques muy superiores á los que comemos en Europa.

En seguida trajo Pedro una calabaza de aguardiente; el amo bebiò algunos tragos y la pasó en seguida al mozo, quien bebió igualmente y la tapò otra vez con mucho cuidado, dejando desconcertado á Croustillac, que alargaba ya la mano para cogerla.

Este comportamiento de los cazadores no podía considerarse como una grosería; pues lo mismo que los caribes, hacian mucha distincion entre los dones de la naturaleza, que como nada cuestan pertenecen, por decirlo así, á todo el mundo; y las cosas que se adquieren con dinero, las cuales pertenecen esclusivamente á sus poseedores.

El aguardiente, la pólvora, el plomo, las armas, las pieles y el venado ahumado destinado á la venta, eran de esta última clase; y al contrario la caza y el pescado eran, segun ellos, bienes comunes.

Con todo, el caballero frunció las cejas, no tanto por glotonería como por orgullo; y estuvo á punto de quejarse de la falta de consideracion del mozo; pero reflexionando que al fin era deudor á Te-arranco-el-alma de una abundante comida, y que él era el único que podia enseñarle la senda del Castillo del Diablo, reprimió su mal humor, y díjole con aire alegre:

—¡Caramba, señor mio! ¡y qué buena vida os dais!

—Comemos de lo que se encuentra, y por ahora no faltan toros y jabalíes en la isla, ni van tan mal el comercio de pieles, dijo el cazador llenando la pipa.

XI.

Tc-arranco-el-alma.

Cuanto mas nuestro aventurero examinaba á Te-arranco-el-alma, tanto menos podia creer que aquel hombre semibárbaro fuese el favorito de Barba-azul.

Luego que el cazador hubo encendido la pipa, tendióse boca arriba con las manos detrás de la cabeza, continuò fumando con la vista fija en el techo de la choza en una profunda calma digestiva, y dijo al caballero:

—¿Sin duda habreis venido en silla de manos con vuestras medias de color de rosa?

—No, amigo mio, he venido á pié, y hubiera venido cabeza á bajo, si hubiera sido preciso, solo por ver al mas famoso cazador de todas las Antillas, cuya fama ha llegado hasta Europa.

—Si necesitais cueros, replicó el cazador, tengo una docena que, aunque de toro, parecen de búfalo... Tambien tengo una sarta de jamones ahumados como no se encuentran en todas las Antillas.

—No nada de esto necesito, mi escelente amigo; porque la admiracion, la sola admiracion me ha traído aquí. Hace cinco días que llegué de Francia en el *Unicornio*, y mi primera visita ha sido para vos, pues ya tenia noticia de vuestro mérito.

—¿De veras?

—Tan cierto como me llamo el caballero de Croustillac; pues sin duda no os sabrá mal saber con quién estais hablando... Mi nombre es Croustillac.

—Escepto el de *comprador*, todos los demàs me son indiferentes.

—¿Y el de *admirador*, mi excelente amigo, el de admirador os parece un grano de anís?... ¡Yo que vengo expresamente de Europa para veros!

—¿Sabíais, pues, que me encontraríais aquí?

—No precisamente; pero la Providencia se ha mezclado en el asunto, y gracias á ella he encontrado al famoso Te-arranco-el-alma.

Es enteramente estúpido, pensó el caballero; nada tengo que temer de semejante rival: y si los demás son por ese estilo, muy fácil me será hacerme adorar de Barba-azul. Pero he de saber el camino del Castillo del Diablo; y por Dios que seria gracioso hacerme acompañar por ese bruto... Así, continuó en alta voz:

—Pero, mi valiente cazador, ¡ah! toda gloria se compra, deseé veros, y os he visto.

—Entonces idos, dijo el cazador echando una bocanada de humo.

—Gústame vuestra franqueza, valiente Nemrod; pero para irme, fuera necesario que supiese algun camino, y en verdad que no conozco ninguno.

—¿De dónde venís?

—De Macuba, donde he pasado una noche en casa del reverendo padre Grifon.

—No os hallais, pues, mas que á dos leguas de Macuba, y mi mozo os acompañará.

—¡Cómo! ¿á dos leguas? ¡imposible! exclamó el caballero: caminé ayer durante todo el dia desde la madrugada, y hoy he hecho lo mismo hasta la hora en que estamos, ¿y no habria adelantado mas que dos leguas?

—He visto jabalíes, y en particular toros, novillos, que hacen agachadas para engañar al que los persigue corriendo mucho tiempo sin moverse casi del mismo recinto.

—Como vuestra comparacion está sacada del arte de montería, arte noble si los hay, no puede ofender á un caballero; por lo que, admitiendo que yo haya hecho

lo que el novillo, como decís, no se sigue de ahí que quiera volver á Macuba, y cuento con vos para que me enseñeis el camino que debo seguir.

—¿A dònde quereis ir, pues?

Entonces el caballero permaneció indeciso un instante sin saber qué responder. ¿Debia confesar francamente su intencion de ir al Castillo del Diablo?

Hallò empero un rodeo, y contes ò:

—Descaria pasar por el camino del Castillo del Diablo.

—El camino del Castillo del Diablo no conduce mas que al Castillo del Diablo, y...

El cazador no acabó la frase, pero sus ásperas facciones tomaron una espresion casi amenazadora.

—¿Y á dònde mas conduce el camino de ese castillo? preguntó Croustillac.

—Lleva los pecadores á los infiernos, y los santos al paraíso.

—¿Con que así, un curioso, ó un viajero que tuviesen el antojo de ir al Castillo del Diablo?... .

—No volverian á salir.

—Esto tiene al menos la ventaja de que uno no se extravía á la vuelta.

—Hemos comido bajo la misma choza y bebido en la misma calabaza, y no quiero causar voluntariamente vuestra muerte.

—Así, pues, conducidme al Castillo, ò matarme...

—Fuera lo mismo.

—Aunque vuestra comida ha sido sabrosísima, y muy grato para mí vuestro conocimiento, casi llegaria á sentir haber participado de ello, ya que haya de ser un obstáculo para que dejeis satisfecho mi deseo... ¿Pero qué peligros pueden amenazarme?

—Todos los peligros de muerte á que puede esponerse un hombre.

—Todos al cabo se reducen á uno solo, supuesto que

no se muere mas que una vez, dijo el gascon con indiferencia.

El cazador miró atentamente á Croustillac, como admirándose de su valor y del aire de franqueza y buen humor que se traslucia en medio de sus fanfarronadas.

El caballero continuò:

—Nunca conoció el miedo Croustillac mientras tuvo su *hermana* al lado.

—¿Qué hermana?

—¡Esta, y vive Dios que no es virgen! exclamó el caballero sacando su espada y blandiéndola con arrogancia. Los besos que da escuecen terriblemente, y los hombres mas animosos se han arrepentido de trabar conocimiento con ella.

—Miau... miau... gritó el mozo que presenciaba esta escena.

Estos gritos estremecieron al gascon recordándole su aventura nocturna.

Subiéronsele los colores al rostro de avergonzado, y dió algunos pasos hácia el mozo para castigar su insolencia con un buen espaldarazo; pero Pedro se levantó ligero y en un momento se puso fuera de su alcance; mientras que Te-arranco-el alma se reia á carcajadas.

Este acceso de risa del cazador exasperó al caballero, quien dijo:

—¡Por vida mia! si teneis valor para atacar un hombre como para embestir á un toro, poneos en guardia.

—Mirad que vuestra espada tiene la hoja manchada de sangre y de pelo de gato montés; y esta es la causa de que Pedro haya gritado: Miau.

—En guardia digo! repitió el caballero.

—Cuando tenga cuatro patas, uñas y cola, entonces me batiré con vos, dijo el cazador levantándose con calma.

—En tal caso te haré una señal en el rostro, exclamó el caballero adelantándose hácia el cazador.

—Despacio, *michita*, despacio, dijo el cazador riendo, y parando con el cañon del fusil los furiosos golpes que el irritado Croustillac le dirigia.

—Iba el mozo á ayudar á su amo; pero este lo detuvo diciendo: No te muevas; yo respondo de este temible compañero, gato escaldado huye hasta del agua fria, como dicen. Voy á darle una buena leccion.

Estos sarcasmos llevaron al colmo la rabia del caballero; olvidó que su contrario se defendia con un fusil, y le tiró algunas estocadas desesperadas, que paraba el cazador con mucha destreza y dando pruebas de gran fuerza, pues manejaba un pesado fusil como si fuera un palo.

Durante tan desigual pelea, el cazador llevaba su insolencia hasta el punto de imitar el maullido sordo que hacen los gatos cuando están enfurecidos, último ultraje que encolerizó á Croustillac. Pero, contra sus esperanzas, halló en el cazador un espadachin de primer orden, en términos que tuvo el sentimiento de verse desarmar, y su espada saltó á diez pasos de distancia. Entonces el cazador se le echó encima con el fusil en alto á modo de una maza, y agarrándole por el pescuezo, exclamó:

—Tu vida está á mi disposicion, y voy á romperte la cabeza como si fuera un huevo.

Miróle Croustillac sin pestañear, y respondió friamente:

—Y tendreis triple razon, puesto que he sido tres veces traidor.

El cazador retrocedió un paso.

—Tenia hambre, y me dísteis de comer; tenia sed, y me dísteis de beber: os hallábais sin armas, y os he atacado; ¡rompedme la cabeza, vive Dios! rompédmela, estais en vuestro derecho; pues Croustillac se ha deshonrado.

—No es este el lenguaje de un asesino ni de un es-

pía, pensò el cazador; y en seguida, tendiendo la mano al caballero, añadió con voz bronca:

—Vamos: venga acà la mano: nos hemos sentado bajo de una misma choza; nos hemos batido juntos; bien podemos llamarnos hermanos.

El caballero iba á darle la mano; pero volviendo sobre sí, dijo con gravedad.

—Quiero corresponder á vuestra franqueza con la mia: antes de darme la mano es preciso que os haga una declaracion.

==¿Cuál?

—Soy vuestro rival.

—¿Mi rival? ¿Què significa esto?

==Amo á Barba-azul, y estoy decidido á todo por llegar hasta ella y agradecerle.

—¡Vengan estos cinco, hermano!

—Un instante... Debo declararos que cuando Polifemo Croustillac quiere agradar, lo consigue, y cuando llega á ser amado lo es con frenesí hasta la muerte.

==¡Venga vuestra mano!

—No la admitiré antes de saber si me admitís francamente por rival.

—¿Y en caso de no admitiros?

—Entonces rompedme la cabeza, puesto que teneis derecho para hacerlo. Estamos solos; vuestro mozo no os hará traicion; pero nunca desistiré ni renunciaré á la esperanza, á la certidumbre de agradar á Barba-azul.

—Ah! esto es diferente.

==Vaya la última pregunta, dijo el caballero: ¿Vais á menudo al Castillo del Diablo?

==Voy á menudo.

—¿Veis á Barba-azul?

—Veo á Barba-azul.

—¿La amais?

—La amo.

—¿Os ama ella?

—Me ama.

—¿A vos?

—A mí.

—¡Os ama!

—Furiosamente.

—¿Y os lo ha dicho?

—Me lo ha probado.

—Es decir, que Barba-azul es...

—Mi querida.

—¿A fe de cazador?

—A fe de cazador.

—Vaya, dijo para sí Croustillac; estoy viendo que los bárbaros tienen tan poca discrecion como los hombres civilizados. ¿Quién creyera que semejante animal fuese tan presumido?...

Luego prosiguió en alta voz:

—Pues bien: entonces os repito que me rompais los cascos; porque si me dejais vivo haré todo lo posible por llegar al Castillo del Diablo; llegaré y me valdré de todos los medios imaginables para conquistar el corazon de Barba azul, y lo conquistaré, os lo prevengo. Con que, ó me rompeis la cabeza, ó tendreis en mí un rival afortunado.

—Digoos que me deis la mano.

—¡Cómo! ¡a pesar de lo que acabo de declararos!

—Sí.

—¿Y no os asusta?

—No.

—¿Y os es indiferente que vaya yo al Castillo del Diablo?

—Yo mismo os acompañaré.

—¿Vos?

—Hoy.

—¿Y veré á Barba-azul?

—La vereis todo el tiempo que os acomode.

Penetrado el caballero de la confianza que le man-

festaba Te-arranco-el-alma, no quiso abusar de ella y le dijo con tono solemne:

—Escuchadme, cazador: no hay duda que sois generoso como un salvaje, y sea dicho sin ánimo de ofenderos; pero digno amigo mio, mi leal enemigo, sois tambien ignorante como un salvaje: criado en medio del bosque, no podeis haberos formado una idea de lo que es el hombre que ha empleado su vida galanteando y seduciendo à las damas, ni imaginaros los maravillosos resortes de que se vale en sus naturales seducciones; no sabeis el irresistible poder de una palabra, de un gesto, de una sonrisa ò de una mirada. ¡Barba-azul, la pobrecilla, tampoco lo sabe! Si es cierto lo que me han contado de sus tres maridos, eran tres imbéciles, tres tontos, de que se desembarazó con razon. Pero ¿por qué se desembarazó de ellos? Porque buscaba un ente ideal, un ser desconocido, la ilusion de sus sueños... Por lo tanto, amigo mio, y siempre hablo sin la menor intencion de agraviaros, no podeis alucinaros hasta el extremo de creer que hayais realizado esa ilusion de Barba-azul; sí, ciertamente no podeis imaginaros que seais un genio ó un silfo.

El cazador miraba á Croustillac con aire atónito, sin dar muestra de entender lo que significaba tal discurso. Al fin le dijo señalando al sol:

—El sol va descendiendo, y tenemos que andar cuatro leguas para llegar al Castillo del Diablo; marchemos.

—Este desdichado no tiene la menor vislumbre del riesgo que corre, es lástima abusar de su ceguedad. Es como pegar á un niño, es tirar á una ave parada ò matar á un hombre dormido. ¡A fé de Croustillac tengo ciertos escrúpulos!... En seguida prosiguió en alta voz:

—¿No sabeis, pues, amigo mio, que este hombre tan seductor como irresistible de quien os estoy hablando,

Es el que teneis delante? ¿El mismo caballero de Croustillac?

—¡Qué! ¡Es imposible!

—Vuestra admiracion no me es ciertamente muy lisonjera, mi valiente cazador; pero si os hablo de mí en estos términos, es porque mi honor exige que os diga la verdad, la verdad entera, y nada mas que la pura verdad. ¿No os haceis cargo que luego que Barba-azul me haya visto me amará, y ya no os querrá á vos, mi querido Te-arranco-el-alma? Ya veis que fuera en mí una cobardia, ó una traicion, no preveniroslo, hallándoos vos en tales términos con Barba-azul... Os repito, pues, que desde el instante en que ponga los piés en el Castillo del Diablo, ó en que Barba-azul me vea, ó me diga, acabáronse vuestros amores... Ahora que os lo he advertido con toda lealtad y con toda franqueza, ved si quereis correr este riesgo...

—Venga acá la mano, amigo, dijo el cazador insensible del todo á las amenazas del caballero. Marchemos; llegaremos de noche al Castillo del Diablo, y los senderos, rodeados de precipicios, no son por cierto muy cómodos á tal hora.

—Vamos... ya que os empeñais... enhorabuena... ya os lo advertí, será una guerra entre amigos, dijo el caballero.

El cazador, en vez de dar respuesta á Croustillac, se volvió al mozo diciendo:

—Lleva los perros á la perrera, y ten pronta las dos docenas de cueros que deben venir á buscar mañana... porque esta noche no volveré.

—Esta es la cuenta cabal, dijo para sí el mozo: de cada tres noches duerme mi amo una fuera de la cabaña.

Mientras Te-arranco-el-alma se ajustaba el cinturon, Croustillac dijo para su sayo, mirándole con cierta compasion:

—A fé mia, ya que tan alegremente mete su cuello en

el lazo, ya que no hace caso de mis advertencias, que se arregle como pueda. No parece sino que bajo este aspecto los amantes son tan perspicaces como los maridos. Pero, ¿cómo Barba-azul siendo hermosa?... es imposible que no sea hermosa... ¿cómo puede quedar satisfecha con semejante salvaje? . ¡Pobre niña!... Sin embargo, es muy natural... Ah! poco sabe ella el desquite y reparacion que la prepara la suerte!

—¡Animo, Croustillac! hoy predomina tu estrella, añadió el aventurero despues de haber recapacitado algun tiempo.

—Vamos, hermano, marchemos, dijo el cazador; pero antes Pedro os envolverá las piernas con unos pedazos de cuero; pues tenemos que atravesar lodazales en que pululan las serpientes.

Croustillac le dió las gracias encogiendo los hombros de compasion, y diciendo:

—El infeliz me arregla las piernas, cuando no está léjos el instante en que le arreglaré yo la cabeza.

Esta necia chanza debia quedar castigada y ser muy fatal á Croustillac, quien seguia á su compañero con nuevo ardor, porque al fin iba á triunfar de Barba-azul.

XII.

El casamiento.

Despues de cuatro horas de camino, Croustillac y su compañero llegaron bastante cerca del Castillo del Diablo.

Era la senda tan escabrosa y poblada de malezas, que apenas pudieron decirse algunas palabras. Croustillac poníase cogitabundo á medida que se aproximaba á la morada de Barba-azul, pues á pesar del buen con-

cepto que tenia de si mismo, á pesar de sus consoladoras reflexiones relativas à la desnudez de Venus y de la Verdad, sentia vivamente que la gala y riqueza del vestido no realzasen su natural gayardía y hermosa presencia; por cuyo motivo, despues de mucho vacilar, resolviòse à fingir el siguiente enbuste, y dijo al cazador:

— Debo confesaros, oh digno rival mio, que habiéndose quedado en San Pedro tanto mis criados como mi equipage, me veo muy mal vestido para presentarme à la reina y señora de mis pensamientos.

—¿Qué quiere decir esto? pregúntale el cazador.

—Esto significa que tengo el exterior de un mendigo, que mi casaca y calzado, que ayer eran casi nuevos, ahora de tan estropeados parece que tienen lo menos... seis meses.

—¿Seis meses?... ¡oh, ciertamente parecen muchísimo mas antiguos de lo que decís!

—Y esto prueba que vuestro sol tuesta terriblemente, pues en un dia ha marchitado el color de estos mis vestidos, que era ayer un verde el mas hermoso, tierno y dulce que cabe imaginar; al paso que ahora....

—Son casi de color de rara muerte, dijo el cazador, lo mismo que vuestro tahalí, del cual nuestro sol se ha comido el oro, sin dejar mas que el cobre.

—¿Qué importa el tahalí cuando la espada sale de la vaina libre y valiente? dijo con orgullo Croustillac; aunque en seguida, sosegándose, añadió:

—Precisamente porque me hallo ahora con un traje tan indigno de mi calidad, desearia saber si... si habrá tal vez proporcion en el Castillo del Diablo para mudarme un vestido mas decente.

—¿Como! ¿Acaso creéis que Barba-azul tiene tienda de ropavejero? dijo el cazador.

—Libreme Dios de atribuirle un tráfico tan innoble; pero pudiera ser que casualmente... y esto no tendria nada de extraño....digo, que pudiera suceder hallarse

olvidado en un rincón del guardarropa algún vestido de cualquiera de los difuntos maridos de nuestra hermosa.

—¿Y qué? dijo el cazador.

—¡Y qué! replicó el imperturbable caballero, aunque me cueste mucho adornarme con vestidos ajenos, y en particular con aquellos que pueden irme muy mal, con todo me los pondría á falta de mis suntuosos trages que han quedado en San Pedro; aun á riesgo de verme terriblemente desfigurado con estos vestidos casuales, dijo con desden.

El cazador no pudo contener un acceso de risa al oír la singular ocurrencia de su compañero.

Croustillac se puso encendido de cólera, diciendo;

—¡Voto á brios! ¡sabeis amigo, que estais muy alegre!

—Me río porque veo que no soy yo solo el único traficante en pieles, ¡vaya! somos unos verdaderos hermanos: yo aprovecho el cuero de los toros, y vos que-reis aprovechar los despojos de los tres difuntos... Pero, ¡atencion! que ya estamos en el Castillo del Diablo: aquí es preciso tener ¡a pierna firme, y listo el ojo para atravesar por este peligroso sendero; si quereis deteneros aquí, os enviaré un guía que os conduzca otra vez á Macuba.

—¡Voto á mil bombas! ¿detenerme yo? ¿volverme atrás en el momento de subyugar á la encantadora Barba-azul? ¡Vamos, habeis perdido la cabeza! marchad adelante, amigo mio, que todo lo que hiciéreis vos, lo haré yo tambien.

Y en efecto, gracias á sus largas piernas, á su agilidad natural y á su sangre fria, Croustillac siguió á su compañero por los precipicios que conducian á la casa del Castillo del Diablo. Al llegar al pié de la plataforma, dió un grito de inteligencia el cazador, y á poco bajó la escala ó puente levadizo que la separaba, y ambos entraron en las habitaciones exteriores, dirigiéndose

por la galeria embovedada que servia de paso al pabellon de la viuda.

Así llamó el cazador á una mulata vieja, le dijo algunas palabras al oido, y luego hizo señas al caballero de que la siguiera por una escalera practicable en la misma bóveda.

Croustillac titubeò en seguir á la esclava, pero su compañero se le acercó y dijo:

—Id, id, amigo mio: no podeis presentaros así á la señora, y esta vieja os facilitará los medios de poneros mas brillante que un sol: yo voy á anunciar vuestra llegada.

Croustillac siguiò entonces á la mulata, la cual le condujo á una sala amueblada y adornada con la mayor elegancia y riqueza.

—¡Voto á brios! exclamó el gascon dando paseos por la pieza y frotándose las manos; ¡esto marcha bien! «brillanté como un sol» ¡con tal que uno de los difuntos haya tenido siquiera figura humana, y que sus vestidos no vayan á desfigurarme mucho, lo mismo será aparecer delante de la viuda que anonadarla de admiracion. . . ¿y ese pobre Te arranco-el-alma? ¡bah! se volverá á su bosque á comer jabatos asados con el bestia de Pedro.

De estas reflexiones vinieron á sacarle varios esclavos que entraron en la habitacion, de los cuales unos traian grandes paquetes en los hombros, y los otros un enorme azafate de plata cincelada, donde habia una taza del mismo metal llena de esquisito y aromático caldo, y dos hermosas garrafas de cristal, que contenian vino de Burdeos de color de rubí, y de Madera de color de topacio.

Esta ligera refaccion fuè ofrecida al caballero de parte de la señora.

Mientras que los esclavos encargados de este obsequio colocaban delante del aventurero una mesa de ébano inéstrada de marfil, los negros de los paquetes

desenvolvian sobre la cama las piezas de un vestido completo do terciopelo negro, adornado de ricos bordados y de botones de oro.

Lo único que tenia de extraño aquel vestido, era que la casaca, siendo, como hemos dicho, de terciopelo negro, tuviera la manga izquierda de raso de color de cereza, con una vuelta de piel de búfalo en el puño; pues por lo demás, todo era conforme al gusto de la época, y estaba elegantemente cortado.

Las medias de seda finísima, los zapatos, y el hermoso sombrero, adornados con una ancha trenza de oro y con blancas y vistosas plumas, estaban tambien en relacion con la riqueza del traje que le preparaban.

El caballero no hacia mas que mirar y remirar el vestido, cavilando qué significaria aquella manga de raso de color de cereza, cuando dos negros le anunciaron que en el gabinete inmediato se hallaba dispuesto el baño: Croustillac se dejó conducir, y despues de tomar uno de agua aromática, le presentaron un finísimo peinador de Holanda, y reclinándole en un blando sofá, se pusieron á hacerle aire con grandes y pintados abanicos, mientras que él, comparando la miseria de su pasada vida con el esplendor que le rodeaba, apenas se atrevía á dar crédito á sus ojos, y consideraba todo aquello como ilusiones de un hermoso sueño.

Sin embargo, cuando mas embelesado estaba en su éstasis de felicidad, una terrible aprension vino á oscurecer el horizonte halagüeño de su fantasía. Barbazul se le presentò á su imaginacion con una fealdad horrorosa, circunstancia en la cual nunca habia él pensado, y que en aquel momento comenzò á aguijonearle á pesar de su modestia, que le ofrecia como una extingencia ridícula la pretension de alcanzar una viuda rica, jóven y de una belleza sobrenatural.

Croustillac se hizo superior á aquella idea con una

serenidad admirable, y despues de haber echado sus cálculos, concluyó por decirse á sí mismo, como hombre que trata de atemperar su ambicion á las circunstancias.

—Con tal que la viuda no tenga mas de cuarenta ó cincuenta años, con tal que no sea tuerta ni horriblemente jorobada, con tal que le queden algunos dientes y algunos cabellos, con tal, sobre todo, que me asegure tres ó cuatro millones... ¡Voto á mil bombas! consiento en casarme con ella y me comprometo á hacerla dichosa. ¡Cuánto mejor no es el oficio de marido, que volver á bordo del *Unicornio* á tragar velas encendidas para divertir al animal anfibio del capitán Daniell! Con que así, ¡ánimo Croustillac! y aunque sea madura, como sea millonaria, hazte cargo de la buena señora; sé con ella superlativamente amable, y verás cómo lejos de enviarte á visitar á los tres difuntos, se consagra á embellecer tu vida y á satisfacer todos tus caprichos! ¡Animo Croustillac! Tu hermosa estrella se levanta tanto mas luminosa y brillante, quanto ha estado oscurecida hasta ahora.

Y diciendo así, llamó á uno de los esclavos que esperaban sus órdenes en la pieza inmediata, y con su auxilio se vistió el magnífico trage de terciopelo negro.

Como el gascon era alto, huesoso y delgado, y el vestido habia sido hecho seguramente para otro hombre de ancho pecho y estrecha cintura, resultaba que la casaca le hacia grandes pliegues alrededor del talle, y las medias se quedaban mas que flojas y desahogadas en sus secas y nerviosas pantorrillas.

Sin embargo, el caballero no parò la atencion en estas ligeras imperfecciones de su vestido, y antes bien, quedò sumamente prendado de su continente, al verse en un gran espejo de Venecia que le presentò un esclavo.

Arreglándose despues el pelo, retorciéndose los bi-

gotes, y colgándose la espada del rico cinturón de búfalo que le habían llevado, salió de la sala con aire triunfante, ansiando por llegar á la presencia de su noble dama.

El salón donde Croustillac debía esperar á Barbazul, escedía en elegancia á todo lo que había visto y soñado en su vida: por todas partes llamaban su atención soberbios cuadros antiguos, porcelanas magníficas, curiosidades de plata del más alto precio, juguetes tan ricos por su materia como por su trabajo, mil adornos de ébano, marfil, nácar, carey, etc., incrustados de oro, entre los cuales se veía un precioso laud de una escultura y riqueza extraordinaria, y en fin, mil objetos que revelaban al absorto aventurero el gusto y delicadeza de la reina de aquel palacio encantado.

—¡Voto á bríos! exclamaba el caballero mirando embelesado todo lo que le rodeaba: ¡quién sabe si la dueña de tantas riquezas no es hermosa como el sol! ¡Oh, no, no es posible! sería el colmo de la dicha... á pesar de que... ¿por qué no he de merecer yo mucho más?

Estas reflexiones hacia el caballero, cuando se abrieron las puertas del salón y apareció la joven Barbazul.

¡Júzguese cómo quedaria el pobre gascon al ver á la divina Angela!

La viudita estaba resplandeciente de gracias, de juventud y de belleza; peinada á la moda de Luis XIV, y vestida con un largo traje de damasco azul recamado de oro, cuyo peto estaba bordado de diamantes, perlas y rubíes: parecia más bien la heroína fantástica de un cuento árabe, que una muger real y verdadera.

A pesar de su audacia, Croustillac dió un paso atrás, y se pasó la mano por los ojos, como para cerciorarse de la realidad de aquella aparición; en su vida había visto él una muger tan seductoramente bella, ni vesti-

da ni adornada con tanta magnificencia: forzoso es confesar que su primer impulso, dictado por su modestia, fué el de arrojarse á los piés de aquella deidad, y pedirle perdon de su necio orgullo: pero despues de un instaute de reflexion, y recordando la confianza que le habia hecho el cazador, se resolvió á llevar á cabo su aventura, diciéndose para sí:

—¡Hombre por hombre, mas valgo yo que aquel oso de montaña!

Haciendo entonces tres respetuosas cortesías, dió un paso adelante, se enderezó bien para hacer valer la nobleza de su estatura, avanzò una de sus largas piernas dejando la otra firme, y tomando el sombrero con la mano izquierda, y apoyando la derecha en la empuñadura de la espada, fijó sus ojos con aire de conquistador en el rostro de la viuda. Sin duda iba á debutar con alguna altisonante delaracion, porque ya se habia llevado la mano al corazon y comenzaba á abrir su enorme boca, cuando la jòven que no podia conter la risa que le causaba la rara figura del caballero, soltó una estrepitosa carcajada, y se entregó con toda libertad al deseo que habia reprimido desde su entrada en el salon. Aquella esplosion inesperada obligò al caballero á cerrar otra vez su boca; pero despues de un instante de sorpresa y de duda, conoció que lo mejor era sonreirse él tambien para agradar á la linda Barba-azul. Su galante tentativa fué espresada por un gesto tan grotesco, que olvidando Angela todo comediemento, se tiró en un sofá riendo locamente, hasta el extremo de llenarse sus ojos de làgrimas, y de ponerse ronca y encendida como la grana.

Croustillac permanecía inmòvil en medio de la sala y sumamente turbado, esforzándose unas veces por parecer indignado, y otras por sonreirse, mientras que las diversas espresiones que se pintaban en su larga y enjuta fisonomia, no hacian mas que provocar nuevos accesos de risa en la festiva Barba-azul.

Cualquiera otro que no hubiera sido el aventurero, habria considerado ajada su vanidad por el singular efecto que su presencia producía en la viuda; pero él aunque no dejó de sorprenderse mucho con aquella estrepitosa acogida, hizo sus reflexiones con toda la prudencia que su amor propio le permitía, y concluyó por sentar que su primera entrevista con Barba-azul no dejaba nada que desear.

Cuando la viuda se calmó un poco, el caballero marchò impávido hácia ella, y le dijo con resolucion:

—Estoy seguro de que vuestra risa ha sido causada por las desesperadas tentativas que estoy haciendo para sujetar en vano mi pobre corazon, que quiere volar hasta vuestros pies. Sí, señora, él es quien me ha traído aquí; yo no he hecho mas que seguirle... si señora, seguirle á pesar mio. Yo le decia: -Despacio, corazoncito, despacio... no basta para agradar á una beldad estar apasionado de ella...—Pero mi aturdido corazon me arrastraba hácia aqui como si estuviese hecho de acero y en el Castillo del Diablo se hallase el iman; y despues decia, es decir, mi corazon me respondia á mí:

—Tranquilizaos, siendo tan tierno y valiente, del amor que vos sentis debe nacer precisamente el amor que ella sentirá...=Pero os confieso, señora, que el lenguaje de mi corazon me parecia furiosamente impertinente... y sin duda esta impertinencia es lo que os hace reir de nuevo.

—Oh, no, no caballero, no: vuestra presencia es lo que me causa esta... porque... os parecis tanto á mi... ja! ja! ja! á mi segundo marido! ja! ja! teneis su misma nariz, su misma fisonomía, ja! ja! como que al entrar creí ver el espectro... ja! ja! ja! que venia á echarme en cara... ja! ja! ja! su desastroso fin... ja! ja!

Y al decir esto redoblaban las carcajadas de Angela.

El caballero no ignoraba los antecedentes que se suponian á Barba-azul, pero no pudo ocultar su profunda admiracion al oir á aquella jòven y celestial criatura

confesar con tanta audacia y desvergüenza un homicidio.

Sin embargo, procurando recobrar su sangre fria de costumbre, contestò:

—Señora, es una dicha para mí recordaros uno de vuestros difuntos esposos, despertar con mi presencia alguno de vuestros recuerdos, cualquiera que sea, y solo desearia tener otro motivo de semejanza con el que ahora os ha ocupado....

—Eso quiere decir que querriais casaros conmigo: repuso con prontitud la viuda.

A esta brusca interpelacion el caballero quedò como petrificado, y Angela continuó:

—Ya yo lo sabia: Te arranco el alma me lo habia dicho: ¡quién sabe si labrá sido una broma suya, con el solo objeto de alegrarme! y la jóven miraba al caballero con la mas deliciosa coquetería.

Croustillac iba de sorpresa en sorpresa.

—¡Como! señora, el cazador hos ha dicho?..

—Que habeis venido desde Francia con el solo designio de casaros conmigo; ¿no es verdad? Vamos, hablad francamente y no me engaÑeis.... os lo prevengo... caballero, á mí no me gusta que se me contrarie: si se me pone en la cabeza que habeis de ser mi marido... lo seréis sin remedio.

—Señora, no me tomeis por un nécio, os lo suplico, no me creais tonto ni ignorante. Mi silencio es causado por la emociion, por la sorpresa.—Y Croustillac miraba al rededor para convencerse de que no era juguete de un sueño.

—¡Que reviente yo como una bomba, señora, si me habia figurado que iba á tener esta acogida!

—¡Dios mio! exclamó la viuda, yo no veo necesidad de tantos cumplimientos ni preámbulos. Me han dicho que quereis casaros conmigo ¿es verdad ó no lo es?

—Es tan cierto, señora, como sois vos la mas encantadora belleza que se encuentra sobre la tierra, con-

testò impetuosamente el caballero llevándose la mano al corazon.

—¿De veras? con que ¿es verdad? ¿quereis casaros conmigo? ¡qué felicidad! Y la linda viudita daba saltos de alegría como una loca.

—Tan decidido estoy, adorable viuda, que mi único temor es retardar el cumplimiento de este voto; que se me figura una ilusion, un sueño dorado!

—¡Callad! ¡callad! le interrumpio Barba-azul con una candidez infantil; ¿à que vienen todas esas palabrotas; la cosa es muy sencilla: vos me pedís mi mano, y yo ¿por qué os la habia de negar?

—¡Cómo! señora ¿podré creer? ¿seré yo digno? ¡ah hermosa señora! ¡qué dia tan feliz! ¿de qué me sirven mis pasados triunfos? Porque, sabedlo, princesas encantadoras me han declarado su pasion, reinas poderosas han suspirado mirándome; pero jamás, señora, jamás he sentido un entusiasmo tan vivo, ni una fuerza tan irresistible. Sí señora, podeis aplaudiros, podeis lisonjearos de haber llevado á su colmo mi sorpresa, mi alegría y reconocimiento. =Repetidlo, señora, ¡repetid esas palabras màgicas! ¿consentireis en ser mi esposa, en ser esposa de Polifemo de Croustillac?]

—Lo repetiré mil y mil veces: eso es lo mas natural, ¿dònde habia yo de encontrar otro marido si no aprovechara esta ocasion?

—Señora, respondió el caballero esponiéndose á pasar por un impertinente; permitidme que os contradiga: yo creo que en cuanto à maridos, solo podria deteneros la eleccion que tendriais que hacer entre muchos pretendientes.

—Bien podria yo dejaros creer eso; pero seria abusar de vuestra galantería y buena fé; y en la disposicion en que estamos ya, añadió la viuda, dando á sus palabras un aire de confidencia; en la disposicion en que estamos ya, puedo deciroslo todo. La primera vez que me casé, es verdad no tuve mas que es-

coger el que mejor me pareció, porque habia tantísimos pretendientes, que yo elegí uno á mi gusto. Cuando el segundo matrimonio, ya no era lo mismo. Habian charlado tanto sobre la muerte del primer marido, prosiguió la viuda sonriéndose con malicia, que los pretendientes reflexionaban antes de declararse; pero como yo no soy tonta, á fuerza de gracia, de astucia y de coquetería logré atrapar un segundo... Pero ¡ay de mí para encontrar el tercero ¡ah! no teneis una idea de lo que pasé para encontrar el tercero; era cosa de desesperarse.

— ¡Que no hubiera estado yo allí, señora!

— ¡Oh, si hubiérais estado vos! figuraos habiéndose hablado tanto de la muerte de mi primer marido, ¡cómo no se hablaría de la del segundo! todos comenzaban á desconfiar de mí. Y la linda viudita movía la cabeza con una espresion de ingénua melancolía: ¿qué quereis? ¡el mundo es tan maldiciente! ¡los hombres tan caprichosos!

— ¡El mundo es un tonto, un egoista imbécil! exclamó el caballero compadecido de aquella víctima de la calumnia. Los hombres son todos unos necios que creen todo lo que se les cuenta.

— Es verdad, amigo mio; pero vos, ¡oh, vos no se-reis así!

— ¡Me llama su amigo! se dijo Croustillac trasportado de júbilo. — ¡Oh no, no señora, yo no soy así!

— ¡Qué diferencia! vos sois de otro modo: ¡ah! me encantais aceptando mi proposicion.

— Señora, por el contrario, el encanto y la felicidad son para mí.

— Sí, sí, me encantais, repuso la viuda con una hechicera sonrisa, mirando dulcemente al caballero, me encantais; ¡sois tan amable! ¡tan complaciente! ¡ah! qué haré yo el dia que tenga que reemplazaros.

— ¿Reemplazarme?

— Sí... despues de vos.

—¿Después de mí, señora?

—Por supuesto, después de vos.

—Señora, yo no comprendo...

—¡Como! ¡eso es muy sencillo! ¿dónde encontraré yo otro hombre que se case conmigo tan fácilmente como lo hacéis vos? No, hombres como vos no se hallan todos los días.

—Pero, señora, ¿decís que después de mí? ¿pensáis ya tal vez en mi sucesor?

—¡Por supuesto! amigo mío; es preciso pensar con tiempo, contestó la viuda con un gesto sentimental; porque después, ya veis ¡un quinto marido! no digo nada! ¡qué de dificultades! ¡qué de prevenciones! ¿quién sabe si al fin no lo lograré! ¡figuraos, ¡viuda de cuatro maridos! ¿no os he dicho que he sido tres veces casada? y con vos la cuarta! ¡quién se va á casar con una viuda de cuatro maridos!

—Señora, ya veo todo eso, contestó el gascon un poco confuso y preguntándose interiormente si estaría loca aquella mujer.—Ya sé que en el caso de tener yo el honor de casarme con vos, seré vuestro cuarto marido; y si yo muero... pero lo único que observo es que fijáis un plazo muy corto á mi felicidad.

—¡Ay de mí! respondió la joven con acento enternecido, ¿se pasa tan pronto el tiempo cuando se ama! ¡un año ¿qué cosa es un año? ¡un año es tan corto!

Y la viuda le echó al caballero una mirada verdaderamente espresiva.

—Como! un año! señora, un año! dijo el gascon.

Pero después pensando que las palabras de Barbazul ocultaban algun lazo para probar su valor, exclamó con énfasis caballeresco:

—Pues, ¡señora! que mi felicidad dure un año, un día, una hora, un minuto: no importa! todo lo arrostro con tal que pueda yo tener la dicha de ser vuestro esposo!

—Sois un noble caballero, contestó la viuda, y no

esperaba menos de vos. Ahora será forzoso que yo pre-
venga de todo á mi cazador de toros, porque, ya veis
casada ó no, seré siempre con él lo que he sido hasta
el dia.

Y decídmelo, señora... dijo Croustillac algo confundido,
¿será indiscrecion el preguntaros... que es lo que sois
vos para el cazador de toros? ó mas bien ¿por qué os
creeis obligada á darle cuenta de vuestros proyectos?

—Claro está, amigo mio, mi cazador de toros es uno
de mis amantes ¿no lo sabiais?

Al oír esto, Croustillac frunció las cejas y la boca de
un modo tan ridículo, que Angela soltó la carcajada.
Pero después, reflexionando sobre las palabras de la
viuda, y acomodando su sentido lo mejor que su amor
propio lo permitia, se dijo:

—¡Soy un loco! todo esto quiere decir, que ella es-
taba encaprichada por ese salvaje, y que me lo sacri-
fica en el momento que me ha visto; pero como no lo
puede hacer bruscamente, quiere guardarle este último
miramiento: ¡pobre cazador! ¡ya te arrepentirás de ha-
berme traído aquí! Lo único que no comprendo bien
es eso de un año. ¿Por qué diablos tendrá que buscar-
me un sucesor dentro de un año?

—Mirad, allí viene mi cazador de toros, dijo la vi-
da sacando al caballero de su distraccion; ahora le ha-
blaremos de nuestros proyectos, y cenaremos juntos
como tres buenos amigos.

—¡Voto á brios! se dijo para sí Croustillac viendo
entrar al cazador; ¡bien puede lisonjearse la tal viudita
de ser singularmente original!

XIII.

La cena.

El cazador de toros se habia despojado de sus vestidos de caza, y apenas pudo el caballero reconocerlo con su nuevo traje.

Se habia puesto casaca y calzones de seda rayados de blanco y encarnado; una camisa blanquísima abrochada por delante con botoncillos de coral, y sobre la cual resaltaba su larga y rizada barba negra que le caia hasta el pecho; una banda encarnada, medias del mismo color, y zapatos con grandes lazos de cinta. Con este elegante vestido, el cazador dejaba ver su esbelto y robusto talle, y hasta el color de su cara parecia menos tostado à la luz de las bujías que ardian en la sala, y mas brillantes los largos y negros rizos de su espesa cabellera.

Cuando el caballero de Croustillac vió transformado de esta manera al cazador de toros, su amor propio se despertó, y despues de haberlo observado algunos instantes en silencio, se dijo para sí:

— Me gusta que este personage tenga al menos figura humana; porque habria sido muy humillante para Polifemo Croustillac, triunfar de un rival tan feo como lo estaba esta mañana. Lo único que me desagradó es esta conducta de Barba-azul: ¿por qué no lo habrá despedido sin dejarlo venir á donde estoy yo? ¡Qué placer le resulta de colocar á ese pobre cazador en una posicion tan ridícula, haciéndole así presenciar mi triunfo!.... ¡Voto à brios! un hombre al fin es un hombre, y á mí no me gusta avergonzar á nadie, ni abusar de mi ventajosa suerte. Pero vamos, ya no hay remedio:

ahora ¡firme Croustillacl á probarle á esta terrible viuda que tú no la temes, y que estás dispuesto á arros-trarlo todo sin acordarte de los tres difuntos.

El caballero fué interrumpido en su soliloquio por la viuda que, dirigiéndose al cazador, le dijo con aire de triunfo y de candor.

—El señor pretende mi mano; ¿no asegurabas tú que no hallaria yo un cuarto marido? Debes conside-rar con qué prontitud habré aceptado su proposicion, pues no era cosa para desperdiciarla así.

El cazador no contestó, y el caballero, suponiendo á su rival exasperado por los celos, llevó prontamente su mano derecha á la empuñadura de la espada, como para disponerse contra cualquier arrebató de aquel. Pero ¡cuál seria su sorpresa al oír la siguiente respues-ta del cazador de toros!

—Yo te he dicho lo mismo que el camarada Huracan; cástate, cástate siempre que haya ocasion: los pretend-entes son muy raros; porque nadie sabe lo que haces tú con los maridos. ¡Cáspita! ¿no ven lo poco que te duran? ¿y qué sucederá el dia que lleguen á descubrirse tus manejos? ¿crees tú que esos brevajes que yo te he visto preparar?....

—¡Calla, calla, charlatan! le ieterrumpió Angela ame-nazándole con su blanca y pequeña mano.

Y ¿no es verdad? repuso el cazador: bastante me acuerdo de aquellos polvos grises, de los cuales bastó un solo grano para que mi muchacho....

—Con que ¡polvos grises! dijo Croustillacl; y podeis decirme, señora, ¿cuáles eran las virtudes de esos polvos?

—Indiscrsto! exclamó Angela mirando al cazador con aire enfadado. Sin duda este caballero va á creer que soy una chiquilla: ¿qué pensará de mí, sabiendo que me he divertido con tales tonterias?

—Oh! no temais nada, señora, dijo el gascon; esas pruebas de vuestro candor infantil me encantan. Ve-

mos, mi digno Nemrod, ¿cómo eran esos polvos grises?

—Vais á avergonzarme, repuso Angela bajando la cabeza como una niña consentida que se vé contrariada.

—Figuraos, prosiguió el cazador, que con un solo grano de los tales polvos, que hice tomar en un vaso de aguardiente al ojeador que luego devoraron mis perros...

—¿Qué sucedió? preguntó Croustillac con interés.

—¿Que sucedió? ¡nada! que durante dos días le dieron unos accesos de alegría tan violentos, que desde la mañana hasta la noche no hacia mas que reír furiosamente.

—En eso no veo yo un gran mal, dijo el caballero.

—Pues no creais que él se divertia mucho. Sufria como un condenado, se le salian los ojos de la cara, y decia con grandes carcajadas que no habia tormento mayor que el que estaba sufriendo. Al tercer día de dolor era tan agudo, que despues de haber rabiado por muchas horas, cayó en una debilidad profunda que le duró hasta su muerte. Esos son los polvos grises, y esa la enfermedad del segundo marido de esta señora, que murió en un acceso de alegría.

—¡Dios mio! no puede uno hacer nada sin que lo lleven á mal, dijo Angela meciéndose en la silla como una niña caprichosa.

—¿Qué tal? camarada ¡y llama eso nada! ¡Si hubiérais visto al pobre marido! no hacia mas que reírse como si siembre estuviera oyendo bufonadas; pero ¿de que modo? la sangre le brotaba por los ojos, por las narices, y por las orejas, y decia jurando y renegando, que preferiria verse quemado vivo, á sufrir aquella rabiosa alegría.

—Y ¿qué mas? dijo Barba-azul alzando los hombros y mirando al cazador. Despues acercándose al caballero al oido, le dijo en voz baja:

—No tengais cuidado, amigo mio, la receta de esos polvos se me ha perdido.

El caballero se esforzaba por parecer tranquilo; pero la narracion del cazador no dejaba de causarle algun cuidado, pues recordaba que á su salida de Francia estaban muy en moda los envenenamientos, y que na se hablaba mas que de «polvos de herencia, de polvos de enyejer, de polvos de enviudar, etc.» de modo, que los «polvos de alegria» de Barba-azul, escitaron no pocas lúgubres reflexiones á su imaginacion.

—¿Qué teneis, camarada? le preguntò el cazador viéndolo tan silencioso.

—Veis? ya lo habeis disgustado, exclamó Angela.

—No, hermosa viuda, ¡qué disparate! no estoy disgustado. Estaba pensando que debe ser muy agradable morir... así... de risa... de alegria...

—¡Ya lo creo! contestò el cazador; cuánto mejor no es esa muerte, que la que tuvo el último marido de esta señora.

—Hola! hola! exclamó el caballero afectando buen humor, ¡parece que la muerte del tercero ne ha sido tan divertida!

—No os contaré esa historia, porque podria causaros miedo.

—Miedo á mil voto á brios! contad pronto.

—¡Dejadlo, dijo la viuda al oido al caballero, esa si quiera vale la pena! dejadlo que charle que ya me las pagará.

Y luego, dirigiéndose al cazador, prosiguió:

—Vamos, hablad, no os quedeis á medio camino. Ya os escucha este caballero; decidlo todo, con eso acabará de conocerme, y no se dirá que ha comprado gato por liebre.

—«Tigre por liebre» querreis decir, contestò el cazador: pues bien, añadió: el tercer marido era un hombre de treinta y seis años, rubio y hermoso: era espa-

ñol de nacimiento, y lo encontramos en la Habana, donde se casò con esta.

—Por Dios! mi cazador de toros, mira que este caballero vá á perder la paciencia.

—Pues señor, nuestro español no tomó los polvos grises, sino una gota de licor verde que està encerrado en el pomo mas lindo que he visto en mi vida, un pomito hecho de un rubí.

—[Por supuesto! dijo Angela; es preciso que sea hecho de un rubí ó un diamante, porque el licor es tan fuerte que rompería cualquiera otra piedra ó metal.

—Figuraos, amigo mio, ¡qué gusto le causaría el tal licor al pobre marido! Yo no soy tierno ni cobarde, pero digo la verdad; jamás pude acostumbrarme á ver los ojos de aquel hombre, que brillaban como dos lámparas encendidas en un subterráneo.

—Cosa singular! exclamò el caballero sintiendo un frio glacial por todo su cuerpo.

—Eso no es nada, dijo la viuda con aire de satisfaccion.

—No he hablado mas que de su estado ordinario, que era tener los ojos como dos gusanos de luz. En los dias en que esta señora nos daba algun banquete á Huracan, á Yumaale y á mí, era cosa que daba horror. Con sus lindas manos tomaba una plumita de colibrí, y humedeciéndola en el precioso pomo, se la pasaba al pobre español por los párpados. Entónces, entonces sí que aquellos ojos se volvian verdaderas ascuas. Primero comenzaban á oscilar en las órbitas, se hundian, se asomaban, é iban agrandándose hasta que parecian bolas de fuego del tamaño de dos naranjas; ¿qué quereis que os diga? baste saber que para nuestros banquetes no se encendia ninguna bujia, porque los ojos de aquel desgraciado alumbraban como lámparas. «¡Yo me quiero morir, gritaba furiosamente, mi cabeza se está derritiendo, mis ojos me están devorandol» Y así sucedió; un dia sus ojos se apagaron

como cuando le falta aceite á una lámpara, y el tercer marido se fué á juntar con sus predecesores.

—Así es! dijo la viuda al caballero. El cazador de toros es un hablador, pero no miente nunca. Yo tampoco miento, y es preciso decir la verdad. Ya lo veis, amigo mio, yo tengo algunos caprichos bien particulares y aun ridículos: demasiado lo sé, pero no quiero pasar por mejor de lo que soy, y antes de todo debo ser franca y no ocultaros nada. Sin duda me preguntareis, ¿por qué hago á mis maridos víctimas de mis puerilidades? Eso es muy claro: porque son las únicas personas sobre quienes tengo poder. Pero lo primero que debo hacer, es advertirles la suerte que les espera. ¡Por esto me es tan difícil encontrar maridos! y ¡como es una condicion indispensable de mi contrato! Eso sí, despues de firmado adquiere una virtud maravillosa: ah! amigo mio, ¡cuándo se firmará el nuestro! ¡ojalá sea muy pronto! porque, os lo diré reservadamente, tengo imaginadas dos preparaciones nuevas, que deben producir mágicos resultados.

El caballero oia todo aquello, y lo veia todo sin saber á punto fijo si estaba dormido, ó despierto, y sus miradas vagaban entre el cazador y Barba-azul con cierto aire de estupidez, de vergüenza y de credulidad, hasta que la viuda acabó de pronunciar sus últimas palabras.

Entonces nuestro héroe se levantó de pronto, y comenzó á dar largos paseos por la sala, mientras que en su imaginacion iban aclarándose las ideas, y en su pecho despertándose su natural orgullo, como irritado de que aquellos dos personajes lo quisieran hacer el juguete de sus fábulas.

—Vaya, vaya! estais de buen humor y teneis ganas de reiros un poco! dijo por fin dirigiéndose á la viuda; yo tambien soy bromista y no os tendré por tan mala y hechicera como quereis parecer. Mañana sabré yo el secreto de esta comedia, mañana sabré yo á qué debo

atenerme sobre esta farsa, que á la verdad no ha dejado de conmoverme un poco.

Al oír estas palabras, dichas por Croustillac con el solo objeto de hacer ver que no era un tonto de quien podían burlarse, Barba-azul dirigió una mirada de temor y de sorpresa al cazador, y despues volviéndose al gascon, le dijo con altivez:

—¿Quién os ha dicho, caballero, que yo tengo ganas de reír? vos habeis venido aquí con la intencion de casaros conmigo, y si os he ofrecido mi mano, no será sin las condiciones que se os dirán: vos las meditaréis, y siendo de vuestro gusto, dentro de ocho dias quedará verificado nuestro matrimonio en mi misma capilla por el reverendo padre Grifon de Macuba.

—Ahora, si no os convienen aquellas, os marcharéis de esta casa, donde no debíais haber venido nunca. ¶

A medida que hablaba Barba-azul, su fisonomía iba cambiando de espresion hasta llegar á la amenaza.— ¡Una comedia! repetia, si yo creyera que haiáis tomado esto por un juego, no permaneceríais ni un minuto mas en esta casa, caballero.

—No: el caballero no puede creer que esto sea un juego, repuso el cazador echando al gascon una mirada escudriñadora.

Este por su parte no podia contener su impaciencia por penetrar el fondo de aquellos misterios, y descubrir lo que en ellos habia de verdadero ó falso.

— ¡Con mil bombas señora! ¿qué quereis que yo crea? Encuentro á este hombre en el bosque, le participo mis deseos de conoceros, y me dice tan claramente como lo habeis dicho vos misma que es vuestro amante.

—¿Y despues?

—Despues le digo mi resolucion de casarme con vos, y consiente en traerme aquí: luego, se me acoge con una hospitalidad espléndida, os instruyen de mis proyectos, me ofrecéis vuestra mano con ahinco, hacéis participe de nuestro convenio á este cazador de toros...?

—¿Y despues?

—Hasta aquí todo va bien, señora, pero yo no sé qué habeis pensado de mí, pues pretendeis hacerme creer; todas esas patrañas, y que estoy destinado à correr, la misma suerte del que ha muerto de risa, y del que alumbraba vuestras orgías con sus ojos encendidos.

—Esa es la verdad, contestò el cazador.!

—¿Cómo la verdad! esclamò el caballero dando un fuerte taconazo en el suelo: ¿en qué tierra estamos? ¿se toma por un mentecato á Polifemo de Croustillac? ¿Soy yo de esos espíritus débiles que temen al diablo? ¡veinte y cuatro horas! dentro de veinte y cuatro horas yo averiguaré lo que quiere decir toda esta farsa.

Angela, en quien estas palabras causaban una visible emocion, echó una mirada de ansiedad y de temor al montañés, y luego, conteniendo su indignacion, le dijo al caballero.

—Y ¿quién os ha dicho que lo que aquí pasa sea natural? ¿podeis adivinar por qué yo, jóven, rica y bella, os he ofrecido mi mano en el momento de veros? ¿sabéis el precio de este matrimonio? ¿os creéis un espíritu fuerte! ¿asegurais que no hay fenómenos superiores á vuestra inteligencia? ¿sabéis quién soy yo, y dónde estais vos mismo? ¡Una comedia, una farsa!

—¿Y quién os responde de que saldreis de aquí? añadió el cazador con sangre fria.

—¡Voto á brios! gritó el caballero dando un paso atrás; ¡vamos por las buenas! porque si no...

—¿Que hareis, qué?... contestó Barba-azul con una sonrisa de crueldad implacable.

Croustillac se acordò entonces, bien que demasiado tarde, de que todas las puertas y salidas se habian cerrado tras él, y apenas conocia los lugares por donde habia entrado en aquella casa diabólica, donde se encontraba á merced de la viuda, del cazador y de sus numerosos esclavos, y comenzó á arrepentirse de haberse metido á ciegas en aquella arriesgada empresa.

Mientras el gascon hacia estas reflexiones, Barba-azul y el cazador de toros hablaban en voz baja, y ya habia vuelto á serenarse la blanca frente de la jóven, cuando una mulata entrò á avisar que la cena estaba servida.

—Vamos, valiente paladin, le dijo alargando su preciosa mano al caballero, no me tengais miedo: no me tomeis por el diablo, y venid á honrar la modesta cena que con el mayor placer os ofrece una pobre viuda.

La cena fué servida con una suntuosidad que no desmintió en nada la alta opinion que tenia el caballero de los enormes tesoros de Barba-azul, y para dar una idea de ella, solo diremos que la vajilla era toda de plata sobredorada, y que el cubierto particular de la viuda estaba sellado con el escudo real de Inglaterra.

Cuando los tres personajes volvieron al salon, Barba-azul se despidió del caballero, diciéndole con solemne voz:

—Mañana os diré las condiciones con que os ofrezco mi mano de esposa; si la rehusais, saldreis inmediatamente del «Castillo del Diablo.» Para daros una prueba de mi aprecio, os permito pasar la noche en esta habitacion, sin embargo de que á ningun extranjero le concedo este favor. El cazador de toros os conducirá á la estancia que os está destinada, y donde os deseo una buena noche.

Croustillac permaneció absorto en medio de la sala, hasta que el cazador se le acercò, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—¿Qué tal, camarada? ¿qué os parece Barba-azul?

—¿Cuál es vuestra intencion al hacerme esta pregunta? ¿es un sarcasmo?

—Mi intencion es saber solamente qué os parece nuestra huésped.

—¿Qué quereis que os diga? bien conocereis que es una mujer á quien no se puede juzgar en un momento. Así, yo me reservo el reflexionar á mis solas para deci-

ros mi opinion; mañana os responderè, si es que puedo responderme á mi mismo.

—Pues, amigo mio, yo en vuestro lugar no reflexionaria nada, cerraria los ojos y me casaria con ella, á pesar de todas las condiciones del mundo; porque ya veis, los gustos cambian con la edad, y nadie sabe cuando ha de morir.

—¡Voto á brios! ahora me venis con refranes y palabras y ¿por qué no os casais vos con ella?

—¿Yo?

—Sí, vos.

—Porque á mí no me importa morir de risa ò con los ojos encendidos.

—¿Y creeis que á mí me importa mucho?

—Pues no os caseis, eso es cosa vuestra solamente.

—Ya se ve que es cosa mia solamente: yo me casaré, si me da la gana ¡voto á mil bombas! ¡qué diablos es esto que yo no entiendo! ya hace dos dias que no sé si estoy soñando ò despierto.

Y en efecto, el caballero no'podia explicarse nada de lo que le habia pasado desde su llegada á Macuba, y comenzaba ya á temer que su razon se estraviara en aquel caos de pensamientos indefinibles.

Al retirarse el cazador, dejando en su alcoba al gascón, echò la llave con dos vueltas y le dijo:

—Vos habeis sido soldado y sabreis acomodaros sin criados; con que así, buena noche, y que Dios ó el diablo os guarden en vuestro sueño.

Entonces el caballero se puso á registrar cuidadosamente toda la habitacion, para cerciorarse de que no habia en ella ninguna trampa ni secreto; y proponiéndose velar toda la noche para no ser sorprendido en caso de algun ataque diabólico, colocò su espada sobre la cama, y se acostò para entregarse mejor á sus reflexiones; pero las fatigas del bosque, la vigilia de la noche anterior, y las mil diversas sensaciones de aquel dia, habian debilitado de tal manera las fuerzas de su

cuerpo y de su cerebro, que á pocos instantes de haberse acostado se quedó profundamente dormido

Mientras tanto, Angela y el cazador tenían la siguiente conversacion en la sala, donde ya la hemos visto otra vez con el capitán filibustero.

—Desengáñate, este gascon es menos tonto y crédulo de lo que nos habíamos figurado, decia Barba azul al cazador que se hallaba arrodillado delante de ella, y estrechaba con pasión una de sus manos contra sus labios.

—No, no, contestaba éste; él ha querido echarla de valiente y entendido; pero no lo dudes, mis dos historias le han causado bastante sensación, y no olvidará tan fácilmente su visita al Castillo del Diablo.

—Te confieso, que cuando dijo que todo era una comedia, y que él averiguaría la verdad, me asusté, me creí perdida para siempre.

—No hay que temer, Angela mía, exclamó el cazador, y despues variando de tono, prosiguió:—Señora Barba azul, vuestra diabólica reputacion está tan bien establecida, que no hará sino asegurarse mas y mas con mis polvos grisés y mi pomito de rubí.

—Y mi contrato y mis condiciones, repuso la jóven riendo á carcajadas.

—¡Asi es como yo te amo! contestó el cazador ¡asi! contenta, bulliciosa ¡ah! ya temia que este retiro fuera á inspirarte melancolía.

—¿Quereis callar, señor cazador de toros? ¿me habeis visto triste alguna vez á vuestro lado? ¿ò tendreis celos de vuestros rivales? Preguntad á Huracan y á Yumalé si los amo mas que á vos. Y ahora que ya estamos solos y hace tan hermosa luna, vamos á dar un paseo.

—¿Fuera de la casa?

—Si, iremos al gran pico desde donde se descubre el mar; ¿es verdad?

—¡Vamos, pues, niña caprichosa! tomad vuestra capa!

—Y vos tomad vuestro sombrero español, y preparaos para llevarme asida de vuestro brazo cada vez que me canse, porque estoy muy perezosa.

Y haciendo abrir las puertas exteriores del Castillo del Diablo, salieron ambos conversando afectuosamente.

Cuando el caballero de Croustillac despertó de su profundo sueño, era ya de día y el sol penetraba en la habitacion por la celosía verde de la ventana. Como habia dormido completamente vestido, lo primero que hizo al despertar, fué arrojarle de la cama para mirar hácia fuera; pero ¡cuál sería su sorpresa al asomarse á la ventana y ver en el jardin y bajo las hermosas bóvedas que formaban los copados tamarindos, á Barbazul, dulcemente reclinada en el hombro de un indio de alta y vigorosa estatura! Apenas podia el gascon creer á sus ojos, y se habria creído todavia agitado por los sueños que habia tenido aquella noche, si al dar la vuelta por una de las calles de árboles no distinguiera claramente el amoroso grupo.

El caribe estaba perfectamente teñido como es costumbre entre los indios, con una composicion reluciente y de un color encarnado oscuro: sus cabellos negros y lisos le caian en dos bandas á lo largo de las mejillas desnudas enteramente de barba, y sus facciones bastante regulares tenian el aire de calma y severidad natural en los salvajes.

Su vestido se componia de un gran manto de algodón blanco bordado de azul que le cubria todo el cuerpo, á escepcion del brazo derecho, de la pierna izquierda y del cuello, en los cuales llevaba multitud de collares y brazaletes de caracolillos de oro, plata y cobre, completando las sandalias de colores brillantes y variados aquel pintoresco vestido que sabia su dueño llevar con una gracia y dignidad admirables.

La yituda, por el contrario, no tenia nada que pudiera realzar su belleza, si es que esta podia admitir realce,

pues era tanta, que los adornos no hacian mas que ocultarla. Todo su vestido se componia entonces de un peinador blanco de muselina ceñido á la cintura con un cordon de seda color de rosa, que le caia por delante hasta los pies, que tenia calzados con unas chinelas del mismo color, y de sus largos y ondulosos cabellos que agitados por el aire volaban alrededor de sus blanquísimas mejillas.

Angela y Yumalé, pues efectivamente era él, paseaban con lentitud y se dirigian hácia enfrente de la ventana desde donde los espiaba el caballero.

El dia anterior habia aparecido la viuda ante el gascon con todo el esplendor del lujo y de la hermosura; pero este distraido por las confianzas que observaba entre ella y el cazador, y por las cosas sorprendentes que á cada paso absorbian su atencion, no habia podido examinarla bien; así fué que al vorverse hácia la ventana, quedó el caballero verdaderamente admirado de la belleza de Angela, y cautivado por su espresion de inocencia y de candor. Entonces sus ojos se fijaron en ella involuntariamente, su alma quedó suspendida de sus ojos, y en un instante se borraron de la imaginacion del aventurero los terrores del Castillo del Diablo, los tesoros de Barba azul, el cazador y hasta el mismo caribe que estaba en su presencia, para dar entrada al nuevo sentimiento que de pronto invadió todo su ser, y que se apoderó violentamente de su corazon; el amor, pero un amor verdadero, profundo, y como jamás se habia figurado él que pudiera existir: en fin, el pobre Croustillac amaba, y de aquel dulcísimo éstasis en que quedó hecho esclavo de Angela, no volvió sino para comenzar á sufrir todos los tormentos y todas las agonias del amor y los celos.

Angela y Yumalé paseaban entregados á sus amorosos coloquios, y de vez en cuando se detenian para contemplar una flor, un arroyo, ó un pajarillo que llamaba la infantil curiosidad de la jóven.

—¡Estúpido y grosero animal! exclamó Croustillac indignado contra el caribe: cualquiera creeria que es un sultan. ¡Qué mas querrá ese bárbaro!.....¡y cómo puede ella acariciar así á un antropófago que para hacer el elogio del virtuoso padre Simon, dijo, «yo comí de su carne.»

Despues el caballero se quedaba mirando á Barba-azul, sin poderse esplicar la mezcla de amor y sorpresa que por su hermosura y su conducta le inspiraba.

—Yo adoro á esa mujer, decia, ahora mismo sacrificaría mi vida por el menor de sus caprichos; pero ¿qué quiere decir esto? ayer un cazador de toros salvajes, hoy un caribe, mañana quizá un pirata. ¿Es una Mesalina esa mujer?

Cuando llegaban á este punto las cavilaciones del caballero, ya el amoroso grupo se hallaba debajo de la ventana, y pudo oír él la conversacion que tenian ambos en un francés puro, aunque pronunciado algo guturalmente por el indio.

—Yumalé, decia la viuda, vos sois mi dueño, yo vuestra esclava, y os obedeceré, no porque sea mi deber, sino porque es el deber mas dulce de mi vida.

—Sí, es tu deber, contestaba el indio tratándola de tú, mientras que ella, por respeto á la dignidad de hombre, no se atrevia á tanta confianza.

—Yumalé, proseguia la jòven, vuestra vida es mi vida; vos sois mi único pensamiento, y si me decís que coma esta manzanilla y que muera con la cruda agonía de su jugo venenoso, la comeré y moriré, porque mi vida os pertenece, como os pertenece vuestro arco, vuestra pipa y vuestra piragua.

Y diciendo esto la jòven, enseñaba al caribe una manzana pequeña y amarilla que tenia en la mano, llamada manzanilla, cuyo jugo es un veneno mortífero y sutil. Esta fruta abunda mucho en América en los países muy cálidos, y principalmente en las costas, siendo tan activa su influencia, que la misma sombra del árbol en

la fuerza del sol produce una especie de erisipela, letargos y muchas veces la muerte.

Yumalé echó una mirada penetrante à la jòven, y viendo que esta se llevó con precipitacion la fruta à la boca, como para probarle la verdad de lo que decia, le agarrò la mano, se la quitò y dijo con gravedad:

—¡Está bien!

Pero cualquiera que hubiera estado mas cerca de indio de lo que estaba el caballero, habria notado la expresion de terror que en aquel momento alteró su fisionomía, y la convulsion que agitaba su brazo al arrancar la funesta manzana de la mano de su amante.

El aventurero que observaba todo aquello, se estremeciò al ver el movimiento de la viuda, y luego al oir la contestacion del indio, no pudiendo contener su furor, exclamò aun con riesgo de ser oido por los dos amantes:

—¡Bárbaro, salvaje, animal! te conformas con decir «está bien» cuando esa mujer divina va à envenenarse por demostrarte su amor: tambien las mujeres, añadiò, cuando se vuelven locas no se paran en nada.

Y despues de un momento de reflexion, prosiguió:

—Pero ¡qué diablos! que una mujer se vuelva loca por un hombre, eso es nàtural; ó por dos, se ha visto ya; ¡pero por tres! es imposible amar à tres à la vez, es una monstruosidad: ni en el bajo imperio se permite eso; ¿cómo puede esta Barba-azul querer al filibustero al cazador y à este antropófago que se come los misiõneros asados? ¡y todavia tiene valor de ofrecermè à mí su mano de esposa! ¡vamos, esto es para perder uno la chabeta! ...

—¡Se acabò! ¡lecidamente! ¡está resuelto! yo no me quedo aquí; no! no! y mil veces no. Ya voy comprendiendo lo que es el amor, y me parece la más bestial de todas las sensibilidades; huyamos, huyamos, esta es una locura, un sueño; yo he nacido encueros, he vivido encueros y moriré encueros. ¡Fuera, fuera de esta

casa! vengan mi garrote y mis medias color de rosa y volvamos al «Unicornio» á tragar velas encendidas para divertir al capitan Daniel.

Estas exclamaciones desesperadas fueron interrumpidas por la entrada de una mulata que avisó al caballero que los esclavos le esperaban para servirlo. Entonces salió nuestro héroe de su cuarto, y entregándose à los negros que le habian asistido en la víspera, se dejó bañar, afeitar, perfumar y vestir como mejor les pareció, y de allí se dirigió al salon principal, donde no tardó en aparecer Barba azul.

XIV.

El amor verdadero.

Al ver Croustillac á la viuda, no pudo menos de avergonzarse como un chico; pero ella que queria sacarlo de aquel embarazo, ò quizá acabar de confundir sus ideas, le dijo:

—Ayer he sido bien dura con vos, permitiendo que mi cazador de toros os refiriera todas aquellas locuras; habreis formado una mala opinion de mí: pero vamos, no hablemos mas de eso; ¿sabeis que Yumalé el caribe está aquí?

—Sí, desde mi ventana lo he visto con vos, señora: y el aventurero se decia en su interior; no hay duda, no tiene ni chispa de vergüenza: ¡qué lástima, con una cara tan interesante!

—¿Es verdad que Yumalé es muy hermoso? preguntó la viuda con aire de triunfo.

—Sí, ¡para un salvaje! contestó el caballero algo fastidiado; y luego encarándose á Barba azul, le dijo: Señora, ahora que estamos solos, esplicadme, decidme; y no os admireis de mi pregunta, porque es nacida de

las circunstancias): ¿cómo podeis cambiar así de amantes de un día á otro?

—Eso es muy sencillo, contestò la viuda con la mayor ingenuidad; uno viene y otro se va.

—¡Uno viene y otro se va por supuesto, es muy sencillo, visto así: pero señora, la naturaleza y la moral tienen sus leyes.

—Si ellos me aman á mi ¿por qué no los he de amar yo á ellos?

Vamos, se dijo para sí el caballero, esta desgraciada debe haber sido criada en algun desierto ó en alguna caverna, y no tiene ninguna nocion del bien ni del mal; seria preciso empezar por educarla.

—Aunque temo pasar por un impertinente, señora, añadió en alta voz; desearia preguntaros una cosa sobre lo que vi desde mi ventana; ¿cómo es que amando á los tres, estuviéseis tan dispuesta á envenenaros con la fruta de manzanilla, á la menor señal de uno solo?

—Si Yumalé me mandara morir, moriría inmediatamente, contestó la jóven exaltada.

—Pero ¿qué dirian entonces el cazador y el filibustero?

—Dirian que habia hecho bien.

—¿Y si ellos os mandasen morir?

—Moriría por ellos del mismo modo.

—De suerte, que vos los amais á todos tres igualmente.

—Sí, porque igualmente me aman los tres á mí.

—¡Diablos! pensó el gascon, es una idea fija y no hay medio de hacerla salir de ahí; yo me confundo: es imposible fingir tan bien, ni con un acento tan inocente y encantador: ¡quién sabe si todo será calumnia, y darán una mala interpretacion á un cariño puramente fraternall sin embargo, el cazador me dijo bien claro... en fin, yo voy á separarme de ella, y mas bien prefiero creerla inocente que culpable, por mas difícil que sea su justificacion.

—Señora, añadió despues dirigiéndose á la viuda, perdonadme que os haga todavia otra pregunta: ¿qué objeto han tenido esas atroces bromas sobre vuestros dos maridos, de los cuales uno murió de risa y el otro con los ojos encendidos? ¿qué querian decir todas aquellas palabras misteriosas y esas condiciones? porque ya veis, por mas cortés que yo sea, no puedo aparentar que creo semejantes locuras.

—No son locuras, caballero.

—¿Cómo! ¿todavia pretendéis hacerme creer?...

—Y es necesario que lo creais, que os rindais á la evidencia.

—Y ¿cuándo me explicaréis este curioso misterio?

—Cuando os diga á qué precio os doy mi mano.

—Vamos, empieza otra vez la broma, pensó para sí Croustillac; fingiré que la creo para ver hasta donde vá: ojalá fuera bien lejos para que ella misma me curase de mi necio amor.

—Y ¿no me habíais dicho que hoy me diríais el precio de vuestra mano?

—Sí, os lo diré al salir la luna.

—¿Por qué en ese momento?

—Es tambien un secreto que tambien sabreis con los otros.

—Decidme, en caso de llegar á ser vuestro esposo, ¿no he de vivir mas que un año?

—Ay de mí! un año nada mas, exclamò la viuda suspirando.

—Y ¿es por vuestro gusto por lo que se limita así mi existencia?

—No, ¡oh, no!

—De suerte que personalmente no me aborreceis?

A esta pregunta la fisionomía de Barba-azul cambió completamente de espresión, y mirando al caballero con bondad y nobleza, le dijo:

—Escuchad; porque ciertas circunstancias de mi vida me obligan á observar una conducta estraña, y aun

á abusar de mi libertad, no se debe pensar por eso que desconozca yo las buenas cualidades de un hombre.

Croustillac observaba á la viuda con una indecible sorpresa, pareciéndole que era otra mujer, que era una señora; ésta continuó:

—Me preguntais si os aborrezco, nosotros nos hallamos en un estado en que los sentimientos buenos ó malos no han tocado todavía en los extremos. Sin embargo, yo no seria nunca capaz de aborreceros; vos sois en verdad, muy vano, muy fanfarron, muy presuntuoso.

==Señora!

==Pero sois bueno, sois valiente, y estoy segura de que seriais capaz de hacer un generoso sacrificio si fuese necesario. Sois pobre, de oscuro nacimiento...

—Señora! el nombre de Croustillac vale tanto como el mejor, exclamó el gascon no pudiendo dominar su orgullo.

La viuda continuó como si nada hubiera oído:

—Si hubiéseis nacido rico y poderoso, habriais hecho un buen empleo de vuestro oro y poder; pero no ha sido así, y se puede decir que la pobreza no os ha aconsejado mal, á pesar de las privaciones que habeis sufrido....

==Pero señora....

—La miseria os encontró siempre indiferente y resignado, como la fortuna os habria encontrado pródigo y bienhechor; en una palabra, ni la miseria ni la opulencia podian pervertir vuestro corazon, y así creed que la entrada en esta casa, la debeis al exceso de vuestras buenas cualidades sobre las locuras de vuestra juventud. Si la proposicion que voy á haceros esta noche no os conviene, partireis de aquí, y no dejareis llevar una grata memoria de Barba-azul. Ahora, perdonad que os deje solo, pues tengo que asistir á la mesa de Yumalé, y ya sabeis que entre los indios es esta obligacion de las mujeres, y no quiero que eche de menos

su desierto.

Diciendo esto salió la viuda, dejando solo al caballero, entregado á las meditaciones que aquella conversacion le sugería.

¡Cuánta gracia, bondad y nobleza no había espresado aquella mujer analizando el carácter de Circustillac! Las simples y afectuosas palabras de Angela, y sus dulces miradas, inspiraron mas orgullo al caballero, que los mas espléndidos obsequios de la poderosa viuda; y después de haberla oído, y de haberla visto bajo aquel nuevo aspecto, con el cual acababa de destruir todas sus suposiciones, quedó tan locamente enamorado de ella, que hubiera deseado verla pobre y abandonada, para sacrificarle hasta su misma vida. Entonces fué cuando cayendo de pronto la venda del amor propio que hasta allí le había cegado, conoció todo lo ridículo de su conducta, y se propuso ser mas prudente y sensato, aun en el juicio que debía formar de Angela. En consecuencia, lo primero que hizo fué poner en duda todo lo que había alarmado su credulidad en el Castillo del Diablo. Supuso desde luego que en el fondo de aquel caos de contradicciones existía algun grave misterio, que obligaba á Barba-azul á cubrirlo con apariencias atroces y aun ridículas que lo hicieran impenetrable; y que la intimidad de aquella con los tres supuestos amantes, no podía ser sino un accesorio de aquel secreto, transformado por la maledicencia en un cargo vergonzoso contra la viuda; y últimamente, que su desenvoltura é insolencia delante de un extranjero; eran dictadas por alguna razon poderosa que él no podía adivinar.

Justificada así Barba-azul, apareció como una adorable mártir á los apasionados ojos del caballero, que no veía la hora de salir la luna para conocer la suerte que le esperaba, aunque por honor del nuevo sentimiento que se había apoderado de su corazón, se debe decir que no se lisonjeaba de llegar á alcanzar la inestimable mano de la viuda.

—Barba azul, decia, ha querido divertirse conmigo, y esta noche me dirá con una franqueza encantadora: «Caballero, sois un curioso, un impertinente, que ciego de vanidad, y arrastrado tan solo por la avaricia, os habeis atrevido á apostar que seriais mi esposo dentro de un mes; y yo para atormentaros un poco, y aparecer tan feroz como se me supone, me he puesto de acuerdo con tres sirvientes míos, que aparentan ser uno cazador, otro filibustero y otro antropófago, y á quienes hago pasar por mis amantes. Con esto se explica vuestro encuentro con el primero en el bosque y las historias de ayer, y la farsa de la manzanilla de esta mañana en el jardin con Yumaale: y en cuanto al beso que me dió en la frente, es decir, en cuanto al beso...

Al llegar á este punto se encontró atascado el caballero, sin hallar esplicacion al beso que él mismo habia presenciado; pero como ya su imaginacion se prestaba fácilmente á los impulsos del generoso sentimiento que le animaba en favor de la viuda, concluyó sus deducciones asegurando que aquel beso entraba en las costumbres de los caribes, y que nada tenia de criminal.

«En este supuesto, proseguia el caballero satisfecho de su esplicacion, yo renunciaré á mis locas esperanzas, pediré perdon á la viuda, le besaré la mano, y volviendo á tomar mi garrote y mis medias color de rosa me volveré al *Unicornio* á hacer las delicias del capitan Daniel.

«Si por el contrario, la viuda tuviese alguna mira sobre mí (¡pensaba el caballero sin atreverse á decirselo ni en voz baja, tanto habia disminuido su amor propio), entonces, á pesar de todo, aun á riesgo de mi vida, me casaria con ella, despediria al cazador, al filibustero y al caribe, porque nadie sino yo sirviese á la hermosa viuda, y me quedaria en el Castillo del Diablo ó marchariamos á Francia consintiendo ella.»

Pero debemos repetirlo; el caballero casi no se fijaba en esta idea, y veia como mas racional y mas probable la

primera, porquè su nuevo estado moral apenas le permitia creer que tuviese ningun mèrito para llamar la atencion de la interesante viuda.

Mientras que el caballero de Croustillac espera con impaciencia la noche de este dia, que promete ser tan fecunda en acontecimientos, conduciremos nosotros al lector al Fuerte Real, que es el principal puerto de la Martinica, y la residencia de su gobernador, pues se trata de un nuevo incidente que es indispensable para la inteligencia de esta historia, así como saber que la rala de San Pedro, donde se hallaba anclado el *Unicornio*, era la destinada para los buques mercantes, y la rada del Fuerte Real para los de guerra.

A la misma hora, poco mas ò menos, en que Yumaa-le se paseaba con Barba azul bajo la ventana del aventurero, el centinela de la vigia del gobernador de la Martinica señalò una fragata de guerra francesa. El comandante del fuerte mandò inmediatamente à su sargento para que disparase los diez tiros de cañon con que se saludaba la bandera del rey, y ya iba à resonar la artilleria cuando un nuevo aviso vino à detener la salva y à introducir la confusion en el fuerte. La fragata se habia puesto en facha en la boca del puerto, habia votado una lancha al agua, y dando despues una bordada, estaba barloventeando à la vista como para esperar algo de tierra.

Una hora despues la lancha abordó al pié del mismo fuerte, y saliendo de ella un personage, al parecer de categoria, acompañado del teniente de la fragata, entraron ambos en la habitacion del baron de la Rupine-Be, gobernador de la isla en aquella época.

El teniente presentó à este un oflcio del capitan de la *Fulminante*, en que decia, «que segun las òrdenes que habia recibido, permaneceria en frente del Fuerte Real, mientras que Mr. de Chemeraut cumplia la comision de que iba encargado.» Y despidiéndose de los dos perso-

nages, fué al puerto á comprar víveres frescos y tomar agua para la tripulacion de la fragata.

Mr. de Chemeraut era un hombre de cuarenta y cinco á cincuenta años, de color aceitunado y ojos verdes, con una gran peluca negra y una casaca oscura galoneada de oro: notábase en su fisonomía una espresion de inteligencia; y sus palabras eran secas y precisas, y penetrantes sus miradas: tenia finos modales, y aunque lanzaba á menudo sarcasmos bastante agrios, jamás asomaba una sonrisa á su boca, pues aparentaba tener menos amabilidad de la que en efecto tenia; pero su valor, su discrecion y su sangre fria le hacian recomendable para todo género de empresas, y habia desempeñado algunas sumamente peligrosas.

Mr. de la Rupinelle, por el contrario, era un hombre gordo, rechoncho y colorado, con los ojos estraordinariamente abiertos, que le daban un aire de admiracion y sorpresa permanentes: era valeroso y honrado, pero nulo del todo, pues su grande y único pensamiento era preservarse del calor. Así, su desesperacion llegó á su colmo, cuando para recibir dignamente á Mr. de Chemeraut, tuvo que quitarse su gran casaca de hilo y su fresco sombrero de paja, y empaquetarse entre un uniforme verde galoneado de oro, y una enorme peluca rubia, y colgarse la espada de un ancho y pesado cinturón.

El calor era estremado, y el gobernador maldecia la etiqueta y hasta á Mr. de Chemeraut: este por el contrario parecia del todo indiferente á la elevacion de la temperatura tropical.

=Señor gobernador, dijo el enviado cuando se encontraron los dos solos: ¿podemos hablar sin temor de ser oidos?

=Aquí no hay ningun peligro, contestò Mr. de la Rupinelle, porque esa puerta abierta da á mi gabinete, y esa otra á la galería, en los cuales no hay absolutamente nadie.

Mr. de Chemeraut se levantó, miró por las dos puertas hácia afuera, y despues las cerró con mucho cuidado.

—Perdonad, caballero, dijo el gobernador, pero si dejamos abiertas estas dos ventanas solamente...

—Teneis razon, señor gobernador, dijo Mr. de Chemeraut levantándose otra vez y cerrando tambien las dos ventanas, podrian oirnos desde afuera.

—Pero caballero, esto es encerrarnos en una estufa y vamos á ahogarnos aquí...

—No tengais cuidado, señor baron; nuestra conferencia no durará mucho tiempo. Pero debo deciros que se trata de un secreto de estado de la mayor importancia, y que la menor indiscrecion podria perjudicar al éxito de la mision que vengo á cumplir de orden del rey.

—Si se trata de órdenes de S. M., contestó el gobernador enjugándose la frente y dando un suspiro, yo me someto gustoso á cualquier sacrificio.

—Si señor, el servicio del rey lo exige así; ahora tened la bondad de pasar la vista por estos despachos del gobierno, para proceder á cumplir lo que en ellos se contiene.

Y Mr. de Chemeraut sacó de una caja pequeña que llevaba con mucho cuidado debajo del brazo, un pliego sellado con las armas reales, que entregó al gobernador.

XV.

El enviado de Francia.

Mientras que el gobernador leia el despacho de Mr. de Chemeraut, este miraba el objeto que habia dentro

de la caja, con la mayor atención, y decía para sí.

—Como tenga yo ocasión de emplear esto, mi idea habrá sido excelente.

—El poder está en toda regla, dijo el gobernador, y yo debo ejecutar las disposiciones que tengais á bien darme: pero señor, si me lo permitiérais, os haria una observacion.

—¿Cómo es eso! ¡observaciones cuando se trata del servicio de S. M.!

—Es decir: no es observacion. Si tuviérais la bondad...

—Las órdenes son terminantes.

—Señor... es que... esta temperatura...

—En todos los climas se obedece al rey.

—Sí señor; pero en todos los climas no se puede usar peluca, exclamó el gobernador sofocando ya con la suya, viendo que el enviado no le dejaba esplicarse; así, si me permitiérais que me la quitase...

—¡Por supuesto! contestó Mr. de Chemeraut, podeis estar con toda libertad.

El gobernador se quitó su peluca, la colocó encima de la mesa, se limpió la frente, y se puso á oír con los ojos estremadamente abiertos á Mr. de Chemeraut, el cual, sacando de la caja otro pliego, donde sin duda estaban redactadas las preguntas que debia hacer, dijo al gobernador:

—Ahora tendreis la bondad de referirme todo lo que sepais sobre la materia de que voy á consultaros. Decidme, ¿existe á cuatro leguas de la parroquia de Macuba una especie de casa fuerte llamada el Castillo del Diablo, rodeada de bosques y precipicios?

—Sí señor; y por cierto que no goza de muy buena reputacion en la isla. El caballero de Crussol, mi antecesor, la visitó una vez con el objeto de averiguar la verdad de los rumores que se propalaban sobre sus habitantes; pero yo no he podido encontrar en los papeles que dejó, ninguno relativo á aquella visita.

—¿Es habitada esa casa del Castillo del Diablo por una mujer que se tiene por viuda? repuso Mr. Chemeraut.

—Y tan viuda, señor enviado, que en el país se la llama Barba-azul, á causa de la precipitacion con que han muerto sucesivamente sus tres maridos: pero si me permitís, os advertiré, que esta corbata me va á ahogar.

—Quitáosla, señor baron; el servicio del rey no se perjudicará por eso. Con que decís que Mr. de Crussol hizo una averiguacion sobre esa muger.

—Eso me han dicho, pues por lo que hace á mí, nada he encontrado relativo....

Y Mr. de Crussol en la hora de su muerte, ¿no os escribió una carta confidencial por medio de Mr. de San Simon, gobernador interino, mientras llegábais vos?

—Sí señor, contestó el gobernador admirado de que Mr. de Chemeraut estuviera tan bien informado.

—Y en esa carta ¿no os declaraba Mr. de Crussol que la muger llamada Barba-azul era inocente de los delitos que se le imputaban?

—Sí señor; pero ¿cómo podeis saber?..

—Perdonad que os diga que yo vengo á interrogaros y no á contestar. Y en esa carta, ¿os garantiza Mr. de Crussol la inocencia de esa muger, de modo que vos no tengais duda en dejarla libre?

—Sí señor, me lo asegura bajo la fé de cristiano en la hora de su muerte, y bajo su palabra de caballero.

—Y ¿no os dice tambien que el reverendo padre Grifon, de la órden de Predicadores, hombre reconocido por su piedad y honradez, os responderia de la inocencia de esa muger?

—Sí señor, en efecto, en una conferencia particular...

—Que habeis tenido con el padre Grifon, os ha confirmado todo lo que os decia el caballero de Crussol.

El gobernador no hacia mas que mirar á Mr. de Che-

meraut, cada vez mas asombrado de lo bien instruido que estaba de cosas que habian pasado en un profundo secreto; y como el trabajo de su imaginacion se añadia á la opresion en que tenia su cuerpo con el uniforme, ya no podia el pobre respirar y se hallaba en un cruel tormento, hasta que armándose de resolución se levantò de pronto y exclamó quitándose la casaca.

—Señor enviado, ¿esto es insufrible! permitidme que me quite este uniforme, porque solamente los bordados pesan mas de cien libras.

—Sí, sí, quitáoslo, que el hábito no hace al monje, contestò Mr. de Chemeraut: y luego continuó:

—Así, gracias à las recomendaciones de Mr. de Crussol y del padre Grifon, la viuda del Castillo del Diablo no ha sido inquietada.

—No señor.

—Y vos, ¿no habeis visitado nunca esa casa, á pesar de lo mucho que se habla de ella?

—Oh! no señor, yo tengo tanto respeto á las palabras del caballero de Crussol y del padre Grifon, que no he dudado un momento: despues, los caminos son impracticables: rocas, abismos... y ya veis, con un sol tropical, con un calor de treinta y ocho grados; y como estoy tan convencido de la falsedad de esos rumores, no me ha parecido necesaria mi presencia en aquellos sitios.

—¿Tiene Barba-azul una factoría en San Pedro?

—Sí señor, con un encargado que es el que despacha sus buques para Francia.

—Decidme, ¿teneis noticia de un buque de su propiedad, que está siempre pronto para darse á la vela en una ensenada llamada de los Caimanes?

—Sí señor; es el bergantin el *Comaleon*, mandado por un antiguo filibustero llamado Huracan: ese bergantin se ha puesto á mis órdenes por medio del factor

Mr. Morris en nombre de su señora, cuando ha sido preciso perseguir á algun pirata inglés.

—¿Sabeis qué clase de relaciones existen entre ese filibustero y Barba azul? ¿Frecuenta él su casa?

—En cuanto á las relaciones no sé mas que lo que dicen las gentes, y sobre eso ya sabemos á qué nos debemos atender; por lo demás, el filibustero visita con mucha frecuencia á la viuda, ó mas bien, vive en el Castillo del Diablo.

—¿Teneis noticias de otros dos hombres sospechosos tambien, y que están casi siempre al lado de esa mujer?

—Sí señor; un cazador de toros silvestres, y un indio caribe, á quienes suponen asimismo tan favorecidos de la viuda como el filibustero.

—¿Esas gentes viven hace mucho tiempo en la isla?

—Cuando yo vine, ya se hallaban aquí. El filibustero sale algunas veces al mar, pero los otros dos, como todos los demás de su oficio y condicion; viven en las montañas y en las costas.

—Ahora bien, decidme, ¿cuánto tiempo de marcha habrá desde aquí hasta el Castillo del Diablo?

—Son las once; pero como los caminos son difíciles, no se podria llegar allá antes de oscurecer.

Mr. de Chemeraut sacò el reloj, se puso á reflexionar y dijo luego:

—Señor baron, de aquí á dos horas, es decir á la una, estarán dispuestos para seguirme y obedecerme treinta soldados de vuestra guardia; procurareis elegir los mas resueltos, y que estén bien armados, y provistos de dos piezas de artillería, de buenas escalas y algunos picos.

—Pero, señor, si vais al Castillo del Diablo será preciso salir ahora mismo para que no os sorprenda la noche en el camino.

—Sin duda, señor baron; mas como mi deseo es llegar de noche...

—Ah! eso es diferente.

—Y ¿podreis conseguirme una litera?

—Podeis llevar la mia.

—Pues bien, disponed la litera bien cerrada, una cabalgadura para mí, y un guia que nos conduzca por el bosque.

En cuanto al secreto de esta comision, basta deciros que es de la mayor importancia, y que nadie absolutamente debe conocer lo que hemos hablado aquí. Y acercándose al oido del gobernador, le añadió con gravedad: de este misterio depende el porvenir de dos naciones.

—¡Cómo! exclamó el baron abriendo tamaños ojos. ¡Barba azul tiene algo que ver en la alta política de dos gobiernos.

Mr. de Chemeraut que no era amigo de repetir, hizo un gesto afirmativo y repuso:

—Tambien os recomiendo que la chalupa de la fragata no falte del muelle, á fin de que en el acto de mi regreso pueda yo embarcarme y darme á la vela.

—¡Con que segun eso vais á trasportar á Barba azul...

—Perdonad que os repita que no he venido á contestar, sino....

—Muy bien, muy bien, señor enviado, ¿puedo ya abrir estas ventanas?

—Yo no veo inconveniente, señor baron.

Entonces el gobernador abrió las ventanas, y despues de haberse refrescado un poco, salió para cumplir las órdenes del enviado de Francia.

—¡Qué Dios ó el diablo lleve esta empresa á puerto de salvacion! dijo Mr. de Chemeraut cuando se vió solo. Afortunadamente no necesito de la ayuda de este pècora de gobernador, pues aunque lo mas dificil no está hecho todavia, yo me fio de mi buena estrella. ¡Cáspita! y la ambicion ¿no servirá de nada? la esperanza, si no de una corona, al menos de dirigir la voluntad de un gran pueblo: el deseo de verse al lado del

rey su pariente: por fin, este otro argumento (añadió tocando la caja) que será quizá mas decisivo y eficaz...

Dos horas despues se hallaba Mr. de Chemeraut en el camino del Castillo del Diablo, seguido de treinta soldados armados de piés á cabeza, de una litera tirada por dos mulas, y un negro que servia de conductor de la expedicion.

Además de esta partida, que obedecia al enviado de Francia, seguia tambien á cierta distancia, y ocultándose á cada paso entre los matorrales para no ser visto, un mulato jòven, àgil y robusto, que habia salido de Fuerte Real al mismo tiempo que los demás, con el objeto de observar la direccion que tomaban. Cuando se convenció de que Mr. de Chemeraut y su gente se dirigian al Castillo del Diablo, volvió sobre sus pasos, y á favor de la práctica que tenia en aquellos lugares, atravesò los bosques con una velocidad extraordinaria, y llegó á Macuba á casa del padre Grifon en la mitad del tiempo que cualquiera otro habria necesitado.

El venerable párroco dormia á la sazón muellemente acostado en su fresca hamaca, cuando llegó uno de sus esclavos á despertarlo para que recibiese al mulato que enviaba Mr. Morris.

Al oír este nombre se arrojó el buen fraile de su colgado lecho, y tomó una carta que le presentó el esclavo, diciéndole:

—Mi amo me ha mandado seguir á una partida de soldados que ha salido de Fuerte Real, y me ha dado esta carta para que os la viniese á traer en caso de que los viera tomar la direccion del Castillo del Diablo. Yo los he seguido, y el camino que llevan no puede ser otro, porque han pasado por el valle de los Huayavos, y atravesado el callejon de Rocas-negras, y he venido corriendo á avisároslo como me lo ordenó mi amo.

—¡Un enviado de Francia!... y ¡ha estado con el gobernador una hora! ¡y ha marchado para el Castillo

del Diablo con un destacamento! ¿Qué quiere decir esto? ¿habrá sido penetrado este misterio! ¿no ha muerto este secreto con Mr. de Crussol? su carta y mi palabra no han bastado al gobernador para que no se turbe à esa desgraciada?

El pobre cura revolvía en su cabeza todas estas dudas, sin poder fijar el partido que debía adoptar, hasta que volviendo á leer por tercera vez la carta de Mr. Morris, llamó á sus esclavos y les mandó ensillar la jaca, para ponerse inmediatamente en camino.

—¡Una fragata de guerra que se queda barloventando fuera del puerto! ¡un enviado de Francia que consulta una hora en secreto con el gobernador, y despues marcha con una escolta al Castillo del Diablo ¡Dios mio! esto no es una sospecha, esto es una certeza; si se la irán á llevar! pero ¡ese secreto que yo solo conocia, yo solo, á menos que algun espantoso sacrilegio!... oh! eso no puede ser, es imposible! mas fácil sería que él mismo se hubiera descubierto, que no que se cometiera semejante impiedad! Es preciso volar allá, prevenirlos de esta novedad si logro llegar antes que ese extranjero, ó impedir una desgracia si ya no es tiempo de destruir ese plan.

Y diciendo esto el párroco, se puso su vestido de viaje, recomendó la casa á sus dos negros, y montando en su hacanea, salió con toda la precipitacion que su edad y condicion le permitian, por el camino que debía conducirle al Castillo del Diablo.

—Puede ser que tambien encuentre al loco gascon, se decia, y entonces me lo traeré otra vez conmigo: ¡pobre aventurero! pero no, ¿quién me asegura que ese hombre no sea un espía, ó que no esté de acuerdo con estos? y yo que escribí á mis amigos del Desierto, que no tenian nada que temer de él! tanto aturdimiento y charlatanería ¿no sería fingido todo aquello? ¿quién sabe si esperaba él esta fragata, y queria introducirse en la casa para dar despues el golpe con mas seguridad?

Vamos ¡yo voy á volverme loco! ¡lo que interesa es llegar pronto, y que Dios nos proteja para salvar á esos desgraciados!

Hagamos ahora un resumen de las circunstancias buenas ó malas que rodean en un mismo dia á los habitantes del Castillo del Diablo, para seguir adelante en esta historia.

Mr. de Chemeraut, con treinta hombres armados, marcha por el bosque con direccion á la casa de Barba azul.

El coronel Butler, á quien el cadáver de Juan impedía el paso por la caverna se encuentra en disposicion de seguir su empresa para bajar el precipicio que lo separa de los jardines de Barba azul, gracias á la voracidad de los gatos silvestres, que fueron á celebrar su banquete con el cuerpo del marinero.

Y el padre Grifon trota en su hacanea, para llegar antes que el enviado de Francia al Castillo del Diablo.

Veamos, pues, qué hacen á estas horas Barba azul, Yumaale y el caballero de Croustillac.

XVI.

Al salir la luna.

Hemos dejado al pobre Croustillac dominado de su repentina pasion, y esperando con impaciencia el momento en que la viuda debia aclarar sus dudas, y realizar quizá tambien sus mas doradas ilusiones.

Yumaale, despues de haber comido sirviendole Angela con sumo disgusto de Croustillac, fué á sentarse gravemente á la orilla del pequeño lago bajo la denas

Angela alzò los ojos hácia él, le tuvo lástima, y no queriendo prolongar mas la mortificacion en que se hallaba, se antòse de repente de la mesa, diciéndele con tono sério.

—Venid: en el jardin hablaremos y al mismo tiempo iremos en busca de Yumaale, cuya ausencia se me hace muy sensible. No sé en que consiste; pero me siento oprimida como si debiese estallar sobre esta casa una recia tempestad.

En seguida saliò del salon; Croustillac la ofreció el brazo, y ambos bajaron por los varios senderos del jardin. El aventurero se hallaba tan comovido por el estado en que veia á Angela, conservaba tan pocas esperanzas, que apenas se atrevia à hacerla presente las promesas que le habia hecho. Al cabo le dijo con grande embarazo:

—Señora, me prometisteis esplicarme el misterio de...

Barba azul le interrumpió diciendo:

—Escuchadme, amigo: ora sea debilidad de espíritu, ora prevision, siéntome mas y mas inquieta, me parece que me está amenazando alguna desgracia, y en este momento y en la disposicion de ánimo en que me hallo, por nada del mundo quisiera prologar á costa vuestra una chanza que ya ha durado demasiado.

—¿Una chanza, señora?

—Sí, amigo; pero bajemos, os ruego, por esa senda: ¿veis acaso á Yumaale allí abajo?

No, señora; á pesar de estar muy clara la noche á nadie diviso.... Deciais, señora, que una chanza...

—En efecto: por nuestro amigo el padre Grifon supe que habiais manifestado el intento de venir á ofrecerme la mano de esposo, y envié el cazador á vuestro encuentro con el encargo de conducirnos aquí... Os acogí, os lo confieso y os pido perdon por ello al mismo tiempo, con la intencion de divertirme un poco á costa vuestra.

Menos brillante al rayo considero:
Llámoles dioses... cielos... soles... rayos...
Solo porque se entienda mi concepto.

— Así vá bien: á lo menos, dijo Angela riendo, me volveis el hermoso cúmulo de comparaciones, y no me queda mas que escoger, pero lo guardaré todo: Dioses, cielos, soles y rayos.

El aventurero miró un momento á Barba-azul en silencio, y luego dijo con un acento de verdadera tristeza, que no pudo menos de admirar á la viuda:

— Teneis razon, señora, estos versos son ridiculos y haceis bien en burlaros... ¿Pero cómo ha de ser? soy desgraciado, y me encuentro bien castigado de mi loca presuncion y atolondramiento.

— ¡Ah, caballero! olvidais mi recomendacion, os dije que me distrajéseis y divirtiéseis.

— Si yo tambien sufro, si á pesar de mis grotescas apariencias siento una pena cruel, ¿cómo puedo hacer el bufon?

El aventurero pronunció estas palabras con tonó tan penetrante y con voz tan conmovida, que Angela le miró pasmada, y penetrada por la espresion que ofrecia la fisionomía de Croustillac. Reprendiòse á sí misma el haber hecho servir de juguete á aquel hombre, que al parecer no carecia de valor, franqueza y bondad.

Estas reflexiones volvieron á conducirla á un círculo de pensamientos tristes y melancólicos.

A pesar del ligero esfuerzo que habia hecho por parecer alegre y reirse de los versos del gascon, sentíase agitada por inesplicables presentimientos, y atormentada por ciertos temores vagos, cual si instintivamente adivinara los peligros que la amenazaban.

Croustillac quedó surmergido en una dolorosa meditacion.

—Y de cantar vuestro doloroso martirio... Veamos los versos.

—En estos versos he hecho lo que he podido para pintar unos ojos azules y hermosos... como los vuestros...

—A ver, á ver.

Y Croustillac recitó lo siguiente, con tono lánguido y apasionado.

No son ojos los vuestros, que son dioses;
Manda á los reyes su poder supremo.
¿Dije dioses? Ah! no; por su pureza
Y su brillante azul mas bien son cielos.

—No obstante, caballero, dijo Barba-azul, es preciso escoger. ¿En qué quedamos? ¿son ojos, son dioses, ó son cielos?

¿Cielos? No: soles son tan luminosos
Que á aquel que osa mirarlos vuelven ciego,
Mas tampoco son soles; serán rayos
Que presagian amor el mas intenso.

—¿Pero quisiera saber, amigo, qué resolvéis? Soles, confieso que esto me gustaba bastante... Dioses... tambien...

Croustillac prosiguió con tono patético:

¿Si fueran dioses, tanto mal harian?
Si cielos, fuera igual su movimiento.
¿Dos soles? imposible; el sol es uno.

—Pero por Dios, ved que me robais ahora todas estas hermosas comparaciones, de modo que ya no quedan mas que los rayos...

Croustillac prosiguió meneando la cabeza:

ojos. ¡Puede que en su vida haya oído versos! ¡Acaso se mostrará sensible á las producciones del géniol... Mas no; no será tanta mi felicidad!

Empezò, pues, Croustillac á declamar sus versos, dando grandes pasos, en estos términos:

No son ojos los vuestros, que son dioses;
Manda á los reyes su poder supremo.
¿Dije dioses? Ah! no; por su pureza
Y su brillante azul...

El aventurero no pudo acabar el verso, porque llegó Mirata á avisarle que estaba pronta la cena.

Como Yumaale no cedió aquella noche, permaneció Croustillac á solas con Barba azul, la cual parecia pensativa, hablando poco, y alguna vez se estremecia involuntariamente.

—¿Qué teneis, señora? preguntóla Croustillac, quien igualmente se hallaba preocupado.

—No sé, tengo estraños presentimientos; ¡pero estoy loca! Creo que vuestra fisonomia taciturna me da vapores, añadió con forzada sonrisa... Vamos, distraedme un poco, caballero. Ahora Yumaale está sin duda adorando á ciertas estrellas, mas me admiro mucho de no verle aquí; pero de vos depende hacerme olvidar su ausencia.

—Vé ahí una escelente ocasion para sacar á lucir mis versos, dijo entre sí el gascon, y luego añadió dirigiéndose á Angéla: Si me atreviese os recitaria unos versos que acaso podrian... distraeros algun tanto.

—¿Versos? qué, ¿sois tambien poeta, caballero?

—Todos los enamorados lo son, señora.

—¿Es decir, que estais enamorado para tener el derecho de ser poeta?

—No, contestó suspirando Croustillac; estoy enamorado para tener el derecho de... de sufrir.

desdenosa mirada al caballero, y le señaló con el dedo un grueso tronco de caoba con torcidas raices que formaban el asiento rústico en que estaba sentado.

—¿Pues qué quiere decir esto? pregunto Croustillac, ya veo este tronco, y no entiendo vuestra seña, como no signifique que sois tan sordo, mudo é impassible como este leño.

El caribe, sin darle respuesta, cogió el enorme tronco con sus nervudos brazos y lo arrojó al estanque; y con un significativo gesto pareció decir á Croustillac: Ved como podria trataros. En seguida se alejó con pasos graves, sin que su fisonomía hubiese dado la menor señal de emocion durante aquella escena.

Quedò el caballero admirado de aquel ensayo de fuerza extraordinaria; porque aquel tronco de caoba le pareció, y era en efecto, tan pesado, que con dificultad hubieran podido ejecutar dos hombres lo que acababa de hacer el caribe. Pero luego que se hubo calmado la admiracion del caballero, se fué tras de Yumaale gritando:

—¿Es decir que me hubiérais arrojado al lago como acabais de hacer con aquel tronco?

El caribe, sin detener sus pasos graves y silenciosos, hizo una seña afirmativa con la cabeza.

—Bien considerado, dijo Croustillac parándose de repente, este hombre que se parece los misioneros, no está enteramente falto de conocimiento; yo le amenacé primero con echarlo al agua, y segun acabo de ver, me hubiera costado harto trabajo; y sobre todo, hubiera sido un medio indigno de desembarazarme de un rival .. Ah! ¡cuánto tarda la noche!.. Pero gracias á Dios hè ahí que se pone el sol.. pronto llegará la noche, saldrà la luna, y sabrè entonces cuál ha de ser mi suerte: la viuda me enterará de todo; y al fin penetraré esos misterios que no entiendo... Repasemos los versos que tengo preparados para que produzcan un grande efecto. . y con que pondero la belleza de sus

sombra de unos árboles que allí crecían; en seguida, apoyando los codos en las rodillas y la barba en las palmas de ambas manos, permaneció por un buen rato inmóvil y como mirando al aire en aquella especie de pereza contemplativa á que tan afectos están los salvajes.

Angela se habia vuelto á su habitacion particular.

Paseábase el caballero pensativo por el parque, echando á veces celosas y enfurecidas miradas al caribe, quien pareció no advertir en su presencia.

Tosió Croustillac; pero Yumaale guardó la misma inmovilidad.

Finalmente, como la paciencia estaba muy léjos de ser la virtud favorita del caballero, le tocó este ligeramente en el hombro diciendo:

—¿Qué diablos estais mirando aquí hace dos horas? El sol vá luego á ponerse, y aun no habeis hecho el menor movimiento.

Volvió el caribe la cabeza pausadamente al lado de Croustillac, sin dejar de apoyarla en las manos, le miró, y volvió luego á tomar su primera posicion sin decir una palabra.

El caballero se puso encendido de rabia y exclamó:

—¡Voto á brios! cuando hablo me gusta que me contesten.

Yumaale continuó en su silencio.

—Pues señor, ese aire de importancia está muy distante de imponerme, dijo Croustillac, pues creo que no soy de aquellos que se dejan comer vivos.

El caribe permanecia mudo.

—Vive Dios! ¿sabeis que por mas antropófago que seais, pudiera haceros tomar un baño en este lago, así como por via de lección de urbanidad, y para civilizaros un poco, señor salvaje?

Y esto diciendo, se acercaba á Yumaale con ademán amenazador.

Pero Yumaale se levantó con gravedad, echó un

—Pero, señora.... ¿esta misma noche no debiais esplicarme el misterio de vuestra triple viudez, la muerte de vuestros maridos, y la presencia sucesiva en este sitio del corsario, del....?

Angela le interrumpió:

—No oís pasos? ¿no veis si es Yumaale?

—Nada oigo, dijo Croustillac, afligido de ver arruinadas sus esperanzas; sin embargo de que todo lo reee-laba desde que un amor verdadero habia estinguido su necia vanidad.

—Adelantemos un poco mas, tal vez halleemos al caribe en el bosque de los naranjos cerca del surtidor...

—Pero señora, ¿este misterio?

—Este misterio, repuso Angela, dado que lo sea, debe ser impenetrable para vos... Mi promesa de descubrirros esta noche el secreto fué una chanza de que ahora me avergüenzo, os lo repito; y en caso de haber cumplido mi loco ofrecimiento, hubiera sido haciéndoos juguete de otras burlas todavia mas culpables.

—¡Ah señora! dijo el caballero, es muy cruel!

—¿Qué mas pretendéis, cuando yo misma me acuso y os pido que me perdoneis? dijo Angela con una voz triste y suave... Olvidad las locuras que os dije; no penseis mas en mi mano, que no puede ser de nadie; pero acordaos alguna vez de la reclusa del Castillo del Diablo, que acaso es á un tiempo muy culpable y muy inocente... En fin, añadió vacilando, ¿no es verdad que me permitireis ofrecerme algunos de estos diamantes de que tan prendado estábais antes de haberme visto?

El caballero se puso colorado de pesar y de despecho juntamente; el verdadero afecto que sentia hácia Angela le hacia considerar como afrentosa una oferta, que sin duda hubiera admitido antes sin el menor escrúpulo.

—Señora, dijo con tanta altivez como amargura, me habeis concedido hospitalidad durante estos dos dias; mañana me alejaré de este sitio, y el único favor qu

os pido es que me deis un guia; en cuanto á vuestra última proposicion me agravia doblemente.

—¡Caballerol...

—Sí, señora, pues me creéis bastante vil que pueda el dinero hacerme olvidar un proceder humillante.

—Creed que no fué esta mi intencion.

—Señora, soy pobre, ridículo, vano, soy lo que [se llama un hombre de espedientes, pero tengo mi pundonor, no lo dudeis.

—Pero...

En compensacion de la hospitalidad que me hubiese concedido un hombre, hubiera podido poner á su disposicion mi pobre talento y complacencia, esto hubiera sido un trato como otro cualquiera, [peor tal vez, sea enhorabuena...cuando un hombre se pone bajo la dependencia de otro mas feliz, debe resignarse á todo. Divertí al capitan del Unicornio en satisfaccion del viage que me permitiò hacer á bordo de su embarcacion.... y quedamos pagados...Hice un miserable papel: lo sé mejor que nadie, señora, porque mas que otro alguno he conocido la desdicha.

—¡Pobre hombre! dijo en voz baja Barba-azul enternecida.

—No lo digo para que me compadezcan, añadió altivamente Croustillac; solo quisiera daros á entender, que si por necesidad pude aceptar el papel de un comensal complaciente, nunca jamás he recibido dinero por compensacion de un ultraje...

Luego prosiguió con tono profundamente conmovido y penetrante:

—¡Ojalá, señora, que nunca llegueis á conocer todo el mal que me ha hecho vuestra proposicion, menos por ser en extremo humillante que por habérmela hecho vos!... ¡Dios mio! Aunque os hubiéseis divertido á mi costa, lo habria sufrido sin quejarme .. ¡pero ofrecrme dinero en pago de vue tras burlas! ¡Ah, señora.

me habeis hecho conocer una de las penas de la pobreza que aun no conocia!

Guardò un momento de silencio, y prosiguiò con nueva amargura:

— Pero vamos al caso: ¿còmo podiais tratarme de otra manera?... ¿Quién soy yo? ¿Bajo qué auspicios vine aqui?... El vestido que llevo ni aun me pertenece .. ¿Por qué incomodarse á andar conmigo en miramientos?... ¿No es cierto, señora?

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un acento tan dolorido y vergonzoso, que penetraron á Angela, á quien le pesó de haberle hecho su indiscreto ofrecimiento; por lo que bajò la vista y anduvo así un buen rato al lado de Croustillac, hasta que ambos llegaron muy cerca del surtidor de mármol de que ya hemos hablado.

Angela iba cogida del brazo de Croustillac, y despues de reflexionar algunos instantes, le dijo:

—Teneis razon...he faltado...os he juzgado mal, la reparacion que os he ofrecido es una afrenta... Mas no creais que haya querido humillaros ni un solo instante...Acordaos de lo que os decia esta mañana sobre vuestro valor y la generosidad de vuestro corazon... Pues bien, aun conservo de vos el mismo concepto... ¿Decís que me amais? Si este amor es sincero, no puede agraviarme; puesto que me estaria muy mal corresponder con un proceder injurioso á un sentimiento que es siempre lisongero ..(Luego añadió con una gracia encantadora): Vamos, agamos las pases: ¿me conservais resentimientos? Decidme que no, para que pueda suplicaros que paseis aqui unos cuantos dias...en clase de amigo y sin temer que os denegueis á ello.

—¡Ah, señora! exclamó Croustillac con trasporte: mandad; disponed de mi; soy vuestro servidor, vuestro esclavo...vuestro perro... Las dulces expresiones que acabais de dirigirme me lo hacen olvidar todo.... ¡Vuestro amigo! ¡Amigo me llamá teis!: ¡Ah, señora!

¡por qué he de ser no mas que un segundon de Gascuña! Nunca fuera bastante feliz para poder probaros todo mi afecto.

—¡Quién sabe!... Pero tengo que haceros una reparacion... Aguardarme en este sitio, es preciso que vaya á donde está Yumaale en busca de un objeto... un regalo... Sí, caballero, un regalo que estoy cierta no lo rehusaréis.

—Pero....

—¿Replicais?... ¡Ah, Dios mio! cuando pienso que deseábais ser mi marido.... Esperadme aqui... que luego vuelvo...

Esto diciendo, y hablando, habian llegado hasta el surtidor de mármol. Volvióse Angela y siguió la alameda que conducia á su habitacion.

—¿Qué querrá decir? ¿Qué pensará hacer? preguntóse Croustillac fijando maquinalmente la vista en el agua del surtidor. Luego añadió con cierta exaltacion: Sea lo que fuere, soy suyo hasta la muerte: me ha llamado amigo: tal vez no la volveré á ver mas; pero no importa: la adoro, y esto no daña á nadie... No sé; pero pareceme que esta pasion mejora mi carácter... Dos dias atrás hubiera admitido esos diamantes... cuando hoy me avergonzaria... ¡qué mudanzas produce el amor!

De repente Croustillac se vió interrumpido en medio de sus filosóficas reflexiones.

El coronel Rutler vió con la luz de la luna al aventurero, que se paseaba mano á mano con Barba azul, oyó las últimas palabras de Angela «mi marido... esperadme aqui,» y ya no dudó de que el gascon era el hombre que buscaba. Salió de improviso del escondrijo, arrojóse encima de Croustillac, echóle un velo en el rostro, y valido de la sorpresa, lo derribó al suelo; luego, pasándole un lazo corredizo por las manos, pronto venció su resistencia, gracias á las grandes fuerzas del coronel.

El caballero, pues, se vió aterrado y agarrotado en menos tiempo que el necesario para decirlo. Luego el coronel le puso un puñal en el pecho, diciéndole:

—Milord duque... si haceis el menor movimiento, ó llamais á la señora duquesa en vuestro auxilio, sois muerto... En nombre de Guillermo de Orange, rey de Inglaterra, quedais preso como culpable de alta traición... Por consiguiente, vais à seguirme.

XVII.

Milord duque.

Atacado Croustillac por un contrario de tales fuerzas, ni siquiera trató de resistirse. El velo que le cubria el rostro le impedia la respiracion en términos, que apenas podia dar algunos gritos inarticulados. Llegòsele Rutler al oido y le dijo con un acento holandés muy marcado:

—Milord duque, os desembarazaré de este velo; pero cuidado, porque si pedis socorro, os mato: ¿no conocéis que està muy cerca de vuestro pecho la punta de mi puñal?

El desventurado Croustillac, que no entendia el inglés, pero que conocia que su vida estaba amenazada, exclamò:

—Hablad en francés, hablad en francés...

—No me admira que habiéndose vuestra Gracia educado en Francia prefiera esta lengua, dijo Rutler, quien creyó que su acento holandés hacia ininteligibles sus palabras, y añadió:

—Espéro, señor, que me disimulareis si no me explico muy bien en francés... Tengo el honor de manifestar à vuestra Gracia que al menor grito me veré obli-

gado á mataros. Así, milord duque, de vos depende la seguridad de vuestra vida, impidiendo que la señora duquesa vuestra esposa pida socorro en el caso de que vuelva á este sitio.

—Es claro que me toman por otro, pensò Croustillac,.. ¡Vive Dios, en qué embrollos me he metido! ¿Qué nuevo misterio es este? ¿Qué demonios pretende este brutal flamenco con su eterno puñal y su milord duque?... En fin, si ello ha de ser, bueno es que lo tomen á uno por hombre de categoría... ¿Y Barba-azul, que en esta suposicion fuera duquesa... y á quien toman por mi esposa?

—Oid: milord, dijo Rutler despues de un rato de silencio, para mayor comodidad de vuestra Gracia, puedo quitaros el velo que os sofoca; pero os lo revito, al menor grito de la señora duquesa, á la menor manifestacion de vuestros esclavos para defenderos, me veré obligado á mataros; pues tengo hecha promesa al rey mi señor de llevaros á él vivo ó muerto.

—¡Me ahogo! quitadme este velo y no gritaré, murmurò Croustillac, creyendo que el coronel iba á conocer su equivocacion.

Quitòle Rutler el velo; y Croustillac viò junto á sí de rodillas á un hombre que le amenazaba con un puñal. Era muy clara la luna, y pudo distinguir perfectamente las facciones de Rutler, pero le eran absolutamente desconocidas.

—Señor, no olvideis vuestra promesa, le dijo el coronel sin manifestarse admirado viendo las facciones del aventurero

—¡Cómo! ¡ni siquiera conoce su engaño! pensò Croustillac pasmado.

—Ahora, milord, prosiguiò Rutler ayudando á Croustillac á sentarse en una posicion cómoda junto al surtidor de mármol, ahora perdonad la violencia de mi ataque, y considerad que he debido obrar así.

Croustillac no diò respuesta: hallándose incierto en;

tre el temor y la curiosidad, ardia en deseos de saber á quien se dirigian las palabras «milord Duque.»

Amigo de aventuras por carácter, no pudiendo dejar de ganar en ser tomado por otro, sobre todo por esposo de Barba azul, prestóse á representar lo mejor que le fué posible el papel que le atribuian, esperando así penetrar el secreto de los habitantes del Castillo del Diablo.

Con todo, respondió:

—¿Y estais bien seguro de ser yo la persona que buscáis?

—No trate vuestra Gracia de engañarme, contestó con cierta aspereza Rutler. Es cierto que esta es la primera vez que tengo el honor de veros, milord duque; pero he oido vuestra conversacion con la señora duquesa A mas de que, ¿quién sino vos, señor, podria pasearse á solas con ella á semejantes horas? ¿Quién sino vuestra Gracia llevaria este vestido con mangas encarnadas, que ilustró Jacobo Syllon retratándoos con este traje?

—¡Tambien me pareció muy original este vestido! pensó Croustillac.

—No debo de admirarme de hallaros con este traje, que debe representaros memorias... muy crueles, añadió Rutler con aire sombrío.

—¡Memorias crueles! reptó Croustillac.

—Milord, dijo el coronel, ¿dos años antes de la fata jornada de Bridgewater, vestido con este traje propio de vuestro empleo, no hicisteis el homenaje del halcon de Laneester á vuestro real padre?

—¿A mi padre?... ¿un halcon?... dijo el caballero asombrado.

—Penétrome del embarazo de vuestra Gracia y no creais que me complazca en recordaros esas fatales disensiones de que con tanta severidad y, permitidme que os lo diga, con tal justicia fuisteis castigado.

—No solo os permito decir cuanto querais, sino que

os insto à ello con todo mi anhelo, respondió el gascon.
Y luego añadió en voz baja:

—Tal vez así me enteraré de algo.

—Los instantes son preciosos, replicó Rutler, por lo tanto es preciso que os diga cuanto antes lo que aguardo de vuestra sumision á las órdenes de mi señor Guillermo de Orange, rey de Inglaterra.

—Decid, caballero, y sobre todo entrad sin ningun recelo en los pormenores mas minuciosos.

—Para hacer comprender á vuestra Gracia lo que debo exigirle, es necesario establecer de una manera clara vuestra posición, milord, aunque me sea muy penoso este deber.

—Establecedla, señor, establecedla con toda franqueza: no nos disimulemos nada... somos hombres los dos y militares, y debemos estar dispuestos á todo cuanto pueda decirsenos.

—Habeis de confesar que en este instante fuérais imposible escapar de mis manos...

—Es muy cierto.

—¡Que soy dueño de vuestra vida!...

—Es tambien muy cierto.

—Pero debe seros de mucha consideracion, milord duque, que si por tratar de escaparos, ó por negaros á obedecer las órdenes de que soy portador... me pusiéscis en la dura necesidad de mataros...

—Muy dura para entrambos.

—Atienda vuestra Gracia bien à mis palabras, y el coronel marcó el acento con mucha fuerza en las que siguen: Pudiera mataros impunemente, por la razon, milord, de que ya «estais muerto»... y por lo mismo à nadie debiera darse cuenta de vuestra sangre.

Croustillac quedò atònito creyendo haber oido mal lo que el coronel le decia.

—Deciais, caballero, que podeis matarme impunemente, ¿por qué?...

—Porque vuestra Gracia está ya mu... te

Croustillac fijó de nuevo los ojos en Rutler creyendo habérselas con un loco; pero despues de un momento de silencio prosiguió:

—Si no lo entendí mal, caballero, quereis darme á entender que podeis matarme impunemente, bajo el pretesto, en verdad bastante especioso, de que ya os-
toy muerto;

—Cabal, milord, es muy claro.

—¿Y hallais esto muy sencillo?

—No creo, milord duque, que querais ahora negar lo que de todo el mundo es sabido.

Dijo Rutler con alguna impaciencia.

—No obstante, me parece que en todo rigor, y sin pasar por hombre de escesiva terquedad y que tiene un furor de contradecir á todo el mundo... hasta cierto punto puedo negar que esté muerto.

—Paréceme imposible, milord, que seais capaz de chancearos sobre aquel momento fatal, que no obstante debió dejar en vuestra alma una impresion terrible.

Dijo el coronel con una admiracion sombría.

—Cierto, fuè un momento que jamás debe olvidarse; lo que si me parece muy difícil es conservar de èl la memoria.

Dijo Croustillac sonriéndose.

El coronel no pudo reprimir un movimiento de indignacion, y exclamó:

—¡Os reís, milord, cuando si os hallais aquí es á costa de la mas noble sangre!... Ah! ¡será siempre igual el reconocimiento de los príncipes!

—Debo declararos, señor, replicò impaciente Croustillac, que aquí no se trata en este asunto de reconocimiento ni de ingratitud... Pero, añadió Croustillac temiendo decir alguna majaderia, me parece que nos separamos muchísimo de la cuestion... prefiero que hablemos de otra cosa.

—Conozco que el asunto de nuestra conversacion será desagradable á vuestra Gracia.

—Otros hay mas alegres por cierto... pero volvamos al motivo que aqui os ha traído, ¿qué pretendéis de mí?...

—Tengo orden, milord, de conducirlos á la Barbada; desde donde os llevarán y encarcelarán en la torre de Londres, cuyo recuerdo debe de conservar aun vuestra Gracia.

—¡Pardiez, en una cárcel!... dijo entre sí Croustillac, á quien le gustaba muy poco semejante perspectiva... ¡á la torre de Londres!... Voy a advertir de su engaño á este bruto holandés. Este *quid pro quo* no puede convenirme de ninguna manera... y ciertamente fuera pagar muy caro el *milord duque* y el *vuestra Gracia*.

—No necesito advertiros de que se os tratará allí con todas las consideraciones debidas á vuestro rango y vuestras desgracias; y á escepcion de la libertad, que ya no recobraréis jamás, se os tendrán todos los respetos y miramientos.

—Bien considerado, dijo se Croustillac, ¿qué priesa me corre en desengañar á este bárbaro del norte? ¡ah! ninguna esperanza tengo de interesar á Barba-azul; y hasta parecemo vislumbrar de un modo vago que el error de este flamenco relativo á mi persona puede ser útil á esa adorable criatura. Mucho me alegrara de que así fuese; pues apenas haya llegado yo á Inglaterra advertirán el engaño y me darán libertad: y además, como me es necesario volver á Europa, prefiero si puede ser volver allá en clase de *principe* ó de *milord*, que en clase de pasajero gratuito del capitán Daniel: á lo menos no tendré que poner tenedores en equilibrio sobre la punta de la nariz, ni que tragar velas encendidas.

Creyendo el coronel Rutler que el mediabundo silencio de Croustillac era efecto de abatimiento, le dijo con tono mas suave:

—Conozco, monseñor, que os espanta el porvenir que se os lestina.

—Paréceme que hay algun motivo para espantarse: ¿preso hasta la muerte en la torre de Lóndres!

—Cierto, milord... No obstante, tampoco gozais aquí de una libertad completa; y abandonar una vida tan llena de zozobras me parecé que no ha de seros muy sensible.

—Quereis dorarme la pildora, como se dice vulgarmente; la intencion es muy laudable... pero me parece que estais muy seguro de llevarme á la Barbada y de allí a la Torre de Lóndres.

—Para llenar esta mision, milord, me hice acompañar por un hombre determinado, quien ha muerto de un modo atroz.

Y estremeciòse Rutler al solo recuerdo de la trágica muerte de John.

—De modo, caballero, que os hallais reducido á vuestras solas fuerzas para llenar esta mision.

—Sí, milord.

—¿Y os lisongeis de poderme sacar de aquí vos solo?

—Sí milord.

—¿Y estais de ello bien seguro?

—Perfectamente seguro.

—¿Y con qué milagros contais?

Ninguna necesidad tengo de milagros, la cosa es muy sencilla.

—¿Puedo saber cómo?

—¿Quién lo duda? debo instruiros de todo, tanto mas cuanto que con vos cuento principalmente.

—¿Para que os ayude á sacarme de aquí?

—Sí, milord.

—No hay duda que en este caso, supuesto que yo quiera tomar parte, puedo seros de grande auxilio.

Despues de algunos momentos de silencio, Rutler dijo:

—No exageraron al ablarne de la firmeza de vuestra Gracia .. y en efecto, milord, es imposible mostrar mas serenidad y resolucion en un contratiempo.

—Os aseguro que me fuera muy difícil portarme de otra manera.

—Si os hago semejante observacion, milord, es porque siendo vuestra Gracia hombre de serenidad y resolucion, comprenderéis mejor que otro que con tales dotes puede uno entregarse á grandes empresas; y yo no tengo mas recurso para sacáros de aquí.

—Veamos, caballero, si los medios son buenos, yo seré el primero en reconocerlo... Pero, no puedo menos de observar que al parecer olvidais que no soy solo aquí.

—Lo sé; la señora duquesa acaba de dejaros, y puede volver de un momento á otro.

—Y os advierto que puede volver acompañada.

—Aunque la acompañaran cien hombres armados hasta los dientes, nada temo.

—¿De veras?

—De veras; y aun digo mas; cuento muchísimo con la vuelta de la señora duquesa para que os decida á seguirme en el caso de que aun vacileis.

—Señor, esto es hablarme en enigmas.

—Pronto voy á daros su esplicacion; pero antes debo advertiros que estamos al corriente de todo lo que os ha sucedido desde vuestra fuga de Lóndres.

Negándoselo, pensó el gascon, le obligaré á hablar y me enteraré algo mas de este negocio, y luego dijo ea alta voz.

—En cuanto á esto, caballero no pued creerlo....es imposible.

—Oidme, milord: hace cuatro años que os casásteis en Francia con la dueña de esta morada. Si este matrimonio es legal ó no, siendo conocido despues de vuestra ejecucion de muerte, y por consiguiente durante la viudez de vuestra primera esposa, es cosa que

no me conviene resolver, pues es asunto de conciencia y de teología.

—Cierto que milord duque, de quien soy ahora el representante, se ha metido en una situación del todo excepcional, dijo para sí Croustillac: pueden matarlo, porque está ya muerto; puede volverse á casar, porque su muger enviudó de él mismo... En verdad que empiezo á tener mis ideas embrolladas; pues desde ayer acá que tienen lugar conmigo unos acontecimientos extraños á más no poder.

—Ya veis que los hechos que acabo de referir son muy exactos.

—Exactos! Es decir, hasta cierto punto: mé suponéis capaz de haberme vuelto á casar despues de mi suplicio; y asegurar un acto de esta naturaleza es cuando menos muy aventurado... Qué demontre! ¿Sabéis que es necesario estar muy cierto del hecho para atribuir á un hombre semejantes originalidades?

—Veo, milord, que no os creéis enteramente bajo mi poder, y por lo mismo os chanceáis... Por otra parte vuestra alegría no me causa admiracion; vuestra Gracia ha conservado serenidad de alma en circunstancias mucho mas graves que la presente.

—Cómo ha de ser! la alegría es el tesoro del pobre.

—Milord duque, exclamó el coronel con tono sério; el rey mi señor no merece semejante inculpacion.

—Qué inculpacion? preguntó atónito Croustillac.

—¿No acabais de decir que la alegría es el tesoro del pobre?

—Bien, ¿qué tenemos con esto? no veo cómo puedan mis palabras ser un insulto hecho al rey nuestro señor.

—¿No es esto decir que porque os hallais en poder del rey mi señor os considerais como despojado de todos vuestros bienes?

—Sois muy irritable, señor mío; pero sosedaos. Mi

reflexion fué puramente filosófica sin relacion alguna con mi posicion particular.

—Siendo así, es muy diferente, milord, ya estrañaba yo oiros hablar de vuestra pobreza.

—¡Pardiez, que me estaria bien á mi hacer el pobre! dijo Croustillac riendo.

—Pocas fortunas hay comparables con la vuestra, milord... las enormes sumas que sacásteis de la venta de una parte de vuestras alhajas y pedrería, las conservarán vuestra Gracia y sus descendientes; pues mi señor Guillermo de Orange no es de aquellos soberanos que enriquecen á sus fieles favoritos con la confiscacion de los bienes pertenecientes á enemigos políticos.

—Ah! ¡Creustillac, no sabia que fueses tan rico! díjose á sí mismo el gascon. A haberlo sabido, ¿cómo habia de estarme tragando velas encendidas á bordo del *Unicornio*?

En seguida añadió en alta voz:

—En esto reconozco la generosidad de vuestro rey. Con que, mis grandes bienes... mis tesoros (siempre causa sumo placer poder decir esto, aunque sea una vez en la vida)... mis inmensos bienes, pues, mis tesoros...

—El rey mi señor, milord duque, me mandò decir á vuestra Gracia que podeis hacer fletar un buque para llevar vuestras riquezas á Inglaterra.

—Oh! dijo para sí el gascon, mis medias de color de rosa, mi vieja casaca verde, mi sombrero raído, y mi leal tizona, esto constituye mi verdadera hacienda, mis bienes muebles é inmuebles... ciertamente no será necesaria una flota mercante para su transporte.

Luego continuó en alta voz:

—Pero volvamos, si os parece, caballero, al objeto que os condujo aquí y á los descubrimientos que habeis hecho sobre mi vida pasada.

—Haze tres años, milord, que vinisteis á vivir en esta isla, permaneciendo invisible para todo el mundo,

haciendo esparcir por un corsario y otros sugetos pagados por vuestra Gracia los rumores mas estraños sobre vuestra habitacion, á fin de alejar de ella á los curiosos.

—No entiendo una palabra de todo esto, pensó Croustillac. Barba azul... no, la viuda... es decir, no... la duquesa... ó mejor la esposa del muerto que es viuda... tampoco... en fin, la mujer de... no importa quién... ¿no anda muy conforme con esos bellacos?... No obstante, he visto con mis propios ojos las estrañas familiaridades que tiene con ellos... he oido... vamos, por poco que esto dure me vuelvo enteramente loco... Ya empiezo á hallarme atontado, y el estupor me llena el cerebro de visiones.

XIX.

La sorpresa.

Prosiguió Rutler:

—Las intrigas de vuestros emisarios tuvieron un éxito completo, milord duque, y solo por la mas estraña casualidad hace dos años que mi señor el rey tuvo noticia de vuestra existencia, y al mismo tiempo supo que sin vuestro consentimiento ó con él queria hacerse de vuestra Gracia un peligroso instrumento...

—De mí? un instrumento?... ¿Y qué instrumento?

—Vuestra Gracia lo sabe tan bien como yo: los políticos del gabinete de Versalles y de la dichosa corte de San German, no retroceden ante ningun obstáculo; nada les importa que tenga que hacerse inmensos sacrificios como logren buen éxito sus planes: no necesito deciros mas, milord.

—Sí, amigo, sí: deseo que me digais mas... quiero

ver hasta qué punto se ha abusado de vuestra credulidad. Explicaos, amigo, explicaos.

—La prueba de que no se ha abusado de mi credulidad, milord, es que mi comision tiene por objeto desconcertar los planes de un enviado de Francia, quien; de acuerdo ò no con vuestra Gracia, debe llegar de un momento á otro á esta isla.

—Asegúroos à fé de caballero que ignoraba absolutamente la llegada y los planes del tal enviado.

—Debo creerlo, milord; no obstante, ciertos rumores obligaron al rey mi señor á pensar que, olvidando vuestra Gracia los antiguos resentimientos de su tío Jacobo Estuardo, habiais escrito á este rey destronado ofreciéndole vuestros servicios.

—Habiendo sido destronado Jacobo Estuardo, dijo el gascon con un tono lleno de dignidad, el asunto cambia en gran manera de aspecto, y hubiera podido condescender con respecto á él... en ciertos pasos á los que antes mi altivez me habria impedido entregarme.

—Así, milord, en vuestro concepto y bajo el aspecto con que se os presenta este negocio, no hubiera caído de generosidad vuestra resolucion....

—Sin duda hubiera podido sin faltar acercarme á... á un rey destronado, repuso Croustillac con firmeza; pero no lo he hecho, os lo juro á fé de caballero.

—Lo creo, milord.

—Pues bien, en este caso, como vuestra mision parece ya de objeto....

—Ya comprendereis, milord, que á pesar de la seguridad de vuestra palabra, pueden variar las circunstancias... la esperanza de llegar hasta al trono de Inglaterra puede hacer olvidar muchos empeños y muchas promesas.... Léjos de mí la idea de querer acriminaros lo pasado; pero vuestra Gracia sabe muy bien lo que sacrificò cuando quiso llevar una mano audaz á la corona de los Tres Reinos.

—¡Qué demonio! pensò Croustillac: parece que no

me ando por las ramas; y que soy hombre de grandes empresas ... ¡Vaya! ¡si supiese como acabara esto, cierto que hay motivo para divertirse!

—Milord, el rey mi señor no puede olvidar que habeis dirigido vuestras miras al trono.

—Pues bien, es verdad, dijo el gascon con espontánea franqueza: no lo niego; ¿cómo ha de ser? la ambición y la gloria arrastran á la juventud. Pero creedme, añadió suspirando y con tono melancólico y elegiaco; creedme, la edad nos apacigua, nos hace mas cuerdos, con los años se amortigua la ambicion y uno vive contento con poco en el retiro.... Una vez hállamos alcanzado la tranquilidad en el puerto, miramos con ojos filosóficos las tempestades de las pasiones....cultivamos los campos de nuestros padres.... (cuando los tenemos....) ó á lo menos contemplamos cómo sigue en paz su curso el rio de la vida humana hasta perderse en el Océano de la eternidad.... En una palabra, amigo mio, os hareis cargo de que si en mi primera juventud me dejé llevar de atrevidas empresas.... no se sigue de ahí que en la madurez de mis años... deje de conocer su vanidad.... ¡sí, toda su vanidad!.... Ahora vivo aquí oscuro y sosegado en el seno doméstico, con una mujer encantadora, amado de cuantos me rodean, haciendo el bien que puedo... ¡Ah! ved la única existencia que me conviene. Así, en confirmacion de mis palabras, no vacilo en juraros que jamás mostraré la menor pretension al trono de Inglaterra, y bajo fé de caballero os juro que no tengo de ello el menor deseo.

—Por desgracia, no tengo el derecho de aceptar vuestro juramento; solo el rey mi señor puede recibirlo y hallar en él, si bien le parece, suficiente garantía de que no ha de haber nuevas revueltas.... En cuanto á mí, tengo orden de conducirlos á Lóndres, y debo llenar mi cometido.

—Sois muy constante, y cuando se os encaja una idea en el cerebro.... no hay quien os la quite.

—Milord, à toda costa trato de cumplir las órdenes que he recibido: vos mismo debéis conocer por la calma que preside á nuestra conversacion, que estoy muy léjos de dudar del éxito de mi empresa; ahora que vuestra Gracia sabe los motivos que me hacen obrar así, no dudo que me seguireis sin hacer la menor resistencia.

Croustillac habia prolongado todo cuanto pudo la conversacion, y se hallaba ya precisado á seguir al coronel ó declararle la verdad; así le dijo:

—Suponiendo que me resigne á seguiros de buena gana, ¿cuál será el orden de la marcha, como decirse suele?

—Con las manos atadas así como las teneis; milord, me permitireis que os ofrezca mi brazo izquierdo, y tendré el puñal prevenido en la derecha, para poder heriros en caso de necesidad, y de este modo nos dirigiremos á vuestra morada.

—¿Y en seguida?

—Llegados allá, mandareis á uno de vuestros criados que inmediatamente vaya á advertir á vuestros negros pescadores que dispongan una barca y ella nos bastará para trasladarnos á la Barbada, en donde hallaremos un buque de guerra que me está aguardando; el mismo nos trasportará á Lóndres, y en seguida sereis puesto en manos del gobernador de la Torre.

—¿Y creéis sériamente que daré yo mismo la orden de preparar lo necesario para mi embarque y encarcamiento?

—Sí, monseñor, por una razon muy sencilla: vuestra Gracia ya siente cerca de sí la punta de mi puñal?...

—La siento, no hay duda... caballero, siempre volveis á lo mismo... sois muy amigo de repeticiones.

—Los flameucos, milord, tenemos muy poca imaginacion... ¿cómo ha de ser? Nada hay tan brutal como nuestros procedimientos; però el caso es obtener bue

resultado: el éxito, hé aquí lo que importa. Así esta punta de acero me basta, pues si os negais á obedecer á la mas leve insinuacion de cuantas he tenido el honor de háceros, os mato sin piedad.

—Tambien he tenido yo el honor de deciros, caballero, que vuestro medio no carece de originalidad... pero tengo esclavos... amigos, y ya conocereis que á pesar de vuestro valer y resolucion...

—Ya sé, milord, que si os mato, moriré en seguida, ora sea á manos de vuestros esclavos, ora á las de esos malditos corsarios ó cazador de toros, ora, en fin, á las de las autoridades francesas, que estarian en su derecho mandándome fusilar, puesto que soy inglés y me introduzco en tiempo de guerra en esta isla siendo considerada como plaza fuerte.

—Vos mismo lo confesais; mi muerte no quedaria impune.

—Al aceptar esta comision, de antemano hice ya e sacrificio de mi vida; todos mis deseos se reducen á que no seais para el rey mi señor un objeto de zozobra y de temor, y para Inglaterra un manantial de revueltas; el rey Guillermo odia el derramamiento de sangre, pero detesta mas la guerra civil. Vuestra reclusion perpétua ó vuestra muerte es lo único que puede asegurar la tranquilidad del reino. Elegid pues, milord, entre el puñal y la cárcel; es preciso que seais ó mi prisionero ó mi víctima. En fin, si no os considerase bajo mi poder no os diria, aunque me fuera en ello la vida, lo que voy á deciros.

—Hablád.

—Esta confianza, al mismo tiempo que os probará todo el mal que pudiérais hacer á Inglaterra, os dará á conocer todo el interés que tiene el rey Guillermo en que un enemigo como vos se encuentre en la imposibilidad de obrar. Digo, pues, que los partidarios de vuestra primera rebelion que os vieron decapitar con

sus propios ojos, conservan de vos la mas tierna memoria.

—De veras?... esto no me admira de su parte, y es su buena voluntad tanto mas desinteresada, cuanto que tienen motivo para creer que nunca podré recompensarlos... Luego pensó Croustillac. Es preciso que este flamenco, que por otra parte habla con bastante juicio, tenga un martillazo en la cabeza... una idea fija relativa á mi ejecucion.

El coronel prosiguió:

—¡Ah milord, cuán caro pagais vuestro influjo!

—¡Muy caro, amigo mío, carísimo! considerado en lo que realmente es.

—¿Por qué negarlo, milord, cuando hasta vuestros enemigos lo reconocen? Cuando pienso que vuestros partidarios conservan como preciosas reliquias girones de vuestros vestidos empapados en vuestra sangre, y que diariamente lloran vuestra muerte!... ¿Qué seriais de repente apareciéscis delante de ellos? ¿Qué entusiasmo no escitariais? Os repito, milord, que pues vuestra influencia pudiera ser fatal en tiempo de revueltas, á toda costa se la debe neutralizar.

—Dar á uno de puñaladas, ó encerrarlo en perpétua cárcel, á eso llamais «neutralizar una influencia,» dijo Croustillac; sea enhorabuena, este es el modo de expresarse en política... A mas de que, comprendo toda la desconfianza que os inspiro, siendo, como soy, un conspirador incorregible... Me cortan la cabeza delante de mis partidarios creyendo que con ello tal vez tendré enmienda; pero no señor, en vez de tener en cuenta este aviso paternal, me pongo otra vez á conspirar con todo empeño: así es claro que el rey vuestro señor tiene motivo para impacientarse... Pero se impacienta sin razon, y os declaro por última vez solemnemente y delante de Dios, que no conspiro, que puede descansar en paz en su trono, y que su corona

no me da la menor tentacion... esto es muy claro y categorico.

—Será tan claro y categorico como se quiera, milord, pero debo ejecutar las ordenes que he recibido. Cuando nos hallemos en vuestra habitacion os comunicaré una carta autografa de S. M. el rey Guillermo, que no os dejará duda alguna sobre el objeto y autoridad de la mision de que me he encargado... Vamos, milord, resignaos, que esta es la suerte de la guerra. A mas de que si no os resignais, cuento con un poderoso auxiliario.

—Cuál es?

—Una vez instruida por mí de la suerte que os amenaza, y al veros espuesto à caer bajo de mi puñal...

—¡Siempre con su puñal! Este hombre se hace insoportable con su puñal eterno... pensó Croustillac... no tiene mas que una palabra... aquí en la mano.

—La señora duquesa, prosiguió diciendo Rutler, preferirá veros preso, á veros muerto... Ya sabemos cuanto os ama; en terminos que diera su vida por vos; esto supuesto, estoy seguro de que contribuirá muchísimo à haceros considerar vuestra verdadera situacion. Ahora, milord, elegid: ó llamais á algun criado si pueden oiros, ó me conducís á vuestra casa; porque es necesario apresurar la marcha,

Debemos decir en alabanza de Croustillac, que al saber que Barba-azul estaba casada con un gran señor invisible, à quien amaba con pasion, y por quien le tomaban á él, resolvió consagrarse generosamente à serla útil prolongando todo lo posible aquel *quid pro quo* de que era víctima, y haciéndose llevar preso en lugar del invisible milord duque.

Feliz con la idea de que Angela le seria deudora de un gran sacrificio, resignóse Croustillac con valor à sufrir todas las consecuencias de la situacion que habia aceptado; solo que no sabia cómo salir del Castillo

del Diablo, sin que su estratagema quedase descu-
bierta.

—Milord du Jue, ¿qué disponeis? preguntò impacien-
te el coronel.

—Vos sois quien debeis disponer, replicò Croustillac
viendo con terror llegar el momento crítico de aquella
escena; pero de repente le ocurrió una idea luminosa,
y creyò hallar medio de escapar del peligro salvando al
mismo tiempo al misterioso marido de Barba-azul.

—Oidme, señor, dijo el aventurero tomando un aire
digno y conmovido; os doy mi palabra de honor de
que os seguiré libremente á cualquiera parte á donde
querais conducirme; pero quisiera que la duquesa mi
esposa no tuviese noticia de mi prision hasta despues
de mi partida.

—¿Cómo, milord! ¿podeis resignaros á abandonar á
vuestra señora esposa sin darle antes á conocer vues-
tra triste situacion?

—Sí, por las razones que yo me sé... y sobre todo
quiero prescindir de una despedida capaz de despeda-
zar nuestros corazones.

—Como las órdenes que llevo solo tieneu relacion
con vuestra Gracia, obraréis como mejor os parezca con
respecto á la señora duquesa. Nada me parece mas fá-
cil que lograr el objeto que os proponéis. Si la señora
duquesa se admirare de vuestra repentina marcha, po-
deis pretestar la imperiosa necesidad de un viaje de
algunos dias á San Pedro.... En cuanto á mi presencia
aquí la esplicaréis sin dificultad.... Así partiremos lue-
y vuestra lancha nos conducirá á la Barbada.

—En efecto, dijo el gascon algo apurado, viendo
no pocos riesgos en la proposicion que le hacia el co-
ronel. —En efecto, de este modo pudiera esplicarse muy
bien la necesidad de mi marcha, pero para dar órdenes
á los negros pescadores será menester hacer ruido en
la casa, y llamar así la atencion de mi esposa... Por lo
demás, es ella en extremo tímida y todo la asusta... Vues-

tra presencia aquí, donde nadie puede introducirse, le infundirá sospechas que darán margen á la penosa escena que quisiera yo evitar á toda costa.

—Entonces, milord, ¿cómo se ha de haer?

—Hay un medio infalible; tomemos el camino que os ha conducido á este sitio por peligroso que sea, saldremos de la isla con los mismos medios que os han servido para entrar en ella. Luego que nos hallemos en la Barbada instruire á mi señora la duquesa de lo que me está pasando, de este cruel acontecimiento que me separa de ella para siempre, y vos me juraréis tambien que no se la inquietará de modo alguno durante mi ausencia.

—Por desgracia, milord, lo que me proponéis es absolutamente imposible.

—¿Por qué?

—He venido aquí por la caverna del Pescador [de perlas.

—Pues bien, vámonos por la caverna del Pescador de perlas.

—¿Será cierto, milord que ignorais la comunicacion secreta que existe entre dicha caverna y el abismo que rodea vuestro parque?

—Lo ignoro completamente; pero puesto que la tal comunicacion existe sirvámonos de ella para marchar de aquí.

—Es imposible, milord, es imposible: no puede llegarse al interior de esa caverna sin abandonarse uno á las olas. las cuales le precipitan á un lago subterráneo por medio de un enorme salto de agua.

—¿Y para salir de la caverna?

—Fuera preciso subir por un salto de agua de vein-pies.

—¡Mucho es, amigo mio!... ¿Y el buque que os ha traído hasta la entrada de esa caverna?

—Volviose á la Barbada y solo pudo aporarse á esta isla, á pesar de los cruceros franceses, porque en

aquel punto se considera enteramente inaccesible.

—Ya conozco que ese camino no debe ser muy fácil de seguir. dijo el gascón abatido.

—Si quereis creerme, milord, lo mejor será que digais á la señora duquese que os ausentais por algunos dias solamente... Confio en vuestra palabra de honor que no haréis la menor tentativa para escapáros de mi poder.

—Ya os he dado esta palabra, caballero.

—Creo en ella, milord... y mi puñal me responde de su cumplimiento.

—Mucho me admiraba que tardase tanto en hablar de su puñal, pensò Croustillac. Este hombre confia enteramente en mi palabra; pero esto no impide que confie tambien en su puñal... Vive Dios, que estós recelos... pere no se trata de esto... ¿Qué haré?... La duquesa no está prevenida; los esclavos no me obedecieran si llego á mandarles algo... Esto se acabò: ha llegado ya el término de mis embroyos.

Obligado Croustillac á pasar por todas las consecuencias de aquella equivocacion, sintió vivamente no haber podido consagrarse mas al servicio de Barba azul; pues no dudaba que su astucia quedaria descubierta desde el instante en que pondria los pies en la casa. Pronto además le asaltó un nuevo temor. Al ver el caribe que Croustillac volvia acompañado de un estrangero completamente armado, podia atacar al coronel; y este habia declarado categòricamente al gascón que á la primera señal de agresion se veria obligado á matarlo sin remedio.

Así, pues, Croustillac empezò á hallar su papel menos divertido que al principio, y à maldecir la necia curiosidad é indiscreto atolondramiento que le habian metido en una situacion tan complicada como peligrosa.

XX.

La marcha.

Tenia Croustillac muy voluble el genio, y era harto aficionado à las aventuras para apesadumbrarse mucho tiempo; con que hizo el siguiente raciocinio.

—Hoy, lo mismo que siempre, tengo muy poco que perder; de manera, que si llego á salir de casa, continuaré pasando por el misterioso milord duque, y me tratarán como á un príncipe hasta que lleguen á conocer la supercheria; y entonces volveré á ser Polifemo de Croustillac como antes, y ademàs habré hecho un gran servicio à esa linda Barba-azul, que se burló de mí, pero que al mismo tiempo me dejó hechizado, y que me interesa mas de lo que yo quisiera, mas de lo que tal vez merece; porque no obstante su amor por ese esposo invisible, me ha parecido estremadamente enamorada del cazador y de ese bruto antropófago. En fin, no importa... soy muy dueño de consagrarme á esta agraciada criatura si así se me antoja. En efecto, soy muy dueño de hacerlo... ¿Pero si al contrario, no puedo salir de esta casa?...¿Si el caribe llega á tomar cartas en el juego? Entonces todo se echa á perder, y muero como un perro á manos de este estúpido flamenco. ¿Cómo pues librarme de tal inconveniente? ¿Diciendo al flamenco que no soy milord duque?... Esto acaso me salvaria.... Pero fuera una vileza, y ademàs una vileza inútil; porque para impedirme alarmar à la casa ese bebedor de cerveza me despacharia al otro mundo inmediatamente. Si, á pesar de haberle dado palabra de honor de que no trataré de escaparme, mi hombre me estrecha muy de cerca... ¡Vive Dios que es muy

ridículo con su puñal!... ¡Qué! al fin no puede matarme mas que una vez... Vamos, Croustillac, ánimo, y sobre todo no reflexiones, que te traeria desgracia, y á mas nunca cometes mayores torpezas y majaderías que cuando reflexionas. Abandónate á tu estrella, cierra los ojos como siempre, y adelante.

Cobrando resolucion el caballero con esta particular lògica, prosiguiò en alta voz:

—Pues señor, yá que es absolutamente preciso pasar por la habitacion para salir de aquí, vamos.

—Milord, dijo el coronel despues de vacilar algunos momentos, tened presente que me dísteis palabra de no escaparos.

—Contad con ella.

—Pero vuestros eriaos pueden querer libraros...

—Mi vida se halla en vuestras manos: os dí mi palabra de caballsro .. es lo único que puedo hacer.

—Es muy cierto; pero entonces advertid á vuestros esclavos que la menor tentativa contra mí os costaria la vida; pues he jurado llevaros conmigo vivo ó muerto.

—No será mia la culpa si no cumplís vuestro juramento, caballero. Vámonos.

En seguida ambos interlocutores se dirigieron à la habitacion de Barba-azul.

Rutler sujetaba el brazo de Croustillac con la mano izquierda, teniendo siempre el puñal en la otra; no por que dudase de la palabra de su preso, sino porque temia que los esclavos quisiesen librarle.

Hallábanse Croustillac y Rutler muy cerca de la habitacion, cuando á la vuelta de un sendero oscuro vieron adelantarse una muger vestida de blanco... El coronel se parò, estrechò fuertemente el brazo de su preso, y le dijo al oido:

—¿Quién viene ahí? advertid á esta muger, y haced que no grite.

—Es Barba-azul y estoy perdido; và á chillar como

una gallina y á descubrirlo todo, pensò Croustillac. Pero con grande admiracion viò que se paraba sin decir una palabra; así, gritó:

—¿Quién anda ahí?

—Que, ¿tanta es la oscuridad que monseñor no conoce á Mireta?

—Pardiez, pensò el gascon, no entiendo una palabra de lo que está pasando... nada absolutamente... esto se vá poniendo mas y mas oscuro; pero no importa, obremos con firmeza.

—¿Quién es esta muger? le dijo Rutler al oido.

—Es... la camarera de confianza de mi esposa, respondió Croustillac.

—Milord, venia á decir á vuestra Gracia que mi señora se ha acostado algo indispuesta y que ahora está durmiendo.

—Todo nos favorece, milord, dijo el coronel al oido de Croustillac: la señora duquesa está durmiendo, y podeis salir de aquí sin que sepa nada.

Ángela, que se habia aproximado, retrocedió de repente asustada diciendo:

—¡Dios mio, milord, no estais solo!

—Monseñor, dijo el coronel; si esta muger da un solo grito, acabòse el mundo para vos.

—No tengas miedo Mireta, no tengas miedo, dijo Croustillac... Mientras te hallabas con mi esposa el señor ha entrado: llega de Fuerte Real, y viene para... para asuntos muy urgentes; es necesario que salga al punto á acompañarle.

—¡Tan tarde, monseñor! ¿Pero os olvidais?... Voy á advertir á mi señora.

—No, no; te lo prohibo; pero necesito al instante mis negros pescadores y una chalupa, hazlo prevenir.

—Però monseñor...

—Obedece.

—Es muy fácil; mañana es dia de pesca en alta mar,

y los negros deben estar prontos á partir para llegar antes de dia á la bahia de los Caimanes, en donde tienen su barca.

—Monseñor, todo nos es favorable, ya lo veis, partamos, dijo el coronel en voz baja.

—Es admirable como Barba-azul se adelanta á todas mis demandas, y como facilita mi partida, dijo para sí Croustillac... Aquí se encierra algo de muy extraño, y acaso tuve razon en creerla mágica ó nigromante. En seguida añadió en alta voz.

—Dispon que me abran las puertas exteriores y que los negros se preparen á marchar al instante.==Pero viendo que aquella mujer permanecía inmóvil, añadió: —¿Qué es esto, Mireta, no has oido lo que te he dicho?

—Ciertamente, monseñor; ¡pero cómo, vuestra Gracia... quiere absolutamente!...

—¡Monseñor! ¡mi gracial...hace una hora que me estás dando este tratamiento en presencia de un extraño, dijo Croustillac aparentando enfado y creyendo dar un golpe maestro.... ¿Qué fuera de nosotros si el señor no estuviese en el secreto?

—¡O! ya sé que hallándose ese caballero aquí á tales horas puede hablarse en su presencia como en la vuestra y de la señora. ¡Pero es posible, milord, que querais partir!

Para representar mejor su papel, esta astuta mujer quiere aparentar deseos de detenerme, pensò Croustillac...¿pero quién la ha instruido? ¿quién le ha trazado su papel? ¡Ah! por fuerza debe de entrar la nigromancia en este enredo!

—Pero, milord, prosiguió Mireta, ¿qué le diré á la señora.

—Dile, respondiò Croustillac con un acento de ternura que el coronel atribuyó á otra pena muy natural.... dile a esa amada mujer que no tenga inquietud.... Lo oyes, Mireta? que no tenga inquietud... asegúrale que este corto viaje que voy á emprender es absolu-

tamente para su bien... dile, en fin, que piense en mí alguna vez.

—¿Alguna vez? ah! mi señora piensa... pensará siempre en vos, milord, respondió Angela con voz conmovida, pues penetró la oculta significacion de las palabras de Croustillac... perded cuidado... mi señora sabe cuanto la amais... y nada olvida... ¿Pero mañana antes que despierte estareis ya de vuelta, no es verdad?

—Sí, dijo Croustillac, ciertamente, mañana por la mañana.. Vamos, Mireta, despachá, preven á los negros y haz abrir la puerta del pasadizo abovedado; es necesario salir sin dilacion.

—Sí, monseñor, y al mismo tiempo os traeré vuestra capa y espada al salon; porque la noche en la montaña es muy fria... Ah! se me olvidaba: aquí teneis vuestra cajita, que llevais siempre en el bolsillo y que os dejasteis en el cuarto de la señora.

Al mismo tiempo entregò Angela una cajita al gascon, le estrechò vivamente la mano y desapareció.

—Pardiez, milord duque, las cosas van tomando un giro mejor de lo que esperaba, dijo el coronel... está muy léjos la casa?

—No, detrás de esa última subida:

En efecto, pasados algunos minutos Rutler y su preso entraron en el salon, donde hallaron á Angela que llevaba un pañuelo de madrás en la cabeza, y un largo ropon que le disimulaba el talle.

Así que entraron, Angela, siempre bajo el papel de Mireta, mostró al gascon una capa que ella habia puesto encima de un sillón.

—Aquí teneis; milord, vuestra capa y vuestra espada, dijo entregándole una espada magnífica... Ahora voy á ver si están prontos los esclavos.

Y esto dicho, Angela salió del salon.

La espada de que acabamos de hablar era tan rica por su materia, como curiosa por su forma: su guar-

nición era de oro, y en ella habia esmaltadas las armas de Inglaterra: el puño representaba un leon con una corona real en la cabeza; el tabalí, igualmente riquísimo, aunque algo deslucido por su frecuente uso, era de terciopelo encarnado, bordado con finísimas perlas, y entre ellas habia las letras C. S. en distintas partes.

Antes de ceñirse la espada, dijo Croustillac al coronel:

—Señor, soy vuestro prisionero: ¿puedo conservar mi espada? os reitero mi palabra de no hacer de ella ningun uso contra vos.

Sin duda el coronel conocia aquella arma histórica, supuesto que respondió:

—Ya sabia que esta real espada estaba en poder de vuestra Gracia, y tengo orden de respetarla en el caso de que me sigais de buena voluntad.

—Entiendo, pensò Croustillac, Barba-azul continúa obrando con astucia, y me adorna con parte de los objetos pertenecientes al misterioso milord duque para aumentar mas y mas aun el error de este flamenco. Lo que mas siento es no conocer mi nombre. Es verdad que no ignoro haber sido decapitado; y aunque esto es ya algo, no basta para probar «mi identidad,» como dicen los letrados. En fin, esto durará lo que Dios quiera, y una vez haya vuelto la espalda, estoy seguro de que Barba-azul pondrá en seguridad á su esposo, que es el asunto principal. Ahora embocèmonos con la capa y quedará completo mi disfraz.

Aquel vestido tenia una hechura particular, era de color azul, con una especie de muceta de paño encarnado galoneado de oro, y se conocia que era muy usado.

Viéndole el coronel, dijo:

—Milord, veo que sois fiel al recuerdo de la jornada de Bridge water.

—Sí... fiel... segun... esto depende de la disposición en que me encuentre.

—No obstante, repuso el coronel, reconozco en esta capa la de los caballeros rojos, que tan valerosamente combatieron á vuestras órdenes, durante aquella fatal jornada.

—Esto es lo que yo digo... segun que hace frio ó calor póngome esta capa ó dejo de ponérmela... pero siempre es para mí una especie de conmemoracion de esa batalla en que los caballeros rojos, como vos decís, combatieron tan valerosamente bajo mis órdenes.

El caballero habia puesto encima de la mesa la cajita que le habia entregado Barba-azul; tomóla, pues, y mirándola maquinalmente, vió en ella una figura cuya fisonomia habia visto en varios retratos. Despues de reflexionar un poco, conoció que representaba á Cárlos II de Inglaterra. Viéndolo Rutler, le dijo:

—Milord, perdonadme si os arranco á las reflexiones que no dudo os agitarán al contemplar este retrato, pero los momentos son preciosos.

Entonces entró Angela y dijo á Croustillac:

—Milord, ahí están los negros con un farol para alumbraros.

—Vamos, caballero, dijo el gascon tomando el sombrero de manos de Angela, quien le dijo en voz baja:

—Vos sois la persona que mas amo en el mundo despues de mi esposo, pues le salvais.

Luego las macizas puertas del edificio volvieron á cerrarse, y el gascon y el coronel se pusieron en camino precedidos de cuatro negros, uno de los cuales llevaba un farol para alumbrarles durante la marcha . . .

Mientras que Croustillac en poder de Rutler se aleja del Castillo del Diablo, introduciremos al lector en la estancia mas secreta de la habitacion de Barba-azul.

Era una gran pieza amueblada con sencillez; y que mostraba pendientes de las paredes diversas armas de gran valor. Sobre una cama habia el retrato de Cárlos

Segundo de Inglaterra, y algo mas allá el de una mu-
ger de estremada belleza.

En un marco de ébano veíanse algunos diseños he-
chos con lápiz, que todos representaban el mismo per-
fil, y daban fácilmente á entender que se habia que-
rido hacer un retrato de memoria.

Este cuadro estaba sostenido por un pié ó apoyo de
plata cincelada, que representaba diferentes alegorías,
en cuyo centro leíase esta fecha: 15 de julio de 1685.

En esta estancia habia un hombre en el vigor de la
edad, alto, suelto y robusto. Sus nobles proporciones
tenia cierta semejanza con las de Huracan, del caza-
dor ó de Yumaale, en términos que pudiera tomársele
por estos con solo teñir sus hermosas facciones con el
color cobrizo del mulato, ó con el color tostado del
cazador, ó entreocultando su fisonomía bajo la espesa
barba de Huracan.

Diremos, pues, al lector, quien sin duda ha pene-
trado ya el misterio, que los disfraces de cazador de
toros, de corsario y de caribe servian para la misma
persona, la cual no era otra que el hijo natural de Ja-
cobo II, duque de Monmouth, *ajusticiado* en Lóndres
el 15 de julio de 1685, como reo de alta traicion.

Todos los historiadores se hallan conformes en decir
que era muy valiente, en extremo afable, de un carác-
ter generoso, y de noble y hermoso continente. «Tal
»fué el fin de un noble (dice Hume al hablar de Mon-
»mouth), que por sus grandes prendas hubiera podido
»ser el adorno de la corte, siendo capaz de servir con
»grande utilidad á su patria.

»La ternura que le profesara el rey su padre, los ha-
»lagos de una faccion numerosa, y el deseo de adqui-
»rir popularidad, fueron otras tantas causas que le
»comprometieron en una empresa superior á sus fuer-
»zas. El amor del pueblo no le abandonó jamás en me-
»dio de su varia fortuna, «y hasta despues de su su-

»plicio, sus partidarios conservaron la esperanza de verle de nuevo à su frente.»

Mas adelante esplicaremos los fundamentos de la extraña esperanza de los partidarios de aquel principe, y como en efecto sobreviviò Monmouth à su suplicio.

Habiéndose quitado el disfraz de caribe y el barniz que le oscurecia el rostro, llevaba Monmouth un ancho ropon de tafetan de aguas con florones anaranjados, y leia atentamente algunos papeles esparcidos delante de él.

Para esplicar la equivocacion de que era víctima voluntaria Croustillac, diremos: que aunque no se parecia mucho à Monmouth, era de su misma edad, de igual estatura, tenia su mismo color moreno, el cuerpo delgado tambien, y ambos tenian la nariz y la barba muy marcadas.

Así, pues, cualquiera, aunque no hubiese sido el coronel Rutler, oficial holandés llegado de las Provincias Unidas con la comitiva de Guillermo de Orange, hubiera podido caer en la misma equivocacion; y mas aun viendo en manos de Croustillac ciertos objetos preciosos y conocidos por pertenecientes al hijo de Carlos II.

En cuanto à la eleccion de Rutler para aquella empresa, es fácil concebir que para llenarla cumplidamente y con todas sus consecuencias se necesitaba un hombre seguro, intrépido, sumamente adicto, y capaz de llevar su adhesion hasta el asesinato.

Estas circunstancias limitaban mucho el círculo de personas elegibles para Guillermo de Orange; y ciertamente le hicieron imposible hallar un hombre que conociese en persona al duque de Monmouth, y que no retrocediese ante los terribles lances que podia acarrear semejante empresa.

Hallábase Monmouth absorbido enteramente por la lectura de algunos periódicos ingleses, cuando de repente vió abrirse la puerta de la estancia, y Angela se le arrojò al cuello, exclamando:

— ¡Estás salvado!

Luego derritiéndose en lágrimas, riendo y sollozando al mismo tiempo, besando á su esposo en las manos, en los ojos y en la frente, repetía con voz entrecortada:

— ¡Mi amado Jacobo, estás salvado!... ¡ya no corres ningun peligro!... ¡Mi amante, esposo y hermano!... ¡Pero qué susto ha sido el mio... todavía tiemblo!

Asustado Monmouth al ver la exaltacion de Angela, le dijo con inquieta ternura:

— ¿Qué es esto, hija mia, qué tienes?

Pero Angela sin responder exclamò:

— Ahora no es esto todo; sino que es preciso que huyas, ¿lo entiendes? El rey Guillermo de Inglaterra sigue tus pisadas; con que debemos abandonar mañana esta isla. Todo estará dispuesto; acabo de mandar á decir por uno de los negros pescadores al capitán Ralph que tenga dispuesto el *Camaleon* à hacerse á la vela, y se halla anclado en la bahía de los Caimanes, de suerte que en dos horas podemos estar fuera de la Martinica.

XXI.

La traicion.

El duque de Monmouth apenas podia dar crédito á sus oidos, y miraba con inquietud á su esposa. Al fin preguntò:

— ¿Qué dices? ¿Sabe el rey Guillermo que vivo en esta isla?

— Lo sabe, y hasta se ha introducido aquí un emisario suyo. Pero tranquilízate; ya se fué y no hay peligro alguno, dijo viendo que Monmouth corria á tomar sus armas.

—Pero ¿y este hombre?... ¿y este emisario?

—Dígame que ya se fue... ha pasado el peligro. ¿Me hallaría yo aquí si así no fuese?... No; nada tienes que temer... á lo menos por ahora... ¿Pero sabes quién me ha ayudado á conjurar esta terrible borrasca?

—¿Qué se yo!... Por Dios espícate.

—Ese pobre aventurero que habíamos hecho nuestro juguete.

—¿Croustillac?

—Sí; su presencia de ánimo nos ha salvado... ¡alabado sea Dios! el peligro está ya muy léjos.

—Por cierto, Angela, que me parece estar soñando.

—Escúchame, pues: cuando me dejaste hace poco para leer estos papeles llegados de Europa bajé al jardín con el caballero. Tenia un presentimiento del peligro que nos amenazaba, y estaba triste y pensativa: deseaba desembarazarme de nuestro huésped lo mas pronto posible, porque no me hallaba dispuesta á divertirle: díjele que no podia descifrarle el enigma de mi frecuente viudez, que mi mano no pertenecería á nadie, y que debía salir de esta casa mañana al amanecer. Así quedaba cumplido nuestro designio, porque el gascon con sus relaciones exageradas de lo que aquí ha visto y oído, hubiera dado mayor fundamento á los rumores que circulan hace tres meses por la isla: rumores absurdos, pero preciosos, que hasta ahora nos han servido de salvaguardia, echando tal confusion en los acontecimientos que hubiera sido muy difícil desenredar lo verdadero de lo falso.

—No hay duda... ¿pero por qué fatalidad este misterio?... Acaba.

—Después de haber insinuado al caballero la imposibilidad de permanecer aquí por mas tiempo, le dije que no obstante deseábamos dejarle un vivo recuerdo de su permanencia entre nosotros. Pero con grande estrañeza mia se negó á aceptarlo con aire tan humillado, que me causó compasion; Sabiendo empero cuán

pobre es, y deseando por lo mismo que daba pruebas de delicadeza hacerle algun regalo, vine aqui en busca de un medallon con un cerco de diamantes en que hay mi cifra, esperando que el caballero la aceptaria. Iba, pues, á llevarle este regalo, cuando al acercarme al sitio en donde lo habia dejado, en el extremo del parque cerca del surtidor de mármol... ¡ah, amigo mio, todavia tiemblo al pensarlo!

Y Angela abrazò á Jacobo, cual si hubiese querido protegerle en el peligro pasado.

—Ruégote que te sosiegues, Angela mia, y que acabes tu relacion.

—Pues bien, al acercarme al surtidor oí alguien que hablaba, y asustada me puse á escuchar.

—¡Sin duda fué ese emisario que decias!

—El mismo, amigo.

—¿Pero cómo pudo introducirse aquí? ¿cómo ha salido? ¿por qué ha confiado sus designios al gascon?

—Ha equivocado al gascon contigo:

—¡Le ha equivocado conmigo! repitió Monmouth admirado.

—Sí, Jacobo; sin duda le habrá engañado la semejanza de estatura y el trage que el gascon se puso y que te mandaste hacer para satisfacer á un capricho mio vistiéndote como el retrato de que...

—Oh! dijo Monmouth pasándose la mano por la frente como abatido... Ah! ¡tú no sabes los terribles recuerdos que en mí renueva todo esto!

Luego, exhalando un profundo suspiro, y fijando los ojos en el retrato que hemos dicho con marco de ébano y de plata, prosiguió:

—¿Pero como ha terminado ese extraño lance? ¿Qué ha dicho el gascon? ¿Y tú qué has hecho tambien? Ciertamente que á no verte en mi presencia, á no tranquilizarme tus palabras, yo mismo iria...

Interrumpió Angela:

Te lo repito, amado Jacobo: ¿estaria yo tan tranquila si hubiese algo que temer?

—Vamos, ya te escucho; pero bien debes conocer mi impaciencia.

—No la haré durar mas tiempo. Prosigo, pues: Por algunas palabras que oí, conocí que el gascon, dejando à nuestro enemigo en el error, no sabia cómo hacerle salir de esta casa, temiendo que los criados no le obedecerian... Contando con razon con la astucia del caballero, me presenté á él cuando se acercaba á la casa, cuidando de advertirle indirectamente que debia tomarme por Mireta. Habiendo observado que el emisario de Guillermo, creyendo hablar contigo, le llamaba milord duque ó monseñor, le he dado yo este mismo tratamiento, he hecho abrir las puertas, y para completar la ilusion, le he prestado tu espada, tu cajita con retrato y esa capa vieja que tanto te gusta.

—Ah! ¡qué has hecho, Angela! exclamò el duque: la espada de mi padre! una cajita que me dió mi madre, y la capa que perteneciò al mas virtuoso, al mas admirable mártir que se haya jamás sacrificado á la amistad!

—Jacobol! ¡amigo mio, perdóname!... creí que obraba bien, exclamó Angela desconsolada viendo tal expresion de amargura en el rostro de Jacobo.

—Pobre ángel mio! dijo Monmouth estrechándole la mano con la mayor ternura: no te culpo; pero es tal mi respeto á esas santas reliquias, que se me hace muy sensible verlas profanar con una mentira, aunque sea por pocos momentos. Lo repito, tú no sabes los terribles recuerdos que van unidos sobre todo á esa capa... Ah! aun no te lo he dicho todo!

—¿No me lo has dicho todo? exclamó Angela admirada. Cuando viniste á buscarme á Francia en nombre de mi segundo padre y bienhechor... muerto en el campo de batalla (y Angela suspiró tristemente) ¿no me ofreciste pasar tu vida conmigo siendo yo una pobre huérfana? ¿no me digiste que me amabas? ¿qué me

importa todo lo demás? A no haberse tratado de tu salvacion, de tu vida, ¿hubiera jamás pensado en hablarte de tu condicion ò de tu origen? Fui tu esposa mientras te hallabas proscripto y perseguido por tus encarnizados enemigos... De muchos peligros hemos escapado, hemos desviado grandes sospechas por medio de mis supuestos casamientos y de tus diferentes disfraces. Ahora... ¿qué es lo que puedes haberme ocultado? ¿es acaso algun nuevo peligro?... Ah! Jacobo, amigo y amante mio... no te lo perdonaria; pues debo compartir tu suerte, sea buena, sea mala; tu vida es mia, mios tus enemigos! Aunque se haya desconcertado esta fatal tentatiya, ahora conocen tu retiro, y van a empezar de nuevo á perseguirte con encarnizamiento. Es preciso huir y dentro de dos horas el *Camaleon* estará dispuesto á hacerse á la vela.

Monmouth, profundamente preocupado, no oia á Angela, y daba grandes paseos por la estancia diciendo:

—No hay duda, sábase que existo... ¿Pera cómo ha podido Guillermo de Orange penetrar este misterio, cuando no era conocido sino de mí y del padre Grifon, cuando aquel santo mártir se llevó el secreto á la tumba, y ha muerto Mr. de Crussol, anterior gobernador de esta isla? Al pensar que para mayor seguridad hasta oculté mi verdadero nombre á esta muger adorable y apasionada?... ¿Quién pudo, pues, hacerme traicion? El padre Grifon... imposible.

Callo el duque algunos momentos reflexionando, y en seguida prosiguió:

—¿Y de qué medio se ha valido el gascon para saber los designios del emisario de Guillermo de Orange?

—¿Sus designios? dijo Angela: aquel hombre estuvo muy léjos de ocultarlos: yo le he oido; queria llevarte vivo ò muerto, y conducirte á la Torre de Lóndres.

—No queda duda: desde la revolucion de 1688 temen que me adhiera al rey destronado: los papeles públicos

anuncian que reina alguna agitacion entre mis partidarios, decia Monmouth hablando consigo mismo. Reconozco la politica de mi antiguo amigo Guillermo de Orange. ¿Pero con qué fundamento me considera capaz de ambiciosos proyectos?... Repito: ¿quién ha podido de perturbar en el ánimo de Guillermo tan injustas desconfianzas, tan mal fundados temores?

Despues de un momento de silencio dijo á Angela:

— Alabado sea Dios, la tempestad pasó ya, gracias á tí y á ese leal aventurero... No obstante, no sé si á pesar del afecto que acaba de manifestarme en esta ocasion, puedo confiarle una parte de la verdad; tal vez fuera mas cuerdo dejársela ignorar siempre, persuadiéndole que el mismo emisario fué engañado por falsos indicios. ¿Qué te parece, Angela? ¿debo presentarme delante del caballero bajo otro aspecto que el de Yumaale, ó tomarás á tu cargo volver á ver y recompensar á ese hombre? En cuanto á su recompensa, ya hallaremos medios de cumplirla sin herir su delicadeza.

Angela contemplaba á su esposo con una admiracion progresiva. Monmouth no la habia entendido bien, y creia que el gascon habia logrado alejar de alli al emisario de Guillermo; pero no sabia que le hubiese seguido en clase de preso.

— Amigo mio, no sé cuando volverá el caballero, quien sin duda hará durar el engaño todo lo posible para que tengamos tiempo de huir.

— ¿El caballero, pues, no está aquí?, preguntó el duque.

— Ya te dije que no, amigo. El emisario se lo ha llevado preso bajo tu nombre, y creido que es el duque. Nuestros negros pescadores los acompañan hasta la bahia de los Caímanes, en donde el emisario y el caballero se embarcarán en una de nuestras lanchas.

El duque parecia no dar crédito á sus oidos.

— ¡Bajo mi nombre! exclamó. Pero ese emisario al

reconocer su equivocacion será capaz de sacrificar al caballero! Pardiez, uo lo sufriré: harta sangre se ha derramado por mí, ¡Dios mio!

—¡Sangre! Ah, no temas: el caballero no puede correr riesgo alguno .. y á pesar del gran deseo que tenia yo de alejar de nosotros la tempestad que nos amenazaba, no le hubiera dejado espuesto à nna pérdida segura.

—¡Pero, desgraciada! exclamó el duque: tú no sabes cuán importante es el secreto de estado que sabe ahora el caballero.

—¡Dios mio! ¿què dices?

—Capaces son de darle muerte.

—¡Ah, qué he hecho, Dios mio!... ¿Pero á dõnde vas? dijo Angela viendo que el duque se disponia á salir.

—Voy á alcanzarles, á salvar á ese desdichado aventurero: me llevaré algunos negros... apenas me lleva el gascon una hora de delantera.

—Jacobó... te lo ruego... no te espongas.

—¿Còmo podria yo abandonar á ese hombre que se ha sacrificado por mí, y dejarlo espuesto al furor del enviado de Guillermo? Jamás!... Ah! tú no sabes que hay ciertos sacrificios que imponen una gratitud tan dolorosa como un remordimiento!... Vè, dí á Mireta que haga de modo que estèn dispuestos á acompañarme al momento algunos esclavos. Gracias á la marea no podrá el caballero embarcarse hasta el amanecer, y aun podré alcanzarle.

—Pero el enviado es capaz de todo: si vé que pretendes librar à su prèso, entonces tal vez caiga en la cuenta y...

—No será Jacobo de Monmouth quien vaya á darles alcance, sino el corsario mulato... A mas de que otros riesgos mayores he desafiado.

Dicho esto, fuese á un cuarto inmediato donde tenia lo necesario para su disfraz, y Angela quedó sola en-

tregada á los mas amargos pesares, pues no creyó que el error de Rutler con respecto al gascon pudiese traer tan fatales consecuencias.

Temia tambien que conociesen á Monmouth á pesar del disfraz; y en medio de sus angustias oyó llamar muy récio á la puerta de la estancia en que se hallaba, y que estaba rigurosamente cerrada á todos los de la casa.

Corrió Angela á ella, y vió á Mireta, quien con aire asustado la dijo que el padre Grifon pedia absolutamente entrar para comunicarle un asunto de la mayor importancia.

Al instantese dió orden para que se introdujese al religioso en el salon: mientras Monmouth salió del cuarto disfrazado de corsario mulato.

—Amigo mio, le dijo Angela luego que se hubo ido Mireta, el padre Grifon acaba de llegar, y dice que viene á hacernos revelaciones muy importantes... En nombre del cielo espérale, háblale...

—¡El padre Grifon! exclamó el duque.

—Ya sabes que nunca viene aquí sino cuando hay circunstancias muy apremiantes... yo te lo ruego, óycle.

—¡Es necesario!... no obstante, cada minuto de retardo puede comprometer la vida de ese desgraciado caballero, repuso el duque.

Bajó, pues, con Angela al salon, donde hallaron al religioso pálido, agitado y agoviado de cansancio.

—¡Dentro de un cuarto de hora van á llegar! exclamó el religioso.

—¿Quién, padre mio? preguntó Monmouth.

—Ese miserable gascon! dijo el padre.

—Ah, Jacobo! todo se ha descubierto, está perdido, dijo Angela soltando un grito penetrante y echándose en los brazos de Monmouth... Huyamos, aun estamos á tiempo.

—Huir! ¿y por dónde? dijo el padre Grifon; no hay

mas que un camino que conduce al Castillo del Diablo, y para salir de él, y os digo que vienen tras de mí... Pero no alarmarse, no hay que desesperar.

—=Explicaos; padre: qué hay? hablad, por favor, dijo Angela.

—=Padre, vos solo érais el depositario de mi secreto, dijo con gravedad el duque; pero prefiero creer en lo imposible á dudar un instante de vuestra santa probidad.

—Harta razon teneis en no querer dudar de ella, hijo mio. Aquí hay un inesplicable misterio, que algun dia se esclarecerá, no lo dudeis; pero los instantes son sobrado preciosos para perderlos buscando la causa de la desgracia que os amenaza... Acudo corriendo á vuestro lado, y es la mejor prueba de que no os he hecho traicion; pensemos en lo que mas urge. Bajo este disfraz es imposible que se os reconozca... Pero no es esto todo, vuestra posicion se hecho muy embrollada.

—¿Qué decis?

—Ese gascon es un traidor, un infame... Perdóneme Dios el haberme engañado sobre él y haberos hecho partícipes de mi error... Maldito sea ese miserable hipócrita.

—Muy al contrario, exclamò Angela, es hombre tan generoso, que se ha entregado voluntariamente por mi marido.

—=Sí, dijo el cura a Monmouth, ha tomado vuestro nombre. ¿pero sabeis con que objeto?

—=¡Oh, hablad, hablad que me muero de susto! exclamó Angela.

—Escuchadme, dijo el religioso, porque los momentos vuelan y el peligro se acerca. Esta mañana he recibido en Macuba una carta de Morris de Fuerte Real. segun la orden que vos le disteis de avisarme luego que llegase un buque cualquiera, ó viese alguna cosa extraordinaria. Así, pues, me ha mandado un espreso con la noticia de que una fragata francesa permanecia en

facha en frente de la rada, despues de haber enviado á tierra un personaje desconocido, quien, á consecuencia de una larga entrevista con el gobernador, se ha puesto en camino al frente de una escolta con dirección al Castillo del Diáblo; en una palabra, se dirige à esta casa.

—¡Un enviado de Francia! exclamò Monmouth. ¿Qué tendria que temer ahora aun cuando mi secreto fuese conocido en Versalles? ¿No está la Francia en guerra con la Inglaterra?

==Dios mio! compadecednos! exclamò Angela!

El padre Grifon prosiguiò:

==Me he puesto en camino á toda prisa para avisaros, esperando poder llegar antes que el enviado francés y su escolta, en el caso de que realmente se dirigiesen aquí. Por desgracia, ò por fortuna, le alcancé al pié de este cerro. Conociéndome por mi trage, díjome que lo enviaba el rey de Francia con una misión de estado, rogándome que tuviese la bondad de servirle de guia y de introducirlo aquí, pues me eran conocidos los habitantes de esta casa. No podia negarme sin esponerle á infundirle sospechas; así me quedé á su lado. Díjome que so llamaba Mr. de Chemeraut, y empezaba á dirigirme algunas preguntas muy embarazosas relativas á vos, milord, y á vuestra esposa, cuando de repente oimos à corta distancia de nosotros una voz fuerte que gritaba:

==¿Quién vive?

—Un enviado del rey de Francia, contestò Mr. de Chemeraut.

—Traicion! replicó la voz; y en seguida llegó á nuestros oidos un profundo gemido con estas palabras:

==Me han muerto!

—A las armas. gritò Mr. de Chemeraut poniendo mano á la espada y corriendo tras de dos marineros nuestros que alumbraban la marcha. Seguile, y encon-

tramos al gascon tendido á la orilla del camino: cuatro negros permanecian de rodillas llenos de espanto; mientras que nuestros dos marineros de vanguardia aterraban y contenian con mucho trabajo á un hombre robusto en trage de marino.

—¿Y el caballero, estaria herido? Preguntó Monmouth.

—No, milord; y á pesar de ser un miserable, es fuerza dar gracias á Dios por la milagrosa casualidad que le ha salvado la vida. Oyendo el hombre que llevaba el trage de marino el ruido de nuestra tropa y las palabras de Mr. de Chemeraut, que le contestó: «enviado del rey de Francia,» creyó que se le habia hecho traicion, y conducido á una emboscada; y entonces dió al gascon una puñalada tan fuerte, que lo habria dejado muerto en el acto, si no se hubiera embotado la punta del puñal en el bordado del cinturon: sin embargo, el caballero cedió á la violencia del golpe, y cayó exclamando: Soy muerto! aunque nada le habia sucedido. Cuando el asesino vió á Mr. de Chemeraut; exclamó con unaferoz sonrisa, y señalando con el pié al caballero que aun estaba en tierra.

—Señor enviado de Francia, vuestros designios habiansido penetrados; veniais á buscar á Jacobo, duque de Monmouth para hacer de él una bandera sediciosa; ya la bandera está rota; llevad ese cadáver y decidle á vuestro amo que yo, Rutler, coronel del rey Guillermo, á quien Dios gurde, he cometido ese asesinato!

—Desgraciado! dijo Mr. de Chemeraut.

—Sí, tengo á mucha honra esa muerte! con ella he burlado vuestros planes, y gracias á mi puñal no servirá contra mi rey la espada de Carlos II que Jacobo de Monmouth lleva al costado!

—Coronel, repuso el enviado de Francia, dentro de veinte y cuatro horas sereis pasado por las armas.

—Ya conocia yo mi suerte, contestó Rutler, pera he

matado á un traidor: ¡viva el rey Guillermo y la vieja Inglaterra!

—¿Y el caballero? preguntó de nuevo el duque.

—Cuando el gascon oyó al coronel, hizo un ligero movimiento, y nosotros corrimos hácia él, mientras que los soldados aseguraban al asesino: ¡cuál sería la sorpresa y la rabia de este al ver que su víctima vivía aun!

—Monseñor, ¿estais herido? le preguntó Mr. de Chemeraut.

—El golpe se ha embotado en el cinturon de la espada de mi padre, contestó el caballero levantándose con trabajo.

—En el momento conocí yo, añadió el padre Grifon, que el gascon representaba vuestro papel; y como esto os podia ser útil, me callé.

—Milord duque, dijo Mr. de Chemeraut viendo ya repuesto al caballero; siendo ya inútil el misterio, os diré en dos palabras el objeto de mi comision, á fin de que volvamos en el acto á Fuerte Real, y nos embarquemos lo mas pronto posible. Entonces, separándose los dos algunos pasos de los demás, hablaron un instante en secreto y volvieron á incorporarse otra vez, diciendo el caballero en alta voz:

—Ya que eso es así, yo no puedo separarme de mi esposa; iremos á buscarla al Castillo del Diablo, y ella me acompañará en la nueva carrera que me está reservada.

—Miserable! exclamó Angela.

—Despues añadió el caballero, continuó el padre Grifon.

—Esta caida me ha lastimado y necesito descansar.

—Como querais, monseñor, contestó Mr. de Chemeraut.

Y dirigiéndose á mi me dijo:

—Padre, ¿tendreis la bondad de adelantarnos para

anunciar á la señora duquesa de Monmouth la llegada de su noble esposo, y su próxima partida, á fin de que tome sus disposiciones con anticipacion?

—Ahora ¿comprendeis las intenciones de ese traidor? prosiguió el cura; quiere abusar de vuestro nombre para robaros vuestra esposa, y os vereis obligado á declarar quién sois, ó á consentir en la marcha.

—¡Mas vale morir mil veces! exclamó Angela.

—Malvado gascon! dijo el párroco ¡y yo que lo creia un tonto, un miserable aventurero, cuando es un monstruo de hipocresía!

—Sin embargo, no desesperémos, interrumpió Angela de pronto; padre, hacedme el favor de avisar á Marieta que se abran las puertas exteriores para recibir al caballero y al enviado. Yo me encargo de lo demas.

XXII.

El virey de Irlanda y Escocia.

Mientras que el duque de Monmouth y su esposa, instruidos por el cura de Macuba de la infame traicion del caballero, buscan los medios de escapar de aquella nueva desgracia, volvamos al aventureiro que apoyado en el brazo de Mr. de Chemeraut atravesaba los bosques y pantanos que conducian al Castillo del Diablo.

El coronel Rutler, furioso por haber erradó el golpe decisivo de su empresa, marchaba silencioso entre cuatro soldados que lo escoltaban.

Mr. de Chemeraut no conocia ni á Croustillac ni al duque de Monmouth; pero creyéndolo tal en vista de las palabras del coronel, á quien se le habia encontrado una orden firmada por Guillermo de Inglaterra, relativa á su comision, y de las prendas que veia en poder

del caballero ¿qué duda le habia de quedar sobre la identidad de la persona, cuando el mismo coronel iba á pagar con la vida su tentativa, y reconocia á aquel Jacobo, hijo de Carlos II?

Croustillac por su parte viendo el nuevo aspecto que tomaba su aventura, conoció la necesidad en que estaba de observar con la mayor prudencia, para completar la ilusion del enviado, y lograr el fin que se proponia. Ya sabia su nombre y la nacion á que pertenecía, y aun cuando este conocimiento no le era de gran utilidad, porque no era muy fuerte en la historia contemporanea, se propuso sin embargo modificar su pronunciacion gascona, y darle lo mejor que pudiera un acento británico, de modo que á las primeras palabras que dijo, quedó el enviado de Francia á mil leguas de creer que hablaba con un compatriota suyo.

—Cuando lleguemos á vuestra casa, dijo Mr. de Chermernaut, tendré el honor de presentar á vuestra alteza los poderes que tengo de su majestad.

—*Alteza!* ¡Voto al diablo! pensó Croustillac, este hombre me gusta mas que el otro: el otro además de su eterno puñal no me llamaba mas que *monseñor* ó *Mi Gracia*, mientras que este me llama *Mi Alteza*; me parece que voy ganando terreno; dentro de poco voy á dar con un trono.

—Tambien os enseñaré, monseñor, prosiguió el enviado, un gran número de cartas de Inglaterra, que os probarán lá oportunidad de estos momentos para una insurreccion.

—Ya lo sabia yo, contestó Croustillac recordando lo que habia oido á Rutler; ya lo sabia, mis partidarios se agitan, se agitan furiosamente.

—Vuestra alteza está mejor informado de lo que yo creia de los negocios de Europa.

—Nunca los he perdido de vista, caballero, nunca.

—Me colmais de placer, monseñor; de vos depende.

solamente la brillante posicion que os es debida, y que asegurareis si dais un golpe decisivo.

—Cómo!

—Poniéndoos á la cabeza de los partidarios de vuestro real tio Jacobo Estuardo, olvidando para esto los resentimientos que teniais con él, porque el rey por su parte solo quiere ver en vos á su digno sobrino.

—Tiene razon; es preciso volver à formar una sola familia, ¡Dios mio! que ponga cada uno de su parte alguna cosa, y todo se arreglará del modo mas satisfactorio.

—Oh! y el rey os da una gran prueba de su estimacion, encargándoos de la defensa de sus derechos, y de los de su hijo.

—Mi tio está destronado, es desgraciado, y basta! centestó filosóficamente Croustillac. Puede estar muy seguro de que no haré jamas traicion á sus esperanzas, yo me consagraré enteramente á la defensa de sus derechos, y de los de su hijo, siempre que las circunstancias lo permitan.

—Yo creo que vuestra alteza no debe tener la menor duda sobre la oportunidad de esta tentativa, y mucho menos cuando oigais à varios de vuestros antiguos compañeros de armas y partidarios exaltados de vuestro nombre.

—Oh! nadie mejor que ellos, mis fieles y valientes compañeros de armas, podrán informarme. ¡Pero antes que pueda yo volver á verlos ha de pasar mucho tiempo!..

—¡Monseñor, voy á causaros una grata sorpresa!

—Una sorpresa!

—Sí, monseñor. Habiendo sabido muchos de vuestros partidarios la admirable ocurrencia que ha preservado vuestros preciosos dias, han solicitado de su megestad el favor de acompañarme en la espedicion.

—¿De acompañaros? ¿Y donde están?

—A bordo de la fragata que me ha traído á la Martínica.

—¿A bordo de la fragata? repitió Croustillac con una expresión de sorpresa que Mr. de Chemeraut atribuyó al placer que experimentaba con tan agradable noticia.

—Sí, monseñor, y ya veo en vuestro rostro la alegría, la felicidad, la grata sorpresa al considerar que bien pronto va á verse vuestra alteza en los brazos de sus mas fieles servidores.

—En efecto, no podeis tener una idea de la impaciencia que tengo de que llegue el momento de aparecer entre mis fieles servidores.

—Su conducta, monseñor, es digna de ese interés: ellos os traen los votos de vuestros amigos de Inglaterra, y os pondrán al corriente del estado de los negocios: ¿quién pudiera hacerlo mejor que un Dudley, un Rothsay?...

—¿Cómo! Rothsay, mi querido Rothay ha venido también? exclamó el caballero con impertinente sorpresa para disimular su turbación.

—Sí, monseñor, ha venido á pesar de lo que sufre por sus antiguas heridas que le impiden andar; pero él ha dicho, «no importa que yo muera, si antes logro ver á nuestro amado duque;» porque así os llaman en sus conversaciones familiares.

—¡Pobre Rothsay! ¡siempre el mismo!

—Y lord Mortimer, monseñor, está loco; si las órdenes del rey no fueran tan severas en este punto, ¿quién le habria impedido venir á tierra conmigo!

—¿También Mortimer? mi valiente Mortimer...

—¿Y lord Dudley, monseñor?

—¡Oh, ese Dudley! ¡apostaría á que está tan entusiasmado como los otros! conozco yo mucho á Dudley.

—Si queria arrojarse al mar, para venir á nado, cuando le negaron una lancha!

—¿No lo decia yo? ese Dudley es un verdadero perro

dé aguas por su afición al mar.... y por su fidelidad, ¡qué furor tienen todos por verme!

—Pues no digo nada, monseñor; mañana...

Oh sí, mañana, y ¡qué habrá mañana?

—¡Qué día tan hermoso para Vuestra gracia!

—Soberbio! hermoso día!

—Ah monseñor! qué deliciosa entrevista! cuando veais á vuestros pies á tantos valientes y fieles amigos; ¡dichosos los príncipes que pueden contar con este consuelo en la adversidad!

—Será una entrevista muy deliciosa, ya me figuro cómo será.

Y el pobre Croustillac caminaba sin atreverse á desenredar el cúmulo de ideas que ofuscaban su imaginación después de aquella inesperada noticia.

—Vayan con mil diablos Mortimer, y Dudley, y Rothsay, y todos los suyos, se decía: ¡habrá amigos más estúpidos! ¡qué mosca les habrá picado! y esos perros rabiosos me reconocerán en el momento, y soy perdido, y me colgarán con un entusiasmo... ¡y ahora que sé el secreto de estado de Mr. de Chemeraut... ¡Voto á brios! esto se vá haciendo peor que el eterno puñal de aquel bruto holandés.

—La presencia de esos señores, prosiguió Mr. de Chemeraut, tiene también otro objeto de la mayor importancia. Vuestra Gracia no debe ignorar...

—Hablad, caballero, hablad, yo creo que todos ellos están animados de excelentes ideas.

—Pues habeis de saber, monseñor, que conociendo vuestro valor y resolución, el rey mi amo y el rey vuestro tío me han ordenado comunicaros un plan que no dejareis de adoptar.

—Veamos, caballero, veamos ese plan, todo esto me anuncia un desenlace muy lisonjero.

—Pues no solamente, monseñor, se hallan á bordo vuestros partidarios con el objeto de veros anticipada-

mente, sino que estando el buque armado en guerra y cargado de armamento y municiones, debe dirigirse, si lo teneis á bien, á las costas de Cornualles, donde no se aguarda mas que una señal para la insurreccion. Desembarcando allí vuestra alteza con sus amigos, se organizará al punto un numeroso ejército, y el movimiento se estenderá hasta Lóndres. Vos entrareis triunfante en la capital de la Gran Bretaña, arrojareis del trono al usurpador Guillermo, y colocareis la corona en las sienes de vuestro tio.

—¡Toma, si lo arrojaré del trono y pondré la corona en la cabeza de mi tio! ¡bueno soy yo para esas cosas! el proyecto es magnífico, pero sin embargo es preciso meditarlo; la sangre de mis partidarios es muy preciosa, y no quiero arriesgar así los derechos de mi tio.

—Vuestra alteza me da con esas palabras una prueba mas de su generosidad y de sus talentos militares. Pero no debeis vacilar, monseñor; vuestra presencia electrizará á toda la Inglaterra, y el pueblo de Lóndres, que nunca ha querido creer vuestra muerte, sin embargo de haber asistido á vuestra ejecucion, no espera mas que vuestra llegada para romper sus cadenas.

—¡Vamos! se dijo Croustillac, tambien este quiere que me hayan ahorcado; pero á lo menos es mas razonable que el otro, que queria matarme para evitar las consecuencias de mi muerte; este quiere que viva, sin embargo de que confiesa que ya he muerto: ¡el diablo que los entienda á los dos!

—En una palabra, monseñor, prosiguió Mr. de Chermant, démonos á la vela de la Martinica para las costas de Cornualles, y si como todo lo hace creer, la poblacion inglesa se alza en vuestro favor, el rey mi amo apoyará el movimiento con sus imponentes fuerzas, y el éxito es seguro.

—¡Ah, ah! ya te veo venir aunque no sea yo un politico consumado, pensó el gascon; adivino muy bien

que su rey quiere lanzarme á mí como una tea incendiaria, como una cosa perdida; si salgo bien, me apoyará; si no, dejará que me ahorquen otra vez. ¡Voto á brios! mi ambicion se va despertando; malditos sean esos diablos de Mortimer y de Rothsay que han venido á enredar todo el asunto. Seria curioso ver á Polifemo de Croustillac revolucionando la Inglaterra y echando de su trono á Guillermo de Orange, para despues... y ¿qué diablos ibas tú á hacer con un trono, Croustillac? ¡Apostaria á que te dan tentaciones de sentarte en él!... ¡sentarme! ¡quién sabe! así, por gusto, por ver... Vamos, Polifemo, no seas egoísta, tú nunca has pensado en tronos, devuélvele su trono á ese pobre viejo, devuélveselo, Polifemo. En fin, yo voy á parar en loco, me están sucediendo unas cosas! no parece sino que el *Unicornio* estaba encantado cuando me trajo á esta isla.

—No hay duda, monseñor, que estas cosas son dignas de meditacion, prosiguió el enviado viendo al caballero sumido en sus reflexiones; pero á estos pasajeros disturbios siguen la paz y la felicidad, y ¿á vos qué porvenir os espera! cuando veais las cartas de mi rey y de vuestro tio, cuando sepais que os está reservado el vireinato de Escocia y de Irlanda...

—Diantre! pensó Croustillac, ¡virey de Escocia y de Irlanda! con esto y con que no se hubiera aguada mi matrimonio con Barba azul!...

—Ahora me falta, monseñor, revelaros la última de mis instrucciones; repuso Mr. de Chameraut, al ver que el caballero nada habia contestado á la lisonjera propuesta que acababa de hacerle; debo obedecer las órdenes que tengo, por mas sensible que me sea.

—Hablad!

—Despues de todo lo que os he dicho, es preciso advertiros que os hallais en la imposibilidad de rehusar; han quemado vuestra flota.

—¿Cómo! ¿me han quemado mi flota?

—Esto es una metáfora, monseñor; es decir que os han quitado todos los medios de negaros.

—Ah, sí, yo comprendo muy bien las metáforas: vuestro amo me pone en la forzosa necesidad de aceptar.

—Vuestra natural perspicacia no podrá engañaros, monseñor. En el caso en que no accedais à los sabios consejos de mi amo y à los ruegos de vuestro tío...

—¿Qué sucederá, caballero? preguntò Croustillac, deseando conocer como dicen el reverso de la medalla.

—En ese caso, porque, ya debéis conocer que el eminente secreto de estado que poseéis, y para evitar cualquiera tentativa del rey Guillermo contra vos...

—Acabad!

—Será preciso, segun las duras órdenes que tengo, que me sigais à las islas de Santa Margarita, donde quedareis prisionero por toda vuestra vida, con una máscara de hierro en el rostro; pero yo espero que en obsequio de vuestro tío y de los amigos tan exaltados en favor vuestro que me han acompañado, evitaréis...

El caballero se quedò largo tiempo parado y con la cabeza inclinada sobre el pecho, como si estuviera entregado à graves meditaciones, y despues, levantándose de repente, dijo con aparente dignidad:

—Aceptaré el yreinato de Escocia y de Irlanda; tenéis mi palabra de honor. No creais, sin embargo, que el temor de una prision perpétua es lo que à ello me obliga, no señor; solo me decide à aceptar mi verdadero deseo de corresponder dignamente à los votos de los pueblos, à las súplicas de mis amigos y à la voluntad de mi real tío: el deseo de tender una mano fuerte à los infelices que gimen en la opresion, y de emplear como es debido esta valerosa espada que me legò mi glorioso padre.

—¡Viva el rey Jacobo de Inglaterra y su alteza el

duque de Monmouth, virey de Escocia y de Irlanda!

—Diablo de hombre! pensaba Croustillac, ¡con su aire de dulzura es capaz de hacer lo que dice al pié de la letra! yo no sé ya qué será mejor, si ir á la Torre de Lóndres ó ser colgado! porque esos furibundos partidarios que me están esperando en la fragata me van á colgar sin remedio! ¡Voto á brios! ¡prisionero! eso sería asegurarme un hermoso porvenir! pero ¡morir ahorcado! Bah! ¿qué quiere decir eso? un gesto, una pataleta, un trezado en el aire. Vamos, Croustillac, no vayas á arredrarte por tan poca cosa; y además que ya tú debes estar acostumbrado á esa clase de muerte; ¡acuérdate de Lóndres! ¡Y Barba-azul! ¡yo que habia creido dar un golpe maestro viniendo á buscarla al Castillo del Diablo! ¡malditos sean esos partidarios, y el furioso amor que les ha entrado por mí!

—¿Con que vuestra alteza, le preguntó Mr. de Chermereaut, está resuelto á traer á la señora duquesa?

—Mas que nunca, caballero; cuando me ví prisionero del coronel Rutler, cuando quizá me esperaba una muerte desgraciada, no quise causarle un sentimiento anticipado, y la dejé ignorar lo que me sucedia; pero...

—¿Es decir que la señora duquesa no sabe vuestra prision?

—No, la pobre lo ignora todo, porque cuando fui sorprendido estaba ella recogida, y le habrán dicho que mi ausencia era por dos ó tres días. Pero ahora que han variado las circunstancias, es preciso que la tenga á mi lado; su carácter y su amor me son bien conocidos, y para ella será una felicidad participar conmigo de las glorias y peligros que me esperan en esta espedicion.

XXIII.

Otra sorpresa.

Durante algun tiempo marcharon en silencio Mr. de Chemeraut y el caballero de Croustillac por los bosques que conducian al Castillo del Diablo, hasta que, habiendo llegado á un paraje desde donde se veia todo el palacio, el enviado se volvió hácia el gascon y le dijo:

—Este asilo ha sido elegido con bastante discrecion: solamente así y con los rumores que habeis hecho circular respecto de los tres hombres que siempre os acompañan, habeis logrado escapar á la curiosidad de la colonia.

—¿Hablais sin duda del filibustero, del cazador de toros y del caribe?

—Si, monseñor, de esos fieles servidores que, segun dicen, están consagrados á vos en vida y en muerte.

—Sin embargo, pensó Croustillac, todavia no sé yo á qué atenerme sobre la intimidación de esos tres bribones con la duquesa, ni cómo el señor duque de Monmouth tolera que esos bandidos tengan tanta familiaridad con su linda muger. Oh, y en cuanto á eso, bien seguro estoy yo de que no son visiones las cosas que he visto: la abrazan, la besan, la tutean, particularmente aquel caribe de color de caldera, que me daba ataques de nervios... pero vamos á ver lo que mas importa, pues todavia hay aquí mucho que descubrir; veamos si este gran diplomático se deja meter los dedos mas adentro y lo desembucha todo.

—Aun tengo una cosa que preguntaros, caballero dijo el gascon en alta voz.

—Hablad, monseñor.

—Decidme, si os lo permiten las instrucciones que teneis, ¿cómo se ha sabido en la corte de Versalles que yo estaba retirado en el fondo de esta isla?

Mr. de Chemeraut guardò un instante silencio, y luego contestò:

—Diciéndoos eso, monseñor, no hago traicion á ningun secreto de estado, porque yo mismo lo he sabido por una casualidad, cuyos antecedentes seria muy largo referir. Sin embargo, contando con que vuestra Gracia guardará sobre ello el mas riguroso silencio...

—Podeis estar muy seguro de ello, caballero.

—Pues entonces, con el auxilio de vuestra memoria os lo diré: me parece que el caballero de Crussol, último gobernador de la Martinica, os habia conocido en Holanda, y tuvo razones para estaros muy obligado, porque en la batalla de Saint Denis, donde os hallábais mandando una brigada escocesa, le salvásteis la vida.

—Es muy cierto, interrumpió el gascon con la mayor sangre fría.

—Tambien me parece que despues, siendo el caballero de Crussol gobernador de esta isla, se vió obligado à hacer una averiguacion sobre los rumores que corrian acerca del Castillo del Diablo, y sobre una jóven misteriosa llamada Barba-azul, ignorando completamente vuestro refugio en estos sitios.

—Es verdad, y vino èl en persona á mi casa, contestò el caballero, recordando la conversacion en el *Unicornio* y la del padre Grifon.

—Y viendo en vos el príncipe á quien debia la vida, os jurò guardar un profundo secreto.

—Lo juró, sí señor, lo jurò, y me sorprende mucho que un hombre como èl fuese capaz de faltar á una palabra tan sagrada.

—No acuseis á Mr. de Crussol, monseñor.

—Suspenderé mi juicio, proseguid.

—Bien sabeis, monseñor, que hay pocos hombres

tan sinceramente religiosos como lo era el difunto gobernador.

—Sí, su piedad había llegado á ser proverbial, y por eso me sorprende mas.

—Cuando Mr. de Crussol iba á morir, tuvo remordimientos de no haber participado al rey un secreto de estado tan importante como el de vuestra existencia. Así, pues, lo confió todo al padre Grifon.

—Todo eso lo sabía yo: pasemos adelante, interrumpió el caballero para disimular la curiosidad que lo devoraba.

—Yo no hablo de estos precedentes sino por memoria; ahora sabreis las secretas particularidades que he podido descubrir. Mr. de Crussol no solamente se lo reveló al padre Grifon, sino que escribió una carta al gobernador que se esperaba para reemplazarle, encargándole que no hiciese ninguna averiguacion sobre el Castillo del Diablo, porque le aseguraba bajo su palabra que sus habitantes eran inocentes. Esta es la causa porque no han vuelto á incomodaros.

—Ya veo que el pobre Crussol fué hasta su muerte como siempre le había yo conocido, honrado, piadoso y agradecido; pero pues que el padre Grifon conocia solo mi secreto, ¿cómo pudo descubrirse?

Mr. de Chemeraut permaneció un momento silencioso, y luego preguntó al caballero.

—¿Conoce vuestra alteza el juego que llaman del alfiler envenenado?

El gascon miró al enviado con aire de sorpresa, y le dijo:

—¿Cómo, caballero! ¿es una broma?

—No soy yo capaz de tomarme esa libertad, monseñor, contestó el emisario haciendo una reverencia.

—¿Pues qué relacion?..

—Permitidme, monseñor, que os explique el juego del alfiler envenenado: se forma un círculo de señoras y de caballeros; una de aquellas toma un alfiler de su

peinado, y se lo clava ligeramente en el vestido á su vecino; éste lo toma y se lo pasa al otro, y así và circulando el alfiler, procurando todos salir de él, porque aquel á quien se le encuentre al hacer la señal, tiene que sufrir una penitencia.

—Muy bien, muy bien, caballero; comprendo que el juego consiste en desembarazarse de él lo mas pronto posible.

—Pues ahora habeis de saber, monseñor, que para algunas conciencias escrupulosas y timoratas un secreto de importancia es lo mismo que el alfiler envenenado, y no se tranquilizan hasta que ha logrado traspasárselo á otra, y librarse de toda responsabilidad.

—Ya comienzo á conocer la analogía; la comunicacion de Mr. Crussol ha corrido de mano en mano como el alfiler.

—Justamente, monseñor; viéndose el padre Grifon depositario de un secreto de tanta importancia, se encontró en un embarazo mortal: por una parte temia revelarlo, y venderos á vos al mismo tiempo, y por otra no podia resistir á los impulsos de su conciencia, que le echaba en cara el ser cómplice de un engaño tan trascendental como el de vuestra existencia, à pesar de vuestra pública ejecucion; así, pues, resolvió ir á Francia y conferenciar con el general de su orden, para descargar su responsabilidad.

—Enhorabuena; pero de todos modos, veo siempre en la conferencia una garantía, que es necesario haya sido violada para descubrir este secreto, ¿á quién diablos pasó el general de la orden el alfiler?

—Antes de responder á vuestra alteza, es necesario saber que el general de la orden, el reverendo padre don Sancho, oculta bajo las apariencias de la mas austera humildad una ambicion sin límites, y que pocos hombres conocen como él los resortes de la intriga para ponerlos en juego, valido de las mismas formalidades que mas respetan los hombres timoratos. Apode-

rado el padre don Sancho del importante secreto de vuestra existencia, y estrechamente ligado con el padre Briars, confesor del rey Jacobo Estuardo, se sirvió de él como de un seguro medio para su elevacion personal. No necesito deciros de qué modo los dos religiosos se pusieron de acuerdo para hacer valer con el rey tan interesante descubrimiento, y cómo vuestro real tío, y mi amo el rey Luis XIV lo acogieron, resultando de todo ello la comision que he venido á desempeñar.

—¡Pero ese medio no es aceptable!

—¡Bah! Don Sancho ambicionaba el birrete de cardenal, y como primer motor de la empresa llegarà á verse príncipe de la iglesia en el instante en que vuestro tío suba al trono de Inglaterra.

—Ahora conozco, pensó Croustillac, el gran interes del padre Grifon para evitar mi viaje al Castillo del Diablo. Como él sabia los secretos del duque, se habria figurado que yo era algun espía, y por eso me fastidiaba tanto con sus preguntas á bordo del *Unicornio*.

Mr. de Chemeraut atribuyó el silencio del caballero á la admiracion que le causaba la serie de acontecimientos que habian tenido lugar mientras él se creia tan seguro en su retiro, y no atreviéndose á interrumpirle, prosiguió á su lado hasta que la escolta se detuvo en la entrada exterior de la casa de Barba-azul. Allí se determinó que el Coronel Rutler atado como estaba, quedaria afuera con la escolta, mientras que ocho soldados acompañarian á Mr. de Chemearut y al caballero. Entonces se dirigieron estos á la casa, y al llegar á la puerta principal gritó el gascon resueltamente

—¡Hola éslavos!

Marieta, que estaba prevenida por su señora, salió al encuentro del caballero, y exclamó al verle:

—¡Monseñor!

—¿No me esperabas? ¿Dónde está el padre Grifon?

—Monseñor, al saber la señora que os habiais marchado, dió orden de no dejar entrar á nadie.

—Pero el cura que ha venido aquí de mi parte no ha visto á tu señora?

—No, monseñor; como la señora me habia dado esa orden, el padre Grifon ha sido alojado en una de las habitaciones estérieures.

—¡De suerte que tu señora no me esperaba aun!

—No, monseñor...

—Bien: déjanos Marieta.

—¿Quereis que se le avise, monseñor?

—No, es inútil; yo mismo iré á sorprenderla, contéstol el caballero dirigiéndose al salon.

—¡Qué sorpresa tan agradable vais á causar á la señora duquesa! dijo Mr. de Chemeraut; ¡ella que no os esperaba tan pronto! van á convertirse en lágrimas de júbilo las que derrama ahora de dolor, y ya me alegro de que el padre Grifon no haya podido penetrar hasta ella.

—Siempre sucede lo mismo, es una niña muy caprichosa; cuando yo no estoy á su lado le es imposible ver otra figura humana, ni aun á ese buen religioso; me ausencia la tiene siempre bañada en llanto, y desde que estoy condenado al retiro, me separo de ella muy raras veces.

—¡Qué sorpresa! si me permitis, monseñor, daros un consejo, os suplicaria que empeñáseis á la señora duquesa á marchar esta misma noche; porque, ya lo sabeis, el éxito de nuestra empresa depende de la actividad.

—Ese es mi deseo, caballero.

—Lo decía, monseñor, porque como la señora tendrá que hacer algunos preparativos...

—Oh, no tengais cuidado, cuando se trata de seguirme, no se acuerda ella de nada.

Y Mr. de Chemeraut y Croustillac llegaron hablando de este modo hasta la misma puerta de la sala, donde se hallaba en aquel momento Barba-azul; pero al ir á descorrer las cortinas de damasco que la cerraban,

se oyeron grandes carcajadas de risa, que hicieron detener de repente á los dos caballeros.

—¡Mi esposa! ¡escuchemos! dijo el gascon en voz baja.

—No me parece muy acabada por el dolor la señora duquesa, contestò en el mismo tono el enviado.

—Escuchemos, caballero; vos debéis saber que el dolor en sus extremos tiene esplosiones parecidas á la risa convulsiva; no hagais ruido, quiero sorprenderla en toda su desesperacion; sus sollozos son la mejor prueba de lo que me ama.

Pero apenas hubo dirigido una mirada al traves de la cortina, cuando se volvió hácia el enviado con la fisonomia alterada, y le dijo poseido de la mayor indignacion.

—Hé aqui lo que son las sorpresas; yo tenia mis sentimientos al enviar anticipadamente al padre Grifon. ¡Voto al infierno! los maridos prudentes debian llegar siempre precedidos de un escuadron de trompetas y timbales que anunciaran su vuelta.

XXIV.

La conversacion.

La confianza con que el gascon penetrò hasta la puerta de la sala donde estaba Barba-azul, se esplica suficientemente por el tratamiento de monseñor que le daba Mireta.

El debió figurarse desde luego, que instruida Angela por el padre Grifon del nuevo peligro que le amenazaba, habria puesto en seguridad á su marido, y resuelto el modo de desenlazar aquella aventura, á lo cual conduciría seguramente lo que habia dicho la camarera de no haber visto el cura á su señora. De otro

modo no se habria espuesto el caballero á ser descubierto en el momento preciso, ni tampoco á llegar á aquella cortina que ocultaba una escena que jamás habria deseado presenciar.

A pesar de la ironia que encerraban las palabras del caballero, cuando mirò lo que pasaba en la sala inmediata, su fisionomia espresaba una mezcla singular de odio, de cólera y de dolor: Mr. de Chemeraut á su vez se dirigió tambien hácia la cortina, y volviendo la vista, quedó como avergonzado y sin atreverse á pronunciar una palabra.

Y en efecto, ¡cuál seria la confusion del enviado de Francia, y la rabia, no fingida, sino muy cruel y dolorosa del gascon, al ver á Barba-azul, á la muger á quien verdaderamente amaba, y por quien con tanta generosidad estaba resuelto á sacrificar su vida, en la mas tierna intimidad con el mulato filibustero!

Monmouth, bajo el disfraz del capitan Huracan, se hallaba negligentementè recostado en un sofá, fumando en una larga pipa cuyo extremo descansaba en un taburete dorado, y Angela, arrodillada junto á este taburete, se entretenia en avivar la lumbre con un alfiler de oro.

—Bien está, bieu está, dijo el pirata; ya está encendida la pipa; venga ahora de beber.

Angela se levantò, tomó de una mesa una hermosa copa de Bohemia y una garrafa de cristal, y aproximándose á su amante vertió un riquísimo moscatel y se lo presentó, mientras él aspiraba el humo aromático de su pipa.

—El vino es bueno, la muger linda, ¡al diablo el marido! exclamó el capitan apurando la copa, y presentando su mano á Barba-azul para que la besara.

Al oir aquellas palabras tan significativas, Mr. de Chemeraut se retirò, pero Croustillac le dijo en voz baja:

—Aguardad, caballero, aguardad; quiero confundir à esos miserables.

Y la fisonomía del caballero se oscurecia mas y mas, como si en su imaginacion se estuviera verificando un cambio total de ideas, y de las buenas intenciones con que hasta aquel momento habia procedido.

Preciso es aquí justificar al pobre aventurero de la injusta sospecha del padre Grifon sobre su vuelta al Castillo del Diablo. Si él no hubiera sido guiado por un noble pensamiento, si en efecto hubiera sido su ánimo robar á Barba azul á favor del nombre que habia tomado, ¿para qué enviaba al padre Grifon á prevenir à los esposos de aquella nueva ocurrencia? El caballero, como hemos dicho, habia obrado con la intencion mas noble, y por eso le era despues tan doloroso ver à la mugea por quien se sacrificaba, en aquella escandalosa intimidad con el filibustero.

La escena que estaba presenciando, y el recuerdo de lo que habia visto ya con el caribe y el cazador de toros, escitaron de pronto sus celos y su indignacion contra Barba azul, hasta el extremo de creer que no existia tal marido, y que la parte que ella habia tomado en la estratagema era solamente con la intencion de deshacerse de él, como de un testigo inoportuno que habia ido á turbar su depravada tranquilidad. Entonces, furioso de verse hecho el juguete de aquella muger que pagaba así su sacrificio, resolvió el caballero vengarse sin piedad, abusando para ello del nombre que habia tomado.

Mr. de Chemeraut no se atrevia á pronunciar una palabra; pero viendo que el caballero sufría demasiado con aquel espectáculo, lo tomó del brazo y quiso retirarlo.

—No, no, quiero oirlo todo, saberlo todo para castigar sin misericordia, dijo el gascon con tono imperioso.

—Monseñor...

Un gesto severo del gascon obligó al enviado á guardar otra vez silencio, y ambos escucharon la conversacion de Angela y el filibustero, los cuales hablaban con el conocimiento de que los estaban escuchando.

—En fin, querida mia, dijo el capitán, ya estás libre por algunos dias.

—¿Por algunos dias? por siempre, contestó Angela; yo creo que el holandés no lo habrá contemplado mucho.

—¿Cómo! ¿qué quieres decir, bella hechicera? repuso el mulato.

Angela corrió hácia su amante, y pasándole los dedos por entre los rizos que le caian por ambos lados de la cara, se puso á hablarle en voz baja con una coquetería, que hacian temblar de rabia al pobre Croustillac.

—Monseñor, dijo Mr. de Chemeraut, pronunciad una sola palabra, y en el acto mis soldados os daran cuenta de ese bribon.

—Yo sabré vengarme por mí mismo, contestó el caballero, dejadme solo con estos miserables!

—Pero, monseñor, ese hombre tiene aire determinado y es muy robusto.

—No tengais cuidado, yo sabré lo que he de hacer con él.

—Si quisierais tomar mi consejo, monseñor, partiáramos en el acto, abandonando á sus remordimientos á esa desgraciada que olvida asi su beber.

—¡Abandonarla! ¿por el infierno! no, tiene que seguirme de grado o por fuerza; ese será su castigo!

—Monseñor, considerad que despues de esta escena, la presencia de la duquesa os será odiosa; marchemos, monseñor; olvidad á una indigna esposa; la gloria os consolará.

—Caballero. quiero hablar á mi muger.

—Pero, monseñor, ese miserable...

—Pues qué. ¿soy yo un hombre sin fuerzas ni va-

lor, para que me intimide un bribon como ese? os lo repito, quiero quedarme solo con ellos, estas cosas no deben pasar ante testigos; esperadme en esa pieza inmediata, que antes de un cuarto de hora volvere á reunirme con vos.

Croustillac pronunciò estas palabras con tanta dignidad y resolucion, que el enviado se viò obligado á ceder y entrar en otra sala. Entonces el caballero descorrió la cortina, y presentándose á la vista de Angela y del mulato, dijo:

—¡Señora, vuestra conducta es abominable!

El capitan, que estaba recostado en el sofá, se levantò bruscamente é iba á contestar; pero Angela le hizo una seña y dijo al gascon con la mayor sangrefria:

—Caballero, el enviado de Francia puede oirnos, pasemos á otra pieza.

Y abriendo la puerta del gabinete de Monmouth, entrò seguida de este y de Croustillac.

—Os repito, señora, que vuestra conducta ha sido infame; que habeis abusado indignamente de mi delicadeza.

—Yo soy quien tiene que pedir os cuenta de vuestra conducta, caballero, contestò Angela con orgulloso tono; pero hablad, esplicaos.

Durante este tiempo, Monmouth, con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo, daba largos paseos por el gabinete.

—Quereis que me explique; muy bien, no seré muy largo: Antes de todo sabed, señora, que con razon ó sin ella yo os aderaba locamente, exclamò Croustillac con un acento de cólera y de ternura inesplicable.

—Es decir, contestò Angela, que os habiais lisonjeado delante de vuestros compañeros de viaje, de que os casarais con la rica viuda del Castillo del Diablol

—No lo niego, señora, á bordo del *Unicornio* mi len-

guaje ha sido muy impertinente, muy absurdas y ridículas mis pretensiones; pero cuando hablaba así, yo no conocía, no os había visto.

—Sin embargo, mi vista y mi conocimiento no os han inspirado ideas más nobles, contestó Angela, convencida de que el caballero quería abusar de la posición en que se hallaba, para obligarla á seguirle como había dicho el padre Grifon.

—Escuchad, señora; yo os amaba verdaderamente, es decir, habría sido capaz de todo por probaros este amor, por más ridículo y estúpido que os pareciera. Sí, os amaba, porque mi corazón me mandaba amaros, y me creía dichoso con mi amor. Podéis burlaros de él: pero yo estaba bien pagado, porque era mi felicidad. Cuando vos me dijisteis «caballero, yo me he burlado de vos, os he tomado por un bufón, sois un pobre diablo, os daré una limosna y debéis quedar muy contento...

—¡Caballero!

—Cuando me dijisteis eso, no creáis, señora, que yo me consideré humillado, no; vuestras palabras me causaban mucho mal, porque llegaban hasta mi corazón; pero olvidé aquella injuria, en el momento que comprendisteis que yo, pobre y miserable como era, podía ser sensible á otra cosa que al dinero. Me dijisteis algunas buenas palabras, me llamásteis vuestro amigo, y desde ese instante me habría arrojado al fuego por vos, sin más esperanza que la de sacrificarme por la mujer que era para mí un Dios sobre la tierra; porque, ¿qué podía yo tener de común con una joven tan bella como vos? así, mi único deseo era daros mi vida, que era todo lo que poseía. En este estado me sorprendió el coronel Rutler creyéndome vuestro esposo: el error de aquel flamenco podía seros útil: juzgad cual sería mi placer; yo podía salvar á una persona que vos amábais apasionadamente, no dudé y me sometí gustoso á las condiciones que el otro me imponía con su puñal; au.

menté su error por todos los medios que estaban à mi alcance, hasta que vinisteis en mi auxilio, es decir, à acabar de hundirme en el abismo en que mi pasión me habia arrojado. Pero yo nada temia; estaba satisfecho de mi conducta, y no reparaba en la perspectiva que tenia delante; dejé esta casa sin esperanza de volveros à ver, y marché à una horca, à una prision perpétua, ó à ser víctima del puñal de aquel holandés. «Yo no sé lo que será de mí, me decia; pero Barba-azul dirá alguna vez ¡pobre diablo de gascon qué à tiempo vino para sernos útil!» y esa era toda mi recompensa, un recuerdo, una palabra solamente.

—Tambien mientras os creí generoso y leal, contes-
tó Angela, os tributé mi estimacion y agradecimiento.

Estas palabras parecieron redoblar la cólera de Crous-
tillac.

—¡Vuestro agradecimiento, señora! ¡voto à brios!
¡seréis capaz de hablar de él! pero prosigamos. Salí
de aquí con el flamenco, y en la mitad del bosque en-
contramos al enviado de Francia. Rutler se creyó ven-
dido, y comenzó por darme una furiosa puñalada; es-
tos son los gajes de mi sacrificio. Si la hoja del puñal
no se hubiera roto contra el cinturon, estaría yo muer-
to en el bosque; eso es muy natural! cuando se com-
promete así à un hombre, claro està que no es para
que sea coronado de rosas y acariciado por manos deli-
cadas; en fin, el puñal se rompió, y yo me encontré
frente à frente con el enviado de Francia, despues de
estar bien atado el coronel Rutler: se trataba de un des-
graciado proscrito, à quien vos amábais apasionada-
mente: se trataba de vos misma, y la idea de ser útil
à dos interesantes jóvenes, acallaba en mí hasta el mis-
mo sentimiento de la vida. Así, mientras mas se com-
plicaba mi posicion, mas interés tenia yo en vencer
cuantos obstáculos se presentasen para salvaros. El en-
viado creia ciegameute todas mis mentiras, y me espla-
naba el gran objeto de su comision. Un levantamiento à

mano armada, apoyado por la Francia, debe estallar en Inglaterra en el momento que el duque de Monmouth se presente en Cornualles, proclamando al rey Jacobo Estuardo.

Al oír esto el mulato fijó atentamente sus ojos en el caballero; este prosiguió:

—Cuando yo era prisionero del coronel Rutler, y caminaba bajo su sempiterno puñal á pasar el resto de mi vida en la Torre de Lóndres, si antes no me mataba, guardé silencio y no hubiera intentado volver aquí; pero Mr. de Chemeraut me ofrecia una perspectiva de honor y de gloria, un puesto que podria ser ventajoso al príncipe, y entonces no me consideraba con derecho de rehusar por él. Mr. de Chemeraut queria que siguiéramos á Fuerte Real para darnos á la vela inmediatamente. En tales circunstancias ¿cómo prevenir al duque de lo que se le ofrecia sin comprometerlo? La idea mejor que me ocurrió, fué la de enviar al padre Grifon á avisaros, y exigir del enviado que volviésemos á esta casa, so pretesto de buscar á mi esposa. Si despues de informar de todo al príncipe aceptaba éste, yo me desprincipaba; si no admitia, volvia á tomar mi papel, y la suerte decidiria lo demás.

—Cómo, caballero, exclamó Angela, vuestra intencion al mandar al párroco...

—Esperad, señora, esperad; no me creais mas tonto de lo que soy. Yo supliqué al padre Grifon que viniera á advertiros de que estuviéseis pronta para marchar conmigo; Mr. de Chemeraut nos oia, y no pude decir mas; creí, sin embargo, que aquello bastaria, porque, ó adivinaríais mi intencion, ó me tendríais por un infame; pero de cualquier modo que fuera, pondríais en seguridad á vuestro esposo, que era lo que yo deseaba; salvarle á todo trance.

—Con que segun eso ¿no habeis tenido intencion de abusar de las circunstancias en que este acontecimien-

to os ha colocado? repuso Angela con tanta admiracion como agradecimiento.

—No, señora, no; yo no he pensado mas que lo que he dicho, no he tenido ninguna intencion infame, por mas oscuras que me parezcan algunas particularidades de vuestra existencia: yo creia sinceramente que me sacrificaba por un príncipe desgraciado.

—¡Ah caballero! ¡qué mal os he juzgado! sois el mas generoso de los hombres.

El aventurero se sonrió sardónicamente, y prosiguió con aire sombrío:

—Gracias á Dios ya he abierto los ojos, ya veo claramente que ser generoso equivale à ser estúpido, y que la abnegacion es una necedad. Pues bien, yo me aprovecharé de la leccion: Polifemo de Croustillac se venga rara vez, pero cuando lo hace...

—¡Vengaros, caballero! exclamó Angela; ¿y de qué?

—¿De qué? señora, ¿teneis la audacia de preguntarlo?

—¿Por qué no? ¿qué os he hecho yo? ¿por qué es ese odio?

—Escuchad, señora, contestó el caballero dando fuertemente con el pié en tierra; me figuro que sin parecer escesivamente orgulloso, bien podia tener derecho á esperar de vos una memoria, un recuerdo siquiera por haberme arrojado gustosamente en un abismo de peligros á cual mas comprometidos, me parece, señora, que el momento en que yo me sacrificaba por salvar á ese marido tan amado de vos, segun dicen, no era el mas apropiado para que vos, olvidando todo pudor...

—¡Caballero!...

—Sí, señora, olvidando todo pudor y toda vergüenza, os ofrecierais á mi vista en los brazos de ese miserable mulato, y hasta encendiendo su pipa. ¡Voto á brios! que he sido muy necio: he arriesgado mi vida por el marido de una señora, mientras que la tal señora ultra-

ja vergonzosamente á su mismo marido y aun á mí en orgías de bandidos: vamos, no merecia el hijo de mi madre haber nacido en la nacion mas grande del mundo, si no se riera á su vez de esta aventura. ¿Vos me suponíais malas intenciones? pues bien, ya vereis si soy capaz de vengarme comò lo era de sacrificaros mi vida... al fin mejor será eso que echarla de sentimental y divertirnos con romances.

XXV.

La revelacion.

El pobre gascon, arrastrado por lo cólera y los celos, se hacia mas malo de lo que realmente era, y la duquesa, que no lo conocia bastante ni podia adivinar la exageracion de su resentimiento, comenzò á creerlo capaz de abusar de las circunstancias, y temió descubrir el disfraz de su marido, porque seria acabarlo de perder, si en efecto el caballero estaba resuelto á tomar la venganza que habia dejado entrever.

Sin embargo, como le era forzoso decir algo para templar la exaltacion del hombre en cuyas manos se encontraba la suerte de su esposo, se aventuró á contestar à las últimas palabras del gascon, procurando justificar su conducta.

—Os engañais, caballero, os engañais, le dijo; en mi existencia hay misterios que no se os pueden explicar todavia...

Pero estas palabras no hicieron mas que aumentar la irritacion de Croustillac, que durante tres dias no sabia á què atenerse sobre los oscuros lances que le estaban ocurriendo.

—Señora, basta de misterios, repuso furiosamente;

demasiados tengo ya con que romperme la cabeza sin poderlos adivinar. Yo no sé en qué parará todo este enredo; pero ¡por el infierno! suceda lo que quiera, me seguireis.

—¿Cómo!

—Sí, señora, ya que estoy sufriendo las consecuencias desagradables del papel de vuestro amado esposo, quiero al menos disfrutar sus ventajas; y en cuanto á ese indigno mulato que está ahí como un tronco, se lo entregaré á Mr. de Chemeraut, que dará buena cuenta de su pescuezo, ya que su sangre de esclavo no merece manchar la espada de un hidalgo como yo.

Angela echó una mirada á Monmouth, cuya imperturbable sangre fría irritaba cada vez mas al caballero, y ambos conocieron la necesidad de calmarle, pues su cólera podia serles sumamente funesta.

—Todo se va á esplicar, caballero, dijo Ángela después de un rato de silencio. La única falta que se ha cometido aquí, ha sido el haber dudado yo de vuestros nobles sentimientos, creyèndoos capaz de abusar del nombre que la casualidad os ha dado. Ahora debéis comprender que para escapar del peligro de que creia verme amenazada por vos, si os empeñábais en llevarme como esposa vuestra, me era preciso aparecer criminal á los ojos de los que os acompañaban. Con este objeto dí orden de que se os introdujese con Mr. de Chemeraut en la sala donde habeis presenciado la escena con el capitán.

—¡Hola! ¿con que esa agradable perspectiva habia sido dispuesta a propósito? exclamó el caballero enfurecido: y ¿osais decírmelo en mi cara? ¿esto es el colmo de la desvergüenza! Y ¿quereis esplicarme el objeto con que me haciais presenciar vuestra insolente intimidad con ese bandido?

—Para que os fuese imposible llevarme con vos: siendo testigo de aquella escena Mr. de Chemeraut, vuestro honor como duque de Monmouth no podia

permitiros seguir con una muger tan culpable como yo.

—¡Lo confesais con ingenuidad!

—Sí, lo confieso, vos no sereis generoso á medias: ¿qué os importa que yo ame á ese esclavo, como decís?

—¡Cómo! señora, ¿qué me importa! ¿habeis jurado volverme loco? ¿qué me importa? Y entonces ¿para qué he de tomar yo el nombre de vuestro marido? ¿existe él siquiera? ¿dónde está? ¿esto es para perder el juicio! ¿qué abominable pesadilla es esta que tiene embargada mi cabeza hace dos dias? ¿Quién sois vos? ¿dónde estamos? ¿soy yo Croustillac, ó soy principe, ó virey? ¿qué diablos es esto? ¿me han cortado el pescuezo, ó se lo han cortado á un principe? y ahora quieren que yo sea el principe; ¿ese duque de Monmouth, existe? ¿dónde está? ¡vamos! que se explique todo; ¿qué laberinto infernal es este?

Angela, asustada al ver la creciente exaltacion del aventurero, no sabia qué partido tomar, pues aun no se resolvía á descubrir el secreto de su esposo, y en la duda mas cruel repuso:

—Caballero, ciertas circunstancias misteriosas.

Pero Croustillac no la dejó proseguir, y gritó con doble furor.

—¡Al diablo los misterios! os lo repito, ya tengo bastantes misterios en la cabeza.

—Pero si quisiérais comprender...

—Señora, yo no quiero comprender nada; por haber querido comprenderlo todo, es por lo que estoy así.

—Calmaos, reflexionad, caballero...

—Tampoco quiero reflexionar; ya sabeis mi determinacion; por bien ó por mal vendreis conmigo; yo no sé quién es vuestro marido, ni donde está, ¿qué importa saberlo! pero vos me seguireis á pesar de todos los capitanes, caribes y cazadores del mundo; con que así resolveos; si en cinco minutos no estais dispuesta á

marchar conmigo, llamo á Mr. de Chemeraut y le digo todo lo que hay, aunque me lleve el diablo á mí mismo. Cinco minutos teneis de término.

Y diciendo esto Croustillac, se arrojó en un sofá con la vista fija en un reloj de sobremesa que tenia delante, y se tapó los oidos con ambas manos para no oír la respuesta de Barba-azul.

Entonces Angela se dirigió á Monmouth que se hallaba como ella en la mayor perplejidad, y le dijo en voz baja:

—Jacobó, quizá este hombre es honrado; pero su exaltacion me hace temblar.

—Es forzoso entregarnos á su lealtad, contestó el duque; si no. vá á perdernos descubriéndolo todo.

—¿Y si nos engaña?

—Angela, entre dos desgracias es necesario escoger la menor.

—Oh! si consiente en pasar por tí, te salvas, Jacobo mio.

—Sí, pero tampoco puedo yo dejarle en poder de Mr. de Chemeraut.

—¿Qué haremos, Dios mio!

—Yo no consentiré jamás que mi nombre sirva de tea para encender la guerra civil en Inglaterra; preferiria mil veces la muerte; pero ¡separarme de tí!

—Nunca, nunca: dime, ¿qué peligro corre este hombre?

—Inmensos! el secreto que posee le costará la vida.

—Pues entonces estás perdido, estamos perdidos, Jacobo: ¿qué haremos? se pasa el tiempo.

—No hay que dudar; descubrirselo todo, y si consiente en seguir con mi nombre, estoy salvado, y yo mismo lo pondré á él al abrigo de todas las consecuencias; que guarde silencio por algunas horas solamente.

En este momento la manecilla del reloj señalaba los cinco minutos fijados por el gascon, quien se levantó entonces y dijo:

—Y bien, señora, ¿qué habeis resuelto? sí ó no, porque no quiero oír ni una palabra mas: ¿quereis marchar conmigo, ó no quereis? respondió.

Entonces, acercándose Monmouth al aventurero, le dijo con aire grave é imponente:

—Caballero, voy á daros la mas alta prueba de mi estimacion y de...

—¡Tu estimacion, n' iserable mulato! exclamò Croustillac indignado, ¿te atreves á hablar de estimacion à un hidalgo como yo?

—Pero, caballero...

—Silencio! le interrumpió el gascon, y volviéndose hácia Angela le preguntó: ¿Quereis seguirme sí ó no?

—Caballero...

—¿Sí ó no? respondió ó llamo á Mr. de Chemeraut.

—Por San Jorge! exclamó Monmouth.

Pero el caballero, que nada oía, se dirigió à la puerta, la abrió, y habria gritado si Angela no hubiera corrido á él y tapádole la boca diciéndole:

—Sí, sí, os seguiré!

—Pues bien, entonces dadme el brazo y marchemos en el acto,

—Sí, pero antes es preciso que lo sepais todo. El caribe no es mas que el filibustero, ó mas bien el filibustero y el cazador...

—Voto al demonio! gritò Croustillac desesperado, ¿volveis otra vez á lo mismo? ¿he venido yo aquí para que me volvais loco? ¡Mr. de...

Y ya iba á pronuuciar el nombre del enviado, cuando el duque se arrojò al caballero, le agarrò con una mano las dos suyas y con la otra le tapó la boca. Sin embargo, el gascon hizo un movimiento tan violento que logró desasir la cabeza de la mano del duque, y gritó con fuerte voz:

—Mr. de Chemeraut, venid!

—Caballero! exclamò al mismo tiempo el mulato: ¡yo soy el duque de Monmouth!

Pero el aventurero no vió en la revelacion del capitán sino una nueva mentira, una nueva injuria, y redoblò desesperadamente sus esfuerzos para sustraerso de sus vigorosas manos.

Al ver esta lucha, corrió Angela hácia el tocador del gabinete, tomò un pomo de cristal, y echando en su pañuelo un poco del licor que contenia, volvió à donde estaba el mulato y le frotó con él una de sus manos, con cnya operacion apareció el cútis blanco y terso del príncipe.

—¿Comprendeis ahora, dijo este enseñándole la mano al caballero, que los tres individuos desconocidos no son mas que uno?

Estas palabras fueron un rayo de luz para Croustillac; però desgraciadamente ya habia llamado á Mr. de Chemeraut, y este no tardò en aparecer á la puerta del gabinete.

—¿Me habeis llamado, monseñor? dijo el enviado, creí haber oido ruido como si dos personas luchasen.

—No os habeis engañado, caballero, contestó el gascon con aire sombrío.

Bien difícil seria describir exactamente la situacion de las tres personas al hacer el enviado aquella pregunta. El duque con la mano derecha en el pomo de su puñal, permanecia en pié en medio de la estancia; Angela, aturdida y fuera de sí, habia caido en el sofá, y el caballero, como herido de un rayo, miraba de hito en hito á Mr. de Chemeraut sin saber siquiera lo que decia. Sin embargo, con la claridad que estendia en sus ideas la revelacion del príncipe, recobró poco á poco su natural sangre fria, y se decidió à seguir el nuevo plan que acababa de trazar en medio de tan azarasas circunstancias.

—Si, os llamaba en mi socorro, contestò á la tercera vez que el enviado repetia su pregunta.

—Cómo! monseñor, ¿habrá sido capaz este miserable?... exclamó Mr. de Chemeraut señalando á Monmouth, que ignorando los proyectos del caballero, y con la mano en el puñal, estaba dispuesto á vender cara su vida.

—Decid una palabra, monseñor, repuso el enviado, y lo entrego á mi escolta para que castigue su atrevimiento.

—Yo sabré lo que he de hacer con él, contestó el gascon; no es contra ese bandido contra quien tengo que luchar, sino contra las lágrimas de esa muger hipócrita.

—Monseñor, es preciso tener resolución para obrar en justicia,

—Teneis razon, caballero, habladme, decidme que esa muger es indigna de perdon, que seria un vil si consintiera á mi lado una esposa criminal...

—Monseñor, yo no temo deciros delante de la señora duquesa lo que os decia ahora poco, una barrera insuperable os separa para siempre de esa esposa culpable...

—Por San Jorge! exclamó Croustillac, recordando el juramento del duque, ¡verme engañado por un mulato! Cuando, vos lo sabiais caballero, mis deseos al venir aquí eran de colocarla en una brillante posicion, de partir con ella la gloria y el vireinato que me esperan. .

—Monseñoroo...

—Y ya lo habeis visto, al entrar en el hogar doméstico, en mis pacíficos lares, la encuentro en los brazos de un mulato, de un esclavo color de cobre. ¡Voto á San Jorge! pero la venganza será digna de la ofensa.

—Monseñor, solo el desprecio...

—¡Cómo, el desprecio! no, yo sé lo que debo hacer, y vos me ayudareis, caballero.

—Todo lo que dependa de mi celo, monseñor, con tal que el objeto de mi mision...

—Yo renuncio á llevar conmigo á esa muger desde hoy, desde este momento todo ha concluido entre ella y yo!

—¡Vive Dios! monseñor, contestó Mr. de Chemeraut encantado con la determinacion del príncipe, jamás habreis obrado con mas prudencia.

—Mañana al romper el dia, dijo el gascon con voz solemne, esos dos miserables se embarcarán en uno de mis buques; en cuanto á su destino, yo sé lo que debo hacer.

XXVI.

La súplica.

—Si, caballero, repitió el gascon, mañana se embarcarán juntos esos dos miserables en uno de mis buques, ¿no quieren estar juntos? pues bien, yo les prometo que ni la muerte misma los separará.

Despues agarrando bruscamente á Angela por un brazo, prosiguió:

—¿Quereis un amante mulato? lo tendreis señora duquesa Y tú, vil esclavo ¿quieres por amante una blanca, una duquesa? la tendrás, no os separareis nunca, vivireis como tiernos amantes, si, pero, no sabeis todavía á qué precio pagareis esa union.

—Monseñor ¿qué pretendeis hacer? exclamó el enviado sorprendido de la fiereza que veia en el rostro del caballero.

—Esto me pertenece à mí solo, vuestra responsabilidad quedará cubierta. Yo os prometo que todo pasará en terreno neutral, en una isla desierta; ellos se aman, allí podrán amarse hasta la muerte.

—Ah monseñor, ya comprendo, eso es horroroso! di-

jo el enviado que creyó adivinar que el caballero quería condenarlos á morir de hambre.

—Horroroso, es verdad; pero todo lo que os exijo para esto, es que como testigo que habeis sido de mi ultraje, me ayudeis con vuestros soldados á conducir á estos miserables á uno de mis barcos. Quiero entregárselos yo mismo al capitan, y darle mis órdenes personalmente.

Mr. de Chemeraut á pesar de su viveza, estaba á mil leguas de creer que la cólera del caballero era fingida, y veia con compasion al mulato y á Angela, condenados segun su entender á un horroroso suplicio.

En este estado conociendo Angela que ella no debia permanecer tanto tiempo en aquel aparente abatimiento, se propuso secundar las miras del caballero, y se arrojó á sus piés sollozando y pidiéndole perdon, mientras que Monmouth seguia en el mismo silencio.

—Ah! caballero, exclamò Angela dirigiéndose al enviado, vos que pareceis sensible y compasivo, interceded por mí con mi querido esposo; que me imponga las penas mas crueles, todo lo he merecido, pero que no me separe de sulado.

—Señora, os prohibo desde ahora llamarme vuestro esposo, yo no soy nada para vos.

—A lo menos, monseñor, prosiguiò Angela, no me conduzcáis á ese buque.

—¿Qué, sabeis vos el buque que es? preguntò el caballero.

—Sí, es el bergantin *Camaleon* que se halla en la ensenada de los Caimanes mandado por el capitan Ralph, que ha remplazado á Huracan.

—Justamente por eso he escogido el *Camaleon*, porque el capitan Ralph es el mas cruel enemigo de vuestro iudigno amante, contestò Croustillac, que comprendió maravillosamente la intencion de Angela.

—Señor, ¿y no tendreis compasion de mí para llevarme hasta la ensenada de los Caimanes, que está á una

legua de aquí, y entregarme á vuestros esclavos y á ese capitán Ralph? ¿tendreis valor para tratar así á vuestra esposa?

—¿Que si tendré valor? ahora mismo lo vereis, repuso el caballero dando dos golpes sobre la mesa. Y para mas humillacion vuestra, vais vos misma á dar las órdenes; ahí teneis á vuestra fiel Mireta, decidla que envíe un esclavo al *Camaleon*, para que esté listo á darse la vela al amanecer; obedeced, señora; yo lo mando.

Angela, fingiendo someterse á la voluntad del caballero, hizo acercar á Mireta, y entre lágrimas y suspiros le dió todas las órdenes necesarias para la marcha, mientras que el gascon entretenia maliciosamente al enviado con sus planes de venganza.

—Ya os he obedecido, monseñor, repuso despues dirigiéndose al aventurero; y ahora por piedad, concededme un último favor, una gracia, os lo suplico en nombre de vuestro pasado amor.

—Sí, bien pasado, por San Jorge! ojalá nunca lo hubiera tenido.

—Concededme un último favor, un instante para hablaros.

—No, no, jamás.

—Monseñor, no me negueis esta súplica!

—Separaos de mí, muger infame.

—Monseñor, por piedad, un solo momento.

—Monseñor, repuso Mr. de Chemeraut, en el instante de abandonar á vuestra esposa para siempre, por mas culpable... una entrevista!

—Tambien vos, Mr. de Chemeraut! vos, que habeis presenciado mi ultraje! contestó el caballero.

—Pero, monseñor...

—Pues bien, hablad, ¿qué me quereis?

—Monseñor ¡delante de este caballero! .. dijo Angela como avergonzada de Mr. de Chemeraut.

—Y ¿por qué ha de ser en secreto? ¿no saben este ca-

ballero y ese miserable mulato todo lo que hay que saber entre los dos?

—Yo quisiera, monseñor, implorar vuestro perdón.

—¿Cómo! ¿no ha presenciado el señor vuestra falta? ¿por qué no ha de presenciar vuestro arrepentimiento, aunque sea fingido?

—Y vos, caballero!... dijo Angela á Mr. de Chemeraut, juntando las manos en ademán de suplicarle.

—Vamos, monseñor, repuso el enviado, concededle lo que os pide; yo me retiraré. Solo temo, añadió echando una mirada á Monmouth, que este miserable...

—No, no temais nada, los traidores son siempre cobardes: ¿no lo veis que apenas se atreve á levantar la vista? y en todo caso, por lo que pueda suceder, colocad algunos soldados á la entrada de esa otra sala, para que entren á la primera señal. Además de que yo no veo inconveniente en que esa señora hable delante de vos; vamos, hablad y despachemos pronto.

—Monseñor, repuso Angela, no me condeneis á esa doble vergonzosa humillacion; y vos, caballero, por piedad, retiraos un instante.

Mr. de Chemeraut no pudo contestar una palabra mas, y deseoso de abreviar aquellos momentos, que en su concepto se perdian inútilmente, salió del gabinete dejando solos á Monmouth, su muger y al caballero.

Apenas se alejó Mr. de Chemeraut, los dos esposos corrieron hácia el gascon y se apoderaron de sus manos, colmándolas de besos y bañándolas con copiosas lágrimas.

—Caballero, sois un hombre generoso, de talento y resolucion, exclamó el duque; perdonadnos nuestras injustas sospechas.

—Sí, perdonadnos; nosotros estábamos tan sobresaltados, y vos teníais un aire tan furioso...

—Todos tenemos razón, señora duquesa, contestó

Croustillac; mi vuelta debia inquietaros, y yo ¡ya se ve! tomaba al señor duque por un pirata; en cuanto á mi aspecto, yo no sé, ¡tantas cosas raras! ¡tanto enredo! milagro ha sido que no se me haya trastornado la chaveta; y ahora ¡cuando pienso que no he sido mas que un tonto que podria haberlo echado todo à perder!

—¡Hombre valiente y geueroso! exclamó el duque.

—Lo valiente, monseñor, está en la sangre de Croustillac; generoso, yo no sé si lo seré; eso depende de vuestra esposa, que me ha inspirado la voluntad de ser mejor de lo que soy realmente. Pero, príncipe, los momentos son preciosos; todo está dispuesto para una sublevacion en Inglaterra, apoyada por Luis XIV en el instante que desembarqueis en Cornualles. Se os ofrece el vireinato de Escocia é Irlanda, y toda especie de favores si os poneis al frente de la revolucion.

—Jamás, jamás aceptaré esas ofertas, contestò Monmouth; las guerras civiles me han costado muy caras.

Y despues mirando á su esposa exclamò:

—Hé aquí toda mi ambicion.

—Reflexionadlo bien, monseñor: si vuestro corazon os manda aceptar, os quitais del rostro esa tinta bronceada y lo descubris todo á Mr. de Chemeraut; le decís que teniais fuertes razones para guardar el incògnito hasta este momento; le probais que sois el mismo á quien él buscaba, y entonces os devuelvo vuestro ducado, y me concedeis la gracia de ir á combatir al lado vuestro y de parar con mi pecho los tiros de vuestros enemigos; estoy seguro de que esta proposicion no desagradará á la señora duquesa.

—¡Y nosotros sospechábamos de él! dijo Angela mirando á su esposo.

—Es necesario que nos perdone, contestó el duque; son muy raros los hombres así, y bien podiamos dudar de haber encontrado uno.

—¡Voto á brios! monseñor, ¡vais á confundirme con

alubanzas! hablemos de vuestros asuntos, ¿aceptais el vireinato? ¿sí ó no? Y no vayais á creer que quiero des- embarazarme de mi principado, pues es cosa que me divierte mucho y estoy ya muy acostumbra- da á él; ca- si me haria falta el tratamiento de monseñor, sin con- tar el gusto que tengo de reirme de Mr. de Chemeraut en sus mismos bigotes; pobre hombre, con su aire de importancia! Pero insisto en lo que os he dicho, señor duque, porque se tiene una furiosa necesidad de vuestro brazo para libertar la Inglaterra.

—Sí, demasiado conozco yo los pretextos con que se despierta la ambicion.

—Monseñor, es que parece todo muy bien prepara- do: la fragata que ha traído á ese buen hombre, está armada y llena de municiones de guerra, y además se encuentra en ella una docena de partidarios vuestros.

—Còmo! ¿partidarios míos?

—Sí, monseñor, valientes amigos que me esperan, es decir, que os esperan con una impaciencia extraor- dinaria. Sobre todo, un tal Mortimer que parece está frenético porque no le han dejado venir á abrazarme, pues, a abrazaros á vos: me he identificado tanto con vos, que ya os confundo conmigo; al revés, me con- fundo son vos.

Monmouth inclinó la cabeza sobre el pecho, y quedó en un abatimiento profundo, sin contestar á las cari- cias de Angela que le decía tiernamente:

—Jacobo, amigo mio, ¿qué tienes?

—No hay que dudar, dijo por fin el duque; es pre- ciso descubrirsele todo á Mr. de Chemeraut.

—¡Gran Dios! ¿que dices, Jacobo?

—Monseñor, ¿aceptais el vireinato? muy bien, aquí está vuestro primer soldado.

—No, caballero, contestò Monmouth; lo que quiero es impedir que os sacrifiqueis por mí; sin embargo, mi reconocimiento será eterno por lo que habeis hecho en mi favor.

—Cómo! ¿no es para ser virey para lo que me despojais de mi principado?

—Mis amigos y partidarios están en la fragata; si yo acepto vuestro generoso ofrecimiento, sereis reconocido mañana y os sacrificarán sin remedio.

—Pero, monseñor...

—Si no existiera la probabilidad de que mis amigos os reconociesen, yo admitiria vuestro noble ofrecimiento, y el error de Mr. de Chemeraut se prolongaria por algunas horas, por el tiempo necesario para ponerme yo en seguridad y salvaros á vos mismo de su resentimiento; pero comprometeros, jamás, jamás lo consentiré.

—¿Olvidais, monseñor, que se trata de una prision perpétua si os negais á ponerlos al frente de la revolucion?

—Por lo mismo no quiero sacrificarlos á vos. Cuando marchásteis prisionero del coronel Rutler, ya iba yo á correr en vuestro seguimiento, para sacarlos de entre sus manos.

—¡Jacobo! ¡una prision eterna! y si me impiden acompañarte, ¿qué va á ser de mí? exclamó Angela.

—Angela, contestó el duque con acento de reconcion, Angela ¿y este hombre generoso? ¿le abandonaremos á la muerte por escapar de la prision en que quizá será encerrado él?

—¡Una prision eterna!

—Sin duda ¿no posee un secreto de estado que nadie debe saber? ¿creeis que tendrá límites de venganza de Mr. de Chemeraut al reconocer que ha sido burlado?

—¡Voto à brios! monseñor, ocupaos de vuestros asuntos, y no os metais en los míos; ¿quereis quitarme el pan de la boca? ¡prisionero de estado! ¡pues no digo nada! ¡un asilo seguro para la vejez! ¿qué mas puedo yo desear? porque, francamente, esta vida aventurera ya me fastidia; es necesario pensar en algo mas estable; ¡prisionero de estado! ¡voto al diablo! no logra todo

el mundo esta felicidad; os lo repito, monseñor, no le quiteis à mis últimos años este consuelo, no destruyais mi porvenir.

= Escuchadme, caballero, os lo suplico, escuchadme, y cuando me hayais oído, vereis si mi resistencia es fundada; vereis si puedo aceptar vuestro generoso sacrificio sin ser doblemente criminal; entonces comprendereis las dolorosas memorias, ó mas bien los remordimientos que vuestra noble conducta despierta en mi corazón; y tú, Angela, mi adorada Angela, escúchame y sabrás por fin un secreto que hasta ahora he ocultado en el fondo de mi pecho: ¡pluguiese al cielo que nunca hubiera llegado el caso de hacer esta tristísima revelación!

—¡Dios mío! Jacobo, ¿qué quieres decir? me espantas con tus palabras, contestó Angela viendo la agitación de su esposo.

XXVII.

El mártir.

—¿Sabeis, preguntó el duque á Croustillac, la serie de acontecimientos políticos que me condujeron á la Torre de Londres en 1685?

= Perdonad, monseñor; soy en tope en historia contemporánea, no sé ni una palabra; y por cierto que esto hacia bien difícil mi posición de príncipe, pues á cada paso temia salir con alguna necesidad y comprometer mi nombre, quiero decir, vuestro nombre.

= Pues bien, repuso Monmouth; despues de la muerte de mi padre, cuando el duque de York mi tío subió al trono de Inglaterra con el nombre de Jacobo II, yo entré en una conspiración contra él. No trataré de

justificar mi conducta; ahora que los años y las reflexiones me han ilustrado mas, conozco que fui tan culpable como insensato. El jóven conde Argyle era el alma de aquel complot, tramado, por decirlo así, á la vista de Guillermo de Orange, Estatúder, y hoy rey de la Gran Bretaña. Argyle conocia la influencia que yo gozaba en el partido protestante, mi ambicion y mis resentimientos contra Jacobo II, y no dudò en asociarme à sus proyectos: en fin llegué á ser el gefe de la conjuracion por mi nombre y por mi influencia.

Yo tenia inteligencia secretas en Inglaterra, y no se esperaba, decian todos, mas que mi presencia para arrojar del trono al rey papista y proclamarme en su lugar. En esta confianza partí de Texel con tres buques llenos de los soldados que habia alucinado con mis promesas: ya el conde de Argyle, que me habia precedido en Escocia, habia pagado con la cabeza su audacia. Pero mi ceguedad no durò mucho tiempo, pues al desembarcar en Inglaterra conocí demasiado tarde que habia sido engañado. Entonces tuve que correr la suerte de la guerra, y á la cabeza de tres ó cuatro mil hombres, à los cuales se habian unido los valientes que estaban comprometidos, y entre quienes figuraban Mortimer, Rotschay y Dudley, me vi forzado á dar la batalla de Bridge-Water contra el jóven duque de Albemarle, gefe del ejército real... fui derrotado... completamente derrotado, à pesar de los esfuerzos de mis valientes, y de los prodigios extraordinarios de mi noble amigo Jorge Sidney que mandaba mi caballeria.

Al pronunciar este nombre la voz del príncipe se alteró, y una dolorosa emocion se pintó en todas sus facciones.

—¡Jorge Sidney! mi segundo padre, mi bienhechor! exclamò Angela, ¡ha muerto combatiendo por tí! ¡en esa batalla fué donde pereció! y ese era el secreto que me ocultabas...

El duque inclinò la cabeza sobre el pecho, y permaneció

neció un instante silencioso; después dijo:

—¡Escucha, Angela mia, escúchalo todo!... Yo fui completamente derrotado... después, herido y prófugo anduve errante todo el resto del día y la noche que siguió á aquella fatal jornada, hasta la mañana siguiente, que fui hecho prisionero y conducido á la torre de Lón-dres, donde me condenaron á muerte como reo de alta traición.

—¡A muerte! grito Angela horrorizada arrojándose en los brazos de su esposo: ¡yo creía que estabas des-terrado solamente! tú me habias ocultado eso...

—Cálmate, Angela, cálmate; sí, te lo habia ocultado para no inquietarte, y para... pero ahora lo sabrás to-do: ¡cuánto valor necesito para hacerte esta revela-cion!

—¿Por qué, Jacobo mio? ¿qué tienes que temer?

—¡Pobre Angela! cuando me hayas oido, quizá me verás con horror.

—¡A tí Jacobo! ¿eres capaz de creerlo? jamás, ja-más!

—En fin, ha llegado el momento de hablar, y quizá tambien de separarnos para siempre.

—¡Nunca, Jacobo, nunca; primero morir en tus brazos! le interrumpió Angela con acento desesperado.

—¡Voto á bríos! exclamó el aventurero ¡para que agarrara yo á Mr. de Chemeraut y lo tirara de cabeza por esa ventana, no seria necesario mas sino que vol-viérais à repetir eso!

—Es inútil, caballero, repuso el duque; toda violen-cia es imposible. El cielo quiere sin duda que yo espie un gran crimen; á mí me toca resignarme.

—¡Un crimen! ¿tú, Jacobo? ¿tú criminal? no lo creeré nunca, dijo Angela.

—Si mi crimen fué involuntario, no por eso fué me-nos horrible. Angela, voy á revelarte todo lo que debo á Sidney, al noble pariente que te amparó en tu orfan-dad, y que te amaba como á una hija. Mientras que tú

acababas tu educacion en Francia, nos conocimos Sidney y yo en Holanda, y desde aquel momento fué una sola la suerte de los dos; jamás se habia visto una conformidad de gustos, de principios y de pensamientos mas perfecta que la que existia entre nosotros, ni jamás estreché yo con mas entusiasmo la mano de otro hombre al llamarle mi amigo! alma grande, carácter noble, corazon ardiente, todo lo reunia Sidney. Soñando como yo en la felicidad de los pueblos, y tan engañado como yo sobre el verdadero fin de nuestros planes, él creia servir á la santa causa de la humanidad, mientras que no servia mas que á la funesta ambicion de un hombre. Cuando trabajábamos en organizar la conspiracion, él era mi mas activo emisario, y el íntimo confidente de todos mis pensamientos. Pintarte la abnegacion, la ceguedad con que Sidney se habia consagrado á mí, seria imposible: un solo sentimiento se igualaba en su alma con el afecto que me profesaba, el cariño que te tenia, Angela; ¡cuánto te amaba! Al través de las agitaciones y peligros de la vida de soldado y de conspirador, siempre encontraba algunos momentos para ir á abrazar á su amada hija... y á su vuelta ¡cuántas lágrimas derramaba hablándome de tí! su intrepidez, su energia indomable, todo se apagaba cuando recordaba tus gracias infantiles, las bellas cualidades de tu corazon y tu juventud estudiosa y triste. En la fatal jornada de Bridge-Water hizo Sidney, como he dicho, prodigios increíbles de valor al frente de la caballeria, y cuando yo fui arrastrado por las oleadas de fugitivos, tuve el sentimiento de dejarlo, suponiéndole, como todos, muerto en el campo de batalla.

—Cómo! ¿no fué en esa jornada donde perdió la vida? preguntó Angela enjugándose las lágrimas.

—Escucha, escucha, Angela... ah! tú no puedes figurarte lo que padece mi corazon con estos dolorosos recuerdos!

—Y el nuestro, monseñor! dijo Croustillac; ¡valiente Sidney!.. no sé qué presentimiento tengo de que no murió en esa batalla: me parece que todavía le volveremos á encontrar en el curso de esa historia!

—¡Vamos, es preciso tener valor! Ya os lo he dicho, Sidney fuè dejado por muerto en Bridge-Water, y yo preso en la Torre de Lóndres, donde se me juzgó y se fijó mi ejecucion para el dia 15 de julio de 1685. Yo me encontraba solo en mi prision y entregado á las tris-tísimas meditaciones que mi situacion me sugeria. Te lo juro, Angela, te lo juro delante de Dios que nos es-cucha; si algunos pensamientos dulces y de consuelo tuve en aquellos criticos momentos, fueron solamente los que me inspiraba la memoria de mi amigo: yo le creía muerto y me decia: «dentro de algunas horas me veré reunido con él para siempre.» cuando de pronto se abrió la puerta del calabozo y ví á Sidney.

==¡Voto á brios! exclamó Croustillac; bien seguro estaba de que no habia muerto! ¡tanto mejor para ese valiente soldado!

==No, no habia muerto, contestó Jacobo exhalando un profundo suspiro: ¡ojalá hubiera perecido en el campo de batalla!

Angela y el caballero miraron al duque sorprendi-dos, y este continuó:

—A la vista de Sidney me creí juguete de alguna vision producida por el ardor de mi fantasía; pero bien pronto me desengañé al estrecharle entre mis brazos y sentir mis mejillas bañadas con sus lágrimas: «salvado, estais salvado!» me decia cubriéndome de besos deli-rante de alegría. «¡Salvado!» exclamé yo mirándole sor-préndido: «sí, salvado!» me repitió, y luego me hizo la narracion siguiente: «El rey mi tio no podia conce-derme el perdon públicamente, porque el estado polí-tico de las cosas no lo permitia; pero tampoco queria hacer perecer en un cadalso al hijo de su hermano. In-formado, pues, por uno de sus cortesanos, amigo mio,

de la semejanza que existia entre Sidney y yo, habia procurado á aquel los medios de introducirse secretamente en mi prision: mi amigo debia cambiar sus vestidos por los mios, y á favor de este disfraz debia yo salir de la Torre, quedando él en mi lugar. A la mañana siguiente se haria pública mi fuga y la noble accion de Sidney, y mi tio mandaria ponerle en libertad, dando órdenes para que se me persiguiese, las cuales no se llevarian á efecto. Yo debia refugiarme en Francia, desde donde escribiria á mi tio dándole palabra de honor de no entrar jamás en Inglaterra.»

—¡Y bien! repuso Angela vivamente agitada; ¿aceptaste el ofrecimiento de Sidney? ¿quedó prisionero en tu lugar?

—¡Ay de mi! contestò el duque, acepté, porque lo que ma decia ¡tenia tanta apariencia de verdad! Su presencia en aquellos momentos en la Torre donde se me vigilaba tan severamente, me hacia creer que una voluntad poderosa protegia mi evasion y secundaba la tentativa de Sidney.

—¡Cómo! ¿no era así? preguntò Angela.

—Sin embargo, dijo el caballero, nada parece mas natural y análogo á las benéficas miras de vuestro tio.

—En efecto, nada parece mas natural, contestò el duque con una dolorosa sonrisa, y por eso le fué tan fácil á Sidney destruir las objeciones que yo le hacia.

—¿Qué objeciones podias hacerle? ¿qué tenia de particular que el rey Jacobo no quisiera derramar tu sangre en un cadalso, y que favoreciese indirectamente tu fuga?

—Y despues ¿cómo habia de introducirse Sidney en vuestra prision sin el auxilio de una influencia poderosa? añadió Croustillac.

—Eso mismo me decia mi amigo, y eso mismo me pareció probable, posible, cierto en fin: acepté pues el ofrecimiento, no por miedo de la muerte, ni por un horrible egoismo, sino porque me dejé alucinar de las

protestas de Sidney y por la aparente clemencia de mi tío..... ¿què mas tengo que decir? el instinto de la vida y los ruegos de la amistad oscurecieron mi razon; creí todo lo que me dijo Sidney, y tomando sus vestidos, v estrechándolo antes contra mi pecho, me fui á esperarle á la casa que me habia indicado. El carcelero me condujo por una via secreta hasta la salida de la Torre, y gracias á mi disfraz y á mi semejanza con Sidney, atravesé envuelto en una capa por entre las guardias, y me dirigí al asilo donde podia estar con toda confianza. Allí encontré un cofre cuya llave me habia entregado aquel, el cual contenia mi pedrería, que habia dejado en su poder al salir de Holanda, y que era de un valor inmenso.

Cuando me ví solo y me puse á considerar el modo milagroso como me habia salvado del cadalso, un horrible presentimiento se apoderò de mi corazon... todo me pareció en un instante combinado por una sangrienta fatalidad, y yo mismo aparecí á mis ojos como un mónstruo de crueldad, de egoismo; y ¿qué suerte le esperaba á mi amigo si el rey no cumplia su promesa? una eterna prision... Estas tristes ideas agitaron mi espíritu parte deaquella noche, hasta que calmándose poco á poco mi fantasía con la seguridad de que contaba con grandes recursos para no abandonar la Inglaterra sin haber salvado à Sidney en caso de una decepcion, me quedè sumido en un sueño profundo, que no habia disfrutado hasta aquella noche, en que por primera vez no veia el cadalso delante de mí.

A la mañana siguiente los rayos de un sol puro y hermoso me hicieron abrir los ojos, y tuve la inespliable dicha de admirar otra vez aquella naturaleza que ya habia creído muerta para mí. Entonces me acordé de mi amigo, y postrándome de rodillas uní en mis bendiciones á Dios, á Sidney y à Jacobo II, y me puse despues á esperar la hora en que, descubierto todo, volveria á abrazar à mi generoso libertador, no dudand-

do que el rey cumpliría la sagrada promesa que habia echo.

Pero el tiempo pasaba y nadie venia á sacarme de mi ansiedad, cuando cerca del medio dia oí pronunciar mi nombre en la calle á esos vendedores de noticias y acoutecimientos extraordinarios.. tuve entonces un horroroso presentimiento y me se erizaron los cabellos. Estaba arrodillado, y escuchaba con horribles latidos en el corazon las voces que se aproximaban, volví á oír mi nombre mezclado con otras palabras: un rayo de alegría tan loca cuanto horrible habia sido mi anterior presentimiento, cambió el terror en esperanza... ¡Insensato!., creí que anunciaban los detalles de *la evasion del duque de Monmouth*... Bajé al punto á la calle, compré la relacion, y volví ótra vez á mi cuarto estrechando aquel papel contra mi pecho palpitante.

Al decir esto se quedò Monmouth pálido como un cadáver; apenas podia sostenerse y se cubrió su frente de un sudor helado.

—¿Y qué? exclamaron Angela y Croustillac que apenas podian contener su emocion.

—Eran *los detalles de la EJECUCION del duque de Monmouth*, dijo Jacobo con una dolorosa esplosion.

—¿Y Sidney? preguntó Angela.

—Habia muerto por mí... habia muerto mártir de la amistad. Su sangre, su noble sangre habia corrido en el cadalso en lugar de la mia... ¿Comprendes ahora, desventurada, porque te he ocultado siempre este funesto secreto? (1)

(1) *Despues de la ejecucion del duque*, dice el historiador Hume, *conservaron sus partidarios la esperanza de volverle á ver á su cabeza: pues estaban creidos de que el que habia sido ejecutado, no era el duque de Monmouth, sino un amigo suyo QUE SE LE PARECIA MUCHO Y QUE HABIA TENIDO VALOR PARA MORIR EN SU LUGAR.*»

Saint Foix, en una carta sobre la Máscara de hierro (Amsterdam, 1768):

Diciendo así, cayó desplomado el príncipe en un sillón ocultándose el rostro con las manos. Angela se arrojó à sus piés sollozando, y el caballero dió libre curso à su llanto.

«Es cierto que corrió en Londres el rumor de que un oficial del ejército de Monmouth, que se le parecía mucho, hecho prisionero y seguro de ser condenado á muerte, habia recibido la proposicion de pasar por él con tanta alegría como si se le hubiera concedido la vida, y que una gran señora en vista de tal rumor, habiendo ganado á los que podian abrir su ataúd, y mirádole el brazo derecho, exclamó: *Ah! Este no es duque de Monmouth!*»

El mismo Saint Foix en fin, pretendiendo probar que la *Máscara de hierro* no era sino el duque de Monmouth, cita un pásave de la obra inglesa escrita por Pyns, que dice así:

«El conde Damby mandó buscar al coronel Skelton, que habia sido teniente de la Torre, cuyo destino le habia quitado el príncipe de Orange para dárselo al lord Lucas. Skelton, le dijo el conde Damby; *cenando anoche con Roberto Johnston, le dijisteis que vivia el duque de Monmouth, y que estaba escondido en una quinta de Inglaterra.—Yo no he afirmado eso puesto que no lo sé,* respondió Skelton; *lo que he dicho es, que la noche siguiente á la pretendida ejecucion del duque de Monmouth, el rey acompañado de tres hombres, vino en persona á sacarlo de la Torre, y que se lo llevó consigo.*

Saint-Froix cita una conversacion del padre Tournemine, y añade:

«La duquesa de Porstmonth dijo al padre Tournemine, y al padre Sanders, confesor del rey Jacobo, que ella recriminaria siempre la memoria de este príncipe por la ejecucion del duque de Monmouth, despues que Carlos II en la hora de la muerte hizo prometer al rey Jacobo (entonces duque de York) ante una hostia que le habia llevado en secreto Huldeston, sacerdote católico, que fuesen las que fuesen las tentativas de revolucion que hiciese el duque de Monmouth, jamas le castigaria con la muerte.—*Por eso mismo, el rey Jacobo, no le hizo morir,* respondió el padre Sanders.»

No multiplicarémos mas citas. Queriamos tan solo manifestar que esta novela no se funda sobre datos puramente ficticios, y que si no se apoyaba sobre una certeza histórica absoluta, se apoya á lo menos sobre una *posibilidad* veresimil.

XXVIII.

El arresto.

—Ahora comprendo lo que me queria decir el animal de Rutler cuando me hablaba de mi ejecucion. exclamò el gascon enjugándose las lágrimas.

—Angela, mi adorada Angela, dijo el duque alzando su noble rostro bañado en llanto, y estrechando à la jòven entre sus brazos; ¿me perdonas la muerte de Sidney, mi amigo, mi hermano, tu único pariente y tu único protector?

—Y tú ¿no eres para mi todo eso, Jacobo? Yo habia llorado su muerte creyéndola acaecida en el campo de batalla; ¿crees que la sentiré mas ahora que sé que sacrificó su vida por tí, y que hizo lo mismo que yo haria en su caso?

—Angel mio, dijo el duque, tus dulces palabras no bastan para calmar la violencia de mis remordimientos; pero sabrás al menos el culto religioso que he tenido siempre à la memoria de Sidney. Permanecí dos dias en un estado pròximo à la locura, y cuando volví en mí, me entregaron una carta de Sidney en la que me esplicaba su piadosa mentira, pues no habia visto al rey Jacobo.

—¿No le habia visto? dijeron à un tiempo Angela y el gascon.

—No, todo lo que me habia dicho era falso... ahora comprenderás si tengo razon para maldecir la culpable facilidad con que me dejé persuadir por él. Ahora conozco que la fábula à quo dí crédito era monstruosa. . no, no habia visto al rey. Sidney que tenia en depósito mis joyas habia tomado de ellas lo

suficiente para ganar a uno de los oficiales la Torre, pidiéndole por única gracia el verme por última vez. ¿Estaba aquel oficial de acuerdo con él para la sustitucion de la persona que debia salvarme? ¿Le engañó nuestra semejanza y no conoció nada? No lo sé... Al dia siguiente vinieron por Sidney, quien siguió á sus verdugos sin hablar una palabra por temor de que le conocieran... Cumplió su sacrificio, añadió Monmouth enjugando sus lágrimas que mas de una vez habian corrido durante esta narracion... Sali de Londres secretamente, y con un nombre supuesto entré en Francia para buscarte, Angela, pues Sidney me había dado instrucciones y poderes para ello. Al ver tanta belleza, tanto candor, y tan adorables cualidades y sintiéndome digno y capaz de cumplir las últimas voluntades de Sidney, me casé con ella, prosiguió el duque dirigiéndose al gascon; partimos para las colonias españolas, donde creia poder vivir con toda seguridad. A pesar de las precauciones que tomé para no ser reconocido, estuve á punto de serlo por un capitán inglés á quien habia visto en Amsterdam. Al punto salí de Cuba y vine á establecerme aquí, donde adopté los disfraces que ya habeis visto, à fin de poder correr sin riesgo la isla. Con la pedreria que trajimos compré algunos buques por medio de Mr. Morris, sugéto honrado y fiel, que sin estar en el secreto sabia á que atenerse respecto á las pretendidas viudeces de mi mujer. Estos bosques no tan solo nos servian para hacer un activo comercio, sino que los teniamos como un medio de evasiou en caso de necesidad: con este fin especialmente se hizo construir el *Camaleon*, el que una vez mandé como filibustero atacando á uu pirata. Asi viviamos dichosos y casi tranquilos, cuando supe que llegaba de gobernador de la isla Mr. de Crussol, á quien en una ocasion salvé la vida. Mi primera intencion fué partir; pero supe la declaracion de guerra de la Fran-

cia á la Inglaterra, la España y Holanda, y que se ensurraba en Inglaterra el milagroso medio porque me habia salvado. Esto me decidió á permanecer aqui; pero tomé desde entonces mayores precauciones. Estas llegaron á escitar sospachas, y Mr. de Croussol, deseoso de conocer á la viuda de tres maridos, sobre cuyas muertes se decian cosas tan extraordinarias, y que recibia las visitas de un filibustero, un cazador y un caribe, vino al *Castillo del Diablo*. Aqui me hallaba yo disfrazado de cazador, y á pesar de la espesa barba que me desfiguraba, fui conocido por el gobernador. Yo conocia su honradez, y no temí confiarme á él, exigiéndole el secreto, que me ofreció guardar bajo palabra de honor, prometiendome hacer cuanto estuviera de su parte para que no nos incomodase nadie; ha cumplido su promesa... pero al morir..

—Se lo ha contado todo al padre Grifon por escrúpulo de conciencia, dijo el caballero.

—¿Como sabeis eso? dijo el duque.

Entonces contó el gascon cómo se habia revelado al confesor del rey Jacobo la existencia de Monmouth, y cómo el padre Grifon habia causado involuntariamente esta traicion.

—Ya sabeis, caballero, dijo el duque, á precio de que sacrificio he debido esta vida que he jurado consagrar á Angela., ya sabeis los remordimientos que siento por la desgracia de Sidney, y comprenderéis que no debo esponerme á otros nuevos causando vuestra pérdida,

—Y ¿habeis podido creer que lo que acabais de contarme sea una razon poderosa para que yo no me sacrifique por vos? ¡Por vida de brios! Pues os engañais de medio á medio.

—Cómo ¿persistis?

—¡Que si persisto! presisto cien y mil veces, y por una razon muy sencilla, monseñor... y ¿porqué no la he de decir?... Hace poco mas bien queria serviros

por el amor que me habia inspirado la señora duquesa, que por afecto hácia vos, á quien no conocia... Pero ahora que sé lo que fuisteis, ahora que sé como amais á vuestros amigos, y como apreciáis lo que estos han hecho por vos... aunque vuestra esposa fuese, no digo Barba-azul, sino el diáblo en carne y huesos, aun cuando estuviera enamorada de todos los piratas del mar y de todos los caribes de las Antillas, haria por vos lo que queria hacer por la duquesa.

—Pero, caballero...

—No hay pero que valga, monseñor; siento en mi el deseo de ser para con vos un segundo Sidney. ¡Por vida de brios!

—Yo no debo permitir!...

—Estoy viendo, monseñor, que sois mas testarudo con vuestra generosidad... que el bruto del flamenco con su puñal... Pero vamos á ver... Qué es lo que vos deseais ante todo ¿salvarme de la prision?

—¡Sin duda!

—Pues bien, ¿creeis poder salvarme diciendo al bueno de Chemeraut quién sois? Aun cuando yo no sea un Séneca, me parece que en esto está la dificultad ¿no es verdad, señora duquesa?

—Tiene razon, Jacobo, respondió ésta mirando á su marido.

—Adelante, prosiguió Croustillac. Pues señor, que decis al tal Chemeraut ¡yo soy el duque Monmouth, y este caballero es un bromista que por gracia ha tomado mi nombre! Aquel os pregunta en seguida, monseñor consentis en ser el jefe de la iusurreccion en Inglaterra?

—Jamás! jamás! exclamó el duque.

—Perfectamente, monseñor. Pero ¿sabeis lo que replicará el bueno de Chemeraut á ese jamás? «Sois mi prisionero» y en cuanto á ese pillo, á ese intrigante, continuará dirigiéndose á mí, en cuanto á ese im-

postor, á ese caballero de industria, que se ha burlado descaradamente de mí, y á quien he confiado una media docena de secretos de estado á cual mas importantes, y en particular el del juego *del alfiler*, se le tratará segun ha merecido. Y el Chemeraut no se andará con repulgos de empanada conmigo, y me consideraré muy dichoso si me sopla en un calabozo donde me pudra, en lugar de mandarme á ahorcar, visto los plenos poderes que trae, lo cual será el medio mas espidito de reducirme al silencio.

—¡Ah! no digais eso, esa idea es horrorosa, exclamò Angela.

—Vos mismo, generoso insensato, dijo el duque con enternecimiento, reconocéis la inminencia del peligro á que os habeis espuesto por mí.

—Por otra parte, monseñor, replicó el gascón con una flema imperturbable, no creais que uno se sacrifica por otro tan solo con el objeto de ser coronado de rosas, como dije á la señora cuando la creia vuelta el juicio por el otro individuo de color de cobre... pero no consiste en esto la cuestion: dado caso que os entregeis prisionero al bueno de Chemeraut ¿evitareis que me prendan ó me ahorquen á mí?

—Pero, caballero...

—Pero, monseñor, no hay escapatoria; yo os estrecharé con este argumento como el otro me estrechaba con su puñal. ¿Me evitareis la prision ó la horca?

—Os equivocais, creyendo tan desesperada vuestra posicion si yo me entrego á Mr. de Chemeraut.

—No encuentro la razon...

—Sin insistir sobre mi rango y mi posicion, son tales que deberán siempre contar conmigo. Así, cuando yo diga al enviado que deseo. que quiero no se os inquiete por una accion que os honra, no dudo que se apresurará á complacerme, y que os pondrá en libertad, porque ¿qué mas podría él desear? ¿No estaré yo en su poder? ¿qué le importa vuestra prision?

—Monseñor, vos habeis sido hombre de Estado, habeis sido conspirador, sois un gran señor, y debeis por tanto conocer los hombres; pero raciocináis, perdonad mi atrevimiento, como si no los conocierais, mejor dicho, vuestros buenos deseos respecto á mí os ciegan.

—De ninguna manera, caballero...

—Tened la bondad de escucharme, monseñor ¿me concedéis que las inteligencias que se tienen en Inglaterra, y que la parte que toma en esta intriga Luis XIV prueban la importancia de la mision de Chemeraut?

—Sin duda.

—¿Me concedéis que Chemeraut tiene un interes individual, el de avanzar en su carrera, en el buen éxito de su mision?

—Es cierto.

—Pues bien, reusando vos tomar parte en la insurrección, no le dejáis á aquel mas que el papel de carcelero, y como vuestra captura no haria llevar á cabo la vasta empresa en que los dos reyes toman tan vivo interes, vuestra peticion respecto á mi seria muy mal acogida, al ver que se desvanecen todas sus esperanzas, y que yo la he engañado miserablemente.. No hay que hacerse ilusion, monseñor, aun supeniendo que aceptáseis las proposiciones de Chemeraut, y secundáseis los proyectos de los reyes, podriais apenas conseguir mi perdon.

—Lo que dice el caballero es exacto, dijo Angela dirigiéndose á su marido. No quisiera darte un consejo egoista y cobarde, pero tiene razon, y no puedes negarlo,

—Toma si tengo razon.

—Pero, considerad lo que me sucederá si acepto, dijo el duque tomando las manos de Croustillac entre las suyas: nos conducis á Angela y á mi á bordo del *Camaleon*, nos hacemos á la vela, nos salvamos..

— Bien, por vida de brios, bien monseñor. Así es como me gusta que habléis.

— Si, nos salvamos; pero ¿y vos, desgraciado? os dirigis con Mr. de Chemeraut á la fragata, os presentais á mis partidarios, se descubre el enredo, y estais perdido,

— Caramba, pues qué ¿me considerais, monseñor, destituido de imaginacion, y de astucia? Pues si no me engaño, hay alguna distancia desde la ensenada de los Caimanes hasta Fuerte-Real.

— Hay tres leguas.

— Y ¿es poco tres leguas? tres leguas son tres horas, y en tres horas, encuentra un hombre como yo seis probabilidades á lo menos para escaparse. Yo tengo las piernas largas y nerviosas, y será menester que la escolta del bueno de Chemeraut menea bien los tobillos para alcanzarme,

— Y ¿quereis que os deje jugar vuestra vida á una probabilidad tan dudosa como la de una evasion, cuando vayan á alcanzaros treinta soldados que conocen el pais? jamás, jamás.

— Y ¿quereis vos, monseñor, que yo fie mi salvacion á una probabilidad tan dudosa como la clemencia del bueno de Chemeraut?

— Pero, á lo menos no os sacrificio á ciencia cierta, y las probabilidades son iguales.

— ¡Iguales! exclamó el aventurero con indignacion, ¿iguales, monseñor? Y ¿teneis valor de compararos conmigo? ¿Para qué sirvo yo en el mundo, sino para arrastrar por él mi enmohecida tizona, y para vivir siempre á espensa del género humano? Yo no soy nada, no hago nada, ni estoy ligado á nada. ¿A quien puede ser útil mi vida? ¿Quien se interesa por mí? ¿Quién sabrà si Polifemo de Croustillac existe ó no?

— Caballero, no os haceis justicia, y,..

— ¡Por vida de brios! vos os debeis, monseñor, á

la señora duquesa, á la hija adoptiva de Sidney; si él murió por vos, vos debeis cuando menos vivir por la que él amaba como si fuese hija suya; si la reducís á la desesperacion, será muy capaz de morirse de pesar, y entonces en lugar de una tendreis que llorar dos victimas.

—Pero, caballero...

—¿Qué es esto? exclamò Croustillac haciendo una seña de inteligencia á Angela, y gritando con toda la fuerza de sus pulmones y con una prodigiosa volubilidad para cubrir la voz del duque, tú eres un miserable, un insolente, socorro... socorro... socorro... (vos me obligáis á ello, perdonad monseñor, dijo en voz baja rápidamente á Jacobo: pero no hallo otro medio).

Y el aventurero volvió á gritar, mientras que el principe asombrado é inmóvil le miraba con estupor.

A los gritos del gascon, entraron seis hombres de la escolta,

—Tapad la boca á ese picaro, tapádsela al instante, les dijo Croustillac, que temblaba no entrase Mr. de Chemeraut durante aquella operacion.

Los soldados que tenian órden de obedecer al caballero, se precipitaron sobre el duque, que rechazándolos con fuerzas hercúleas, gritò,

—Yo soy el principe; yo soy Monmouth.

Pero estas peligrosas palabras no fueron oidas por las terribles voces que daba Croustillac, quien desde el principio de esta escena fingia estar dominado de la cólera mas ecsaltada.

El duque fué sujetado, y le taparon la boca no sin algun trabajo.

Atraido Mr. de Chemerant por aquel estrépiro, halló á Angela pálida, y sumamente agitada, pues aunque habia previsto el resultado de todo aquello, no por eso dejaba de estar muy conmovida.

—¿Qué hay monseñor?

—¿Qué hay? que ese villano ha tenido la insolencia de hablarme de un modo muy irreverente, y que á pesar del desprecio que me inspira, me he visto precisado á hacerle callar.

—Bien me habia yo imaginado, monseñor, que ese miserable saldria al fin de su feroz silencio. No habia mas que mirar su rostro para adivinar que seria un insolente. Habeis hecho muy bien en ponerle mordaza á ese bribon.

—Esta escena por otra parto, prosiguiò el gascon, no habrá sido del todo inútil. Estaba yo indeciso, si, lo confieso, tuve esa debilidad. Pero ahora la suerte está echada, y los culpables sufrirán la pena de su crimen. Marchemos á la ensenada de los Caimanes, á donde ya he enviado mis órdenes para el capitan Ralph: no estaré contento sino cuando haya visto con mis ojos embarcarse á esos dos criminales; enseguida nos dirigiremos á Fuerte real.

—¿Habeis resuelto decididamente asistir á su embarco? monseñor.

—¿Qué si lo he resuelto? tan fijamente lo he decidido, que no cambiaria por el trono de Inglaterra el momento precioso é inestimable en que vea hacerse á la vela el buque que conduzca á los culpables al punto donde los envia mi implacable venganza.

—Con que ¿decididamente lo exigis? dijo Mr. de Chemeraut vacilando todavia.

—Mr. de Chemeraut, he dicho que sí, y quiero ser obedecido, contestò Croustillac con tono altanero. Mandad que todo esté pronto para la marcha, y si este miserable no quiere seguirnos, lo hara á la fuerza. Tenedle sobre todo bien tapada la boca, pues profiere unas palabras que por el trono de mi tio, no quisiera volver à oir.

Uno de los soldados examinò la mordaza del du-

que, y vió que era segura; atóle las manos á la espalda y lo llevó á fuera.

—¿Estais ya dispuesto para marchar, Mr. de Chemeraut? dijo Croustillac.

—Si, monseñor, solo me falta disponer el òrden de la marcha de la escolta.

—Id pues á eso, que aquí os aguardo; tengo ademá que dar todavia algunas órdenes.

El enviado saludó y se fué.

XXIX.

La partida.

Apenas quedaron solos el gascon y Angela, exclamó, esta:

—¡Le habeis salvado! ¡Le habeis salvado!

—Mucho hubiera querido haber empleado otros medios, señora duquesa: pero el duque es tan terco como yo; y era imposible hacerlo de otra manera. Pero vamos á lo mas urgente, pues nos quedan pocos momentos. ¿Dònde teneis los diamantes? buscadlos al instante, y lleváoslos, porque así que se descubra esto, os confiscarán vuestros bienes. Corred y traedlos, mientras yo mando á Mireta que os disponga algunos vestidos.

—¡O generoso amigo! y vos, ¿que va à ser de vos...?

—No tengais cuidado por mí. Así que os haya salvado, veré yo de salvarme tambien. Pero señora, por Dios, id pronto, pronto por las joyas, que puede volver Chemeraut.

Angela entrò en el cuarto de Monmouth, y el caballero dió dos palmadas; al punto se presentó Mireta.

—Trae inmediatamente, le dijo Croustillac, un cesto de palma con los objetos necesarios para un corto viaje que va á emprender tu señora, y no olvides sobre todo de llamarme monseñor. Ah! prosiguió, quitándose la espada y el tahalí del rey Carlos que tanto apreciaba Monmouth, que sea el cesto bastante grande para meter dentro esta espada.

—Bien, monseñor.

—Y de camino pídele á la mulata que me recibió ayer, mi espada de hierro, mi justillo verde, mis medias color de rosa y mi sombrero gris, que dejé en la habitacion donde me vestí. Escepto la espada, que tú me traerás, colocarás aquellos vestidos en otro cesto de palma, que entregarás á un soldado.

En cuanto salió Mireta, dijo para sí el caballero: «será una majadería, pero tengo un enorme cariño á mí pobre y viejo vestido, que me pondré con doble placer, porque me recordará las aventuras del Castillo del Diablo, y porque será el único que tenga, pues una vez fuera de estos embrollos me quitaré este que llevo puesto, por ser demasiado visible con las tales mangas rojas.» Despues de un momento de silencio, prosiguió el gascon lanzando un profundo suspiro: «vamos, Croustillac, has hecho bien: valor, por vida de brios, valor. La duquesita es linda, muy linda, sí, y lo que es ahora me ha llegado al corazón, lo conozco, y jamás lo olvidaré; esto es amor, no hay duda, pero un amor tan profundo como respetuoso. Afortunadamente que los peligros y las emociones me aturdirán; que si no ¡pobre Croustillac! Pero aquí llega.

En efecto entraba Angela con un cofrecito.

—Habíamos reservado estas joyas, dijo al caballero, por si llegaba el caso de tener que huir precipitadamente: nuestra fortuna está pues asegurada: así la vuestra...

Y se detuvo temiendo herir la susceptibilidad del

gascon; despues añadió tristemente y con los ojos bañados en llanto:

—¿No os parezco muy egoista aceptando sin titubear vuestro admirable sacrificio? Pero vos sereis tan indulgente como bueno, y conoceréis que se trata de lo que hay para mi mas caro en el mundo, del hombre por quien daria mil veces la vida... Pero hablar así, y á vos á quien todo lo debo, á vos, que tal vez os perdereis por nosotros, ¡oh! estoy loca, perdonadme!...

—No habéis ni una palabra mas de esto, señora, os lo pido por favor. Hé aquí la espada del duque, que era la de su padre; aquí está tambien la caja de su madre; estas son unas reliquias muy preciosas para que deba privarse de ellas. Colocadlas en el cesto.

—Hombre excelente y generoso, dijo Angela enternecida, sois tan delicado como bueno.

Croustillac no respondió nada, pero volvió el rostro para que la duquesa no viese rodar dos gruesas lágrimas por sus tostadas mejillas: alargó sin embargo sus huesosas y largas manos á la jóven, diciéndole con voz apagada.

—Adios, adios para siempre. Creo que olvidareis, señora, que soy un pobre diablo de bufon, y que os acordareis alguna vez de mí como...

—Como de nuestro mejor amigo, como de nuestro hermano, contestó Angela deshecha en llanto.

En seguida sacó del pecho un medalloncito en que estaba grabada su cifra, y dijo á Croustillac.

—Hé aquí lo que vine á buscar esta noche, y lo que queria ofreceros como prenda de amistad; cuando os lo llevaba, oí vuestra conversacion con Ruttler; aceptadlo, y que sea para vos un doble recuerdo de nuestra amistad y de vuestra generosidad.

—Dádmelo, ¡oh! dádmelo, exclamó el gascon estrechándolo contra su pecho y cubriéndolo de besos: es-

toy mas que pagado por lo que he hecho por vos, y por el príncipe.

—No creais que somos ingratos: una vez en seguridad el duque, no os dejaremos en poder de Mr. de Chemeraut, y...

—Mireta se acerca: á nuestro papel, la interrumpió Croustillac.

Mireta entrò seguida de la mulata que llevaba en la mano la espada del gascon, y de un soldado que traia el cesto que contenia sus vestidos. Angela colocò en el cesto grande de palma el cofrecillo de sus diamantes y la espada de Monmouth.

—Monseñor, todo está ya dispuesto, entrò diciendo Mr. de Chemeraut.

—Caballero, os ruego que deis el brazo á la duquesa, le dijo el gascon con aire sombrío.

Angela se detuvo como herida de una idea súbita y dijo:

—Monseñor, quisiera decir una palabra en secreto al padre Grifon. ¿Me rehusareis este último favor?

—Justamente ahora acaba el reverendo de rogarme se le permita hablar á la señora duquesa, contestò Chemeraut.

—¿Está ahí? exclamò Angela. ¡Bandido seais, Dios mio!

—Que entre, dijo Croustillac con acento lúgubre.

A una señal de Mr. de Chemeraut, saliò un soldado, y à poco entrò el padre Grifon grave y triste.

—Padre mio, tened la bondad de escucharme un momento, le dijo Angela.

Y diciendo asi, pasó con el religioso á una pieza inmediata.

—Aquí teneis, monseñor, dijo Mr. de Chemeraut al gascon, una carta que se ha encontrado al corenel Rutler, y que no deja la menor duda acerca de los proyectos de Guillermo de Oranje contra ynuestra

alteza. Ruttler será fusilado en cuanto lleguemos á Fuerte-Real.

—Ya hablaremos de eso; pero me inclino á la clemencia con respecto al coronel, no por debilidad, sino por política. Ya os explicaré mis ideas sobre este particular.

—Esperaré las órdenes de vuestra alteza, dijo Mr. de Chemeraut. ¿No llevais nada con vos?

—He entregado á un soldado de la escolta lo que tengo mas precioso, mis papeles y mis diamantes; contestó Croustillac. En cuanto á esta casa y todo lo que encierra, daré mis instrucciones por escrito al padre Grifon. Por nada del mundo querria volver á ver nada que me recordase los lugares en que he sido engañado.

—Habiendo dispuesto una silla de manos para trasportar á la señora duquesa, he hecho encerrar en la litera al mulato, y le he puesto un centinela; nosotros iremos á caballo si gustais.

—Está bien. Aquí llega mi criminal esposa.

En efecto, entraban el padre Grifon y Angela que tenia los ojos inundados de llanto. El religioso pasó por delante del caballero sin dirigirle la palabra, lo que hizo decir á este á Mr. de Chemeraut que lo miraba asombrado:

—El reverendo no aprueba mi conducta, y así lo indica claramente su silencio; pero no se atreve á tomar en mi presencia la defensa de mi mujer. ¿Queréis ofrecerla el brazo? añadió el gascon.

Angela, Mr. de Chemeraut y el gascon salieron del *Castillo del Diablo* y se dirigieron silenciosamente á la ensenada de los Caimanes, preocupados todos, excepto Mr. de Chemeraut, del resultado de aquella aventura. Cuando llegaron, era antes de salir el sol, y con la luz del crepúsculo descubrieron al *Camaleon* balanceándose graciosamente sobre las olas. No léjos del bergantin se veia un buque guarda-costas que

cruzaba de continuo por aquel paraje, el único abordable de Cabesterra.

En el embarcadero estaba la chalupa del *Camaleon*, montada por cuatro marineros á las órdenes del teniente Ralph, que con los remos levantados se hallaban prontos para volar á la primera señal.

El corazon de Croustillac latia con una violencia indecible, pues temblaba de que en el momento de recoger el premio de su sacrificio no descompusiese su plan un accidente imprevisto. Por fin vió llegar la litera en que estaba encerrado Monmouth, y á poco la silla de manos en que venia la duquesa. Los soldados de la escolta se colocaron en dos filas á lo largo del embarcadero, y el gascon dijo á Angela con voz conmovida:

—Embarcaos con vuestro cómplice, señora; este paquete instruirá al capitan Ralph de mis últimas órdenes (y lo entregó al teniente de la chalupa). Sin embargo, esperad; me ocurre una idea.

Mr de Chemeraut y Angela miraron sorprendidos al gascon. El aventurero, conociendo el valor y la adhesion de los marineros, pensó embarcarse con Angela y Monmouth, y mandar volar hácia el bergantín, á fin de escapar de las garras del enviado, no temiendo nada de los soldados de la escolta que, sorprendidos de tan brusca evasion, le dejarían tiempo para realizarla. Pero un incidente imprevisto echó por tierra este nuevo proyecto.

Una voz que, aunque lejana, era bien clara y distinta, exclamó:

—Deteneos en nombre del rey,

Croustillac se volvió hácia el lado de donde salia la voz, y distinguió á lo léjos á un oficial de marina que venia corriendo del reducto que dominaba la ensenada.

—En nombre del rey, nadie se embarque; volvió á decir acercandose.

—No tengais cuidado, mi teniente, que nadie se embarcará sin vuestra òrden, contestò un centinela á quien no se habia visto hasta ensonces por estar oculto entre las estacas del embarcadero.

—Bien, Tomas, dijo el oficial, y disparando un tiro, añadió: el guarda-costas no hubiera por otra parte dejado hacerse á la vela el bergantín.

Croustillac conociò la imposibilidad de realizar su proyecto de evasion, porque al intentarlo se daría el alarma al guarda-costas, quien se opondría á la partida del *Camaleon*.

El oficial se acercò al gascon y á Mr. de Chemeraut y les dijo: «en nombre del rey os intimo que me digais quiénes sois y á donde vais: segun las òrdenes que he recibido del gobernador, nadie se puede embarcar sin su permiso.

—La escolta que me acompaña, contestò Chemeraut, se compone de la guardia del gobernador, lo que indica que no obro sin su acuerdo.

—Teneis razon, caballero, no la habia visto y os ruego que me disculpeis. El centinela me avisó que varias personas se dirigian al embarcadero.

—Estas personas van á embarcarse bajo mi responsabilidad personal. Yo soy Mr. de Chemeraut, comisario extraordinario del rey, y autorizado con plenos poderes.

—Es inútil que justifiqueis vuestros titulos, cuando la escolta que os acompaña es una garantia suficiente.

—Pues bien, levantad la consigna.

Asi lo hizo el oficial, y Croustillac, no pudiendo moderar su impaciencia, esclamò: embarcaos al instante, señora, embarcaos.

Angela le lanzó una espresiva mirada, y el duque hizo un movimiento desesperado para romper los cordeles que le sujetaban, pero le sujetaron los marineros de la escolta, quienes le condujeron á la cha-

lupa. A una señal de Barba-azul hendiò aquella las olas con la mayòr rapidez, y se dirigió al *Camaleon*.

—¿Estais ya satisfecho, monseñor? dijo Mr. de Chéméaut.

—No, no lo estaré completamente hasta que vea al bergantin hacerse á la vela, contestó Croustillac con voz alterada.

—Muy implacable es el principe en su odio, pensó el enviado; aun està temblando de cólera, bien que sea ya segura su venganza.

A poco pareció que el horizonte se encendia con una luz rojiza, y el sol se alzò sobre la superficie del mar inundando con su viva claridad las aguas, las rocas y la bahía.

En este momento empezó á desplegar sus velas el bergantin, que habiendo recibido á bordo la chalupa, se preparaba á marchar, y virando luego de bordo, y presentando la popa á la ensenada de los Cai-manes, principió á entrar en alta mar.

Croustillac permanecia inmóvil y con los ojos fijos en aquel buque que conducia á la mujer que tan ardiente, tan locamente habia amado. Gracias á su penetrante vista pudo distinguir un pañuelo blanco agitarse en la popa del *Camaleon*: era el último adios de Barba-azul.

Bien pronto se levantò una brisa mas fresca, y el bergantin, que era muy velero, se inclinò á un costado y se alejó con tanta rapidez, que muy luego se fué perdiendo entre el cálido vapor y las brumas de la montaña; despues entró en una zona de luz brillante, y entonces no pudo el aventurero seguirlo con la vista. Cuando lo volvió á ver, no aparecia ya sino como un punto negro que se perdia en el espacio; en fin, al doblar la última punta de la isla, desapareció del todo.

Cuando no pudo ya distinguir nada el pobre Croustillac, sintió una emocion dolorosa y profunda, y

conoció que su corazón se había quedado tan vacío y desierto como el Océano.

—Ahora, monseñor, le dijo Mr. de Chemeraut, vámonos á encontrar á vuestros parciales que os esperan con la mayor impaciencia. Dentro de una hora estaremos á bordo de la fragata.

XXX.

Pesares.

Con la partida de Angela y de Monmouth, desapareció la exaltación que había manifestado Croustillac en tantos y tan comprometidos lances como se habían sucedido en aquella noche; no es todo decir que hubiese perdido la energía y que temiese los peligros que aun tenía que arrostrar, pero faltándole la presencia de la mujer por quien se sacrificaba, quedó sumido en el mayor abatimiento, mudo é inmóvil. Dos veces le dijo Mr. de Chemeraut que era tiempo de marchar, y no le oyó, hasta que viendo aquel la inutilidad de sus palabras, le tocó ligeramente el brazo, repitiéndole con fuerte voz.

—Monseñor, aun tenemos que andar cuatro leguas para llegar á Fuerte-Real.

—¡Qué quereis, por vida de brios! dijo el gascon con impaciencia. Al oír Mr. de Chemeraut esta exclamación en boca de quien creía ser el duque de Monmouth, manifestó tal sorpresa, que hizo conocer á Croustillac la imprudencia que había cometido, pero este miró fijamente y con la mayor sangre fría al enviado, y como si saliese de una distracción profunda, le dijo con tono seco: «marchemos.»

Y montando á caballo, tomó el camino de Fuerte-

Real seguido de la escolta y acompañado de Mr. de Chemeraut. Este atribuía la sombría taciturnidad del gascon al disgusto que debía causarle la criminal conducta de la duquesa, en tanto que el aventurero, que á pesar de su tristeza no era hombre que jamás desesperaba de lo presente, examinaba las probabilidades de salvarse que le quedaban, analizaba el estado de su corazón y hacia el siguiente razonamiento.

= «Barba-azul (pues siempre la llamaré como la oía nombrar cuando pensaba en ella sin conocerla) Barba-azul ha partido, y no la volveré á ver jamás... lo que se llama nunca. Esto es evidente. Veo que me será imposible olvidarla, pues me ha herido muy adentro en el corazón... Esto es absurdo, estúpido, increíble... pero es cierto, y la prueba es que la tal Barba-azul me ha trastornado del todo. Antes de conocerla, era yo tan descuidado, tan charlatan y tan alegre como el pajarillo en la rama, y no era furiosamente rígido que digamos, respecto á la delicadeza. Y ahora, estoy triste, mal humorado, taciturno... y tan exageradamente delicado, que tenía un horrible miedo de que me ofreciera al partir alguna remuneración además del medallón, del cual ha tenido la generosidad de quitar la pedrería... ¡Ah! de hoy mas, esta memoria que he debido á su bondad hará toda mi alegría... triste alegría... ¡Qué mudanza!... Yo, que cuando estaba derrotado no pensaba mas que en vestidos lujosos; yo, que me habria alegrado infinito haber tenido para los dias de fiesta este frage de terciopelo recamado de oro, estoy deseando quitármelo y ponerme mi pobre justillo verde y mis medias de color de rosa, para decir con orgullo: «He salido de este potosí del *Castillo del Diabto*, de esta mina de diamantes, tan derrotado como entré.» ¡No pueba esto, por vida de brios, que si no hubiera conocido á Barba-azul, no habria tenido jamás estos

pensamientos? Y ahora ¿qué debo esperar? se dijo Croustillac adoptando, según acostumbraba, la forma interrogativa para hacer lo que él llamaba su exámen de conciencia.

=Vamos á ver, y respóndeme con franqueza, Polifemo: ¿aprecias mucho la vida?

—Eh!... eh!

—¿Qué tal te sentaría la horca?

=¡Hem!... ¡hem!...

=Vamos, con franqueza:

=Lo que es la horca, no me sería en rigor muy desagradable; si me ahorcaran á la vista de Barba-azul... Pero no, esa es una muerte innoble y ridícula, se saca la lengua, se pateá...

—Polifemo, ¿temeis... ser ahorcado?

—Miedo no tengo... pero ese de ser ahorcado como un perro rabioso, sin que le miren á uno dos hermosos ojos, y sin que le sonría una linda boca...

—Sois un fátuo y un estúpido... creéis que la señora duquesa de Monmouth vendría á aplaudir vuestro último trezado? Polifemo, buscáis escapatorias; teneis miedo de que os ahorquen.

=Pues bien, lo tengo y no hablemos mas de ello; también exajeramos mucho, por vida de brios: yo creo que por tan poca cosa no se ahorca á un hombre; o que es la prision, es muy posible y aun probable.

=Y bien, ¿qué decis de la prision?

—La prision es una cosa monótona... conozco que allí tendré el recurso de pensar en Barba-azul, en la apacible soledad de los bosques, en la tranquilidad del valle paterno... ¡El valle paterno! sí, decididamente quiero acabar allí mis dias, pensando en la duquesa; pero ¿encontraré el valle paterno? Son tan espesas las nieblas de nuestro Garona, que me temo andar errante muchísimo tiempo antes de encontrarlo.

—Polifemo, divagais mucho, y veo que quereis escapar de la prision como de la horca.

—Sí señor, que quiero escapar: y ¿á quién he de confesarlo sino á mi mismo? ¿Me comprenderá na lie mejor que yo?

—Entoncés ¿cómo evitareis la suerte que os amenaza?

—Hasta ahora no se presenta este camino muy á propósito para una evasion, pues veo rocas á la derecha, el mar á la izquierda, y la escolta delante y detrás de mi... mi caballo no me parece malo; si fuera mejor que el de Chemeraut, podria ver si corria mas que él.

—¿Y despues?

—Me escaparia.

—¿Y despues?

—Echaria pié á tierra, abandonaria el caballo, me ocultaria en una caverna, ó subiria por las rocas, pues tengo piernas de acero...

—Pero se os hallará muy fácilmente, Polifemo, puesto que se encuentran los negros *marrones*, á menos que no os devoren las serpientes.

—Ya, pero siguiendo al bueno de Chemeraut como el borrego que lleva el carnicero al matadero caigo de plano en medio de mis parciales; el buen Mortimer al ver quien soy, me echa los brazos al cuello, no para abrazarme, sino para ahogarme: cuando tentando la fuga, puedo volver á ver á Barba-azul.

—Estais loco, Polifemo: ámais sin esperanza á esa mujer, que está apasionadísima de su marido, que es tan buen mozo, tan gran señor y tan interesante, cuanto vos sois feo, pobre como las ánimas benditas, aunque de antigua y noble raza... Por otra parte, vuestra fuga, tenga buen éxito ó no lo tenga, ¿no despertará las sospechas de Mr. de Chemeraut? ¿No comprometeréis con ella á los que habeis salvado?

—Por lo que respecta á esto, no hay nada que temer: el *Camaleon* vuela por el mar como una paviota, y ya estará Dios sabe donde. Así pues, no veo inconveniente en averiguar si mi caballo es mas ligero que el de Chemeraut... á propósito, me parece que ahora está el tal Chemeraut muy meditabundo... la playa es recta y hermosa.. si me determinara á partir...

—Pues partid, Polifemo.

Apenas el aventurero se dió mentalmente este permiso, cuando aplicando los talones á su caballo, salió al punto á escape. Mr. de Chemeraut, sorprendido un instante, le miró huir pero se puso inmediatamente á seguirle, no comprendiendo la causa de este *capricho* del príncipe.

Mr. de Chemeraut era un excelente jinete, y en poco tiempo alcanzó al gascon gritándole: monseñor.. monseñor... ¿á donde vais?

Viéndose el caballero cogido, se detuvo.

—¿Qué mosca ha picado á vuestra alteza? ¿por qué habeis salido á escape?

—Por que tengo una vivísima impaciencia de unirme á mis parciales, y sobre todo de ver al pobre Mortimer que me espera con impaciencia; contestó el aventurero con la mayor sangre fria, además que... por mas que hago.. no puedo desechar ciertas ideas desagradables respecto á mi muger, y queria huir de esas ideas... huir de ellas de cualquier modo...

—Me parece, monseñor. que física y moralmente huíais de ellas; por desgracia las rocas del camino se oponian á que las huyèseis más.

Llamando luego al guia, le preguntó á qué distancia se hallaban de Fuerte-Real, y al oír que á una legua, sacó el reloj y dijo á Croustillac.

—Si el viento es bueno, podemos hacernos á la vela á las once, y dirigirnos á las costas de Cornualles, donde la gloria os espera, monseñor.

—Así lo creo, pues de otro modo sería absurdo el que yo fuera. A propósito de nuestra empresa, me parece que será de mal agüero inaugurarla con una muerte.

—¿Qué quereis decir, monseñor?

—Que vería con pena fusilar al coronel Rutler. Soy supersticioso, caballero, y esta muerte me parecería de un funesto presagio... Siéndome personal su atentado, os pido su gracia.

—Monseñor, su crimen ha sido flagrante, y...

—Pero su crimen no se ha realizado: insisto en que no se fusile al coronel.

—Pero á lo menos espiará en una detencion perpétua su audaz tentativa.

—En prision... bien... de una prision se puede salir algun dia, y á lo menos hay el recurso de esperar, lo que abrevia considerablemente el tiempo... Además que el coronel podría divulgar mi próximo desembarco en Cornualles, y es una cosa que debemos evitar.

—Haré lo que deseais, monseñor.

—Hablando de otra cosa, caballero... como ya os he dicho, soy supersticioso. He observado durante mi vida ciertos dias fastos y nefastos, y el dia de hoy es nefasto. Así por nada del mundo quisiera dar principio á una empresa tan importante como la nuestra, bajo la influencia de una hora que creo fatal... Por otra parte, me siento fatigado, lo que concebireis fácilmente recordando las diferentes emociones que me agitan desde ayer.

—Pero... ¿cuáles son vuestros designios, monseñor?

—No estarán muy conformes con los vuestros... sin embargo, os lo declaro, hasta mañana al salir el sol no quiero que nos demos á la vela.

—¡Monseñor!

—Conozco demasiado todo lo que podeis decirme..

pero veinte y cuatro horas mas ò menos nada valen... estoy resuelto à no poner hoy el piè à bordo, porque sè que atraeria sobre la fragata todas las tempestades del trópico... así, quiero pasar el dia de hoy en la casa del gobernador sin ver à nadie absolutamente... tengo necesidad de estar solo, sí, solo siempre,

—¿Siempre solo, monseñor? la vida que os espera no es la mas á propòsito para la soledad.

—¡Ah! caballero, respondió filosóficamente Croustillac; el desgraciado encuentra la soledad aun en medio de la multitud... ¡una mujer á quien tanto amaba! añadió con un hondo suspiro.

—Monseñor, contestò el enviado suspirando tambien para ponerse en armonia con el ilustre personaje; ¡eso es terrible! pero el tiempo cicatriza las heridas mas profundas.

—Teneis razon, caballero, el tiempo cicatriza las heridas mas profundas: yo tendré valor, me repondré de mis fatigas y disgustos, y mañana lo olvidaré todo en los brazos de mis leales compañeros.

—¡Mañana será un hermoso dia para todos!

Mr. de Chemeraut se veia obligado á guardar muchos miramientos con el caballero, y no podia negarse á la menor de sus observaciones, por mas que sus deseos le representaran como perjudicial cualquiera tardanza en salir de la isla: por su parte Croustillac no tenia otro objeto sino retardar todo lo posible el instante de ser descubierto, pues recordaba muy bien aquellas palabras de Barba-azul:

»No seremos ingratos; tan luego como el príncipe se halle en seguridad, os sacaremos de las manos de Mr. de Chemeraut: ganad tiempo, ganad todo el tiempo posible.»

Al cabo de una hora de marcha llegó la comitiva á Fuerte Real y entrò en el palacio del gobernador;

quien ya habia recibido un aviso de Mr. de Chemeraut.

El baron se habia vuelto á poner su gran peluca y su casaca bordada para recibir dignamente á sus huéspedes, y ardía en vivísimos deseos de saber quién era aquel personaje desconocido que tanto interés inspiraba á S. M. y á Mr. de Chemeraut. Pero ¿cuál sería su admiracion al ver, en lugar de una muger, que era lo que él esperaba, al caballero con aquel vestido de terciopelo negro con mangas encarnadas? Sin embargo, como el emisario le habia hablado de un secreto de Estado, no se atrevia á desplegar los labios, hasta que encontró ocasion de decir á media voz á Mr. de Chemeraut.

—Yo esperaba á una señora...

—Pues bien, contestò el enviado, esperábais muy mal... y ahora lo mejor que podeis hacer, es ofrecer algun refresco á vuestro huésped.

—Respecto á eso, yo habia pensado poner tres cubiertos...

—Es que no sabemos si monseñor se dignará admitirnos á su mesa.

—¿Còmo! ¿luego se trata de un gran personaje? exclamó el gobernador abriendo tamaños ojos.

—Señor baron, respondiò con gravedad el enviado; me poneis en el caso de repetiros que mi mision no me permite contestar...

—Basta, basta, caballero. Ahora tened la bondad de preguntar á monseñor si se digna aceptar el almuerzo que tengo preparado.

El enviado trasmitiò la pregunta del baron á Croustillac, el cual, pretestando la fatiga del camino, dijo que deseaba almorzar y permanecer solo. Ordenando luego que se le trajese el cesto de palma que habia entregado en el Castillo del Diablo á uno de los soldados, añadió:

—¿Quién creerá que esto contiene todo lo que

poseo! ¡mas de tres millones de francos en joyas y piedras preciosas!

—Pero... monseñor, ¡que imprudencia confiar esos tesoros á un soldado! exclamò Mr. de Chemeraut.

—El ignoraba lo que traia... y no habia temor de que se pudiera despertar su codicia.

Como ya saben los lectores, el tal tesoro eran los vestidos viejos y las medias de color de rosa del pobre aventurero.

XXXI.

La partida.

Cuando el gascon se hallò enteramente solo, se sentò á la mesa que le habian servido, comiò poco, y se acostò con la esperanza de que un buen sueño tranquilizaria su espíritu, y le sugeriria quizá algun medio de salvacion. Desde su entrada en aquella estancia habia reconocido la imposibilidad de la fuga, al ver debajo de sus ventanas á dos centinelas del gobernador.

Por su parte Mr. de Chemeraut aprovechò tambien aquellos instantes de soledad, para reflexionar sobre los raros acontecimientos de que habia sido causa y testigo á un mismo tiempo. Preciso es confesar en honor de su perspicacia y de sus talentos diplomáticos, que él no dudaba ni un ápice de que Croustillac fuera el duque de Monmouth; pero la conducta de la duquesa, y el lenguaje y maneras del gascon, aunque adaptadas á su dignidad y carácter, le hacian temer que fuese un aventurero. Sin embargo, ¿còmo podia esplicarse la circunstancia de ver entre las manos de Croustillac los objetos preciosos,

las armas y los vestidos del hijo de Carlos II, la obediencia que le prestaban la duquesa, los criados y el comandante del *Camaleon*, y sobre todo, el haberle encontrado prisionero del coronel Rutler, que como enviado secreto del rey Guillermo debía hallarse muy bien enterado de la identidad de la persona del duque?

Todas estas consideraciones que se agolpaban á la mente del emisario francés, y que halagaban tambien su amor propio y la esperanza de asegurar el precio de su delicada mision, borraron los débiles escrúpulos que por un momento le hicieran vacilar, y le dieron mas deseos de llevar á cabo su empresa tan felizmente comenzada. Así, no bien hubo caido la tarde y empezó á ocultarse el sol, subió á la azotea del gobernador para consultar el tiempo y lo favorable del viento, prometiéndose darse á la vela aquella misma noche para las costas de Inglaterra. No habrian pasado muchos instantes, cuando apareció en la misma azotea el gobernador, jadeando de cansancio que la escalera le habia causado

—Señor, dijo dirigiéndose á Mr. de Chemeraut; ahí está el capitan del bergantin mercante *El Unicornio*, que quiere hablaros de cosas muy importantes, segun dice.

—Hacedle subir aquí, contestò el enviado, pues tengo muy pocos instantes de que disponer.

Un momento despues se hallaba el capitan Daniel en presencia del emisario francés. Nuestro antiguo conocido no tenia por cierto el aire despota y brutal que le hemos visto al principio de esta historia á bordo de su buque donde se consideraba rey; antes por el contrario se acercaba con pasos muy medidos, con la cabeza inclinada y con el sombrero en la mano, en ademan de suplicar alguna cosa, á la cual no se creia con derecho de ninguna especie.

—¿Qué quereis? le preguntò bruscamente el enviado.

—Vamos, hablad, capitan Daniel, añadió el gobernador con acento mas dulce, viendo que cada vez se aumentaba mas el embarazo del marino.

—Monseñor... tartamudeó este...

—Yo no soy monseñor... vamos, decid lo que quereis.

—Pues bien, mon... digo, señor, yo acabo de llegar en este momento de San Pedro con un rico cargamento de azúcar, café, pieles...

—¿A qué tengo yo que saber el inventario de vuestro cargamento? le interrumpió Mr. de Chemeraut; despachad, ¿qué es lo que teneis que decir?

—¡Yaya, capitan Daniel, hijo mio, esplicaos! repuso el gobernador; decid á este caballero lo que deseais, y no esteis ahí tan turbado.

—Pues señor... aunque yo tengo á bordo doce cañones y algunos pedreros, mi cargamento es de tal valor, que temo verme hecho presa de esos piratas...

—¿Y qué?

—Y venia á suplicaros que me permitiéscis hacerme á la vela en convoy con la fragata de guerra que está á la vista.

—¡Diablo! interrumpió el gobernador, bien veo teniais razon para estar tan cortado. ¡Cómo! capitan Daniel, ¿con que las fragatas de guerra de S. M. van á servir de escolta á vuestro cargamento?

—Es imposible, contestó el enviado, la fragata es muy velera y no puede esperar á vuestro buque; eso es una locura.

—Si no es mas que eso, no temais nada, señor... sin desacreditar á la fragata de S. M., yo puedo muy bien asegurar que la seguiré á pesar del viento y de la mar.

—Os repito que es un disparate; la *Fulminante* es de primera andadura.

—No me negueis lo que os pido, mi buen señor, repuso Daniel con acento de súplica, si la fragata es mas velera que la *Fulminante*, la dejará atrás; pero á lo menos, habrá andado algunas millas escudada con el pabellon del rey y se salvará, puesto que los corsarios no son temibles mas que á la salida de los puertos. Señor, no permitais que los enemigos de S. M. se aprovechen del cargamento del *Unicornio* que vale mas de un millon.

—Es inútil, la fragata no podria detenerse á defenderos si os atacasen, pues su mision es de tal naturaleza, que no debe entorpecer su marcha sirviendo de convoy.

—¿Es posible que un buque de guerra del rey nuestro señor rechace á un pobre barco mercante que no le pide mas que el abrigo de su pabellon, durante el tiempo que pueda seguirlo!

Mr. de Chemeraut no podia rehusarse á esta peticion, que en nada estorbaba la libertad de la maniobra de la fragata, puesto que el capitan Daniel se obligaba á seguir su marcha, ó á ser abandonado. Sin embargo no accedió á ello.

—Bien conocereis, le dijo, que si un corsario os atacase, á pesar de ir bajo nuestra escolta, la fragata no podria dejaros sin socorro; y oomo entorpeceriais mi maniobra, no me es posible acceder á lo que me pedís.

—Pero, señor, ¿y mi riquísimo cargamento?

—Puesto que teneis cañones, defendedlo.

—Pero señor...

—Basta, le interrumpió Mr. de Chemeraut con acento seco.

El capitan Daniel hizo una profunda roverencia, se retiró andando hacia atrás hasta la escalera, y desapareció.

—¡Habrá gentes como los tales negoeiantes! esclama-

mò Mr. de Chemeraut; á la fuerza quieren què todo sirva á sus intereses.

—Sin embargo, contestó el gobernador, muy pocas veces se les niega proteccion.

—Pero se les niega algunas, y esta es una de ellas, repuso bruscamente el enviado.

Cuando se despertò Croustillac, era ya de noche, y la luna brillaba con tanta claridad que iluminaba perfectamente su habitacion. Su primer movimiento fué asomarse á la ventana, á cuyo pié distinguiò los centinelas del gabernador.

—¡Diablol dijo, por este lado es imposible la fuga, á menos que no me determine ò saltar sesenta piés de altura para caer sobre la cabeza de un soldado, que no dejaria de estrañar mi modo de salir de casa del gobernador. Veamos este otro costado.

Y asomándose á la puerta que daba á las habitaciones interiores, tuvo que retirarse inmediatamente por las muchas luces que habia, y que le indicaban que aquella pieza estaba probablemente ocupada.

Entonces se puso á buscar el cesto de palma que habia hecho traer del Castillo del Diáblo, y sacando sus vestidos raidos y perfumados aun con los aromas del-bosque, se vistió á la claridad de la luna, diciéndose así mismo.

—«¡Voto á brios! bien hacen en llamar ventura á a ventura; á fé mia que si fuera una santa, la habia de hacer mi patrona. *Ventura Polifemo sir de Croustillac!* ¿Quién hubiera creido á bordo del *Unicornio* que la apuesta de casarme con Barba-azul habia de estar á pique de realizarse? Porque en resumidas cuentas, el hombre del puñal y Mr. de Chemeraut, es decir, la Inglaterra y la Francia me creen hoy el marido de Angela. ¡Picaro destino, cómo lo enreda todo! Quién diablo me hublera dicho, cuando sali de la casa del padre Grifon con mis medias de seda, y mi palo en la mano para matar las culebras,

que partia (aunque no muy directamente) á revolucionar la Inglaterra y á colocar en su trono á ese pobre Jacobo que me habia ahorcado sin piedad! Bien dicen que las miras de la Providencia son impenetrables. Por lo que hace á mí, maldito si penetro el fin de todo esto.

Aquí llegaban las reflexiones de Croustillac cuando acabó de vestirse; y deseoso de aprovechar aquellos momentos que le parecían los mas oportunos para la fuga, abrió la puerta é iba á salir, cuando se vió detenido por los lacayos del gobernador.

—El señor baron, dijo uno, ha mandado que nadie entre en esa alcoba, y que se le llame en el momento que se levante monseñor.

—Es inútil incomodarle, hijo mio, repuso prontamente el caballero: lo único que deseo es tomar el fresco y respirar el aire libre. conducidme al jardin, al campo: eso es lo que quiero, campo abierto.

—Para bajar al jardin hay que atravesar esa galeria, y allí está la puerta falsa.

—Bien, muy bien, hasta con eso.

—Monseñor, aqui viene el gobernador, y él mismo os conducirá.

—¡Vaya al diablo el gobernador!

En efecto el baron, seguido de Mr. de Chemeraut, se dirigia hácia la habitacion del caballero, pero al ver á este levantado, le dijo con aire placentero:

—Mas vale así, monseñor; en este momento iba á despertaros.

—¿A despertarme?... ¿por qué?

—Porque el viento y la marea no guardan consideraciones á nadie, y si perdemos este instante propicio para el embarque nos esponemos á no salir hasta mañana del puerto.

—No hay remedio, dijo Croustillac en su interior, ya está echada la suerte, ahora tratemos de retardar el momento de presentarme ante esos rabiosos par-

ciales que me van á devorar con su cariño.

Diez minutos despues se alejaban Mr. de Cbemerant y el gascon del muelle de Fuerte-Real, dejando al gobernador mas confuso que nunca, y diciendo entre dientes al ver el bote deslizarse por encima de las ondas.

—¡Bueno está esto! ¡Estar toda la noche en pié, sudar el quilo con este maldito uniforme, y no saber nada de los misterios que pasan én mi gobierno!

XXXII.

La fragata.

El caballero de Croustillac, envuelto en una larga capa oscura, que habia encontrado entre sus viejos vestidos, ocupaba en la chalupa el sitio de honor al lado del emisario francès. Ambos guardaban silencio, y tenian clavados los ojos en la *Fulminante*, que se mecía dulcemente á la claridad de la luna en el plateado Océano. Por fin, el gascon dijo á su compañero con cierto aire de gravedad reflexiva:

—Estoy pensando, señor enviado, en que debo ocuparme seriamente del discurso que he de dirigir á los amigos que se hallan en la fragata; debe ser una especie de manifiesto, una profesion de fè política, y hasta debe contener el plan que tengo imaginado para la campaña que vamos á emprender. Creo que me entendeis perfectamente: será necesario desenvolver las bases de la revolucion; las consecuencias de la alianza, ó mas bien del apoyo moral, es decir, material, que nos presta la Inglaterra.. no, no, que nos presta la Francia.

—¿Y qué, monseñor? le interrumpió Mr. de Chemeraut.

—Decía pues, prosiguió el gascon, que ya iba enredándose en su discurso, que para trabajar en la arenga, sería bueno no presentarme hasta mañana á mis amigos, y verificar mi entrada á bordo con el mayor silencio.

—Es muy probable, contestó el enviado, que esos señores esten durmiendo, pues ignoraban que esta noche se verificase la llegada de V. A.

—Sin embargo, mucho temo que ese furioso, es decir, ese valiente y querido Mortimer me esté esperando.

—No sería extraño, monseñor, porque es inexplicable el ansia que tiene de abrazaros.

—Pues!... de abrazarme, eso es lo que yo temo, ¡ah! ¡vos no sabéis quien es ese Mortimer!

—¿Cómo, monseñor!

—Es el temperamento mas nervioso que se ha visto.

—¿Y, qué?

—¿Qué? que mi vista solo causaria en él una revolucion: ahí donde le veis, tiene una debilidad cerebral que me pone en cuidado por su razon.

—¿Es posible! monseñor, con aquella complexion atlética.

—Atlética, ¡voto á brios! exclamó por lo bajo Croustillac, no me falta mas sino que este Pilades se vuelva un Hércules. Y luego siguiendo la conversacion con Mr. de Chemeraut:—Amigo mio, le dijo, vos no conocéis á los ingleses: esos que parecen mas robustos, son los mas susceptibles de impresiones violentas: ¡si yo os contara cosas de ese pobre Mortimer! Pero en fin, habeis comprendido mi deseo, y espero que me evitareis la necesidad de presentarme antes de mañana á mis queridos compañeros.

—¿Qué buque es aquel que está cerca de la fra-

gata? preguntó Mr. de Chemeraut al patron del hote.

—Señor, contestò este quitandose la gorra con ademán respetuoso, es un bergantín mercante que llegó anoche de San Pedro.

—¡Bah! repuso el enviado, será el barco de aquel imbécil que queria que le sirviéramos de escolta... Pero hénos á bordo, monseñor... todas las luces están apagadas, lo que es señal de que no nos esperan todavía.

—¡Mejor! ¡mucho mejor! ¡con tal que no esté por ahí Mortimer!

—Me parece que le distingo sobre el puente, monseñor.

Croustillac se habia levantado el embozo de su capa hasta las cejas, y encajándose el sombrero hasta las orejas, de modo que fuese imposible reconocerle; pero viendo solo al oficial de guardia, y que todo iba á pasar sin ruido, saltó en la cubierta, contestándole al enviado que se lamentaba de lo intempestivo de la llegada:

—Mañana, mañana se harán los honores y todo lo que querrais, mañana: siempre hay tiempo para esas frivolidades.

Entonces se despidió Mr. de Chemeraut del caballero, quien siguió al oficial de guardia que, con las mayores muestras de respeto, le condujo al camarote que le estaba destinado.

—¿Teneis algo que ordenarme, monseñor? le preguntó el marino.

—Nada mas que no entre aquí nadie absolutamente mientras yo no llame ¿lo entendeis? absolutamente nadie.

Media hora despues surcaba la *Fulminante* las encrepadas ondas bajo sus henchidas y magestuosas velas, que con gran satisfaccion de Mr. de Chemeraut, la impelían léjos de las costas de la Martinica.

—A fé mia que esto marcha á las mil maravillas, decia el enviado frotándose las manos con un eminente amor propio; ¡que vengan todos los diplomáticos del mundo à hacer lo que he hecho yo!... ¡Burlar los proyectos del rey Guillermo, engañar á su emisario, vencer los escrúpulos del príncipe, ayudarle á vengarse de una esposa criminal... y desembarcarlo en Inglaterra á la cabeza de todos los revolucionarios! ¡Bravo Chemeraut, este es tu mas glorioso triunfo! A este triunfo seguirá el premio un gran premio, toda una fortuna... tu talento y tu perspicacia la han ganado bien. ¡Bravo, bravo!

.....
 A las diez de la mañana siguiente navegaba la *Fulminante* en pleno Océano, rodeada de un inmenso y azulado horizonte. Solo se distinguian á alguna distancia y por lados opuestos, dos buques que parecian seguir el mismo rumbo de la fragata, aunque ambos se mantenian fuera de tiro de cañon de esta, y como temerosos de entrar en sus aguas.

Deseoso el capitan de la fragata de conocer las intenciones de los dos buques, mandó al timonel que orzase un poco mas al norte. En el momento orzaron ellos un poco mas al norte.

Entonces mandó el capitan el mismo movimiento hácia el oeste. Y los dos buques lo imitaron tambien hácia el oeste.

Ya no le quedó duda al comandante de que aquellos barcos seguian á la fragata; pero irritado de que tuvieran el atrevimiento de pretender competir con la *Fulminante*, hizo forzar las velas para que tomase toda su audadura. Sin embargo, los importunos bajeles, imitando la maniobra, demostraron que si no aventajaban à la fragata de S. M. tampoco le iban en zaga; lo cual visto por el comandante, le hizo desistir de la inútil tentativa de burlarse de ellos.

En esto apareció sobre la cubierta un nuevo persona-

je. Era un hombre de cerca de cincuenta años, alto, robusto; vestido de encarnado, con botas altas á la Cromwel, y de cabellos y bigotes color de fuego, rostro encendido, y ojos centelleantes que daban á su fisonomía un carácter violento y apasionado. Este personaje atlético, el mas fanático de los fanáticos partidarios del duque de Monmouth el que envidiaba la suerte de lord Sidney, era lord Percy Mortimer.

Su impaciencia no tenía límites, había ya bajado veinte veces á la puerta del camarote de Croustillac á preguntar si *milord duque* le había llamado, y subía en aquel momento rabiando porque el oficial no le dejaba entrar á abrazar á su príncipe.

—S. A. ha prohibido rigorosamente que se le llame mientras no avise por sí mismo, le dijo Mr. de Chermereaut que ya estaba en la cubierta vestido de gran uniforme.

—Estoy sobre ascuas, repuso Mortimer, nunca me perdonaré haberme acostado anoche y no haber sido el primero en abrazar ó nuestro amado Jacobo.

—¿Amais mucho á uuestro valiente duque, lord Mortimer? dijo el enviado.

—¿Que si le amo! contestó el inglés poniéndose mas rojo que el carmin, ¡si le amo! Mirad, el mejor amigo que tengo es Dick Dudley. pues bien, yo me he batido con Dick, porque tuvo la loca presunción de decir que amaba á Jacobo mas que yo,

—Tenia razon el duque, se decia el enviado, esto no es ya amor sino rabia.

—¡Ver á nuestro príncipe! proseguia Mortimer con mas vehemencia, ¡que día! ¡que felicidad! abrazar á un compañero de armas tan querido y á quien creia muerto! ¡tan valiente, tan generoso, con un corazou de rey! decir *es él, es el mismo que habiamos perdido y llorado durante cinco años.*

—¡Gran príncipe debe ser! repuso Mr. de Cheme-

raut, cuando todos vosotros venis á ofrecerle vuestras vidas; y eso que á escepcion de vos, de lord Rothsay y de lord Dudley, los demás han sido impulsados por su nombradía, y le aman sin conocerle siquiera.

—¡Y que no le amen, que no le sacrifiquen sus vidas como nosotros! ¡eso quisiera yo ver! todavia me acuerdo de otro desafío que tuve tambien con Rothsay, porque dijo que me amaba á mí mas que á Jacobo.

—Lo cierto es, contestò el enviado, que pocos principes inspiran el entusiasmo que el duque de Monmouth.

—¿Como pocos principes, decis? como ninguno; se hubiera alguno. ahora mismo iria yo á cortarle la cabeza en dos mitades... ¿es verdad, Dudley? ningun príncipe.

Estas últimas palabras fueron dirigidas á lord Dudley, que subia por la escotilla de popa. Su talla y proporciones guardaban una armonia perfecta con las de lord Mortimer, sin embargo de sus cabellos y bigotes negros, que empezaban ya á blanquear por su edad y padecimientos.

—¿Qué hay, Percy? preguntò el recién llegado á su amigo con tono de familiaridad.

—¿Es verdad, Dick, que ningun príncipe puede compararse á nuestro Jacobo?

—Esceptuando á nuestros dignos amigos y compañeros de espedicion, si alguno se atreviera à decir que Jacobo no es el mejor, el mas valiente y el mas generoso de los hombres, ¡por San Jorge! que le habia de arrancar la piel á latigazos, y hacerlo cuartos. Y vos que ya le conoceis como nosotros, vos, que sin duda habeis tenido sus manos entre las vuestras, dadnos esas manos que desde hoy están santificadas por el contacto de las de nuestro príncipe.

A esto los dos lores se apoderaron de las manos de Mr. de Chemeraut, y empezaron á apretarlas con

tales demostraciones de delirio, que el pobre francés iba de uno á otro lado sin atreverse á quejarse de la opresion con que los dos atletas le atormentaban.

Poco á poco habian ido subiendo todos los parciales del duque, y como nada hay mas contagioso que se entusiasmo, todos rodeaban á Mr. de Chemeraut, y querian arrancarle las manos porque habian tocado á las del príncipe.

—Señores, les decia el enviado, ahora comprendo por qué temia el duque el momento de la primera entrevista, su emocion debia ser muy violenta.

—¿Y la nuestra? respondió Dndley: cuarenta dias hace que salimos de la Rochela; pues bien, que muera yo en este momento si he dormido tres horas en cada noche; y aun eso con un sueño tan agitado, como el que se tiene la víspera de un desafio en que sabe uno que va á matar á su contrario... ¡Tanta ha sido mi impaciencia durante este viaje!

—¿Y la mia? contestò Mortimer, mi impaciencia me ha causado un efecto enteramente contrario: á cada instante me despertaba sobresaltado, así deberia yo dormir la víspera de ser pasado por las armas.

—Yo no conozco al duque mas que por su retrato, dijo uno de los circunstantes, y sin embargo...

—Y yo solo por su fama, interrumpió otro.

—Pues yo he dejado mi muger y mis hijos, porque el duque es hijo de Carlos II, añadió un tercero.

—El nombre del duque de Monmouth es como un clarín, exclamó otro.

—Bastará pronunciarlo en las costas de Inglaterra, dijo el cuarto, para que todas esas ratas de Holanda se vayan á sus agujeros.

—Empezando por el rey Guillermo.

—Señores, repuso el enviado, me poneis orgulloso con el resultado de mi empresa... el duque de Monmouth...

—¡Viva el duque de Monmouth!!!

—¡Viva el hijo de Carlos II!!!

—¡Viva el vencedor de Guillermo de Orange!!!

Y el entusiasmo llegó á tal punto, que Mortimer lloraba de alegría, y como el enternecimiento es tan contagioso como el entusiasmo, Dudley se echó á llorar al ver llorar á Mortimer, y todos lloraron de ver llorar á Mortimer y á Dudley.

XXXIII.

El reconocimiento.

Un nuevo personaje apareció en aquel momento para aumentar el número de los apasionados admiradores de Monmouth: este era lord Joselyn Rothsay, quien sin embargo de ser joven todavía, tenía los cabellos y bigotes enteramente blancos, pálida la tez, y parecía agobiado por los dolores que le causaban sus heridas. Marchaba apoyado en los hombros de dos lacayos, y seguido de un hombre de apasible fisonomía y semicupado al parecer de sus pasos y movimientos, quien le dijo con tono afectuoso y suplicante.

—Milord, esta imprudencia puede costaros la vida, la hemorragia no ha cesado aun, y el menor movimiento...

—¡Idos al diablo, doctor! le contestó Rothsay, ¿dónde puede correr mi sangre mejor que á los pies de Jacobo de Monmouth?

—Pero, señor...

—Aunque se tratara de mi eterna condenacion, no seria yo el último en abrazar á nuestro duque.

—Aquí está el bravo Rothsay, exclamó Mortimer

saliéndole al encuentro: aquí está el valiente que tiene mas heridas en su cuerpo que pelos en su bigote.

—No os canseis, doctor, repuso el enfermo despidiendo al cirujano; poco me importa que me lleve el diablo, con tal que yo vea antes á mi querido Jacobo. ¿No he espuesto mil veces mi vida por una cita amorosa? ¿Temeré esponerla ahora que voy á abrazar al valiente hijo de Carlos II? Venid amigos míos; tú, Percy, me prestarás un brazo, tú Dick, me prestarás el otro, y así juntos nos presentaremos á Jacobo diciéndole. «Hé aquí tres de tus mas fieles soldados de Bridge-Water.»

Y al acabar de decir estas palabras, soltó á sus domésticos y se apoyó en los hombros de sus compañeros de armas.

Un redoble de tambores mezclado con los silbidos de los contramaestres que llamaba á los marineros, y los ecos de la bocina del capitan mandando la maniobra, llegaron en aquel momento á interrumpir á los entusiasmados guerreros, haciendo subir á la cubierta á la oficialidad y tripulacion de la fragata, vestidos de gran uniforme.

—¿Para qué es todo esto? preguntó Mortimer á Mr. de Chemeraut.

—Para hacer los honores debidos á S. A. el duque de Monmouth, cuando se digné pasar la revista.

—Señores, añadió el capitan; acabo de recibir las órdenes de S. A.: á las once en punto nos dará audiencia; son ahora las once menos cinco minutos.

Imposible seria describir la emocion que como una chispa eléctrica corrió por las venas de los circunstantes al oír aquella noticia.

—Dick, Dick, siento que se me trastorna le cabeza, exclamó Mortimer.

—¿Diablo! ten cuidado, Percy, le interrumpió Rothsay, tú eres una de mis piernas, y vas á echarme al suelo.

—Yo siento una debilidad, un vértigo que me quita la vista, repuso Dudley,

—Escucha, Dick, escucha, Joselyn, añadió Mortimer, estos dignos compañeros no han visto nunca á Jacobo, seamos generosos dejándoles ir primero; nosotros le veremos desde léjos, y despues nos llegará nuestro turno de abrazarle con mas libertad.

—Sí, sí, contestaron Dick y Joselyn,

En aquel instante dieron las once, y la cubierta presentó el brillante espectáculo de toda la guarnicion formada, con los oficiales é hidalgos ingleses á su cabeza, vestidos de gran uniforme. Inmediatamente resonaron las bandas militares, y comenzaron todos á bajar por la escotilla de popa con direccion al camarote destinado al hijo de Carlos II.

Detrás de todos seguian los tres lores en la forma dicha, recordando los tiempos de la caballería, de la cual eran tres tipos vivientes. Al llegar al segundo puente se detuvieron, y dijo Dudley.

—Escuchemos, escuchemos, á ver si reconocemos la voz de Jacobo.

Pero la algazara de vivas y exclamaciones, no les permitió oír nada, pues era justamente el momento en que Croustillac aparecia ante el concurso. Entonces los tres amigos entraron en la cámara... pero ¡cuál fué su asombro al ver el cuadro que se ofreció á su vista! ninguno se atrevió á pronunciar una sílaba.

En el fondo de la sala se eucontraba el caballero gascon, vestido con su casaca de seda verde y sus medias color de rosa, y en una actitud noble é imponente: á su lado estaba Mr. de Chemeraut, en cuyo rostro estaba pintado el triunfo y la satisfaccion, detrás se hallaba el capitan de la fragata con su estado mayor, y al rededor y simétricamente ordenados, se veian los caballeros y oficiales ingleses con los ojos fijos en el héroe de la festividad.

El pobre Croustillac estaba un poco pálido, y al sa-

lir no habian dejado de temblarle las piernas; pero viendo que en aquel primer momento no se le habia reconocido, se armò de audacia y de sangre fria, y se dijo.

«Vamos, Croustillac, ese diablo de Mortimer no vendrà á tomarse confianzas con un señor de tu clase; desempeña bien tu papel, que tu buena estrella hará lo demas.»

Inútil será decir que los concurrentes estaban abertos con el continente de su gefe, habiendo entre ellos quien lo encontraba muy parecido al rey Carlos II, quien á su tio Jacobo, y otros á los retratos del duque de Monmouth.

—Milores y oficiales, exclamò el gascon, al saber por Mr. de Chemeraut vuestros deseos, y la necesidad de salvar á la Inglaterra, no he vacilado un momento en venir en medio de vosotros.

—Sí; sí, siempre con nosotros, gritaron los mas exaltados.

—Para esa grande obra cuento con vosotros y con vuestros esfuerzos, prosiguió Croustillac; en cuanto á mí, mi única divisa es: Todo por la Inglaterra y para la...

—¡Ya eso es mucha impudencia!!! ¡truenos del infierno! gritò lord Mortimer con espantosa voz, dando un salto por encima de todos con los puños cerrados y los ojos encendidos de cólera.

Al oír aquel apóstrofe, y al ver al inglés en el mayor acceso de furia, todos se apartaron y se quedaron atònitos mirándose unos á otros.

«El diablo tirò de la manta, pensó entonces Croustillac, basta solo ver á ese bruto lleno de rom, para conocer á Mortimer, yo no sé como no lo he olido á media legua.»

—¿Con que tú eres Jacobo de Monmouth? ¿tú?... exclamó el lord cruzando las manos y mirando al gascon

de hito en hito... ¡vamos! y ¿quién soy yo? yo soy Mortimer... ¿qué dices á eso?

Forzoso le fué al caballero armarse de toda su natural sangre fria, y en honor de la verdad se debe asegurar que estuvo sublime.

—¡Tanto me ha cambiado el destierro y la adversidad, respondió con un acento melancólico, que el mejor de mis amigos ya no me reconoce!

Y volviéndose á Mr. de Chemeraut, añadió en voz baja.

—¿No os lo habia dicho? la emocion ha sido muy violenta... su pobre cabeza está muy débil... ¡Ay de mí!... ese desgraciado no me conoce!

Mr. de Chemeraut estaba como en un sueño, y apenas creia á sus mismos ojos; pero sus dudas no duraron largo tiempo, al ver á lord Rothsay y lord Dudley que se habian acercado á unir sus imprecaciones á las de su amigo y demás concurrentes,

—¡Ese miserable vagabundo se atreve á uombrarse duque de Monmouth!

—¡Impostor! ¡infame!

—¡El malvado habrá asesinado á Jacobo para robarle su nombre!

—¡Ese es un emisario de Guillermo de Orange!

—¡Ese perillan habia de ser nuestro duquel

—¡Qué audacia!

—¡Engañar así á hombres honrados!

—¡Es preciso arrancarle la lengua!

—¡Esto clama venganza!

—¡Pues ya que toma su nombre, debe saber donde está!

—Sí, él nos responderá de nuestro duque.

—O le arrojaremos al mar si no lo dice.

—¡Jugar así con lo que hay de mas sagrado!

—Y vos, Mr. de Chemeraut, ¿cómo habeis caido en un lazo tan grosero?

—Este miserable me ha engañado, señores.

—Explicaos.

—¡El pagará su audacia!

—¡Que encadenen al traidor!

—Me ha engañado, señores; á cualquiera lo habria engañado tambien.

—Mr. de Chemeraut, vos sois tan culpable como él.

—Pero, señores, el enviado inglés ha sido engañado como yo.

—Es imposible, vos sois su cómplice.

—Señores, eso es un insulto.

—Un hombre de vuestra experiencia no se deja burlar así.

—Es preciso vengarnos.

—Sí, venganza, venganza.

Y las invectivas y las interpelaciones y las voces, formaban un tumulto y una algazara, en medio de la cual era imposible entenderse; todos gritaban, amenazaban y querian tomar pronta venganza por sí mismos del supuesto duque.

Entretanto el pobre Croustillac, que no se hacia ilusion sobre el destino que le esperaba, permanecia intrépido, con audaz continente, los brazos cruzados, y mirando inpasible la furiosa tempestad que le rodeaba.

«Esto debia suceder tarde ò temprano, se decia en su interior: ¿qué diablos irán á hacer conmigo estos lobos borrachos? ¡si me arrojarán por una de esas ventanas! ¡voto á bríos! el golpe no soria muy doloroso; pero ¡caer en el Océano! ¿de qué me sirve el nadar como un triton? ¡ah Polifemo! bien te lo decia yo, no se sacrifica uno para verse coronado de rosas y acariciado por las ninfas de la selva...»

—Mr. de Chemeraut, dijo Mortimer dominando el tumulto con su tonante voz; mandad ahorear ahora mismo á ese miserable; nos debeis esta satisfaccion.

—Sí, sí, que se le cuelgue de la gran verga de la

fragata, gritaron todos; que se le cuelgue y despues hablaremos.

—Alto ahí, señores, exclamò el gascon; yo os agradecerè infinito que habléis antes.

—¡Todavía se atreve à chistar ese tunante!

—¡Voto à mil diablos! contestò Croustillac, hablaré hasta que me arranquen la lengua; ¿quién me ha de defender, si yo no me defiendo?

—Señores, repuso el enviado; lord Mortimer dice bien, es preciso ahorcar á este impostor.

—Lord Mortimer dice muy mal, le interrumpió el gascon; muy mal, mil veces mal, ahorcar á uu hombre es un medio muy usado, muy vulgar...

■ —¡Calla, miserable! gritò Mortimer, lanzándose con los puños cerrados sobre el aventurero.

—No toqueis á un hidalgo! exclamò este, ó vive Dios que os ha de costar caro.

—Rinde tu espada, bribon.

—Tomadla, contestò el gascon, entregando con dignidad su enmohecida tizona; está visto que nada puede un leon contra cien lobos.

—Ahora bien, añadió Mr. de Chemeraut, lo mas prudente me parece juzgar á este impostor, arrancarle el secreto de su disfraz, y ahorcarle despues.

—Escepto ese último punto, contestó el caballero, vuestra opinion es muy razonable!...

—Sí, sí, interrumpió Mortimer, que se le juzgue; en el tormento declarará la verdad, y luego le ahorcaremos; con eso padecerá una muerte mas lenta,

—Gracias, milord, sois muy generoso, contesto Croustillac.

Siguiendo el dictámen de Mr. de Chemeraut, se formò al punto un tribunal, compuesto de cinco lores y cinco oficiales de la fragata, presididos por el comandante: el enviado, como acusador, se colocó á la derecha: y el caballero á la izquierda.

Quando el presidente declaró constituido el jurado,

formuló el emisario francés su acusacion, pidiendo contra el gascon la pena de muerte.

Todos aplaudieron el discurso del diplomático, y pidieron que se ejecutase á la mayor brevedad, pero uno de los jueces insistió en que antes se obligase al criminal á declarar las circunstancias de su impostura.

Entonces el capitán de la fragata, que no participaba del encono general, dijo:

—Señores, no podemos todavía votar una pena; es preciso interrogar antes al reo, y oír su defensa si la tiene: no olvidemos que somos jueces, y que él aun no ha reconocido su delito,

Estas palabras, pronunciadas con frialdad, agradaron á los lores mucho menos que las acaloradas de Mr. de Chemeraut, pero ninguno se atrevió á contradecirlas.

—Acusado, dijo el capitán, dirigiéndose al gascon, ¿cuáles son vuestros nombres?

—Polifemo, caballero de Croustillac.

—¡Es un gascon! exclamó el enviado, ¡he sido el juguete de un miserable gascon!

—¿Cuál es vuestra profesion? continuó el capitán.

—En este momento... la de acusado ante un tribunal que vos presidís tan dignamente, puesto que no quereis que se ahorque á un hombre sin oírle.

—Polifemo de Croustillac, se os acusa de haber engañado á Mr. de Chemeraut, emisario de S. M. el rey de Francia.

—Mr. de Chemeraut es el que se ha engañado á sí mismo: se me apareció llamándome monseñor, milord duque, alteza, y yo no he hecho mas que contestarle inocentemente.

—¡Inocentemente! repuso el enviado encendido en cólera: ¿cómo, miserable! ¿no has abusado de mi confianza con las mentiras mas indignas? ¿no me has

sorprendido los mas importantes secretos de Estado con tu descaro y traicion?...

—Vos habeis hablado... y yo os he oido... por cierto que me habeis parecido furiosamente charlatan. Ahora bien, si es un delito el escuchar, vos lo habeis hecho enorme.

El capitan hizo una seña á Mr. de Chemeraut para que contuviera su indignacion, y prosiguiò dirigiéndose al caballero.

—Qué sabeis relativamente al duque de Monmouth? ¿quereis decirnos por qué complicacion de circunstancias habeis tomado su nombre y sus títulos?

Esta pregunta sumiò al caballero en la mayor confusion. Tenia deseo de revelarlo todo, asegurando à los lores que el duque se habia salvado, que vivia y que estaba en seguridad, gracias á su abnegacion; pero un escrúpulo le detenia; aquel secreto no era suyo, y no podia revelarlo sin hacer traicion á los misterios que habian ocultado y protegido la existencia del príncipe, y que aun podian protegerle en su fuga.

XXXIV.

La caza.

Cuando el capitan intimò de nuevo á Croustillac para que declararse sobre la pregunta que acababa de hacerle, no pudo menos de estremecerse el gascon; pero conociendo toda la estension del sacrificio que le tocaba hacer, contestò con firmeza y dignidad.

—Nada puedo decir sobre este punto: es un secreto que no me pertenece.

—¡Truenos y rayos! exclamó Mortimer saltando de su sitio; el tormento le hará hablar muy luego. Que

enciendan dos mechas de azufre, y yo se las pondré debajo de las narices, para que se le desate la lengua, y sabremos donde está nuestro duque.

—Os advierto, dijo el capitán á Croustillac, que si os obstinaís en callar me obligareís á adoptar medios severos, pues se versan en este asunto secretos de Estado de la mayor importancia.

Sin embargo, el caballero que habia tomado ya su resolución, contestó con serenidad.

—Perdonad, capitán, no puedo decir nada, y nada diré.

—Capitán, repuso Mr. de Chemeraut, en nombre del rey cuyos poderes tengo, declaro que el silencio de este criminal puede ocasionar graves perjuicios á S. M. y al Estado. Yo he encontrado á ese hombre en la propia casa del duque de Monmouth, y he visto entre sus manos objetos preciosos y muy conocidos de todo el mundo, tales como la espada de Carlos, I, y una caja con retratos reales, lo que prueba que ese miserable tiene datos muy positivos acerca de la persona y existencia del duque de Monmouth. Por tanto pido se le obligue á declarar, empleando para ello todos los medios posibles.

—Sí, que se le dé tormento, gritaron todos.

—Reflexionadlo bien, acusado, insistió todavia el capitán, dirigiéndose al gascon; si habláis, podreis merecer indulgencia, si no...

—Nada puedo decir, repitió Croustillac; este secreto no me pertenece.

—Mirad que el tormento es cosa terrible.

—Nada puedo decir, volvió á contestar el caballero con resignacion.

Entonces tocó el capitán la campanilla, y apareció un ordenanza.

—Decid al contramaestre que venga: que se coloquen cuatro hombres en la batería de popa, y que preparen mechas de azufre.

A pesar de su entereza, no pudo Croustillac contener un ligero estremecimiento en todo su cuerpo, oyendo aquellas fatales órdenes: pero sacando fuerzas nuevas, se decia en su interior, «no se sacrifica uno para ser coronado de rosas y acariciado por las ninfas de la selva... he salvado á Angela y á Jacobo, suframos pues los tormentos.»

Un instante despues entró en la cámara el contra-maestre, y avisó que todo estaba preparado. Pero no bien acabó de hablar, cuando se oyeron tres cañonazos consecutivos en las aguas de la *Fulminante*, y el redoble de los tambores sobre cubierta que tocaban alarma.

El capitan corrió á una de las ventanas de la popa, y volvió declarando que el juicio quedaba suspendido. Entonces salieron todos precipitadamente de la cámara, y dejaron olvidado á Croustillac, que no menos curioso que sus jueces, fué tambien sobre el puente á verlo que pasaba.

La fragata se ballaba en facha desde el momento en que se descubrió el fraude del gascon, y esperaba el resultado del juicio para saber qué rumbo debía seguir en el nuevo estado de las cosas.

Ya se ha dicho antes que desde el amanecer se habian observado dos buques haciendo el mismo derrotero que la *Fulminante*, y siguiendo exactamente sus maniobras. Facilmente se comprenderá el alarma de la fragata, con solo decir que los dos buques no tan solo habian entrado en sus aguas, sino que estaban distantes de ella á uu tiro de pistola. El mas inmediato era el bergantin *Unicornio*, el cual cubria enteramente al otro buque. Cuando este apareció doblando la proa del *Unicornio*, y colocándose en el espacio que mediaba entre este y la fragata, se vió un barco enteramente raso, largo y estrecho, con elevados y delgados mástiles, bien armado y con todas las apariencias de pirata. El capitan de la *Fulminante*

mandó inmediatamente encender las mechas, y se disponia para un combate á quemar ropa, cuando el barco sospechoso izó bandera parlamentaria en su bauprés. Entonces todos acudieron á la popa, y vieron clara y distintamente los dos buques que se habian puesto en línea paralela con la fragata. ¡Cuál seria la admiracion de Croustillac y de Mr. de Chemeraut, al reconocer al *Camaleon*, donde se habian embarcado el mulato y Barba-azul!

Croustillac no cabia en si de gozo: sus amigos no le habian abandonado, y venian á socorrerle... pero ¿de qué modo?

Cuando se encontraron los dos buques á la distancia necesaria para poderse dirigir la palabra, se pusieron ambos en facha, y apareció sobre la popa del *Camaleon* un caballero ricamente vestido.

—¡Jacobo...! ¡nuestro duque!! gritaron al mismo tiempo los tres lores que estaban en la obra muerta de la *Fulminante*... ¿ese sí es Jacobo, nuestro querido príncipe!!... por fin te volvemos á ver, á abrazarte... ven, Jacobo, ven á nuestros brazos...

—¿Cómo! ¿será posible! exclamó Mr. de Chemeraut, ¿vos sois... monseñor es... S. A. es el duque de Monmouth?

—Sí, caballero, yo soy Jacobo de Monmouth, respondió el príncipe; las aclamaciones de mis amigos os lo demuestran.

—Sí, sí, él es, él es nuestro duque!!

—Monseñor, añadió el emisario francés, yo he sido indignamente engañado por un miserable que ha tomado vuestro nombre.

—Sí, repuso Mortimer, y ahora vamos á ahorcarlo en honor tuyo.

—Guardaos bien de hacerlo, dijo Monmouth; ese á quien vosotros llamais un miserable, es el mas generoso de los hombres... me ha salvado con su noble abnegacion... y yo yengo, Mr. de Chemeraut, á

ocupar su lugar á vuestro bordo, si él corre algun riesgo por haber ocupado el mio.

—Ciertamente, monseñor, repuso el enviado aprovechando aquella ocasion de asegurarse de la persona del principe; es necesario que V. A. venga á bordo, pues es el único medio de salvar á este impostor.

—Eso seria si el impostor no se salvase él mismo, exclamó Croustillac dando un salto y arrojándose al mar.

Aquel movimiento fué tan repentino que nadie pudo detener al gascon, y cuando se le vió aparecer en la superficie del agua, se encontraba ya agarrado de un cable del *Camaleon*, donde muy pronto se le vió en los brazos del duque de Monmouth.

—Hé aquí mi salvador, decia este; he aquí el mas generoso de los hombres!

Despues dijo al oido algunas palabra al gascon, y este desapareció con el capitan Ralph.

—Ya sé, prosiguió el duque, dirigiéndose á Mr. de Chemeraut; ya sé los proyectos de mi tio el rey Jacobo Estuardo y los del rey vuestro amo... Tambien sé que estos valientes lores y oficiales vienen á ofrecerme su apoyo para arrojar del trono de Inglaterra á Guillermo de Orange.

—Sí, sí, y euando estés tú á nuestra cabeza, echaremos á esas ratas de Holanda, contestó Mortimer.

—Ven, Jacobo, ven, añadió Dudley, contigo iremos hasta el fin del mundo.

—Monseñor, dijo Mr. de Chemeraut, el rey mi amo os presta su apoyo... venid, y os mostraré los plenos poderes que traigo para la empresa que vais á acometer. ¿Quereis que os mande el bote?

—¡Ven, duquel gritó Mortimer, despacha pronto; porque sino, nos echamos al agua como una banda de patos silvestres para irte á traer.

—Basta de imprudencias, mis buenos amigos, basta de locura, contestó el duque, que sin duda queria

ganar tiempo desde que el gascon se retirara.

Pero en aquel instante se le acercó Ralph, quien le dijo algunas palabras; entonces se dirigió de nuevo á la fragata, y exclamó con acento profundamente conmovido:

==Queridos amigos míos, mis fieles compañeros, adios para siempre... He jurado por la memoria del mas santo mártir de la amistad, no tomar jamás parte en las revueltas de la Inglaterra, y no seré perjuro con quien ha muerto por salvarme. Adios, valiente Mortimer, adios, buen Dudley, generoso Rothsay, adios... mi corazón está destrozado, porque no puedo abrazaros por la última vez... olvidad esta aparieion, y que Jacobo de Monmouth esté muerto para vosotros como lo está para el mundo hace cinco años... adios, adios para siempre.

Y volviéndose al capitán del bergantín, gritó con voz sonora.

—Ralph, al viento todas las velas.

Al oír esto, tomó Ralph la barra del timón, y como por encanto cayeron de improviso todas las velas, que hinchándose al instante de viento, alejaron con la rapidez del rayo al *Camaleon* de la *Filminante*.

Imposible sería describir la rabia de Mr. de Cheraut, al ver que por segunda vez se le escapaba el objeto de tantas fatigas y pesquisas, ni la desesperación de los lores, viendo frustradas para siempre sus esperanzas de abrazar á su príncipe.

—Capitán, exclamó el enviado, cubrid la fragata de velas, y vamos á dar caza á ese bergantín que no nos puede igualar en andadura.

—Muchachos, gritó Mortimer á los marineros, doscientos lises para beber como apresemos ese barco.

Sin embargo, todos los esfuerzos de la fragata fueron inútiles, pues en muy breves instantes el *Camaleon* se encontró fuera de sus tiros.

La maniobra que acababa de hacer el pirata y que absorbió toda la atención de la *Fulminante*, descubrió al *Unicornio*, que aprovechando aquel tiempo, se hallaba ya navegando de largo bien distante de los otros dos buques.

Transportemos la atención del lector á bordo del bergantín mercante, que sin parecerlo acababa de representar el papel principal de aquella escena.

Ya hemos visto el modo atrevido como se escapó el gascon de la *Fulminante* y el recibimiento que le hizo Monmouth, pero falta decir, que deseoso este de poner en seguridad á su libertador, no le dejó tiempo ni aun para reponerse de la zambullida que acababa de dar, sino que le instó para que pasase inmediatamente al *Unicornio*, según las instrucciones que tenía el capitán Ralph.

El pobre gascon, aturdido todavía con la multitud de acontecimientos que en aquella mañana había tenido lugar, siguió atropelladamente á su conductor y se metió en un botecillo pequeño, que dirigido por un hábil marinero, lo traspasó en un abrir y cerrar de ojos al *Unicornio*, sin que la tripulación de este y la de la fragata hicieran alto en aquella imperceptible y rápida operación. Así fué que cuando el capitán Daniel echó la vista sobre su antiguo huésped, se lo encontró sobre cubierta empapado de los pies á la cabeza, y sin saber él mismo en donde se hallaba. En vano buscó el viejo marino la embarcación que lo trajera á bordo, pues el botecillo había desaparecido; de modo que no hallando como explicarse aquella llegada y viendo al gascon hecho una sopa, se persuadió que había venido á nado al bergantín.

—Vamos, está visto, dijo el capitán Daniel á Croustillac, dándole una palmada en el hombro; está visto que siempre habeis de llegar á mi bordo de un modo extraordinario. A la salida de Francia caisteis de lá's

nubes como Icaro; y ahora salis de las espumas como Neptuno en persona.

El caballero no volvia de su sorpresa al verse en el *Unicornio*, y mucho mas al distinguir al padre Grifon, que se hallaba en la popa distraido con las maniobras de los dos buques.

—Pero, ¿cómo diablos, preguntó Croustillac al capitán, os encontráis por aquí para recibirme?

—A fé mia que no sé nada de esto.

—¿Cómo!

—Ayer por la mañana me preguntó el corresponsal de mi armador de la Rochela si tenia completa la carga: yo le dije que sí, y entonces me mandó que me diese à la vela para Fuente-Real, donde encontraria una fragata de guerra que iba à hacer rumbo para Europa. Me dijo que pidiese con mucha instancia su escolta, y que si me la negaban me la tomase yo mismo, no separándome un instante de su vista: es decir, que fuese con la dicha fragata como un perro hambriento que se le pega à cualquiera en la calle... si uno anda, anda el perro: si se pára, párase él tambien, aunque uno lo eche, él no se va... si le pegan, se echa al suelo y aguanta... y siempre tras la persona. Eso he hecho yo con la fragata. ¡Ah! tambien me dijo el corresponsal, «cuando encontréis un bergantín, que se acercará à la susodichá fragata, juntaos à él y recibid à bordo un pasajero, despues de lo cual, seguireis el rumbo para Francia.» Ahora veq que el pasajero sois vos, y que estàbamos destinados à regresar juntos à Europa.

—Pero ¿y el duque? preguntó el gascon ¿no vendrá à bordo el duque?

—¿El duque? ¿qué duque? yo no conozco mas duque que mi armador... Mirad, mirad como la fragata quiere dar caza al bergantín, pero à buen seguro que lo alcance... esos piratas son diablos con escamas.

En efecto, la *Fulminante* habia arbolado todas sus

velas, y pretendia, aunque en vano, dar caza al bergantín, cumpliéndose de este modo los deseos y presentimiento del duque, el cual se figurò desde luego que Mr. de Chemeraut abandonaria al falso Monmouth por el verdadero, al *Unicornio* por el *Camaleon*, á la sombra por la presa, y que al fin se quedaria como el perro de la fábula, sin la una ni la otra.

XXXV.

El regreso.

El padre Grifon, Croustillac y el capitán Daniel permanecian en la popa del *Unicornio*, observando las maniobras de los dos buques, mientras el suyo seguia su rumbo sin cuidarse de ellos, hasta que llegó un instante en que el *Camaleon*, que se hallaba bajo su misma paralela, virò y diò una bordada que le hizo pasar raspando la proa del bergantín mercante. Entonces acudieron todos al bauprés, y el espectáculo que se descubrió vino á traspasar el corazón del caballero.

Jacobo y Angela, enlazados del brazo, aparecieron á sus ojos sobre la popa del *Camaleon*.

—Adios, generoso amigo, exclamò la jòven... el cielo os proteja... vuestro nombre vivirá siempre grabado en nuestras almas.

—Mi libertador, mi amigo, adios, adios, valiente y noble caballero, añadió Monmouth.

—Y el *Camaleon* siguiò su rapidísima marcha, mientras que Angela y Jacobo con sus pañuelos saludaban al gascon, que de la emocion apenas podia tenerse en pié apoyado en sus dos amigos,

—¡Pobre Croustillac! aquella aparición fué como un sueño que no volverá à gozar jamás.

Algunos instantes despues, el *Camaleon* y la *Fulminante* se perdieron entre las tinieblas de la noche, y el *Unicornio* siguió con toda felicidad su rumbo para Francia.

Hacia ya largo rato que el caballero de Croustillac se hallaba sentado en la cubierta, con la frente entre sus manos y entregado à las mas tristes reflexiones, cuando se le acercó el capitan Daniel, y con su natural jovialidad le dijo:

—Vamos, amigo mio, el *Unicornio* marcha bien, ¿quereis bajar à la cámara y tomaremos una sangria con escelente vino de *madera*, mientras disponen la cena? venid y veremos aquellas suertes que me hacian reir tanto: ¿no os acordais cuando formábais castillos de vasos y botellas en la punta de las narices? vamos à echar un trago.

—No tengo sed, capitan, contestó el gaseon con acento melancólico.

—Por lo mismo beberéis con mas placer; beber sin sed, es justamente lo que diferencia al hombre del bruto.

—Gracias, capitan Daniel, pero ahora no puedo...

—¿Qué diablos! ¿teneis un aire tan triste? ¿será porque no habeis hecho fortuna en las Antillas? ¡ah! ¿os acordais de que apostásteis que os habiais de casar con Barba-azul? ¿cómo hubiérais perdido vuestra apuesta! me atrevo à asegurar que ni os habeis atrevido à ir al Castillo del Diablo.

—Teneis razon capitan, he perdido la apuesta.

—Sí, pero como no apostásteis nada, no quedareis arruinado... ¡ah! contestadme à una pregunta que tengo en la punta de la lengua. ¿Cómo diablos estais à bordo de esa fragata? ¿conociais vos al capitan de ese bergantin? y despues, aquel caballero y aquella

señora que os han llamado su amigo, su libertador... ¿qué significa todo eso?... Pero veo que os incomodo... no queréis responder... os lo preguntaba por curiosidad... ahora, si es cosa de secreto... chiton... y no hablemos mas...

—Si, capitán, es un secreto y no puedo decir nada.

—Pues entonces, como si no hubiera chistado... y ¡viva la alegría! vamos, reid también conmigo. ¿Estáis triste porque vuestra casaca verde y vuestras medias color de rosa se han desteñido con el agua del mar? No tengáis cuidado, yo os daré ahora otra ropa, pues esa humedad puede haceros daño: ¡por san Telmo! estáis aquí por orden de mi armador, y aunque no fuera así, bien sabéis que os ofrecí un asilo á mi bordo, porque á la verdad me gusta vuestra conversacion, vuestros cuentos y sobre todo vuestras habilidades... A propósito, tengo ahora un poco de estopa de palmeras que arde muy bien: apostemos á que no os tragáis una bola de ella bien encendida, sin embargo de que sabiais comer fuego como un verdadero demonio.

—El caballero no está de humor de divertirnos, capitán Daniel, dijo una voz grave.

Entonces los dos interlocutores se volvieron, y se hallaron con el padre Grifon, que se estaba paseando por la popa del bergantín.

—Es verdad, padre mio, me siento un poco triste.

—Bah, bah, dijo el capitán, mi huésped está ahora de mal humor, pero eso no durará mucho, porque su genio no es melancólico; voy á hacer la sangría, que ya llegará la hora de beberla.

—Y el capitán bajó á la cámara.

—Heos aquí otra vez a bordo del Unicornio, y tan

como hace diez días, le dijo el cura al gascon:

—Y ¿por qué no habia de ser tan pobre hoy como antes? contestó este.

Preciso es confesar, en elogio del caballero de Crous-

tillac, que sus tristísimos pensamientos se hallaban exentos de toda mancha de avaricia. Aunque pobre, sentia una íntima satisfaccion al recordar que su sacrificio habia sido completamente desinteresado, y que nada poseia mas que el medallon de Barba-azul que llevaba colgado sobre su pecho.

—Yo creo, dijo el padre Grifon, que el duque de Monmouth estará muy afligido por no haber podido recompensar vuestro sacrificio como se debía...

—¿Hablais seriamente, padre? y ¿por qué habia de querer el duque humillar à un hombre que ha hecho lo que ha podido por servirle?

—Vos habeis hecho por el príncipe mas de lo que habria hecho un hermano, y como à un hermano debia él haberos socorrido sabiendo que sois pobre.

—No padre, mio, eso me habria afligido, me habria humillado... además que con la vida ajitada y aventurera que voy à hacer en adelante... espero...

El pobre gascon no pudo acabar la frase, y volviendo à reclinar la frente entre sus manos, permaneció en un profundo silencio.

El religioso lo respetó y se alejó.

.....

Gracias à los vientos que favorecieron al *Unicornio* durante su travesia, à los cuarenta dias de su salida de la Martinica se encontró enfrente del puerto de la Rochéla.

La profunda tristeza que abatia al caballero habia ido calmándose poco à poco, y aunque à sus solas y lejos de todos se entregaba à los tiernos y dulces sentimientos que sus recuerdos le inspiraban, volvía à su primitivo buen humor en el instante que aparecian los demás, como si temiese esponer el secreto de su pecho à las groseras bromas del capitan Daniel, y à las interpretaciones del padre Grifon. Asi, pues, à los ocho dias de viaje ya era el gascon à la vista de los

demás el alegre, insubstancial y bullicioso pasajero de la primera travesía.

En cuanto á su suerte futura parecia no cuidarse de ella Croustillac, y habia hecho una formal declaracion de que iba á tomar servicio en Rusia; cuyo emperador Pedro el grande apreciaba en extremo á los soldados aventureros.

El sol declinaba hácia el ocaso cuando avistò el Unicornio las costas de la Rochela, y el capitán Daniel determinò esperar prudentemente la mañana para entrar con toda seguridad en el puerto.

Un momento antes de la cena rogò el padre Grifon al caballero que entrase con él en su cámara, y habiendo cerrado las puertas para no ser observados de nadie, el buen religioso se arrojò en los brazos del gascon, diciéndole con entusiasmo:

—Venid, escelente y noble criatura... venid á mis brazos, querido hijo mio.

Y como el caballero enternecido y admirado estrechára al religioso contra su pecho, preguntándole el objeto de su llamamiento.

—¿El objeto? le contestò este, ¡còmo! ¿no creéis que deba yo hablar con vos en estos momentos?... vos, á quien la pasada existencia debia hacer menos escrupuloso que otro.... vos, que salvais al hijo de un rey, sacrificándoos con tanta nobleza como inteligencia, y que volveis à la vida oscura y miserable que teniais ayer, sin saber siquiera donde dormireis mañana, al llegar á vuestra patria... ¿no creéis hijo mio, que pueda interesarme vuestra suerte?

—Pero, padre mio...

—¡Oh! demasiado os he observado en esta travesía... ni una palabra amarga, ni una sombra de disgusto, cuando teneis derecho para quejaros de la ingratitud del olvido que han usado con vos... antes al contrario, siempre amable, complaciente, alegre... no, alegre no, yo lo he visto bien; vuestra alegría ha sido aparente...

porque habeis perdido en este viaje la alegría, que era el único bien que poseíais en el mundo, pues ella os ayudaba á soportar los reveses de la desgracia.

—Pero, padre ¿no he sido el mismo que antes? ¿no he hecho todo lo posible por divertir al capitán Daniel?

—Os repito, que os he observado bien: habeis consentido en divertir al capitán Daniel, pero ha sido para pagarle la hospitalidad que os concedia... oidme, hijo mio; mis años me dan derecho para deciros la verdad sin ofenderos. Si esa conducta noble y generosa la hubiera tenido un hombre de otros antecedentes, nada habria que estrañar; pero en vos, á quien una descuidada educacion y una juventud ociosa y quizá culpable, parecia que habian hecho olvidar los sentimientos elevados, en vos esa conducta es mil veces mas recomendable...

Estas palabras del religioso fueron interrumpidas por el aviso de que ya estaba dispuesta la cena, y ambos interlocutores se levantaron con harto pesar del padre Grifon, que sin duda no habia llenado aun el objeto que se habia propuesto.

—Vamos, hijo mio, añadió el religioso saliendo de la cámara, me parece que no terminará la noche tan tristemente como esperais.

El pobre gaseon seguia á su buen amigo sin acabar de comprender todavia las ambiguas palabras de este, cuando al subir á la cubierta fué sorprendido por las aclamaciones de la tripulacion, que vestida de gala con el capitán Daniel á su cabeza, se adelantaba á recibirlo gritando, *¡Viva el armador del Unicornio! ¡Viva el caballero de Croustillac!*

Grande fué la admiracion del aventurero al ver los palos colgados de faroles, las piezas de artillería haciendo salva, y su nombre unido á las demostraciones de júbilo de la tripulacion; iba ya á preguntar al capitán la causa de todo aquello, cuando se le acercó

este con la gorra en la mano, y le dijo respetuosamentè.

—¿Teneis algo que mandarme? si quereis que esta misma noche entremos en la Rochela, ordenad, sois mi armador, el dueño del buque y de la carga.

—¿Què diablos estais diciendo, capitán Daniel? repuso Croustillac; parece que la sangria de esta noche estaba mas cargada que nunca.

—Señor de Croustillac, contestò el capitán, lo único que tengo que suplicaros, es que me perdoneis las bromas que he tenido con vos, hacièndoos formar eastillos en la nariz, y obligándoos á comer estopa encendida; bien conoce el padre Grifon que yo soy un buen hombre, y que hasta este momento no habia sabido que érais mi armador, y el amo de todo lo que hay á bordo.

—Padre mio ¿quereis esplicarme este enredo? le preguntó el gascon, cuya sorpresa se aumentaba cada vez mas.

—El reverendo padre os lo esplicará todo, pues él mismo acaba de darme la carta òrden del corresposnal de la Martinica.

—¿Qué carta?

—Una carta, continuó el capitán, por la cual me manda poner el buque y la carga á vuestra disposicion, mediante la venta que os ha hecho, y á haber recibido su importe de vuestra mano.

El pobre Croustillac estaba como quien vé visiones.

—Y ¿cuanto vale el buque y la carga? preguntó.

—Si se va á vender á bajo precio, en el momento darán seiscientos mil francos; pero haciendo la venta en regla, se sacarán ciento veinte mil mas.

—¿Comprendeis ahora, hijo mio? dijo el padre Grifon. Nuestros amigos del *Castillo del Diablo* no os habian olvidado, y sabedores de que yo tenia que regresar á Francia, donde me llevan intereses de grave importancia, me encargaron de este negocio.

—Ah! padre mio, contestó Croustillac sacando de

pecho una bolsita de piel que contenia el medallon de Angela; esta era suficiente recompensa para mi corazon... ¿por qué quieren ahora tratarme como un vagabundo haciéndome esa espléndida limosna?

La mañana siguiente entró el *Unicornio* en el puerto de la Rochela.

Usando entonces Cronstillac de sus nuevos derechos, pidió al capitán Daniel veinte y cinco lises, y le prohibió bajar á tierra antes de veinte y cuatro horas.

Al desembarcar el padre Grifon y Croustillac, se despidieron cariñosamente, y prometieron verse al día siguiente; pero en vano esperó el religioso á su amigo, pues en su lugar se le presentó un escribano con esta carta.

«Padre mio, no me es posible aceptar la donacion que se me ha hecho: os envio una escritura formal; por la cual la traspaso á favor vuestro, para que la invirtais en buenas obras, segun vuestra conciencia.
«Adios, padre mio, acordaos del pobre gascen, y rogad por él en vuestras oraciones.

«El caballero de Croustillac.»

Y el religioso no volvió á oír hablar mas del aventurero.

XXXVI.

La abadía.

A corta distancia de Abbeville, y casi en la misma desembocadura del rio Somma, se encontraba la abadía de San Quintin, célebre en los tiempos de esta historia por sus ricas propiedades, que la constituian la mas poderosa de toda la Picardia.

Y en efecto, ningun modelo mejor podria escojer un

pintor que quisiera representar la abundancia, que la dilatada galeria exterior del convento en uno de los dias en que los arrendatarios acudian á entregar su renta en frutos y dinero, como semanalmente lo acostumbraban, en virtud de las reglas establecidas por los señores de aquellos dominios.

Era de ver el extraordinario número de carretas, caballos y asnos cargados de provisiones, y el de los innumerables campesinos de todos sexos y edades que invadian la porteria, para alijerarse del peso de sus contribuciones, ansiosos al mismo tiempo de merecer la aprobación de los reverendos padres encargados de recibir las; y era de ver tambien la activa diligencia con que los caritativos hermanos contaban, pesaban y medían los frutos, y los gestos de benevolencia ó de reprehension que dirigian á sus arrendatarios, segun la largüeza ó escasez de sus cupos respectivos.

Uno de aquellos dias de recoleccion, hácia fines del mes de noviembre de 1708, es decir, diez y ocho años despues de los acontecimientos que se acaban de referir en esta historia, se encontraban la porteria, corredores y patio exterior de la abadía de San Quintin llenos de concurrentes, cargados de maduros y esquisitos frutos, que iban segun el turno de cada uno, compareciendo ante tres reverendos frailes, de los cuales el mas robusto tenia por delante un escritorio con papeles y en las manos una pluma para llevar la cuenta; los otros dos recibian las rentas.

Tocaba ya su fin la lista de los arrendatarios cuando el hermano principal se detuvo, y como admirado de que no estuviera ya allí uno á quien le correspondia entregar su renta, gritó con voz ronca e iracundo; «Jacobó, arrendatario de Blaville que debe seis pollos, tres sacos de trigo y cinco escudos, ¿dónde está?»

Las palabras del reverendo padre se repitieron por

toda la multitud, sin que ninguno respondiese á ellas.

—¡Es extraño, exclamò otro de los frailes, ese Jacobo ha sido siempre exacto en los quince años que tiene la tierra de Blaville! ¿Qué le habrá sucedido para faltar hoy?

Pero el arrendatario no parecia... y solamente despues de un largo rato de preguntas y respuestas, que no hacian mas que confundir à los religiosos, aparecieron dos chicos de trece y cartoce años, bañados en llanto y como avergonzados de ser el objeto de las miradas y de las conjeturas de los labriegos.

—Esos son los hijos de Jacobo, dijo uno de aquellos.

De los dos chicos el varon, vestido al estilo del pais, tenia convulsivamente su gorro negro de lana en las manos, y la niña se enjugaba las lágrimas con su delantal de tela ordinaria, dejando ver su traje de lana amarilla con rayas negras, sus medias de hilo basto, y sus zapatos demasiado anchos para sus pequeños pies.

—Y bien, repuso el padre ¿donde están los seis pollos, los tres sacos de trigo y los cien escudos que debe vuestro padre?

Los dos chicos se apretaron uno contra otro sin atreverse á responder, pero habiendo repetido el religioso su pregunta con mas aspereza, tuvo el mayor que contestar.

—Nuestro padre, dijo, está muy malo hace algun tiempo, y nuestra madre le está cuidando... en la casa no hay dinero niuguno, hemos tenido que vender el trigo para pagar á un hombre que trabaja en el campo en lugar de mi padre, y las pollos, ha sido preciso dárselos al médico que no queria venir sino le pagaban.

—Esa es la cancion de todos los colonos cuando no quieren pagar, contestó el fraile; Jacobo era hombre de bien, y ya se va volviendo tramposo como los demás; pero no hay cuidado, no le dejaremos de la mano

para que se eche tambien á perder: id, el padre tesorero os responderá... esperad allí.

Los dos chicos se retiraron sin atreverse á chistar; la niña se sentò llorando en uno de los asientos de piedra de la porteria, y su hermano se colocó á su lado recostado contra la pared.

Cuando se terminó la recoleccion, entraron los religiosos en el convento, y los arrendatarios fueron poco á poco desapareciendo con sus carretas, caballos y asnos, hasta que todo quedò en un profundo silencio y sin otras personas que los dos hermanitos que esperaban al padre tesorero.

Un rato despues apareció en la puerta de la abadía un tercer personaje: era un viejo alto y delgado, con bigotes y barbas blancas, apoyado sobre un baston á causa de tener una pierna de madera, y vestido con un uniforme verde con cuello encarnado, y una gran gorra de pelo á lo úngaro, que daba á su fisonomia cierto aire de salvaje.

Al entrar en la porteria no echó de ver á los chicos, sin embargo de que miraba hácia todas partes como para orientarse; pero despues, volviendo los ojos á donde estaban aquellos, se les quedò mirando con una atencion extraordinaria. Los chicos por su parte, espantados de aquella figura tan rara, y las miradas que les dirigia, se estrechaban uno contra el otro hasta que la niña, viendo que el viejo se dirigia hácia ellos, dió un grito, y tratò de escaparse de las manos de su hermano que la tenia agarrada.

—¡Còmo! ¿teneis miedo del pobre soldado? les dijo el desconocido: decidme, ¿es esta la abadía de San Quintin?

Los niños temblaban como azogados, y no se atrevian á responder; el anciano repitiò su pregunta procurando dulcificar la voz cuanto le fué posible, y entonces la niña dijo á su hermano.

—Contesta, Jacobo, mira que se va á incomodar.

—No tengas miedo, Angela, no tengas miedo, respondió el chico, y dirigiéndose al soldado, añadió.

—Si, señor, esta es la abadía de San Quintin; pero si quereis entrar, teneis que llamar al hermano portero,

Bien hubiera podido el niño decir todo lo que le diera la gana, porque el desconocido no habria oido ni una sola palabra: cuando la chica nombrando a su hermano, le llamó Jacobo, los ojos del viejo se dirigieron prontamente hácia aquel; pero cuando oyò despues el nombre de Angela, apenas podian sostenerle sus piernas, y habria caido à tierra si no se hubiera apoyado contra la pared.

—¡Cómo! exclamó con voz temblorosa despues de un rato de muda contemplacion, ¿vosotros os llamais Jacobo y Angela, hijos mios?

—Si, señor, contestó el niño, bastante admirado de aquella pregunta.

—¿Y vuestros padres?

—Nuestros padres son arrendatarios de la abadía.

—¡Vamos! dijo para sí el soldado, á quien sin duda habrá ya reconocido el lector, yo soy un viejo loco!... sin embargo, la reunion de estos dos nombres... Jacobo... Angela... ¡Voto à brios! Polifemo; tú vas à perder la chabeta... no haces mas que tropezar con dos pobres muchachos del campo, y ya te imaginas... ¡vamos! si para estos descubrimientos has venido desde Moscou, bien pudieras haber ahorrado el viaje.

Y hablando así, tenia Croustillac los ojos fijos en la fisonomia de la niña, dudando cada vez mas de lo que veia, y cada vez mas sorprendido de los violentos latidos de su corazon.

—Estas facciones... decia poseido de temor y de esperanza... estas facciones son nobles, la espresion de esa cara me recuerda... quien puede adivinar los arcanos de la Providencia! pero ¡qué probabilidad!.. es imposible... imposible... unos hijos de un pobre ar-

rendatario... ¡vamos! la cuchillada que recibí en la frente en el sitio de Azo me ha trastornado la cabeza... Pero en fin ¿qué se pierde con preguntar? de ese modo castigaré mi estupidez... decidme, hijos míos, ¿cómo se llama vuestro padre?

—Jacobo

—¿Sí? Jacobo... pero... ¿Jacobo qué?

—Jacobo nada más.

—Esto sí que es más extraño todavía; ¿hace mucho tiempo que está en Francia?

—Siempre, contestó el joven.

—¿Si digo que soy un loco visionario! y ¿ha sido soldado vuestro padre?

Angela y Jacobo se miraron sonriéndose, y este respondió:

—No señor; siempre ha sido arrendatario de la abadía.

Al llegar á este punto el diálogo de los niños con Croustillac, apareció en el corredor un religioso.

—Chiquilla, ven acá! exclamó con ronca voz, haciendo seña á la niña de que se acercara: esta obedeció temblando, y el fraile agarrándole la barba y alzándole la cabeza, le dijo marcando mucho las palabras:

—Anda y dile á tu padre, que si dentro de ocho días no paga lo que debe en frutos y dinero, que se le despojará de la tierra de Blaville, y se le dará á otro que pague más exactamente que él.

—¡Dios mío! exclamó la niña llorando y levantando los ojos al cielo: ¿en casa no hay dinero ninguno! nuestro padre está enfermo ¿qué haremos?

—Pagar ó irse, contestó el fraile; y dejando á los niños en la mayor aflicción iba á retirarse, cuando salió Croustillac de detrás de una columna.

—Reverendo padre, le preguntó... ¿es esta la abadía de san Quintín?

—Sí, ¿qué hay? respondió el hermano.

—¿Quereis darme hospitalidad hasta mañana?

==Uf! ¡siempre mendigos! dijo el fraile, id al hermano portero que os dará un jergon de paja y un plato de sopa... estos vagabundos han de ser siempre la plaga de los conventos.

El aventurero, que ya estaba indignado por el tratamiento del fraile con la niña, no pudo contener su cólera al oír aquel insulto.

—¡Voto á brios! exclamò, reverendo padre, hablad de otro modo, porque...

==¿Qué es lo que dice ese viejo pata de palo?

==Ea, padre! porque yo sea un inválido, no creais que vengo á pedir os limosna.

==Entonces ¿qué quereis?

==Os pido un asilo para pasar la noche: bastante rica es vuestra abadía para que podais dar pan y cama à los pobres viajeros, y la caridad cristiana os impone ese deber.

—¡Calla, viejo hereje, vójo insolente!

==¡Yo insolente! pues bien, señor regañon no me falta todavia un escudo para pasarlo sin vuestra hospitalidad.

==¿Què es eso de regañon! cuidado no vaya yo y te sacudo las espaldas, viejo tunante.

==Tú me tuteas, mira no sea yo, quien te rompa en las costillas este garrote, lego morlacon.

Al oír el monge estos insultos, corriò hácia Croustillac en ademan de realizar su amenaza; pero viendo que este salia al encuentro enarbolando su tremendo garrote, se volvió y cerró la puerta por donde habia salido, diciéndole antes:

==Ten cuidado de no presentarte mas en la abadía, porque serás echado á palos, insolente...

Bien hubiera querido el aventurero que el fraile realizara su amenaza para darle una leccion; pero cuando desapareciò, la cólera del gascon se apaciguò poco á poco, y dijo mirando de nuevo á los niños,

que aun seguian llorando arrinconados contra la pared:

—¿Qué diablos iba yo á hacer! ¿delante de estos chicos para darles mal ejemplo! y sin embargo por ellos era por lo que yo queria... ¡Bah!... ¡cómo los ha tratado!... Pero, esto es raro, ¿por qué me intereso tanto por ellos?... ¡si no me engañarán mis presentimientos! ¡voto á brios! ¿qué se pierde con averiguar? ¡venid hijos míos! ¡conque vuestro padre es pobre y está enfermo! vaya, entonces no le disgustará recibir un corto socorro... á pesar de mi pierna de palo, todavía puedo ofrecerle un escudo... vamos, guiadme, que no faltará un pedazo de pan y uu jergon de paja para pasar la noche en vuestra casa.

—Mi padre no es posadero, contestó el niño con la mayor candidez.

—Bah, bah, no importa, hijo mio; no os reñirá porque le lleveis un pobre soldado que puede darle con que poner el puchero, aunque no sea mas que un solo dia.

A pesar de la estraña facha de Croustillac, inspirò à los niños con su modo de hablar tal grado de confianza, que colocándose cada uno á su lado, le condujeron á la casa de Blaville, donde al cabo de una hora llegaron hechos ya grandes amigos.

XXXVII.

La reunion.

Mientras Jacobo y Angela entraron en la habitacion interior para avisar á sus padres de la llegada del huésped que les pedia hospitalidad, se puso el gascon á observar desde el corredor la apariencia de la

casa, y el campo que la rodeaba, en todo lo cual no dejó de notar la mayor propiedad, aseo y buen gusto. Sin duda habria permanecido mucho tiempo en aquella contemplacion, que sus propios pensamientos hacian mas deliciosa, si los niños no hubieran venido á sacarle de ella, anunciándole con festiva algazara que su madre le recibia con gusto.

Entonces se volvió Croustillac de pronto hácia la casa, é iba ya á entrar en ella, cuando apareció en el umbral de la puerta una mujer estremadamente pálida y hermosa, vestida con el sencillo traje de las aldeanas de la Picardia.

==Disimulad, señor extranjero, el pobre hospedaje que...

Pero apenas empezó á articular estas palabras, cuando sintió Croustillac correr un sudor frio por su frente, cerrarse sus ojos y perder el equilibrio; su mano soltó maquinalmente el baston en que se apoyaba, y dando vaivenes cayó desmayado en el suelo á los pies de la huéspeda.

Esta atribuyó el desmayo del extranjero á la fatiga del camino, y corrió á buscar alguna cosa con que aliviarlo. Entre tanto los chicos se apresuraron á desabrocharle el uniforme para que respirase con mas libertad, y tropezaron con una bolsa de cuero que Jacobo tuvo la curiosidad de abrir, aprovechando la ausencia de la madre.

==¡Mirad que bonito medallon tiene el soldado, mamá! dijo Angela cuando volvió esta con un cordial.

Acercóse á verlo, y quedó sorprendida al reconocer el relicario; despues se inclinó sobre el gascon, separó de su cara las guedejas de pelo que la cubrian, y exclamó en un raptó de entusiasmo.

==¡Es él nuestro libertador, nuestro amigo del Castillo del Diablo.

Cuando abrió Croustillac los ojos, dos raudales de lágrimas brotaron de ellos, mientras que la duquesa

de Monmouth (pues era ella misma) enjugaba las suyas en un éxtasis de ternura.

Imposible seria describir la felicidad, el entusiasmo, la multitud de nobles y generosos sentimientos que en aquel momento agitaban los corazones de ambos.

—¡Cómo, señora, dijo Croustillac, ¿vos en este traje? ¿qué quiere decir esto? ¿y el príncipe?..

Pero la duquesa se puso un dedo en la boca, indicando al caballero que callase, y contestó.

—Ahora le vereis, ¡ay de mí! ¿porqué no ha de ser completo el placer de volvernos á encontrar? Jacobo está enfermo; si no fuera por eso ¡que día tan feliz sería este día para nosotros!

—Pero señora, yo no acabo de comprender, estos vestidos, esta humilde condicion..

—Callad, podrian oiros mis hijos... voy á preparar á mi esposo para que os reciba.

Un momento despues entró el gascon en el aposento donde se hallaba en su lecho el duque de Monmouth: á pesar de los sufrimientos y de la edad que pasaba de cincuenta años, la fisonomia del príncipe conservaba su gracia, nobleza y energía. Al ver á su antiguo amigo, le alargó cariñosamente la mano y le dijo:

—Sentaos, querido amigo mio, ¿qué casualidad milagrosa os ha traído de nuevo á nuestro lado? Apenas doy crédito á mis ojos... ah! si supiérais cuantas veces hemos hablado Angela y yo de vos!... el único dolor que teniamos, era no poder comunicar á nuestros hijos el reconocimiento que abrigaban nuestros corazones..

—Chito, monseñor, pensemos antes de todo en lo mas urgente.

Y diciendo, esto, sacò el soldado una navaja, é hizo una incision en uno de los forros del uniforme que llevaba puesto.

—¿Qué haceis? le preguntò el duque.

Croustillac sin atenderle prosiguiò su operacion, y

estrujo de las entretelas un bolsillo que presentó al príncipe, diciendo.

—Ahí teneis cien luises de oro, y en este otro lado queda todavia otro tanto. Esta suma es el premio de mis servicios al emperador Pedro el Grande, el cual paga muy bien las heridas que se reciben por él: ya veis, yo le he dejado una pierna en la batalla de Mohiloff.

—Pero, ¡amigo mio yo no comprendo...

—Pues bien, hablemos con claridad, monseñor: vos debeis cien escudos á la abadía, y segun he oido decir dentro de ocho dias sereis despojado de esta tierra sino pagais, conqué así...

—Es verdad, contestó Angela, tal es la respuesta que ha traído Jacobo...

—Bien, pero eso no es una razon para aceptar yo vuestro ofrecimiento, repuso el duque

—Vamos, monseñor, me parece que tengo algun derecho... ¿no recordais el asunto del *Unicornio* hace diez y ocho años?

—Dios mio! ¿á qué quereis hablar de eso? ¡era tan poca cosa para lo que mereciais!

—Sí, una bagatela! como quien dice una taza de café con azucar y rom, con la advertencia de que la taza era un bergantin, y el café y el rom un cargamento de mas de doscientos mil escudos... ¿sabéis, monseñor, que aquel don me mortificò?

—¿Cómo, amigo mio!

—Porque estaba ya mas que pagado con este medallon... però no hablemos mas de esto... bien que por otra parte no tengo el derecho de enfadarme, puesto que hice donacion de todo en favor del padre Grifon, para que él lo repartiese entre los conventos, los pobres, ó el diablo, si así le placia.

—¿Serà posible? ¿habeis rehusado? exclamaron á la vez ambos esposos.

—Sí, he rehusado, y estoy seguro de que vos ha-

briais hecho otro tanto en mi lugar, monseñor. No tenia yo en mi conciencia muchas buenas obras que digamos, para no conservar puro y sin mancha el recuerdo de Castillo del Diablo... Me direis que este era un lujo un poco caro; yo habia sido Jacobo de Monmouth durante veinte y cuatro horas, y me quedó algo de mi papel de gran señor.

—¡Noble y escelente corazon! dijo Angela.

—¡Y os quedasteis tan pobre como antes! añadió el duque.

—Justamente porque estaba acostumbrado á la pobreza y á la vida aventurera, me costò menos aquel sacrificio. Ademas yo me dije, «Polifemo, supon que esta noche has soñado que teniais doscientos mil escudos.» Supúselo en efecto... y se acabó... Despues me he alegrado, porque cuando en Rusia estaba sin pan, ó triste, ó clavado en una cama por mis heridas, me decia para animarme y confortarme. . «vamos, Polifemo una vez en tu vida has sido noble y generoso,» y, es lo confieso, esta idea me daba fuerzas y valor... Pero estoy viendo que me estoy elogiando, y lo que es peor, que me enternezco... Volvamos á mi salida de la Rochela. Como no me quedaba una blanca de los doce francos con que fui á la Martinica, y no tenia con que ir à Moscovia, pedí prestados sobre el valor del cargamento veinte y cinco luises al capitan Daniel; pagué mi pasage hasta Hamburgo, de allí fui á Fallo, donde me embarqué para Revel, desde donde marché á Moscou. Caí allí como pescado en cuaresma, puesto que el almirante Lefort andaba reclutando gente para organizar la primera compañía de infantería equipada y maniobrando á la alemana que haya existido en Rusia. Yo que conocia la tactica por haber hecho la campaña de Flandes con los *Reitres*, fui admitido en la compañía, en donde servia como simple soldado el Czar, que tenia el capricho de decir que para saber no oficio era menester aprenderlo.

Una vez incorporado en el ejército moscovita, he hecho con él todas las guerras. Bien creereis, monseñor, que no os hablaré ahora de todas mis campañas, ni del sitio de Azo, donde me dieron una cuchillada eu la cabeza, ni de la toma de Astrakan. donde recibí una lanzada en el costado, ni del sitio de Narva, donde tuve el honor de apuntar á S. M. el rey de Suecia Càrlos XII, y la dicha de errarle, ni de la gran batalla de Dorpat. No, monseñor, todas estas relaciones las guardo para dormir á vuestros hijos junto al fuego en las largas veladas del invierno. Lo único que os diré es que he hecho la guerra, primero como sargento, luego como oficial, y que aun la estaria haciendo, sino hubiera perdido el año pasado una pierna en Mohiloff. El Czar, me dió el capital de mi pension, y me vine á morir á Francia; porque estoy convencido de que en ninguna parte muere uno mejor que donde ha nacido. Eché pues á andar pedestremente hácia el valle paterno, albergándome en los conventos á fin de economizar la bolsa, cuando la casualidad... Oh no, dijo el caballero con aire grave y sentido acento que contrastó con su lenguaje habitual no, no ha sido la casualidad, sino la Providencia, la mano de Dios quien me hizo encontrar á vuestros hijos, monseñor. Ellos me han conducido aquí, donde caí desmayado al reconocer á la señora duquesa, y aqui me teneis.

Ahora os diré mi proyecto, si consentis en él. Puesto que mi valle paterno está completamente desierto, y que mis padres murieron mucho tiempo ha, yo desearia con toda mi alma quedarme aquí á vuestro lado... Aunque estropeado, podria servir para algo, aun cuando no fuera mas que de espantajo para impedir que los pájaros se comiesen las manzanas y las cerezas; me olvidaré que sois *monseñor*, y os llamaré Jacobo simplemente, llamaré asimismo Angela á la señora duquesa, vuestros hijos me llamarán el tio Polifemo,

yo les contarè mis batallas, y viviremos todos juntos desde ahora hasta la *vitam eternam*.

—Sí, sí, aceptamos, dijeron á un tiempo los esposos con los ojos bañados en llano.

—Pero con uua condiciou, añadió Croustillac enjugándose tambien sus ojos, con la de que yo, que soy mas orgulloso que un pavo real, os pague anticipadamente mi pension, y que acepteis estos doscientos luises que [habeis rehusado antes; total seis mil libras, que á quinientas por año forman doce de pension. Dentro de doce años haremos otro ajuste.

—Pero, amigo mio...

—Pero, monseñor, si ó no. Si decis que si, me quedo, y seré mas feliz de lo que merezco. Si rehusais, vuelvo à tomar mi garrote y mi saco, y echo á andar hácia el valle paterno, donde moriré en un rincon de tristeza, como un perro vlejto que ha perdido á su amo.

Por muy grotescas que fuesen estas palabras, fueron pronunciadas con tal tono de ternura y de conviccion, que el duque y su esposa no pudieron rehusar el ofrecimiento del caballero.

—Bien, acepto...

—¡Hurra! gritò Croustillac con voz de estentor, arrojando al aire su gorra.

—Sí, acepto de todo corazon, prosiguiò Monmouth; y ¿porquè ocultároslo? Este socorro que con tanta generosidad me ofreceis, me salva tal vez la vida, salva tal vez de la miseria á mi mujer y á mi hijos, porque con esa suma pagamos lo que debemos y nos queda ademas con que pasar dos años tan malos como el que nos ha reducido á esta situacion. La fatiga, la tristeza y la inquietud por el porvenir habian causado mi enfermedad, pero ahora que estoy tranquilo por la suerte de los mios, y seguro de un amigo como vos, creo que me pondré completamente bueno.

—A propósito, monseñor, ¿en qué consiste que con la enorme cantidad de alhajas y pedrería que poseiais esteis reducidos...

—Después que os dejamos á bordo del *Unicornio*, dijo Angela, nos hicimos á la vela para el Brasil, donde permanecimos algun tiempo; pero resolvimos trasladarnos á la India para mayor seguridad. Vivimos tres años en aquel país muy tranquilos y felices, cuando cai enferma de mucho peligro. Uno de los mejores médicos de Bombay, declaró que aquel clima era mortal para mí, y que solo podría recobrar la salud respirando el aire de mi patria. Bien sabeis cuanto me ama Jacobo, á pesar de mi oposiciou. á pesar de los peligros á que se esponia, resolvió venir á Francia. Nos embarcamos con nuestros diamantes, y la travesía fué feliz hasta la vista de estas costas, en donde sufrimos una horrorosa tempestad, en que se hizo pedazos el buque, á un cuarto de legua de aquí, donde por milagro pudimos llegar Jacobo y yo, únicas personas que se salvaron. Los labradores de esta casa de campo, á quienes hemos sustuido, nos habian hallado en la arena sin conocimiento, y nos trajeron aquí. El navio se habia ido á pique con todas nuestras riquezas, y nos hallamos sin recursos; yo era huérfana y sin bienes, y Jacobo no podia pedir á nadie sin esponerse á ser conocido: lo que nos quedaba en la Martinica habria sido confiscado ó vendido, y ademas, ¿cómo hubiéramos podido reclamar aquellos bienes? Por una casualidad llevaba yo puesta una sortija que hicimos vender en Abbeville. por la que nos dieron cuatro mil libras, única cantidad con que podiamos contar, Mi salud que se habia alterado bastante, me obligó á permanecer aquí, lo que por otra parte conciliaba la economía con la prudencia.

Poco á poco fui restableciendome, pero nos ibamos quedando sin recursos y sin esperanza de ellos para

lo futuro. Nuestros ancianos huéspedes nos propusieron darnos en arrendamiento la mitad de sus tierras, y nosotros que eramos jóvene y que habiamos observado su vida obscura, frugal y sencilla, aceptamos con gusto su oferta, y labramos sus tierras durante dos años, al cabo de los cuales hicieron cesion en nosotros de toda su labor, y nos dieron á conocer por arrendatarios á los monges de la abadía.

—Ah, señora, cuánta resignacion, cuánta energía! exclamò el caballero.

—Si supiéseis, amigo mio, dijo Monmouth, con qué admirable serenidad de alma, con qué dulce alegria soportaba Angela esta ruda vida, habiendo estado acostumbrada siempre á una existencia llena de comodidades y de lujo! Si supiéseis la fuerza que me inspiraba su valor y su resignacion! Ah! cómo recompensar esta bella conducta!

—¿No nos ha recompensado Dios bendiciendo nuestra vida apacible y laboriosa? contestó Angela con ternura; ¿no nos ha concedido dos angelitos para que nuestros deberes se convirtiesen en placeres? — Qué mas os diré, prosiguiò dirigiendose al caballero, pronto hará diez y seis años que vivimos así, sin que ningun disgusto haya turbado nuestra felicidad, hasta que nos vimos un poco apurados por la mala cosecha del año anterior. Entonces nos vimos obligados por economía á despedir á dos de los mozos de la labranza. Jacobo trabajó doblemente y con tal ardor, que sus fuerzas no le ayudaron, y cayó enfermo en cama. Nuestros ahorros se agotaron, y un mal año es una cosa terrible para unos pobres labradores como nosotros; en fin, á no ser por vos, yo no sé cómo hubiéramos escapado de la suerte que nos amenazaba, porque el abad de San Quintin es inflexible para con los colonos deudores: y sin embargo, nosotros teniamos el orgullo de pagarle siempre una renta adelantada. Cien escudos... cien escudos, caballero, no se reúnen tan fácilmente.

—¡Cién escudos! no pagaba yo en otro tiempo con eso el bordado de un tahalí, dijo Jacobo sonriéndose con melancolía. Ah! cuantas veces al ver trabajar à mi pobre Angela y à mi hija en sus encajes, durante las largas noches del invierno para ayudar à reunir aquella suma, cuantas veces no he echado de menos el bien que habria podido hacer, si hubiera conocido antes la desgracia!

—Escuchad, monseñor, dijo gravemente Croustillac; yo no soy beato; hace poco que estuve para sacudirle el polvo à un fraile, y durante mi campaña de Moravia no he dejado de cometer acciones que no aprobaria la moral mas severa; pues bien, estoy seguro de que allà arriba hay quien no pierda de vista à los hombres honrados. Por otra parte, es imposible que despues de una vida de diez y ocho años de trabajo y de resignacion, y cuando vais siendo viejo y os hallais con dos criaturas, penseis estar à merced de un avaro ó de un año malo, Mientras os estaba escuchando, se me ha ocurrido una idea: si ahora fuera el fanfarron de antes, os diria que esta me habia sido inspirada por el cielo, pero no, os diré solamente que la creo oportuna. ¿Qué ha sido del padre Grifon?

—Lo ignoramos, puesto que no hemos vuelto à la Martinica.

—Como era de la òrden de predicadores, estará ahora tal vez en el fin del mundo, dijo Monmouth.

—Hé aquí por qué os hacia esta pregunta, repuso el gascon. Os he dicho que le cedí el valor del cargamento del *Unicornio*; él es uu escelente religioso, y si vive, puede que de él le quede algo, pues habrá sido prudente en la distribucion de sus limosnas. Yo seria de parecer que averiguásemos donde está, porque si quiere Dios que aun le quede algo de aquel capital, no dejareis de confesar, monseñor, que este socorro vendria à las mil maravillas, ya que no por vosotros, à lo menos por vuestros hijos, pues se me desgarrá el

corazon al verlos con suecos y medias de lana, aunque con estos tengan los pies mas abrigados que si llevasen botas de tafilete con espuelas de oro, ò zapatos de raso con medias de seda, aun cuando estas fuesen de color de rosa... ¡de color de rosa, como las que yo llevaba en 1690! añadió el caballero, lanzando un suspiro: despues prosiguiò; ¿qué me decís, monseñor, de mi idea *grifonante*?

—Que esa es una esperanza infundada; el padre Grifon habrá ya muerto y sin duda habra dejado sus bienes á algun establecimiento piadoso.

—A la abadia de San Quintin quizá, dijo Angela.

—¡Por vida de brios! no falta mas que eso!

—¿Qué decís? caballero, le interrumpió Angela.

—Perdonad, señora, pero estoy incómodo por la bestialidad que hice rehusando vuestros doscientos mil escudos... bien que ¿cómo habia yo de imaginar que habria de encontrar hecho un iabrador al hijo de un rey que apaleaba el oro y los diamantes? Pero ahora no es tiempo de hacer reflexiones, sino de encontrar al padre Grifon si existe.

—Y ¿cómo se ba de hallar? dijo Monmouth.

—Buscándolo. Yo, que no tengo motivo ninguno para ocultarme, me pongo en marcha desde mañana mismo... me dirigiré en derechura al superior de las misiones extranjeras en Paris, y asi sabremos á qué atenernos, porque á lo menos aquel me dirá si el padre vive ò no: á propósito, pienso antetodo ir á ver á nuestro vecino el abad de San Quintin, quen me dirá de qué medios me he de valer para adquirir aquellos datos. Yo le llevaré vuestros cien escudos, lo que me servirá de introduccion para entablar el diálogo.

Los tres amigos pasaron juntos el dia, y es de adivinar los recuerdos risueños y tristes qua fueron objeto de su conversacion.

A la mañana siguiente se puso en camino Crous.

tillac para la abadia, acompañado del jóven Jacobo, de quien se habia ya hecho muy amigo. Los cien escudos de la renta, en relucientes lises de oro, bien empaquetados, le sirvieron de pasaporte para llegar hasta la celda del padre tesorero.

—Padre mio, le dijo, tengo que entregar una carta muy importante á un religioso de la òrden de predicadores; pero no sé si vive, ó ha muerto; si está ó no en Europa; ¿tendriais la bondad de decirme á quien me ha de dirigir para que me informe acerca de esto?

—A uno de nuestros canònigos que ha hecho parte de las misiones, y que despues de largos y penosos trabajos apostólicos, habrá seis meses que vino á la abadia.

—Y ¿cuàndo podria yo ver á ese venerable canònigo?

—Ahora mismo si quereis: bajad al claustro y decidle al primer lego que encontréis que os conduzca á la celda del padre Grifon: y...

—Hurra... hurra... hurra, exclamó Croustillac dando con el baston en el suelo.

El padre tesorero que le creyó loco, se apresuró á llamar, y á poco entrò otro monje.

—Perdonad, padre mio, dijo el gascon; estos bastonazos y estos gritos os pintan el estado de mi alma... mi admiracion... mi alegría... porque justamente es el padre Grifon á quien yo busco.

—Conducid al señor al cuarto del canònigo Grifon, dijo el tesorero al monje,

Renunciamos á describir este reconocimiento, tan importante por los resultados que de él esperaba el gascon. Dirémos tan solo, que el buen religioso encargado del fidei comiso de Croustillac, temiendo que este no se arrepintiese un dia de su desinterés, y queriendo sin embargo ejecutar hasta entonces sus piadosas y caritativas intenciones, no privando á los

desgraciados de aquella rica limosna, habia distribuido todos los años entre los pobres los réditos del capital, que reservaba emplear en una fundacion piadosa si no volvía á parecer el gascon.

La venta del *Unicornio* hecha con prudencia y tino, habia producido cerca de setecientas mil libras, y el padre, hallando de venta una magnífica posesion señorial llamada *Chateauvieux*, no lejos de la abadia de San Quintin, la habia comprado. A la vuelta de sus largos viajes, cerca de seis meses antes de la época de que se trata, habia pedido el padre Grifon una canongia en la Picardia, con objeto de vigilar los bienes que administraba, ignorando si Croustillac viviria ó no; pero inclinándose á esta opinion, puesto que hacia diez y ocho años que no sabia de él. El buen canónigo estaba muy viejo, enfermizo y cascado, y apenas salia de la abadia mas que para hacer un visita à *Chateauvieux*, sin que desde que estaba allí, se le hubiese ocurrido una sola vez dirigir sus pasos hácia la granja en que vivian Jacobo y Angela.

El reconocimiento del Padre Grifon, del duque y de su esposa fué tan tierno como lo habia sido el del aventurero.

Despues de largas conferencias, se resolvió que la mitad del señorío de *Chateauvieux* perteneceria à Jacobo, y la otra mitad à Croustillac, bajo cuyo nombre quedaba la posesion.

Pero el gascon hizo al punto su testamento instituyendo por sus herederos á los dos hijos de Monmouth, con la cláusula de que Jacobo tomaria el apellido de *Chateauvieux*.

Para esplicar esta repentina variacion de fortuna à las gentes de la abadia y de las inmediaciones se convino de que Croustillac pasase por un *tio de América*, que se habia presentado de incógnito á sus pobres sobrinos.

Jacobo cedió su granja á un pobre y honrado la-

brador, y partió con su esposa, sus hijos y su *tio* Croustillac para *Chateauvieux*.

Los tres amigos vivieron largos años en su magnífica posesión, en la cual le sucedieron sus hijos y los hijos de sus hijos.

Sin embargo, en medio de la dulce tranquilidad que rodeaba à la venturosa familia, aparecia todos los años un dia de luto y de amargura, que con sus tris-tísimos recuerdos hacia derramar las lágrimas de los duques de Monmouth; este era el 15 *de julio*, aniversario del martirio del valiente Sidney. Por lo demás, jamás llegaron ni sus mismos hijos ni nadie, á escepcion de Croustillac y del buen canónigo, à descubrir la real alcurnia de Jacobo, ni los extraordinarios acontecimientos de su vida. Solamente alguna que otra vez, cuando el caballero gascon recordaba á la duquesa los dias felices en que la había conocido, haciéndola derramar tiernas lágrimas, los chicos repetian en voz baja y con una espresion de asombro las palabras cabalísticas que habian oido en la conversacion.

«*Barba azul, Uracan, Yumaté, Arranco el alma, Castillo del Diablo.*»

X
8
1

FIN.







Deacidified using the Bookkeeper process
Neutralizing agent: Magnesium Oxide
Treatment Date: Feb. 2008

Preservation Technologies
A WORLD LEADER IN COLLECTIONS PRESERVATION

111 Thomson Park Drive
Cranberry Township, PA 16066
(724) 779-2111



LIBRARY OF CONGRESS



0 020 636 460 9